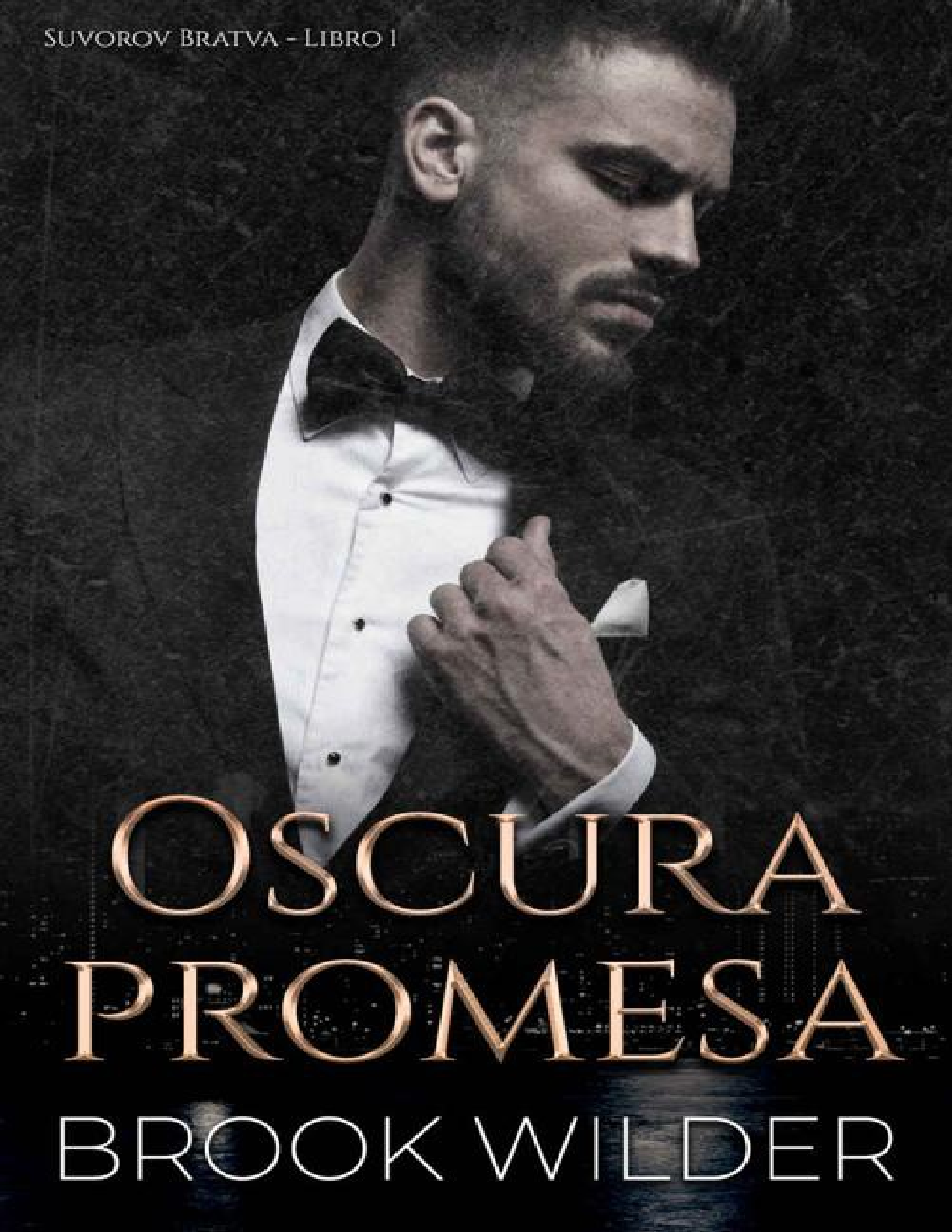
Suvorov Bratva - Libro 1



OSCURA PROMESA

BROOK WILDER

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares, sucesos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia y no deben interpretarse como verdaderos. Cualquier parecido con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, existentes o no, es pura coincidencia.

OSCURA PROMESA copyright @ 2023 por Brook Wilder y Scholae Palatina Inc. Todos los derechos son reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida de manera alguna sin permiso escrito, excepto en el caso de breves citas incluidas en artículos críticos o reseñas.

TABLA DE CONTENIDO

OSCURA PROMESA

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37

NOTA DEL AUTOR

Este libro utiliza nombres conforme a los patrones rusos. Los saludos formales de los personajes rusos, por ejemplo, utilizan un apellido, que se compone de un nombre y el nombre del padre del personaje.

Por ello, el nombre formal de Pavel es Pavel Sergeyvich, que significa Pavel, hijo de Sergey. Pero el nombre formal de su hermana Karina es Karina Sergeyevna, que significa Karina, hija de Sergey.

Los nombres rusos también utilizan diminutivos para expresar cercanía y afecto, como de padres a hijos, amigos a amigos, o entre los seres queridos entre sí.

OSCURA PROMESA

Capítulo 1
Liya

—Estamos cerrando —digo firmemente mientras recojo dos Mahou de una mesa—. Hora de pagar sus cuentas y ponerse en marcha, caballeros.

Todos los clientes que suelen merodear por el local ya han pagado sus consumos y se han marchado. Un par de rezagados permanecen cerca del escenario, en una mesa que aún no he limpiado. Sus voces bajas apenas llegan a mis oídos. No me importan mucho, prefiero centrar mi atención en el reloj que señala mi inminente relevo.

Los dos rezagados se levantan de la mesa sin inmutarse y se acercan a mí. Uno de ellos trastabilla y el otro tropieza. Suspiro expectante, esperando que uno de ellos —o los dos— vomite sobre la encimera a la que acabo de dedicar los últimos minutos en pulir.

Pero me sorprenden. Con un rápido murmullo de agradecimiento, los dos se dirigen hacia la puerta principal, con el sonido de los mecheros chasqueando tras su salida.

El humo flota en el aire entre el sonido del rock clásico que sigue sonando en los altavoces del poco iluminado bar. El letrero de neón zumba rítmicamente mientras proyecta luz de colores sobre las mesas vacías. El suelo muestra una fina y mugrienta suciedad que en algún momento habrá que fregar, y probablemente acabe siendo yo quien lo haga.

Esta noche no hay vómitos. *Gracias a Dios*.

Friego la barra sin cesar, con el cerebro a pleno rendimiento mientras el *Blaczak's Horseman* se apaga lentamente a mi alrededor. Ahora que el local está vacío, me siento como en una escena rápida de una película de terror, donde un monstruo explotará desde la trastienda en cualquier momento. Pero sé que eso no ocurrirá. El único monstruo aquí es el pervertido de mi jefe, Dmitri Kravchenko. *Esta noche no ha sido demasiado agresivo.*

Pequeña victoria.

Janine también está ahí atrás, quizás contando prematuramente todas sus propinas antes de que Dmitri exija su parte. Sin embargo, él volverá para revisar las tareas a la hora de cerrar.

Cuando vuelvo a mirar el reloj, me estremezco al pensar que aquí podría acabar el resto de mi vida.

Al menos seguiré teniendo a mi hermano, pienso. Y entonces me invade una punzada de culpabilidad. *Espero que hoy no haya mirado el correo*. Se volvería loco si se enterara de lo de la solicitud para la facultad de medicina.

La vergüenza acompaña al sentimiento de culpa cuando me pongo a fregar. Mis músculos se

apoderan de los movimientos mientras me desconecto del movimiento repetitivo. Podría estallar una bomba ahora mismo y no me daría cuenta, demasiado absorbida por los pegajosos restos de cerveza en la encimera, o las manchas en el borde de la madera, o el desastre que dejó Janine antes de irse a su descanso no programado.

Mis ojos giran hacia el techo. Odio estar sola detrás de la barra.

Suspirando, ajusto mi enfoque a la puerta de la oficina a la derecha de la zona de servicio, la luz del interior brillando en la ventana nublada como un faro para una polilla. Excepto que esa luz no me atrae en absoluto. Se me aprieta el pecho y sacudo la cabeza, tratando de volver a impulsarme hacia el frenesí de la limpieza.

La puerta principal se abre con un chirrido y la menuda chica de pelo rubio entra en el bar, sonriendo cálidamente mientras se acerca al mostrador.

—Hola, Liya.

—Hola, Willow.

—¿Cuándo terminas? Deberías salir conmigo.

Suspiro, encogiéndome de hombros. No necesito mirar el reloj para saber que han pasado diez minutos. Mi cuerpo entiende el paso del tiempo mucho mejor que yo.

Me vendría bien un trago. Pero bueno...

—No —digo con desánimo—. Es probable que Jonás me espere en casa más tarde.

—¿Tu hermano el raro?

Sonrío y replico:

—No es raro.

Sólo está estancado en la rutina. A veces le pasa.

Willow pone los ojos en blanco ante mis palabras.

—Claro. Y yo soy una princesa rusa perdida.

—Podrías prescindir del sarcasmo, Willow.

—Corrección —dice y sacude la cabeza—. Te vendría bien una dosis mayor de sarcasmo... y de realidad. Por si no te has dado cuenta, Jonas te está exprimiendo. Puedo verlo en tu cara.

—*Él* no me está exprimiendo. *Este bar* me está exprimiendo.

—Quizá si el vago de tu hermano hiciera algo más que estar por ahí tirado, no tendrías que lucir tan muerta de cansancio todo el tiempo.

Suspiro, dándome cuenta de adónde va a parar esta discusión. Es una discusión que hemos tenido una y otra vez. Y también es una en la que ninguna de las dos está dispuesta a ceder.

—No es un vago, Willow —digo—. Sólo necesita un poco de ayuda.

—Sí, desde hace... ¿cuánto tiempo?

No lo se. Ya dejé de contar.

—Solo hace unos años —murmuro.

—Dijiste lo mismo hace *tres* años, Liya —espeta Willow. Se sienta en un taburete y me clava sus amables ojos azul avellana—. ¿Cuándo vas a vivir por ti misma de una vez? No es justo que tú hagas todo el trabajo duro y Jonas… bueno, ¿qué *hace* él exactamente?

—Es lo único que me queda —señalo. Al darme la vuelta, tapo su mirada comprensiva, pero no me protege de sentirme como un cachorro perdido—. No puedo perder eso.

—Mira, si cambias de opinión, ya sabes cómo encontrarme.

Giro la fregona en mi mano, el andrajoso trapo manchado de cerveza, licor y otros fluidos varios en los que no quiero ni pensar. Tras tomar la botella de limpiador del borde del mostrador, reanudo mi tarea, observando a Willow por el rabillo del ojo.

—Oye, me preguntaba… —sigue ella, con un tono de seriedad en la voz—. ¿Te ha seguido molestando ese jefe tan desagradable?

Se me paraliza la mano. Por un momento me planteo mentir a mi mejor amiga. ¿Pero de qué serviría? Encontraría la forma de sacármelo. Soy demasiado débil a sus encantos, como todo el mundo, por lo visto.

—Sí, lo ha hecho.

—Liya.

—¿Qué?

Ella frunce el ceño.

—Al menos tienes que conseguir un trabajo en otro lugar.

—Ya sabes, me pondré a ello. No es que no haya estado buscando.

—Mira, la oferta sigue sobre la mesa —dice Willow—. La oficina de mi padre sigue buscando a alguien. ¿Por qué no vienes a trabajar a un sitio donde no te traten como un trozo de carne? Es una inmobiliaria. Es consistente. Pero lo más importante es que es *seguro*.

Mira a su alrededor mientras su labio superior se curva con disgusto.

—Y no está cubierto de lo que demonios sea esta cosa pegajosa —agrega.

Frunzo el ceño.

—No busco limosnas, Willow.

—No es una puta limosna, Liya, es ayuda.

Cruzar los brazos sobre el pecho me hace sentir temporalmente poderosa, pero soy consciente de lo poco que soporto su mirada profundamente crítica. Está tan furiosa como yo por razones muy distintas, y me siento demasiado frustrada para pensar en otra respuesta.

Además, es demasiado tarde. La puerta principal se abre con un chirrido. Tengo que dirigir mi energía hacia quienquiera que haya decidido entrar antes de la hora de cierre.

—Ya estamos cerrando, así que no pienses ni por un segundo…

Mi voz se apaga cuando me fijo en el tipo que entra con tres hombres bastante grandes y musculosos flanqueándole. Su pálida piel parece brillar en la penumbra como nieve en polvo, y sus rasgos cincelados me hacen callar mientras entra. Tiene el pelo castaño, más corto por los lados que por arriba y despeinado a propósito. El traje que lleva le hace parecer salido de la portada de Vogue o GQ.

Es *guapísimo* y, en su presencia, me siento como un ratón enjuto cuando sus ojos verdes se posan en mí. Una ligera barba decora sus mejillas y su barbilla. Sus finos labios se curvan en una sonrisa tortuosa —una que absolutamente promete peligro— mientras observa el bar.

Willow me empuja y susurra:

—Tierra a Liya.

—Cállate —siseo mientras la golpeo con la fregona del bar. Mis ojos no se apartan del sexy desconocido—. No empieces.

—Voy a empezar si no me cuentas la última vez que echaste un buen polvo.

—Mira, he estado muy concentrada en entrar a la escuela de medicina, ¿ok?

—¿Y?

—Bueno, no he tenido tiempo de… —callo, y mis mejillas arden de vergüenza—. Ya sabes.

—Liya Bernadetti —suelta. Sus ojos se abren tanto que temo que se conviertan en globos y salgan flotando—. ¿Me estás diciendo que aún eres *virgen*?

—Por favor, no hagas de esto un problema más grande de lo que tiene que ser.

—He sido tu mejor amiga durante cuatro años y de alguna manera esto se me pasó por alto —dice con una sonrisa maliciosa—. Por supuesto que esto va a ser un gran problema. Además, no es demasiado tarde para soltarse un poco. ¿A qué hora te espera Jonas en casa?

Me encojo de hombros.

—Él sabe que a veces me quedo una hora más.

—Te diré algo —dice. Sonríe con satisfacción y señala con la cabeza hacia atrás—. Sé que ya dijiste que estás cerrando, pero dame dos chupitos.

—Dmitri se pondrá furioso si sirvo…

Pone dos de veinte en la barra.

—Dos chupitos. Quédate con el cambio.

Sin discutir, mis manos sirven dos tragos de vodka y los deslizan hacia ella. Willow los levanta, se da la vuelta y camina hacia el sexy desconocido con decisión. Choca con él, derrama uno de los chupitos sobre sí misma y se ríe de su aparente torpeza. Antes de que él tenga la oportunidad de reaccionar, ella se vuelve hacia mí, luego hacia él, y dice algo fuera del alcance de mi oído antes de guiñarme un ojo.

No…

El desconocido me observa en silencio durante un momento, con una sonrisa sutil en la cara.

No. No. ¡No!

Con paso decidido, se acerca a la barra.

¡Maldita sea! ¿En qué lío me ha metido Willow?

Capítulo 2
Pavel

Una chica choca torpemente conmigo, derramando licor sobre sí misma mientras fuerza una risita. Los tres brigadistas que me acompañan se adelantan, listos para actuar mientras ella se estabiliza y me extiende el chupito no derramado.

Señala hacia la barra.

—La camarera invita —me dice.

La camarera sonríe tímidamente. No me fijé en ella cuando entré, pero ahora que la veo, me atrae su aspecto tímido. Hace girar un mechón de pelo castaño oscuro con reflejos caramelo alrededor de su delicado dedo y mira rápidamente a la chica torpe que tengo a mi izquierda antes de volver a dirigirme sus ojos ámbar, llenos de preocupación.

Normalmente, a las chicas tímidas como ella no les pongo atención. Pero hay algo en su actitud tímida que me atrae. Así que acepto el chupito sin romper el contacto visual con ella y camino decididamente hacia ella con mis brigadistas siguiéndome de cerca.

Soy consciente de lo intimidante que resulta mi presencia, y lo aprovecho para hacer que esta chica tiemble de miedo.

Se encoge cuando me acerco. Es casi adorable.

Y me dan ganas de atacar, como una víbora acorralando a su presa.

Se me dibuja una sonrisa de satisfacción en los labios mientras me apoyo en el mostrador para poner el chupito entre nosotros. La miro fijamente durante unos instantes, estudiando sus pupilas dilatadas y su piel suave y ligeramente bronceada, libre de manchas y tatuajes. Lleva una camiseta negra de tirantes, vaqueros con un delantal en la cintura y un collar dorado con la letra L.

Cuando vuelvo a mirarla a la cara, casi parece asustada, pero una dura mirada a sus facciones y entonces luce como cualquier otra camarera que haya visto.

Pero sé que está asustada. Lo noto en ella. Prácticamente puedo olerlo en ella.

—¿Me mandaste esto? —Hago un gesto hacia el chupito—. ¿Sin saber lo que me gusta? Qué atrevida.

Se encoge de hombros con indiferencia.

—Oye, no tienes por qué tomártelo.

—Supongo que el otro chupito era para ti.

—*Lo era*.

Me río entre dientes.

—Podrías servirte otro, ¿no?

—Supongo que podría hacerlo.

—¿Por qué no lo haces?

Parece indecisa, pero contesta:

—El vodka no suele ser lo mío.

Levanto el vaso y huelo el líquido, arrugando la nariz cuando lo vuelvo a dejar en la encimera.

—Porque esta mierda es uno barato —digo. Le echo un vistazo al collar y la miro, arqueando la ceja derecha—. Y tú no me pareces barata.

Sus mejillas enrojecen.

—Barato es todo lo que puedo permitirme.

—¿Tu novio no te invita copas?

—No tengo ninguno que me las compre.

—Me cuesta creerlo —señalo, y mis ojos recorren su cuerpo, deteniéndose en los lugares adecuados para que se retuerza.

—Sí, bueno. ¡Créelo!

Sonríe nerviosa mientras coge un trapo nuevo de debajo de la barra para limpiarla, aunque ya está limpia. Puedo oler el limpiador que ha utilizado hace unos minutos. Me echa un vistazo a los anillos de tinta que tengo cerca de los nudillos. Luego, las calaveras que asoman en mis antebrazos bajo el traje a medida que llevo.

—Sabes que es de mala educación mirar fijamente —digo.

—¡No te estoy mirando! —dice y me lanza una mirada atrevida, que aún esconde una sonrisa tímida.

—Me has estado desnudando con la mirada desde que entré —señalo. Mi sonrisa se amplía cuando mis ojos se clavan en los suyos.

Mis dedos tamborilean contra el mostrador, permitiéndole apreciar todos los detalles de la tinta que hay en ellos. *Ella no tiene idea de lo que significa lo que está mirando*. Porque si lo supiera, sabría que no debería ni seguir hablando.

—No puedes demostrarlo —me dice.

Se muerde el labio inferior. Noto el deseo en sus iris y sus mejillas, que se enrojecen cada vez que me echa un vistazo.

—Además, es de mala educación desvestir a la gente, ¿sabes?

—Y, aun así —y me encojo de hombros—, aquí estamos.

Su cara se tiñe de varios tonos de carmesí y me río, disfrutando de lo nerviosa que se está poniendo. Es tímida, sí. Pero me sigue el ritmo con facilidad.

—Está bien. Te estaba mirando. ¿Estás contento?

—Casi. Ahora, lo que necesito de ti… —digo y hago una pausa para que surta efecto, dejando que las ideas rueden por su cerebro, cada una más sucia que la anterior—. ¿Dónde está Dmitri Alekseyevich?

—Dmitri… —dice. Un destello de disgusto aparece y desaparece de sus ojos. Tan rápido que podría no haber sucedido en absoluto—. Claro, puedo ir a buscarlo.

—Gracias… —le asiento con la cabeza—, no he oído tu nombre.

—Liya.

—Liya —repito su nombre despacio, dejando que las sílabas resbalen por mi lengua como rico caviar.

Vuelve a sonrojarse. Me lanza una mirada furtiva y desaparece hacia el fondo sin decir nada más, dejando tras de sí el aroma de un burbujeante champán con un toque de algo floral.

Mi sonrisa interesada se transforma en ceño fruncido cuando Liya regresa con la mano de Dmitri en el culo de ella. Él no parece darse cuenta de mi presencia al principio, su mirada se clava en su trasero con una mirada maliciosa que me hace querer golpearle el pómulo con el codo.

La extraña oleada de ira me sorprende. Normalmente no soy de los que hacen de caballeros blancos con cualquier camarera. Pero hay algo en la mano de Dmitri sobre Liya que me hace sentir que está tocando algo a lo que no tiene derecho.

Algo que me pertenece.

Siento un placer salvaje al ver cómo se le pone la cara blanca cuando me ve. Retira la mano y

retrocede ligeramente cuando salto por encima de la barra y me sitúo lo más cerca posible de él.

—Dmitri Alekseyevich —le saludo y le digo en ruso—. Necesitamos hablar en privado.

Un movimiento de mi cabeza lo envía en dirección a su despacho con inusitada ligereza. Me detengo cerca de Liya y me doy cuenta de que me mira con curiosidad. ¿Miedo o asombro? No lo sé.

—Trae una botella de tu mejor vodka, invita la casa —le digo.

Sus ojos recorren a Dmitri en busca de aceptación. Chasqueo los dedos y uno de mis hombres deposita varios billetes de cien dólares en la barra.

—Esa es tu propina —le digo—. Dmitri ha tenido la amabilidad de pagar la botella. Espero que me la traigas en cinco minutos.

Mis hombres me acompañan al despacho situado en la boca de un pasillo que se adentra en el edificio. La luz inunda mis zapatos de vestir cuando entro y me dirijo a la mesa donde Dmitri está sentado, nervioso. Se levanta al verme y se frota las palmas de las manos, con una línea de sudor cayéndole de la frente a la sien.

Se frota la frente.

—Pavel Sergeyevich, ¿a qué debo el honor? Sabes que no tengo nada para ti hasta el final del…

—Me estás robando, Dmitri —le digo fríamente.

—¡Robando! Te… he dado todo lo que *podía* darte y yo… no me mires así. Sabes que es difícil llevar un negocio como este en…

—No te he dado permiso para hablar, *parasha* —gruño, llamándolo por el nombre reservado a lo más bajo de lo bajo en la cruel fragua que es una prisión rusa: los gallos que duermen junto a los retretes.

Chasqueo la lengua y me dirijo a uno de mis hombres.

—Kostya, ¿qué hacemos con un *parasha* que habla fuera de turno?

Sin mediar palabra, Kostya agarra a Dmitri por el cuello y golpea al llorón contra el escritorio. Mientras él lo sujeta, yo saco una navaja del bolsillo y la abro lentamente, dejando que la luz capte la hoja.

—Me decepcionas —le digo con voz llana mientras me inclino sobre él—. Si el pago completo y la cantidad que falta no se abonan a tiempo... —digo y presiono la punta de la navaja contra su mejilla. Una gota de sangre aflora a la superficie mientras él grita—. Entonces este corte será la menor de tus preocupaciones.

Su voz se eleva mientras arrastro la hoja por su mejilla. La puerta del despacho se abre detrás de mí y Liya se asoma con una botella de vodka en la mano derecha. El horror se apodera de sus facciones cuando ve lo que está pasando.

Pero apenas me molesta la situación, más que nada me irrita.

Me levanto y saco un pañuelo del bolsillo para limpiar la hoja.

—Kostya, Volodya —digo con calma—, llevad a Dmitri Alekseyevich fuera. Háganlo entender.

Mis brigadistas levantan al dueño del bar del escritorio y esperan pacientemente a que Liya se mueva antes de arrastrarlo fuera del despacho. Ella mira tras ellos con ojos redondos mientras su pecho se agita en silencio.

—Liya —digo en voz baja—, ¿No te apetece tomar algo conmigo?

Parpadea rápidamente y se vuelve hacia mí.

—¿Qué dices?

—Siéntate —digo y le quito la botella de las manos, con voz dura—. Bebe conmigo.

—¿Yo sola?

Sonrío.

—Sí, tú sola.

Capítulo 3
Liya

Aterrorizada no es nada comparado a cómo me siento.

La escena que me recibió cuando entré en la oficina no era lo que esperaba descubrir. Pero mentiría si dijera que no había una parte de mí que sentía una viciosa sensación de merecido. Aunque sé que lo que pasó no fue porque este desconocido viera a Dmitri haciendo de las suyas.

¿Por qué alguien como él se molestaría en proteger a un par de camareras cualquiera de una escoria como Dmitri?

Nadie nos ha defendido nunca, pienso mientras me acurruco en un mugriento sofá cerca del escritorio.

Observo cómo mi defensor abre la botella con facilidad, y de repente me entran ganas de beber. Quizá la bebida me ayude a relajarme mientras intento averiguar en qué coño se ha metido Dmitri y si eso afectará a mi sueldo.

Ese imbécil de pacotilla se merece que le bajen los humos, aunque eso signifique perder un poco de dinero.

Mis hombros se tensan mientras intento controlarme. ¿Qué pensaría Janine de nuestro jefe en esa situación? Probablemente lo animaría todo desde su lugar. Ambas hemos tenido nuestra ración de encuentros desagradables con Dmitri. Las manos en el culo, sus ojos que se fijan en nuestro pecho y los abrazos que siempre duran demasiado.

Cada vez es peor, y tanto Janine como yo sabemos que llamar a la policía no serviría de nada, excepto para arriesgar nuestros trabajos.

Pero *esa mirada en su cara…*

—¿Liya? —escucho mi nombre.

Parpadeo rápidamente mientras me centro en el tipo que está sentado a mi lado. Su tono y su postura son demasiado despreocupados para haberle abierto recién la cara a un hombre. Mis ojos se detienen en los tatuajes que rodean sus dedos y asoman bajo su traje. De repente, la fascinación se convierte en inquietud.

¿Quién es este tipo?

Si actúa así con Dmitri, ¿qué me va a hacer a mí?

—Lo siento —susurro, mientras él nos sirve dos chupitos—. ¿Has dicho algo?

Sus labios se curvan en una sonrisa curiosa.

—Te he preguntado si ya me he presentado.

—No, no lo has hecho.

—Me llamo Pavel Sergeyevich. Tu jefe me debe dinero.

Suelto una risita nerviosa.

—¿Y qué te deben las simples camareras?

Me acerca un vaso.

—Una copa.

Algo en su voz me dice que no puedo negarme. Obedientemente, vuelco el chupito y me estremezco ante el amargo pinchazo.

—Vaya.

—El vodka bueno se bebe a sorbos —dice mientras apoya sus hermosos labios en el borde del chupito—. Saboreándolo.

—Nunca he probado cosas de primera calidad.

—Es una vergüenza —entona y se bebe el chupito sin inmutarse—. El placer es lo que nos separa de los animales.

Me mira con una sonrisa peligrosa, sin apartar los ojos de los míos. Sin embargo, en su presencia, me siento desnuda.

—La satisfacción debería estar siempre al alcance de la mano —agrega.

—Algunos tenemos que sobrevivir, así que no podemos permitirnos el placer.

—Razón de más para disfrutarlo cuando se presenta la oportunidad.

Hay algo en la forma en que pronuncia esas palabras que me atrae hacia él. Me muevo sutilmente hacia la izquierda y cojo mi vaso de chupito, sintiendo que el movimiento es tan suave que no se ha dado cuenta. Pero él sí se da cuenta.

Se acerca a mí para coger su vaso de chupito y lo levanta hacia mí.

—Por el placer.

Choco mi vaso contra el suyo y la inseguridad aflora a la superficie. ¿Parezco tan tranquila y

controlada como él en este momento? ¿O me delata mi inexperiencia? El pánico casi se apodera de mí hasta que apuro el vodka con una mueca, cerrando los ojos por el ardor que se desliza por mi garganta.

Pero una vez que se calma, me siento lo bastante relajada como para reclinarme.

—¿Qué le estás pidiendo a mi jefe?

—Dinero.

—Eso no me sorprende —resoplo.

—¿No?

—No, es un cabrón egoísta. No me sorprende que le deba dinero a *alguien*.

—Apuesto a que sabes mucho sobre sus hábitos de gasto —y sonríe divertido.

Pongo los ojos en blanco.

—Sé más de ese hombre de lo que me gustaría.

La forma en que centellean sus ojos me hace estremecer… y luego me callo mientras intento determinar si es la forma en que me observa o el vodka lo que ha provocado tal reacción.

¿Por qué no las dos cosas?

El calor se arremolina en mi interior y se expande por todas mis extremidades mientras apoyo el brazo en el respaldo del sofá y giro hacia él para ver mejor sus facciones. Así de cerca, parece menos un modelo y más un dios, resplandeciente de poder. El peligro gotea de sus pómulos afilados, y su camisa de vestir —todavía mojada por el chupito que Willow derramó sobre él— se tensa contra su cuerpo musculoso. Detrás de sus inescrutables ojos hay un poder eterno, que encarna una fuerza distinta a la de los hombres con los que me encuentro cada noche en el bar.

Y me mira de una forma que ningún hombre me había mirado antes. Es como si pudiera ver a través de mí. Sé que me está desnudando con la mirada —y a estas alturas ya lo estoy invitando —, pero también siento que su curiosidad es cada vez mayor. Una energía crepitante me hace querer descubrir más. Averiguar qué se esconde bajo su misteriosa fachada.

Jesús, ni siquiera le he dado un beso y ya siento que quiero volver a verle. ¿Soy tan inexperta que ni siquiera puedo controlar mis propios deseos?

Bueno, me dijo que el gusto hay que dárselo cuando se presentara el momento, ¿no?

Mis ojos se abren de par en par al recordar que ahora mismo estoy literalmente en el trabajo.

—Mierda, el bar —gimoteo mientras me levanto disparada del sofá—. Si no regreso, Dmitri va a despedir a mi pobre trasero.

Pavel pone una mano en mi hombro, sus dedos me queman la piel desnuda como hielo seco y a la vez me reconfortan como el sol de invierno.

—Él no será un problema esta noche.

El brillo de sus ojos verdes me convence de que cumplirá su palabra. Justo lo contrario de todo lo que he experimentado. No debería fiarme de este desconocido, sobre todo después de lo que le he visto hacer hace unos minutos.

Sin embargo, no puedo negar la forma en que mi cuerpo responde a él. Mi voz es débil cuando susurro:

—¿Seguro?

—Te lo prometo, *devushka*.

Se sirve otro chupito y me lo da.

—¿Cómo es trabajar para él?

Miro fijamente el líquido transparente y mis facciones se retuercen de preocupación cuando admito:

—No es para nada genial.

—¿No es genial?

—¿Por qué quieres saberlo?

Se encoge de hombros, se bebe su chupito y espera pacientemente a que yo haga lo mismo. Cuando le devuelvo el vaso, parece satisfecho.

Y eso me anima. *Voy a guardar esa sensación para más tarde*.

—Curiosidad —dice mientras se acerca a mí—. Hubo algo más que miedo cuando me viste cortarle.

—Es que se toma libertades con sus camareras —acepto con una mueca de burla.

El silencio de Pavel es ensordecedor. Una capa de tensión chispea entre nosotros que tiene menos que ver con la indulgencia y más con la decepción, quizá incluso con el desprecio.

—Se sintió bien verle por una vez como si fuera él el asustado —agrego mientras jugueteo con

un mechón de pelo.

—¿Te gustó?

—Más de lo que quiero admitir.

Me sostiene la mirada. El calor aumenta entre nosotros y el aire crepita de deseo. Me siento borracha, no sé si por su presencia o por el vodka. Sus labios se separan ligeramente y siento que me acerco.

¡No!

—Tengo que volver a salir —digo y me levanto, nerviosa—. Te agradezco las bebidas, pero tengo que asegurarme de cerrar bien el bar.

—Estaré aquí cuando estés lista, Liya.

No se para a detenerme ni intenta convencerme de que me quede. Y esa singular acción hace que quiera saltarme el resto de mi turno. Al diablo con romper la caja registradora y abofetear los baños con lejía.

A este tipo le gusto y quiere pasar tiempo conmigo.

No estoy acostumbrada a eso.

Pero no me entretengo y no intento razonar conmigo misma. En lugar de eso, vuelvo corriendo a la parte delantera del bar y me deslizo detrás del mostrador.

Me arden las mejillas cuando me acerco a Janine y le pregunto:

—¿Has limpiado ya el suelo? —digo y hago ademan de oler el espacio—. No huele así.

Me mira con complicidad.

—¿Te has liado con ese tío en el *despacho de Dmitri*, chica?

—¿Qué tipo?

—¡El Sr. Alto, Oscuro y Sexy! —contesta Janine—. No te hagas la tonta. Lo vi desde el pasillo cuando entró en el despacho de Dmitri… y luego te vi entrar allí después de que sacaran a Dmitri a rastras.

Me sonrojé.

—No, no me he enrollado con él.

—¿Por qué coño no?

—¿Porque estoy… trabajando?

—¡Chica! —espeta y cierra la caja de un manotazo, se pone una mano en la cadera y se revuelve el pelo teñido de rojo— ¿Estás flipando en serio? No todos los días viene un tipo como ese, da propinas como si tuviera dinero ilimitado y luego le da un susto de muerte a nuestro jefe de mierda.

—Lo sé, pero…

—Pero *nada*. ¡Si fuera tú, me subiría a ese tipo como a un maldito árbol!

Mi mirada se desvía hacia la puerta del despacho antes de que pueda detenerme. Pavel está justo detrás de esa puerta. Lo único que tengo que hacer es entrar y sentarme en ese sofá, tomar otro chupito y flirtear un poco. ¿Qué tan difícil puede ser?

Willow lo dijo:

No es demasiado tarde para soltarse un poco.

El deseo me pellizca en mi interior mientras lucho por tomar una decisión.

—Escucha —dice Janine—, yo lo cerraré todo mientras tú te vas a vivir un poco.

—¿Segura? —Pero no espero su respuesta y me escabullo hacia la puerta—. Quiero decir, si tú te encargas de cerrar…

Levanta la mano.

—Incluso me acordaré de pasar la fregona.

—Gracias, Janine.

La luz de la ventana del despacho me hipnotiza, me atrae.

Y como una polilla atraída por la llama, atiendo a su llamada.

Capítulo 4
Pavel

No es un silencio ordinario el que me envuelve en esta oficina. Es un silencio pensativo y curioso, una especie de manta reflectante que me acuna los hombros mientras miro fijamente los dos chupitos que ya he rellenado sobre la mesa que tengo delante. Dmitri no tiene un despacho estelar, pero eso dista mucho de ser importante. Mi único objetivo es asegurarme de que Liya vuelva.

Lo que significa que tengo que ser paciente.

Mi compromiso con la Bratva Suvorov me ha enseñado mucho sobre la paciencia. Se trata de esperar el momento adecuado, acechando en la hierba alta mientras observo qué gacela puede ser la más débil del grupo. Y cuando ataco, tengo que hacer que cuente.

Liya no es necesariamente un objetivo en el sentido tradicional, pero está en mi punto de mira, y espero que vuelva. No es una petición directa. La implicación descansaba entre las sílabas de las palabras que le dirigí, aterrizando precisamente donde sabía que lo harían:

Entre el reino de la posibilidad y el deseo.

Si algo aprendí de ella en el poco tiempo que estuvimos juntos, es que su inocencia es probablemente una fachada que oculta algo más. Me pregunto qué tipo de persona se esconde bajo la superficie. ¿Tiene fantasías? ¿Saben esos dedos delgados algo más que servir bebidas? ¿Se enrojecen esas mejillas por algo más que timidez? ¿Se muerde el labio inferior de placer?

Tengo la intención de averiguarlo.

Mis ojos se posan en el espacio del sofá donde estuvo sentada. Alargo la mano hacia el cojín como si fuera algo natural y observo, casi con indiferencia, cómo acaricio la tela donde estaba su muslo. ¿Qué tan suave es la piel entre sus piernas? ¿Está afeitada o se deja algún diseño cuando se acicala?

Mientras los pensamientos se agolpan en mi mente, mi polla cobra vida con sus propios planes, la sangre se agolpa en mi miembro y un doloroso pinchazo palpita en mis pelotas. Me acomodo en el sofá y tiro de la parte delantera de los pantalones. No es el tipo de excitación que quiero desperdiciar con cualquiera, pero estoy dispuesto a llamar por teléfono a otra si Liya me rechaza.

‘Si’ es la palabra clave en esa frase.

Donde me deslumbró su sonrisa es donde permanece su aroma, champán burbujeante con un trasfondo floral que me hace imaginar una dorada Nochevieja. Si cierro los ojos, casi puedo imaginármela con un vestido corto de lentejuelas brillantes, algo inocente que se burla de todos los ricos tesoros que esconde debajo.

Ricos tesoros que piden ser saqueados.

Siempre son mucho más salvajes por debajo, sonrío mientras acomodo los vasos de chupito sobre la mesa.

Justo cuando creo que se ha dado por vencida, la puerta se abre y alzo expectante mis ojos, viéndola morderse el labio inferior con sus dientes.

Le sonrío cariñosamente.

—Cierra la puerta tras de ti.

Se da la vuelta para cerrar la puerta y gira el pomo con un gesto de firmeza. Sus delicados dedos se detienen un momento en la madera hasta que se vuelve hacia mí, se recoge el pelo largo sobre un hombro y se lo retuerce con ansiedad.

Le hago un gesto con la cabeza para que se siente a mi lado.

—Siéntate.

Cada paso que da hacia mí envía señales eléctricas a mi polla, la ligereza con la que se sienta me provoca un cosquilleo. No recuerdo haber deseado nunca tanto a alguien.

Pero también soy consciente de las pocas mujeres que he encontrado como Liya.

—¿Otra copa? —le ofrezco mientras levanto el vaso—. Pareces sedienta.

Su voz es queda, pero su intención me golpea al susurrar:

—Estoy reseca…

Mientras acepta el vaso, sus dedos rozan mis nudillos. Un escalofrío de calor me recorre el cuerpo. La presión aumenta entre nosotros, hipnotizados por la forma en que sus labios se curvan sobre el borde del vaso. Hace girar el líquido en su boca antes de tragar, con mucho menos miedo que la primera vez.

Le está cogiendo el gusto, saboreándolo. Y yo espero saborearla a *ella*.

—Me alegro de que hayas cambiado de opinión.

Ella asiente mientras deja el vaso.

—Janine me sustituyó.

Me acerco a ella y deslizo el brazo por su espalda, arrastrando los dedos por la carne expuesta entre sus omóplatos. Un suave gemido sale de sus labios y se vuelve hacia mí con las cejas fruncidas, con una pregunta en la punta de la lengua.

Pero lo que está a punto de preguntar se disipa cuando cierro su boca con mis labios. Cada sonido que podría crear una pregunta se transforma en un gemido hambriento. Su voz seductora vibra al resonar contra mi lengua. Su cuerpo se pone temporalmente rígido cuando establezco el dominio y deslizo una mano entre sus muslos.

Es un movimiento tan sencillo que provoca una sacudida estremecedora, arrancando de sus pulmones un gemido largo y sostenido que me trago con gusto.

Es tan receptiva a mis caricias. Esta pobre chica no ha sido complacida en años.

No importa. La tendré temblando debajo de mí en cuestión de segundos. ¿Y después de eso? Ella querrá *mucho* más de mí.

Un suspiro quejumbroso sale de su garganta temblorosa cuando suelto sus labios para mimar su barbilla. Mis besos inclinan su cabeza hacia atrás y dejan al descubierto su cuello, revelando la vena palpitante y el rápido latir de su corazón. Sus pechos se hinchan con cada respiración mientras me meto en su escote y jugueteo con el botón de sus vaqueros, provocando un grito que declara su deseo.

—Me deseas mucho, ¿verdad, *devushka*?

Se le pone la piel de gallina mientras se esfuerza por hablar entre jadeos. Deslizo los dedos por debajo de la cintura de sus vaqueros y acaricio la parte delantera de las empapadas bragas.

Un gemido sale de su boca, seguido de

—Oh sí, *fóllame*…

—Paciencia.

Me clava las uñas en los hombros y yo le empujo la camiseta por arriba de su nariz. Su pezón se endurece bajo mi aliento, invitándome a sacar la lengua y acariciar su rosado bulto. Mientras mi boca juguetea con su sensible carne, mis dedos se enroscan bajo sus bragas y hurgan en los pliegues húmedos de su sexo.

Levanto la vista y observo la concentración que salpica sus facciones. Sus cejas se entrelazan y su boca forma un óvalo casi perfecto. Un leve grito ahogado se eleva y se detiene en su garganta cuando introduzco aún más el dedo en sus húmedos pliegues. Sus cejas se entreabren en señal de asombro y sus caderas se curvan hacia mí.

Ninguna de las mujeres de mi pasado había reaccionado así a mis caricias; solían ser ruidosas, propensas a emitir sonidos exagerados, como si pudieran convencerme de su falso placer.

Liya no. Sus delicados jadeos, el lento enrojecimiento de sus mejillas y el movimiento de sus caderas me instan a descubrir todas las llamadas y respuestas ocultas que pueda encontrar. Su

cálida piel me invita a recubrirla de afecto y empiezo a perderme en sus gemidos, tratando de satisfacer todo lo que pueda de su cuerpo.

El vodka recorre mi organismo mientras extiendo la lengua sobre su pezón, provocando un largo y áspero gemido de placer en lo más profundo de su ser. Enreda sus dedos en mi pelo y me atrae con fuerza hacia su pecho, indicándome adónde quiere que vaya a continuación.

—Por favor —consigue jadear—, te deseo.

Suelto un gruñido voraz mientras le quito la ropa. No me detengo hasta que su piel desnuda brilla de sudor en la penumbra. Gime extasiada mientras me despojo de la barrera de mi propia ropa.

Mi polla palpita en el aire. Hago un espacio en el escritorio. Apoyarla sobre la madera me cuesta poco esfuerzo y estudio su pelo despeinado, sus labios temblorosos y el rítmico subir y bajar de su pecho con cada respiración agitada. Frota sus piernas mientras me mira a través de las pestañas.

—¿Pavel?

Un ligero empujón mío separa sus muslos y deja al descubierto su humedad. Una franja de brillante líquido atrae mi boca.

Sin vacilar, la lamo y escucho sus torturados gritos, cada una de sus estremecedoras palabras pintadas en sus labios como un canto ritual con las entrecortadas sílabas de mi nombre.

Y no me detendré hasta que lo grite.

Capítulo 5
Liya

Me tambaleo al borde de la cordura mientras Pavel introduce sus dedos entre los pliegues de mi coño. La humedad facilita su recorrido mientras un suave gruñido retumba en su pecho. Veo mi excitación brillar en sus labios.

Creo que no voy a aguantar mucho más.

—Abre más las piernas —me ordena, con la voz entrecortada por el calor—. Eso es. Buena chica…

La cabeza de su polla presiona insistentemente contra mi entrada, arrancándome un gemido bajo de la garganta. Me tapo la boca con la mano mientras veo cómo se hunde en mi interior, al darme cuenta de que ésta es la última noche que seré virgen. No puedo decirle que es mi primera vez.

¿Y si se ríe?

¿Y si se *detiene*?

No, se supone que debo tomar lo que quiero, ¿verdad? Este es mi momento de vivir, una oportunidad de descansar de las entrevistas de la facultad de medicina, las facturas acumuladas, mi jefe de mierda y mi exigente hermano.

Necesito soltarme, aunque sólo sea unos minutos, unos *segundos*.

Merezco tener algo más.

Pavel me agarra la barbilla.

—Mírame.

Sus pálidos ojos verdes me atraviesan, acaparando toda mi atención. Me siento tan intimidada como excitada, y separo los labios justo cuando su pulgar me sube por la barbilla. Su pulgar se desliza en mi boca al mismo tiempo que su polla se hunde en mi humedad no reclamada. Largos y lentos bombeos rompen mi control.

Cada vez que me penetra más profundamente, mi cerebro experimenta sensaciones desconocidas que amenazan con hacerme pedazos.

Y lo agradezco.

Me estremezco cuando su mano libre recorre los pliegues y los picos de mi torso hasta que me aprieta el pecho derecho. Me introduce el pulgar en la boca y me ordena:

—Chupa.

Aunque sus rasgos son tranquilos y concentrados, su tono exige obediencia, teñida de una dominación que podría significar mi perdición si no hago lo que me dice.

Y, sinceramente, no me importa si hay amenaza de castigo.

Porque *quiero* hacer lo que me ordena, a pesar de la posibilidad de repercusiones.

Me mete el pulgar en la boca y él se inclina hacia delante para meterme la polla hasta el fondo. Mi coño se aprieta alrededor de su polla y gimo un instante por el dolor. El pellizco me aprieta aún más. La intensidad de su mirada me anima a morder la tensión y me catapulta a un mundo de placer cuando por fin pasa.

Y entonces me vuelvo loca.

No le he dicho que soy virgen, pero intuyo que ya lo sabe. Ralentiza su ritmo para permitir que me adapte y aumenta la intensidad del calor entre nuestros cuerpos.

Estoy follando con un completo desconocido, pienso. *Nada menos que en el despacho de mi jefe*.

Ensancho la boca para recibir de nuevo sus dedos y pongo los ojos en blanco mientras su otra mano me amasa el pecho.

Casi me dice que tiene intención de follarme hasta dejarme sin cerebro. Me dejo llevar por la tentación, el peligroso juego se tuerce a mi favor solo porque él lo permite.

Su tacto me devuelve a mi cuerpo y me invita a mirarlo con los ojos muy abiertos mientras la euforia me invade. Sus dedos abandonan mi boca y se enredan en mi pelo, agarrando los mechones con firmeza sin tirar de las raíces. Su aliento caliente, cargado de autoridad, me golpea la piel mientras susurra:

—Deja de retorcerte.

—No… puedo… evitarlo…

Me agarra el pelo con más fuerza y gruñe.

—Esfuérzate más.

Cuando me pellizca el cuello, gimo débilmente, entregando todo mi cuerpo a sus órdenes. Nada más importa ahora. Unas sensaciones desconocidas acaban con mis pensamientos y no sé si gritar o llorar. Ahogo otro gemido cuando acelera sus embestidas, agarrándome a su musculosa espalda con tanta fuerza que estoy segura de que lo marcaré como él me está marcando a mí.

Pero quizá sea eso lo que él quiere.

Un gemido entrecortado resuena en él cuando mis uñas recorren su espalda. Se agita febrilmente contra mí. Sus manos, el olor a sexo, los ruidos que hago cuando se separa con cada embestida viciosa me sacan todos los pensamientos de la cabeza.

No tenía ni idea de que mi cuerpo pudiera sentirse tan bien. Mis dedos apenas se comparan con el éxtasis que experimento bajo las manos de Pavel. Cada beso y cada caricia delatan su habilidad. Sus dedos talentosos recorren cada pico montañoso y cada valle oculto. Cuando sus dedos rozan mi clítoris, me estremezco y me aferro a él instintivamente, rodeándole la cintura con las piernas para impedir que me saque.

—Esto es lo que quieres, ¿verdad? —me dice.

Apoya la frente en la mía para poder mirarme mientras juega con mi clítoris.

—Oh Liya, estás *temblando* —susurra.

Me tiembla la voz mientras me esfuerzo por susurrar:

—No pares.

—No he dicho que puedas correrte todavía.

—Pero Pavel…

En su garganta vibra un gruñido de advertencia que me hace poner los ojos en blanco. Si cree que eso impedirá que estalle, se llevará una decepción cuando me sienta explotar. Me muerdo el labio inferior mientras intento controlar mi cuerpo.

Le he entregado cada gramo de mi cuerpo.

¿Qué me queda por controlar?

—Aguanta —me advierte—, y mírame.

Lo miro y una oleada de pasión me atraviesa al ver el calor radiante de sus ojos. Envuelta en su fuerza abrasadora, me agarro a él con todas mis fuerzas, usando sus hombros para sujetar mis caderas. Me siento demasiado bien para detenerme, pero sé que no podré evitar que la marea de placer me recorra si continúo.

Pero no puedo *parar*…

—Sé buena y córrete conmigo.

Asiento con la cabeza, aliviada, y gimo detrás de la lengua cuando me masajea el clítoris con más rapidez. Mi pecho se hincha de excitación. Sus penetrantes embestidas se transforman en un frenesí incontrolable que rompe su controlado semblante, sus gruesas cejas se desmoronan bajo

la presión de nuestros cuerpos retorciéndose.

Se me doblan los dedos de los pies cuando el placer empieza a crecer en lo más profundo de mi ser. Mi cuerpo se arquea hacia él como por instinto y me esfuerzo por no pensar en el calor que circula por mi clítoris.

Mi cerebro está vacío. Lo único en lo que puedo pensar es en su polla palpitante, sus caderas en movimiento, su lengua abrasadora…

Una ola de frío me recorre los pezones cuando me sostiene la mirada y gime:

—Córrete ahora.

Mis jadeos entrecortados se transforman en gemidos agudos, entrecortados por su mano que me tapa la boca. Algo se rompe dentro de mí cuando me doy cuenta de que puedo gritar tan fuerte como quiera.

Su nombre brota de mí en oleadas espesas y entrecortadas, mientras un éxtasis eléctrico me sacude por dentro. Pavel se entierra dentro de mí, su musculoso cuerpo se inclina hacia delante mientras su boca se aferra a la mía. En un instante, su lengua entra y la mía sube ansiosa a su encuentro.

Nuestra conexión se eleva, suspendiendo brevemente el tiempo y el espacio. No existe nada más que este momento. Nuestro acoplamiento cobra vida como gasolina arrojada al fuego. Mi cuerpo arde mientras su nombre permanece en mi mente y en mi boca, un testimonio de la forma en que me tortura y me alivia. Un suave resplandor acaricia mi piel mientras mi corazón late sin cesar en mi pecho.

Siento que me derrito bajo sus pies. Me vacía los pulmones con otro profundo beso, tragándose mis gritos mientras me sacudo y me agito bajo su poderoso cuerpo. Su polla se retuerce deliciosamente en mi interior mientras un calor abrasador y resbaladizo se derrama dentro de mí, tocándome en un lugar que nadie ha tocado jamás.

Confiarle información es una cosa. ¿Pero confiarle mi virginidad?

La Liya normal no habría hecho eso.

La Liya normal no habría tirado la cautela al viento con un extraño caliente, sexy y peligroso.

La Liya normal no habría tomado esa fantasía y la habría hecho realidad.

Pero en ese momento, la Liya normal, la chica que bebe mansamente detrás de la barra, ya no existía.

Una nueva Liya, más segura de sí misma, tomó el control y me concedió las mismas cosas que me perdí durante los años en los que simplemente intentaba sobrevivir.

Supe que no había vuelta atrás en el momento en que acepté la oferta de Janine.

En el momento en que crucé esa puerta.

En el momento en que cerré esa puerta.

Pero lo hice de todos modos.

Sin importar las consecuencias.

Capítulo 6
Liya

—Jesús, ha tardado una eternidad —murmuro mientras subo al andén del tren—. Qué mala suerte tener un retraso de una hora esta noche.

Mis músculos gritan mientras subo las escaleras, un dolor satisfactorio que se mezcla con el dolor habitual de cerrar el bar. Los primeros viajeros pasan a mi lado, reflejando mi agotamiento. Sus caras dicen: '*Sí, yo tampoco quiero estar aquí*'.

Me acomodo el bolso al hombro. *Al menos me dirijo a casa*.

Al subir las escaleras, la luz de la mañana se filtra por la acera y me detiene en seco.

Fantástico, pienso mientras giro a la derecha para dirigirme al Café de Cora. *¿Puedo tumbarme y morirme ya?* Pero ya sé la respuesta. Es un *no* rotundo.

El tráfico suena a mis espaldas cuando abro la puerta de la cafetería. Una máquina de café expreso aparece bajo las suaves capas de música mientras me dirijo al mostrador para pedir lo habitual de Jonas: un burrito de huevo y queso con salsa picante extra aparte. Pienso en pedir uno para mí cuando me ruge el estómago.

Ya que el ruso ha dejado de propina más que el sueldo de un mes, mejor darse un capricho. Pongo los ojos en blanco. Hasta que mi pervertido jefe decida cobrar su parte mañana o alguna gilipollez.

Olvídate del sucio Dmitri. Sólo de pensar en Pavel me entra un subidón. Mientras pago el desayuno, un calor me recorre la espina dorsal y bostezo para ocultar las mejillas enrojecidas de tanto pensar en una polla demasiado buena para el consumo privado.

Ese hombre no tiene nada de humano. Me meto en la neblina del ruido de la ciudad y me arrastro hacia mi destartalado apartamento. *Es una fantasía. De las que sólo aparecen en sueños*.

Llego a la tienda de delicatesen de la esquina, situada debajo de un alto edificio de apartamentos de mala muerte, pero probablemente no tan deplorables como el mío.

Con la bolsa del delicioso desayuno bajo el brazo, atravieso la puerta roja que da al vestíbulo de los apartamentos. Si el asco fuera un artículo de la última revista de diseño, sería este lugar. Está tan sucio que casi no me doy cuenta de que el ascensor tiene un cartel que dice FUERA DE SERVICIO.

Dios, si tengo que subir más escaleras, creo que me volveré loca. Pero las subo. Porque tengo que hacerlo. Porque necesito llegar a casa ya.

El rellano del quinto piso me arroja a un pasillo poco iluminado con moqueta oscura. Estoy casi seguro de que la moqueta era verde, pero años de inquilinos sospechosos entrando y saliendo de

la estructura, que se va deteriorando lentamente, la han reducido a un color turbio que me hace pensar en moho. Arrugo la nariz instintivamente.

Dios, espero no estar inhalando esporas.

Los pensamientos de enfermarme se desvanecen de mi mente mientras observo el pasillo. Hoy hay algo que no me gusta.

Desde mi apartamento no oigo la televisión dando las noticias de la mañana. Los ronquidos de camionero de mi hermano no se filtran en el pasillo. Ni siquiera los vecinos de la 5D se gritan, como es habitual cuando llego a casa tan temprano.

La aprensión me golpea en la cara cuando encuentro la puerta de mi apartamento entreabierta.

Ahora no. Por favor. No un robo encima de todo lo demás.

—¿Jonas?

Mi voz suena como si nadara en el vacío. Empujo la puerta sin notar cómo chirría como las bisagras de una vieja cámara oxidada. El salón vacío parece un espacio liminal congelado en el tiempo. Incluso el sofá parece hundirse con una extraña tensión por no albergar a mi hermano dormido.

Esto es malo. ¿Dónde demonios está Jonas?

El ruido blanco zumba en mis oídos mientras voy arrastrando los pies hacia el salón y me giro para entrar en la cocina. La tensión se desvanece cuando veo a Jonas en la mesa.

—Hola. *Jesús,* cuando no contestaste, pensé…

Aparecen unos hombres de aspecto rudo. Mi corazón se aprieta mientras los miro fijamente, el reconocimiento aflora enseguida. Los nombres flotan en mi mente. *Volodya*. *Kostya*.

No. No son reales. Me quedé dormida en el metro. Debo haberlo hecho.

Trago saliva. *Por favor, dime que estoy soñando.*

Parpadeo rápidamente, intentando aferrarme a la realidad. Es imposible que los chicos del bar estén aquí ahora mismo. No hay ninguna posibilidad de que el sexy ruso con el que acabo de follar esté en este momento en mi cocina mientras hace girar una moneda sobre sus nudillos.

Lanza la moneda al aire y la atrapa cuando me ve. Tiemblo mientras me fuerzo a preguntarle:

—¿Qué hacen aquí?

—Cállate —suelta Jonas.

Algo *no* va bien.

El pesado silencio que nos rodea se espesa con aprensión, mi aprensión. Me tomo mi tiempo cambiando de caras, absorbiendo cada una de ellas, intentando encontrar la respuesta en quienquiera que se moleste en mirarme. Que no parece ser nadie más que Pavel.

Mi hermano no parece preocupado. Parece casi… feliz. Como si le hubiera tocado la maldita lotería.

—No más sobras, Liya. No más arrastrarse —explica Jonas mientras cruza las manos sobre la mesa—. No más huir de donde pertenezco.

Quiero decir algo. Quiero preguntar. Pero sé que no debo replicar cuando Jonas me habla del lugar al que pertenece. La última vez que lo hice, me molió a palos. Me fulmina con la mirada desde el otro lado de la habitación y añade:

—Voy a recuperar mi puesto. Y todo empieza contigo.

Ahora sí que tengo *verdadero* miedo.

—La Bratva Suvorov ha acordado una alianza —explica—. La mafia Citta Nostra será mía como se suponía que sería cuando nuestro padre fue asesinado por ese bastardo.

—Félix Cardona.

El nombre se me escapa de los labios antes de que pueda evitarlo. Mi hermano se estremece ante la mención del capo que nos robó nuestro mundo y luego añade:

—A cambio, la Bratva Suvorov necesita una muestra de buena fe. Poner la piel en juego, por así decirlo.

Su fría mirada me penetra.

—Así que le prometí tu mano en matrimonio —dice y su sonrisa de satisfacción me aterroriza.

Se me hace un nudo en la garganta.

—No es posible que tú…

De repente, me cuesta respirar. La habitación da vueltas y mi mente se acelera mientras dejo caer la bolsa con el desayuno al suelo. El contenido se agita. Ni siquiera lo oigo. Ni siquiera siento que mis pies retroceden ni oigo el graznido que sale de mis labios.

Cuando miro a Pavel, no siento la excitación que sentí horas atrás mientras me follaba en el despacho de mi jefe.

¿Una nueva Liya más segura de sí misma? Más bien una Liya *imprudente*.

La Liya normal no habría hecho eso.

¿Cómo pude ser tan estúpida?

Pero nada podría destruirme más que el anuncio de mi hermano:

—Puedes inspeccionarla si quieres.

El miedo me agrieta la columna vertebral y me debilita las rodillas. Estoy a punto de caer al suelo mientras busco en el rostro de Pavel una pizca de decencia, un ápice de piedad que pueda detener esta locura. Cada centímetro de mí suplica: *por favor, no lo hagas*.

—Desvístanla —dice Pavel a sus hombres. Su voz es aburrida, fría y carente de emoción.

Ninguno duda. Mi ropa se amontona en el suelo mientras me abrazo los hombros, aterrorizada por la forma metódica en que retroceden y miran mi cuerpo.

Como si fuera un caballo en venta. Por un instante, me pregunto si Pavel está a punto de pedirme que abra la boca para revisarme los dientes.

El chasquido de un cinturón y el crujido de la ropa me sacan de mis pensamientos. Segundos después, Pavel me tumba en la mesa de la cocina con su polla palpitando entre mis muslos. Es tan clínico e insensible como un examen médico, obstruido por la ansiedad que rezuma por mis poros.

La pasión que acompañaba sus caricias en *Blaczak's Horseman* ha desaparecido. Se me entumece la boca y aprieto los labios hasta formar una línea plana; las orejas me laten al darme cuenta de lo silenciosa que se ha vuelto la cocina. Todos los ojos puestos en mí.

En nosotros.

En lo que me está haciendo *enfrente de mi hermano*.

Cuando Pavel me acaricia el interior de los muslos, me vuelvo hacia Jonás, con una súplica asustada en los labios. *¡Por favor, ayúdame, Jonas! ¡Por favor!* Intento pronunciar las palabras, pero no me sale nada.

Ni siquiera puedo pensar en esta posición. Mis pulmones se esfuerzan por aspirar aire. Unas manos ásperas me agarran los muslos y me obligan a separarlos.

Jonas se queda inmóvil, mirándome a los ojos suplicantes, y me doy cuenta de que…

Ya ha tomado su decisión y no hay nada que le haga cambiar de opinión.

Saberlo agota la poca energía que me queda. Siento que mi cuerpo se afloja mientras todos los pensamientos de lucha desaparecen.

Y entonces Pavel me abre de un fuerte empujón, enterrándose hasta la empuñadura en mi dolorido coño.

Grito, arqueándome por la fuerza de su embestida. No afloja el ritmo ni se toma su tiempo. Esto no se parece en nada a lo que habíamos hecho antes. Esta vez no le importa mi placer. No hay sentimiento ni atracción. Sólo los movimientos del sexo.

Subo las manos para tocarle, pero él las sujeta en la mesa junto a mi cabeza.

No puedo cubrirme, aunque quiera.

—Esta es la única forma de conseguir todo lo que quiero —me dice Jonas, ignorando que me están follando delante de él—. Es hora de que empieces a tirar de tu propio peso en la familia.

—Nunca quise esto —gimo débilmente. El dolor me sacude el centro y cierro las manos en puños, clavándome las uñas en la palma—. Sólo quería ser normal.

—Esta *es* nuestra normalidad, querida hermana.

Pavel gruñe mientras se inclina hacia delante para sujetarme las rodillas contra el pecho, exponiéndome a los demás hombres de la habitación. La vergüenza se apodera de mi mente cuando siento que mi coño se humedece con cada embestida, y lucho por no llorar.

El calor me escuece y me eriza la piel de vergüenza y placer al mismo tiempo. El sonido y el olor del sexo abruman mis sentidos. Miro fijamente a Pavel, que me mira con dos ojos verdes sin emociones mientras me usa.

Esto es lo que veré el resto de mi vida.

Capítulo 7
Pavel

Entro en el vestíbulo de mi ático, las luces brillantes se reflejan en las baldosas blancas pulidas. Liya tropieza detrás de mí, chirriando al engancharse con algo. No sé con qué. No me molesto en darme la vuelta y mirar.

—Kiril Vladimirovich —le digo con profesionalidad al hombre que está cerca de la recepción. Rezuma desesperación. Apesta como el sudor de un animal herido, igual que su abrumadora colonia.

Un saludo tradicional ruso sale de mis labios mientras le doy la mano. Luego le digo con firmeza:

—Espera aquí.

Parece como si quisiera discutir, pero no lo hace. No se atrevería. Ese tipo de contesta acabaría con una bala en su cerebro.

Pero algo en su forma de observarme me dice que esta mañana está lleno de sorpresas. ¿Qué será esta vez?

Llamo a mi ama de llaves al vestíbulo. Cuando aparece, le digo:

—Viktoria, lleva a mi prometida arriba. Ponla cómoda —Echo una mirada crítica a Liya y añado —: Ponla *presentable*.

Liya parece congelada, con los hombros encogidos y agarrando la rebeca que cogió antes de irnos. Ninguna prometida mía va a parecer un maldito ratón asustado. Puede *comportarse* así todo lo que quiera conmigo en el dormitorio, pero en público tiene que estar impecable.

Viktoria inclina la cabeza, demostrando ser una de las pocas personas que me obedecen de verdad. Liya aprenderá. Con el tiempo.

Me aseguraré de ello.

—Kiril Vladimirovich —llamo mientras marcho hacia mi despacho—. Ven conmigo.

Salta de la silla y corre tras de mí, acompañado de una conocida joven de ojos azules y pelo negro. Ella me sonríe afectuosamente mientras sigue a su padre, pero nada podría haberme alegrado más el día que *verla* sonreír en mi dirección.

Ella asiente con la cabeza al pasar.

—Pavel Sergeyevich.

Suspiro pesadamente mientras agarro el pomo de la puerta de mi despacho. El aire fresco me envuelve y huele a limpiador de pinos.

—Zoya Kirilovna, qué bien que te unas a nosotros.

Ese pequeño chillido de afecto que brota de ella me pone enfermo. Pero los conduzco a ambos a mi despacho sin discusión. Él es mi brigadier, y ella es su hija.

Y ahora veo la oposición que me espera.

Un furioso Kiril se acerca a mi escritorio.

—¿Prometida?

—Sí, mi prometida —repito mecánicamente mientras me desabrocho la americana. Me la quito de los hombros y la cuelgo en el perchero de la esquina.

—Esperaba que te casaras con Zoya —dice con tono crispado mientras señala a su hija. No la miro. No necesito mirarla para sentir cómo me atraviesan sus afilados ojos—. Por el acuerdo al que había llegado Sergey Ivanovich. ¿O te olvidaste convenientemente de eso?

Juego con el nudo de mi corbata.

—Mi padre tenía la costumbre de hacer promesas que no podía cumplir —pasando mi vista sobre ella—. Casarse no fue exactamente una idea inteligente de su parte.

Aparte de su estremecimiento, no muestra ningún signo externo de disgusto por el golpe. No hay resentimientos, en realidad. Todo el mundo sabe que casarse con alguien de tu nivel o superior es lo mejor.

Fue divertida mientras duró, reflexiono. *Pero ya es noticia vieja*.

—Esto es un insulto —afirma Kiril—. Mi hija está más que dedicada a ti. Ya está más que comprometida. Dejarla de lado es ignorar lo que tu padre quería.

—Mi actual acuerdo es por el futuro a largo plazo de la Bratva. Por nuestra presente guerra contra Félix Cardona y la mafia Citta Nostra.

—Tu padre ha de revolcarse en su tumba —se queja. Añade unas cuantas frases más en ruso que entran y salen de mis oídos. Advertencias. *Maldiciones*. Todas flotan sobre mi cabeza.

Aunque su opinión no debería importarme, si me importa. Porque su desacuerdo socavará mi autoridad.

—No acepto esto —argumenta Kiril—. Estás escupiendo sobre la última voluntad de Sergey Ivanovich Suvorov.

—Puedes estar en desacuerdo todo lo que quieras, pero eso no cambiará mis planes —digo.

Sus facciones se ensombrecen.

—Él deseaba que tú y Zoya se casaran. Es un honor a su memoria. ¿No quieres conmemorarlo?

—¿No hizo la lápida un buen trabajo en eso?

Es inútil discutir. Una mula testaruda como Kiril me taladrará hasta que le dé lo que quiere, o algo parecido, usando a mi padre como arma secreta.

De lo que no se da cuenta es de lo hijo que soy de mi padre.

—No serás un Pakhan hasta que el matrimonio esté completo —añade—. Hasta que seas reconocido por *todos* los brigadieres.

Y ahí está la complicación, ¿no? Sería más fácil deslizar un cuchillo a través de su corazón y hacer que su hija mire. A lo sumo, aliviaría mi dolorido ego de escuchar tal disidencia de su parte.

Pero no puedo hacer eso.

Oírlo es una traba en mis putos engranajes, pero es verdad, y sólo va a empeorar mis circunstancias sin su aprobación. Incluso muerto, mi padre sigue manejando los hilos, minándome.

Mi mandíbula se tensa. *Hice cosas sucias por él. Masacré mis aficiones. Maté por él, joder.*

Miro fijamente a Kiril, que retrocede un paso mientras me apoyo en el escritorio. *Todo lo volvería a hacer, joder.*

—¿Tienes intención de desafiarme? —pregunto inexpresivo.

Los ojos de Zoya están más redondos que nunca, derramando miedo como cascadas. Es una reacción agradable, saber que se preocupa más por su dulce padre que por sí misma, porque significa que todo lo yo que haga para perjudicarlo a él, le dolerá más a ella. Ella aceptaría un golpe si eso significara la supervivencia de él.

Y eso me satisface.

Kiril inclina la cabeza.

—No te desafiaré por respeto a tu padre.

El resentimiento empapa esas palabras. Eso es algo que no puedo permitir.

Su desafío se extenderá como una enfermedad entre los brigadieres, causando una pandemia generalizada que no hará nada por mejorar mi estatus. Hará fracasar cualquier plan para superar el férreo control que Citta Nostra ya tiene sobre nosotros.

—Fuera —declaro fríamente—. Ambos.

Zoya se inclina hacia su padre como si estuviera posando para un óleo. Dios mío, es como si quisiera un Globo de Oro por su actuación de hoy. El público aplaude después de su llorosa actuación.

Me *enferma*.

Cuando se han ido, cojo la americana del perchero, me la pongo y me abrocho el botón de arriba mientras salgo volando por la puerta. Pulso el botón del ascensor, miro los números que descienden por encima de la puerta y repaso mentalmente las condiciones de mi acuerdo matrimonial.

¿Qué tan fácil fue para Jonas renunciar a su hermana? Ni siquiera dudó, ofreciéndola como edulcorante para nuestra alianza. Ella no tiene ni idea de lo fácil que fue tramitar su entrega.

Sonrío satisfecho. *Pobrecita*.

Una chica tan dulce no podría haber sabido de lo perfecto de nuestro encuentro. Y aunque la coincidencia podría haberse visto como una señal de Dios sobre los regalos que nos esperan, yo simplemente lo vi como una oportunidad.

Suena el ascensor. Entro y pulso el botón correspondiente.

Mientras se cierran las puertas, pienso en *lo apretado que tiene el coño. Todo lo que se retuerce. Y las caras que pone cuando se excita.…*

Gruño mientras me ajusto los pantalones. Otra erección no va a hacer una mierda por mí, salvo dificultar mi concentración. Cruzo las manos sobre la parte delantera de mi cuerpo y vuelvo a sentir un hormigueo de deseo.

Sus chillidos torturados se pasean por mi mente como una marquesina iluminando la acera.

Fóllame salpicó sus facciones en cuanto sus ojos se posaron en mí. Me estaba desnudando tanto como yo a ella. Su negativa solo hacía que burlarse de ella fuera mucho más dulce.

Sonrío mientras pienso en todo lo que me espera. Una esposa aportará estructura, legitimidad y sentará las bases de un legado.

Su hermano me entregó la llave de la Citta Nostra y me regaló un juguete.

El hombre es un tonto que está cometiendo un gran error.

El ascensor suena al llegar a mi planta y me miro en el espejo, me ajusto la corbata, me arreglo la americana. La apariencia lo es todo, y me repito una y otra vez que por eso me miro en el espejo.

Todo gira en torno a la apariencia aquí. Nada más, nada menos. Es lo único que me dará de comer al final del día y mantendrá a raya a mis brigadistas. La apariencia resonará por toda la Bratva e inspirará la lealtad de todos los rincones de esta ciudad, puede que incluso más allá. Las posibilidades son infinitas.

Esto no se trata de amor, ni siquiera de afecto.

Se trata de poder.

Y tengo la intención de exprimir hasta la última gota que pueda de Liya Bernadetti.

Capítulo 8
Liya

Oh Dios, oh mierda, oh joder. ¿Qué diablos estoy haciendo aquí?

La opulencia me rodea mientras la mujer —Viktoria, creo— me enseña un ático envuelto en blanco. Alfombras de felpa blanca, tapicería blanca, sábanas de seda blanca en todas las camas…

Es absolutamente impresionante. De verdad, es un sueño. Un *cuento de hadas* en la vida real.

Pero, no puedo encontrar en mí ningún tipo de emoción. ¿Por qué *demonios* lo haría?

Mi hermano acaba de venderme al mejor postor, lo cual resulta ser al jefe de la mafia rusa.

El mismo con el que literalmente me emborraché y me lie hace unas horas.

Viktoria chasquea los dedos delante de mi cara.

—¿Has oído lo que he dicho, *krolik*?

Parpadeo.

Ella me devuelve el gesto, con un ojo mucho más pequeño que el otro. Las arrugas marcan sus rasgos y la plata salpica su negro pelo. Sus iris helados, como trozos de glaciares del Ártico, me congelan. También es muy bajita, tanto que resulta cómico.

Pero sé que no debo reírme.

Todo lo demás en ella es formal y correcto: blusa, falda, medias, zapatos, todo negro. Su postura es perfecta. No se encorva ni se repliega sobre sí misma. Hace honor a su puesto de ama de llaves, y también se comporta con dignidad. Tal vez haya algo de amabilidad ahí dentro.

—¿Y bien? —exige en voz alta—. ¡Habla!

O tal vez no.

Jesús, ¿estoy ante una mujer mayor o frente a Baba Yaga?

Su grueso acento se cuela en mis oídos.

—¿Tengo que pellizcarte?

—No, por favor, no lo haga.

—Repite lo que he dicho.

Me esfuerzo por escarbar en mi cerebro. Ya han pasado muchas cosas. ¿De verdad esperaba ella que le prestara atención?

A lo mejor no es mala. Tal vez sólo está atascada como yo.

—Lo siento. Yo no…

Aúllo cuando pellizca mi brazo. Al instante una mancha roja asoma como la picadura de un mosquito.

Me froto la parte superior del brazo. Es vieja, pero tiene las uñas afiladas.

—Creo que rompiste mi piel.

—Consigue una piel más dura.

—No sabes lo que él me hizo —digo y la fulmino con la mirada.

—Puedo decirte lo que te *hará* si no te alistas.

Eso me hace callar rápidamente. Me quedo mirando el punto que me ha pellizcado mientras ella continúa:

—Si haces bien tu papel, Pavel Sergeyevich sólo estará en tu vida por un rato. ¿De acuerdo, *krolik*?

—¿Qué significa eso? ¿Por ‘un rato’?

Ella suspira y asiente.

—Cuando te quedes embarazada y tengas a su heredero. Eso será en poco tiempo.

—Eso no va a pasar —digo y me estremezco.

Se ríe amargamente, cerrando los ojos con diversión.

—Lo que tú digas —dice. Su risa se apaga y se va a la otra habitación, dejándome sola—. La conejita cree que puede hacer lo que quiera. ¡Ja!

El pánico aumenta cuando miro a mi alrededor. Aunque todo parece un deslumbrante país de las maravillas de lujo, veo este lugar como lo que es. No se puede negar a estas alturas.

Es mi prisión.

La ropa de diseño del armario es mi uniforme. La ropa de cama de seda es mi catre. Estas paredes color crema son las barras de hierro. Lo único que falta es el Alcaide.

Miro fijamente hacia la puerta vacía donde antes estaba parada Viktoria.

Bueno, en realidad…

Estoy a tres segundos de desmayarme cuando Pavel entra en el dormitorio. Es extraño ver cómo su traje oscuro contrasta con todo.

Como un demonio entrando en un lugar celestial.

Es el diablo. Mis ojos revolotean hacia su frente, esperando cuernos. ¿Grandes y rojos o altos y negros en espiral? ¿Cuál elegiría él? *Y este es mi infierno*.

Trago saliva y pongo cara de valiente para preguntarle:

—¿Qué me va a pasar ahora?

Gimo cuando se centra en mí, con gemas verdes esmeriladas que arden como carbones calientes en mi carne.

—Viktoria delineó tus deberes. Serás mi esposa y tendrás un heredero. Nos casaremos dentro de cuarenta y ocho horas —dice él como si cualquier cosa.

¿De verdad puede ser tan sencillo?

—No puedes hablar en serio —digo, parpadeando rápidamente.

—¿Te parece que estoy bromeando, Liya?

Se acerca a mí con calma, el hombre coqueto del bar se desvanece a cada segundo que pasa. *¿Estuvo alguna vez ahí?* Ahora está a centímetros de mí, con energía pura rebosando en su postura.

—No me gusta repetir las cosas —agrega.

Mis muslos se crispan instintivamente, y casi odio cómo responde mi cuerpo ante él.

¿De verdad es el mismo que me quitó la virginidad?

Me relamo los labios.

—¿Y si… y si me niego?

—Tienes una elección —explica—. Mi mujer. O mi puta.

Es casi como un instructivo, como si se deslizara por una presentación de PowerPoint. Esta no

puede ser mi vida.

Frunzo el ceño mientras recuerdo cómo me pellizcó Viktoria. Cuando mis dedos encuentran el punto dolorido, hago una mueca de dolor. *No, sigo despierta. Maldición*.

—Como mi esposa —explica Pavel—, serás tratada con dignidad y estarás bajo mi total protección. Te conviene aceptar el acuerdo.

Mis cejas se fruncen. Matrimonio forzado, ¿no se prohibió eso en algún momento?

Claro, me doy cuenta de que estoy tratando con la mafia, pero tiene que haber *algo* que pueda hacer para evitar esto. No estoy lista para el matrimonio. Tengo planes. ¡Tengo una solicitud para la escuela de medicina que se está procesando ahora mismo!

No puedo desaparecer así, sin más.

Le miro de mala gana. Pero *él* puede hacerme desaparecer. Sin duda alguna.

—¿Y lo otro? —intento, me cuesta decir las palabras—, ser… tu…

Sonríe, con malicia y sin piedad.

—Serás utilizada por mí y por mis brigadieres, mis hombres —se aproxima y me hace retroceder de espaldas—. A nuestro propio antojo.

Me agito e intento agarrarme a algo antes de tropezar y caer en la alfombra.

—Y serás tratada como una buena putita, siempre que te ganes lo que vales de rodillas y de espaldas.

Mi trasero choca contra la cómoda. El espejo choca contra la pared y me sobresalto. Él está tan pegado a mí que noto cuánto le atrae la idea.

Mejor no. Trago saliva. *Le gusta demasiado. No puedo permitirlo*.

—Hay una cosa más, *devushka* —dice con su nariz rozando mi mejilla, pequeñas chispas me encienden la piel en confuso deseo, hasta que su aliento me llega caliente a la oreja mientras me susurra—: Mataré a tu hermano si me desafías. Así que te lo preguntaré otra vez: ¿qué elegirás? Esposa o puta.

Tiemblo tanto que casi ni me escucho hablar.

—Esposa.

Pero es demasiado tarde. Mi lealtad a mi hermano gana.

Como siempre.

Él retrocede y me acaricia la mejilla con el cariño de un hombre que observa su juguete nuevo. Me cuesta no apartarme de él como si estuviera hecho de fuego y azufre, pero sé que no debo.

No me atrevería.

Si haces bien tu papel...

Le sostengo la mirada un momento, esperando poder sobrevivir sólo con mi voluntad. Si eso es lo que hace falta, lo haré.

Cuando se va, me desplomo sobre la alfombra más hermosa que he visto en mi vida. No hay ni una maldita mota de moho aquí. No, señor. Estoy muy lejos de donde vivía.

Y sólo porque mi hermano me vendió.

Viktoria entra en la habitación y me levanta del suelo.

—A la cama. Necesitas descansar.

—Viktoria, no puedo hacer esto.

—Lo mejor que puedes hacer es someterte y darle un hijo sano.

Se me saltan las lágrimas.

—No quiero dar a luz.

—Todos hacemos cosas que no queremos para sobrevivir. ¿Entiendes?

Sacudo la cabeza desafiante. No puedo decirle que no a Pavel, pero sí a ella. Ella no puede quitarme este poder. ¿O sí?

—Dale lo que él quiere —repite ella mientras me levanta las piernas y las envuelve con las sábanas. Es el mayor cuidado que me ha mostrado, y me hace preguntarme si es el mayor cuidado que me mostrará nunca—. Sufre un poco y no tendrás que volver a tratar con él nunca más.

Ella asiente como si hubiera dicho la más dorada de las reglas. Dios, ¿puede ser tan fácil? ¿*Será* tan fácil?

Tengo una forma de averiguarlo.

—Viktoria, por favor, te lo ruego.

Pero puedo sentir que empiezo a resbalar. No he pegado ojo desde que llegué a casa y descubrí a esos hombres —*brigadieres*— parados en mi cocina como si fueran los dueños. La forma en que el gélido comportamiento de mi hermano cayó sobre mí mientras Pavel me partía como un tronco perseguirá mis sueños para siempre.

Mis ojos recorren la habitación. ¿Es aquí donde voy a soñar? ¿Follar? ¿*Luchar*?

Esto no puede ser el final.

Agarro el brazo de Viktoria, casi con miedo de rompérselo con lo frágil que parece. Pero es dura como una roca. Me doy cuenta.

Tiene que poder ayudarme.

—¿Hay algo que pueda hacer? —pregunto.

Me aparta el brazo.

—Ya te lo he dicho. Cama y descanso. Te traeré té —dice y me obliga a poner los hombros en la cama—. Descansa.

Y eso es todo. Eso es todo lo que me da. Se va antes de que yo pueda protestar.

Me quedo revolcándome en el invasivo silencio sin nada más que mis pensamientos dando vueltas en mi cabeza.

Jonas, pienso mientras me llevo las manos a la cara. *¿Cómo has podido hacerme esto?*

El hombre que me cuidó durante nuestros peores años acaba de echarme a los lobos. Sin consulta. Sin opinión informada. Simplemente me echó a la calle como si yo no importara.

Aunque no estoy en *Skid Row*, siento que podría estarlo. Estoy atrapada en una red de crimen y miedo, insegura de mi posición.

¿Cómo puedo hacer esto si ni siquiera sé hablar ruso?

Me burlo de ese absurdo pensamiento. Esa es la menor de mis preocupaciones ahora.

La ira crece y luego se disipa. No puedo odiar a mi hermano por mucho que lo intente. Nuestras condiciones más indigentes siempre cambiaron gracias a él y a sus contactos. Él salvó mi vida.

Y luego me la quitó.

¿Dónde está el hermano mayor cariñoso y protector que una vez conocí?

Entierro la cara entre las manos mientras las lágrimas brotan de mis ojos. El terror y la ansiedad

empapan las palmas de mis manos. Las sábanas que tengo debajo parecen más adecuadas para la realeza que para una niña harapienta envuelta en una vieja rebeca.

¿Qué demonios voy a hacer? Mi cerebro da vueltas a todo tipo de escenarios mientras sollozo entre mis manos. Vuelvo a pensar en todo lo que me dijo Jonas sobre la responsabilidad. Me saca de mis sollozos histéricos y me obliga a respirar. Resoplo mientras me siento y me abrazo las rodillas al pecho.

Eso es. Sólo respira.

Aunque la habitación sigue inclinándose, no siento que esté a punto de caerme de la faz de la tierra. Deber, responsabilidad, lealtad: son las cosas que me han inculcado desde que era niña. Jonas me enseñó todo lo que sé. Él es la columna vertebral de nuestra familia.

Y él sabe lo que es mejor, en última instancia.

Mis lágrimas se secan mientras miro fijamente la televisión pantalla plana de la pared. Tengo una habitación, comida, una bruja con un infame pellizco pero que puede decirme exactamente lo que tengo que hacer… ¿tengo realmente mucho de lo que quejarme?

La mayoría de las chicas como yo no lo entenderían. ¿No debería estar agradecida?

Es por mi familia, decido resueltamente.

Seré la mujer de Pavel.

Tendré sus hijos.

Aprieto el collar de oro que descansa sobre mi pecho, la fuerza arde en mis venas mientras me juro a mí misma.

—Pero *nunca* le amaré…

Capítulo 9
Liya

—¿Dónde demonios estás? —pregunta Willow al otro lado del teléfono.

Mi mejor amiga está comprensiblemente disgustada, pero no tiene ni idea de la montaña rusa emocional que he vivido en las últimas veinticuatro horas.

—Es una larga historia —le digo.

—Te he mandado miles de mensajes —contesta ella—. ¿Estás enfadada por lo de la oferta de trabajo? ¿Es por eso? A menos que… —Hace una pausa, con una sonrisa evidente en la voz cuando dice—: Te liaste con ese buenazo tío, ¿no?

—No, sí… Willow, escucha, es complicado.

—¿Qué tan complicado puede ser? Lo ves, lo quieres y lo tienes.

Gruño.

—¿Puedes dejarme terminar?

—Jesús, está bien. Lo siento. Soy toda oídos.

Y entonces todo lo que ha pasado en las últimas horas sale de mí como un vómito de palabras. Aunque es mucho peor que un vómito de palabras. Es lodo mugriento, drama en crack, la trama de una mala película de mafiosos, un estúpido guion de teatro que nadie se molestó en tratar de editar.

Como demonios quieras llamarlo, es el material de la vida de otra persona. No la mía.

Intento no llorar mientras la última de mis explicaciones se cuela por el teléfono. *Dios, ¿por qué tiene que ser mi vida?*

Cuando termino de poner al día a Willow, la línea se queda en un silencio sepulcral.

Por favor, no me abandones también. No puedo hacer esto sin ti. No puedo hacer esto si nadie está de mi lado. Por favor, por favor...

Siento alivio cuando veo que la llamada sigue conectada.

Al menos ella sigue aquí. No me dejará. No puede. ¿Verdad?

Ella se aclara la garganta.

—¿Así que tienes que *casarte* con ese Pavel?

—Sí.

—Por tu hermano —suspira—. ¿Para que él pueda reclamar la Mafia de tu familia?

Cierro los ojos e inclino la cabeza.

—Sí.

La línea vuelve a quedar en silencio antes de que Willow diga por fin:

—Vale, eso ha escalado rápidamente.

—No me digas —Sacudo la cabeza—. Esto es una pesadilla.

Se burla.

—No estás indefensa, Liya. Lo que hizo Pavel es un *secuestro*. Voy a ir a la policía. Alguien tiene que contarles esto y…

—¡No! —grito. La palabra sale de mi boca antes de que me dé cuenta.

—¿Qué? ¿Por qué no? —responde—. ¿Hablas en serio, Liya? Tu hermano te vendió literalmente a la puta *mafia rusa*.

El nudo de ayer vuelve a mi garganta. Me toco ligeramente la carne mientras tiemblo de miedo.

¿A quién quiero engañar? El nudo nunca se fue. Sólo aprendí a ignorarlo.

Como ignoro todo con mi hermano.

—Este es un asunto familiar complicado, Willow. No puedes entrar a una estación de policía y decirles todas estas cosas.

—Joder, pues mírame, chica.

De algún lugar profundo de mi alma brota el tono más poderoso que he usado en mi vida... y me asusta cuando lo uso con mi mejor amiga:

—Willow.

Pero funciona. Ella se calla.

Por ahora.

—Déjame explicarte lo que me dijo mi hermano —ofrezco en un tono más suave—. Y necesito

que dejes de flipar un momento, ¿vale? Esto es importante.

Ella toma aire y suspira:

—Vale.

Aunque sé que estoy sola, compruebo la habitación de todos modos. Viktoria está atendiendo el ático mientras Pavel está en algún lugar dentro del edificio con sus brigadistas. Tengo suerte de tener este espacio para mí sola.

Tengo suerte de que Pavel me haya permitido conservar mi teléfono. No sé qué haría sin poder hablar con Willow. Estoy seguro de que hay un portátil por aquí en alguna parte, pero es bueno tener mi propio dispositivo.

Uno que no esté siendo potencialmente monitoreado.

—Nuestro padre era el jefe de la mafia Citta Nostra hasta que fue traicionado y asesinado por uno de sus capos hace diecinueve años —digo—. Un hombre llamado Félix Cardona.

—Liya, eso es horrible —dice con evidente preocupación en su voz.

—Esa era la menor de nuestras preocupaciones. Tuvimos suerte de tener capos leales que nos llevaron a Jonas y a mí para que no nos masacraran.

—Jesús.

Mi perspectiva cambia al recordar la aterradora confusión, las noches sin dormir, las interminables carreras. ¿Qué clase de vida es esa para unos niños?

Sacudo la cabeza.

Es lo que nos tocó. Es inútil enfadarse ahora.

—Cardona se hizo cargo de la mafia Citta Nostra y ha estado al mando desde entonces. Y se ha llegado al acuerdo de que mientras no intentemos hacer nada para reclamar la Citta Nostra, nos dejarán vivir.

—Vaya, qué delicia —resopla ella—. Esto es... mucho para asimilar, Liya.

—Imagina cómo me siento yo.

Las palabras parecen veneno en mis labios, pero no me disculpo. No le ruego que perdone mi brusquedad. ¿Quién puede culparme por estar molesta?

Nadie.

Y ella lo entiende.

O eso creo.

—Así que no puedo ir a la policía porque… —ella se calla entonces, probablemente poniendo la misma cara de confusión que he visto un millón de veces—. Explícamelo como si tuviera cinco años.

—Porque Cardona tiene hombres en la policía de Nueva York. En el momento en que acudamos a la policía, pondremos a todo el mundo en peligro porque él lo considerará como que hemos roto nuestro acuerdo implícito.

Ella suspira.

—Sabes que ya estás en peligro, ¿verdad, Liya?

Cierro los ojos y me pellizco el puente de la nariz.

—Sí, Willow. Ya me he dado cuenta.

—Lo siento. Dame un minuto. Necesito pensar.

Asiento con la cabeza mientras intento conservar un ápice de calma. Me intriga cómo ha conseguido mi hermano llevar las cosas así.

Aunque no creo que ahora esté especialmente preocupado. No parecía preocupado cuando me habló del acuerdo. No parecía preocupado cuando se ofreció a que Pavel me inspeccionara.

No pareció preocupado cuando Pavel ordenó a sus hombres que me desnudaran.

Frunzo el ceño. No quiero pensar en la siguiente parte. Ahora no.

—¿Liya? ¿Estás ahí? —vuelve la voz de Willow, como un salvavidas en medio de una tormenta.

Lucho por aferrarme a ella en el mar de ansiedad que amenaza con engullirme.

—Sí, estoy aquí.

—Todo esto es culpa de tu hermano —dice ella—. Si él no estuviera obsesionado con esta mierda, tú no te habrías metido en ello.

—Eso no es justo.

Ella se burla.

—¿No lo es? ¿Estás diciendo que querías que esto pasara?

—No, sólo quiero decir…

—Entonces parece que esta es la situación ideal para tu hermano. Él consigue todo lo que quiere a tu costa —señala. Hace una pausa mientras el disgusto se instala en su voz—. Como siempre.

Tiene razón.

Y me duele.

Pero no me atrevo a decirlo en voz alta. ¿Qué clase de hermana tira por la borda todos esos años de protección?

Jonas me llevaba en brazos cuando no podía andar, pienso mientras me muerdo preocupada el labio inferior. *Hizo todo lo que estuvo en su mano para asegurarse de que tuviera lo que necesitaba. Ahora hace lo mismo. A los demás les parece raro porque no lo entienden*.

Willow suspira.

—Estás loca si crees que tiene algo bueno planeado para ti en el futuro.

—Pero esto *es* por mi futuro.

—¿Cómo?

Su voz se vuelve chillona. Nunca había oído de ella este tipo de pánico. Willow siempre ha sido la viva imagen de la calma, una mujer segura de sí misma que lo tiene todo resuelto.

¿Yo? Soy un triste y frágil bulto de inseguridad e inexperiencia. Acabo de perder mi virginidad la otra noche. Junto con toda mi vida.

La derrota arranca un suspiro de mis labios.

—No lo entiendes.

—No, lo entiendo perfectamente, Liya. Tu hermano es la razón por la que estás en este lío… y él es la razón por la que has estado aislada.

—No estoy aislada. Yo…

Ella gime.

—¡No puedes hablar en serio! Estás encerrada en una fortaleza con un carcelero al que no le importa rebanarle la mejilla a alguien por deberle dinero. ¡Un cabrón que te folló mientras tu hermano miraba! ¡Esto es una mierda enferma, Liya!

—Así son las cosas en este mundo, Willow.

—No estarías en ese mundo si hubieras dejado que tu hermano fracasara por su cuenta como se suponía que debía ser hace tres años.

La rabia me quema las entrañas.

—Entonces, ¿debía dejar que lo mataran? ¿Eso es todo?

—Tu hermano es por qué estás atascada en la vida. Siempre lo has antepuesto a ti —espeta ella —. Has puesto a *todos* antes que, a ti misma, Liya. No eres lo suficientemente egoísta.

—Quieres que sea como tú, ¿es eso?

—¡Quiero que seas *tú misma* por una puta vez! —grita ella.

Se me hincha la lengua en la boca. ¿Qué se supone que tengo que decir a eso? Parece que mi mejor amiga ni siquiera cree en mí.

No puedo sobrevivir sola. No sobreviviré sola.

Ella no puede dejarme así.

—Willow…

—Lamento haberte gritado.

Gimoteo mientras parpadeo para ahuyentar las lágrimas.

—No, es que…

—Tienes que empezar a preocuparte primero por ti misma antes que por los demás. ¿No ves que eso es lo que tienes que hacer?

—No sé cómo hacerlo.

Respira profundamente, exhala en el micrófono y crea estática en mi oído. Es un bienvenido cambio al extraño silencio que me rodea.

Tiene razón. Estoy aislada. No tengo adónde ir.

Pero tengo mi teléfono. Eso tiene que contar para algo, ¿verdad?

—Deberías haber aceptado la oferta de trabajo —presiona ella—. Deberías haber hecho las cosas de otra manera.

—Es un poco tarde para hablar de cambiar el pasado, ¿no?

—Sí —gruñe—, lo sé.

—Entonces, ¿por qué insistes en eso?

—¿Alguna vez pensaste que quizás yo también siento algo por esto? Que tal vez, ¿me importas?

Frunzo el ceño.

—No, supongo que no.

—Odio que mi mejor amiga esté siendo retenida contra su voluntad por un asesino bicho raro y sediento de poder en medio de Nueva York y yo no pueda hacer una mierda al respecto.

—Puedes hablar conmigo. Puedes estar ahí para mí.

Ella concede con un resoplido.

—Sí, puedo hablar contigo. Todo el tiempo, ¿no? ¿Puedes mandarme mensajes?

—Sí, puedo enviarte mensajes por lo que sé.

—En cuanto él coja tu teléfono, Liya —dice Willow—. Corre y no mires atrás.

Me río amargamente.

—Ojalá pudiera hacer eso, Willow, pero creo que voy a estar atrapada aquí por mucho tiempo.

—¿Tiene cámaras? —Su voz adquiere un tono de preocupación cuando susurra—: ¿Te está vigilando? ¿Te están observando *otras personas*?

—Mi mejor suposición es que sí, a todo.

—¡Ugh! —dice con asco—. Malditos pervertidos.

—Sabes, estoy empezando a pensar que Dmitri no era tan malo.

—Liya, no digas eso. Todos los pervertidos son malos. Pon eso en una pegatina.

La nostalgia se apodera de mí.

—Solíamos tener pegatinas todo el tiempo.

—Y las pegábamos por todos lados.

—Y nos metíamos en problemas por ello.

Se ríe a carcajadas.

—Buena rebeldía adolescente.

Ahí está. Ahí está mi mejor amiga. Está aquí conmigo al teléfono, aunque esté a kilómetros de distancia. Mi rabia disminuye mientras me inclino hacia ella.

—Apuesto a que las pegatinas de purpurina que pusimos en aquel antro de Manhattan, siguen ahí —digo—. Debería haber salido contigo en vez de enrollarme con…

Me trago las palabras.

Se acabaron los remordimientos. No puedo seguir enfurruñada. Tengo que seguir adelante.

—Eh —dice ella suavemente—. No se puede cambiar el pasado, ¿verdad? Tenemos que seguir adelante.

—Sí…

—Siempre estaré aquí para ti. Te lo prometo.

—Dios, necesitaba escuchar eso.

—Mantén tu teléfono contigo todo el tiempo, ¿de acuerdo? Mantenlo cargado.

Mi mente se agita con planes sobre cómo protegerme en este espacio. No es mucho, pero es todo lo que tengo para trabajar. Tengo que hacer que funcione.

—Lo haré.

—Si tiene los ojos puestos en ti, entonces sabe lo que estás haciendo. Tendrás que tener cuidado.

—Sí, ya he pensado en eso.

Ella tose dos veces. Eso significa que está nerviosa. Me duele oírla, saber que lo estoy causando, pero no hay nada que pueda hacer al respecto ahora mismo.

Tengo que seguir adelante.

Sonrío todo lo que puedo.

—Voy a estar bien, ¿verdad?

—Sí, vas a estar bien. Vas a estar más que bien.

Suena menos convincente en voz alta, pero intento no fijarme en su tono. Las palabras importan más. Su intención y su impacto son todo lo que tengo mientras estoy sentada sola.

En una torre.

Con un feroz dragón por prometido.

—Debería irme —le digo a Willow—. Te enviaré mensajes.

—Mas te vale que me mandes mensajes.

—Lo prometo.

Clic.

Nuestra conversación se repite en mi mente. Mi hermano, su derecho de nacimiento, nuestra familia… todo se amontona. Es un desastre.

De alguna manera se ha convertido en *mi* desastre.

Así que tengo que hacer lo que pueda para arreglarlo.

No estoy totalmente sola. Todavía tengo a Willow, y hay un cierto consuelo en eso. El mundo se endereza mientras presiono mi mano sobre mi corazón.

Déjame aferrarme a este sentimiento de consuelo. Déjame llevarlo adelante.

Porque no estoy segura de poder sobrevivir sin él.

Capítulo 10
Pavel

Mi limusina pasa junto a altos edificios que rascan el cielo. Las enormes estructuras se alzan a mi alrededor, su impecable creación me sobrecoge, aunque esté ligeramente preocupado.

Me inclino hacia el interfono.

—No, Stepan Petrovich. No la amo.

—¿Por qué no?

—¿Por qué *iba* a hacerlo?

El cristal tintado sobre el interfono se desliza hacia abajo con un remolino mecánico.

—Piensas demasiado, Pavel Sergeyevich.

—Pienso lo justo, muchas gracias.

La limusina frena en el tráfico de la tarde. Nos detenemos en un cruce, con los coches tan apretujados que bien podrían ser sardinas.

Sardinas asquerosas, viscosas y *agitadas*.

—*Blyad* —Stepan hace un gesto hacia delante—. Dejé atrás indescriptibles horrores en Chechenia para sentarme detrás de un Porsche que no sabe aparcar en paralelo.

—Pero el Estado estaba *muy* agradecido por tus servicios —sonrío.

—¿Qué servicio? —resopla divertido—. Tanto mis camaradas como mis enemigos me escandalizaron con su brutalidad. Aquí todo es tan… —se interrumpe mientras mira por el retrovisor. Sus ojos oscuros pintan sin palabras un cuadro de la guerra mientras sus labios dicen —: diferente.

—Ahora trabajas para mí. Claro que es diferente.

—Esta chica… ella también es diferente.

No tienes ni puta idea. Sentimientos incontrolables atraviesan mi fachada. Delante de cualquier otra persona, habría intentado aislarme. Pero puedo confiar en Stepan.

Él mataría por mí. Y lo ha hecho.

—Es pequeña y testaruda —digo mientras pienso en su resistencia hacia mí—. Pero no me atrevo a amarla.

—Pero parece que quieres.

Resoplo.

—Antes preferiría arrojarme a un campo de concentración en Siberia.

—No lo dices en serio.

—No lo *sabes*. No puedes leerme la mente.

Se encoge de hombros mientras apoya ambas manos sobre el volante. Siempre un conductor cuidadoso. Siempre un asesino letal. El hombre es un hábil enigma que me alegra tener cerca en todo momento.

—No, no puedo leerte la mente —bromea—. Pero puedo decir que estás en conflicto.

—¿Y qué más puedes decirme, Stepan Petrovich?

Unos ojos sabios vagan en mi dirección por el retrovisor. Retroceden hacia la carretera, entrecierran los ojos, escudriñan y luego regresan, oscuros como piedras de obsidiana.

No, no como piedras. Como *cristal*. Afilados. Inteligentes. Corriendo a través de múltiples programas que ha recogido a lo largo de los años. Puedo ver los engranajes girando ahí dentro.

—Parecías no tener ningún problema mientras te la follabas delante de su hermano —señala—. La forma en que la reclamaste sólo puede venir en forma de protección.

—Eso no es amor —Frunzo el ceño—. Eso no fue amor.

Sus ojos brillan de curiosidad.

—¿No?

—No, sólo era una transacción comercial. El amor no hace eso.

—¿Entonces no puedes mezclar negocios y placer?

Vuelvo a sentarme derecho y me giro hacia la ventanilla. El tráfico vuelve a aumentar y la limusina avanza a trompicones.

—Soy capaz de hacerlo, pero no con ella.

—Cobrabas una deuda mientras flirteabas con ella.

—Ella estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado. Nada más.

Se aclara la garganta mientras enciende el intermitente. Giramos a la derecha, aceleramos y la carretera se despeja ante nosotros. Se acabaron los atascos en kilómetros.

Por fin.

—¿No te la follaste para joder a su hermano?

Mi despreocupación me inspira un gesto vago hacia él.

—No sabía que era su hermana hasta ese momento.

—Así que es el destino.

Pongo los ojos en blanco.

—El destino no tiene nada que ver. No estoy contento con él, pero no se trata de una venganza, Stepan Petrovich. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

Los recuerdos me nublan la vista. Me concentro en el paisaje mientras digo:

—Félix Cardona está haciéndole la guerra al resto del mundo criminal. Está usando la cubierta de la policía de Nueva York para hacerlo.

—Lo mejor de la ciudad.

—Si queremos nuestra independencia, debemos atacar el corazón. Cardona es el objetivo, no los Bernadetti.

—Como quitar una garrapata —asiente él—. Vierte agua hirviendo sobre ella. Y luego agárrala por la cabeza con unas pinzas para sacarle los dientes. Procedimiento delicado.

—Cardona es la garrapata. Jonas es las pinzas.

—¿Quién es el agua hirviendo?

—Liya —suspiro.

—Interesante metáfora.

—Así son los *negocios*. Si golpeo a Cardona directamente, el resto de la organización se derrumbará de golpe. Cesará su ocupación de la policía de Nueva York y de cualquier tarro de galletas en el que tengan metidos los dedos por toda la ciudad. Luego eliminaremos a los sobrevivientes. Uno por uno.

Las nubes oscurecen el horizonte con la promesa de lluvia. Stepan se inclina hacia delante para

inspeccionar el cielo y acciona el limpiaparabrisas cuando unas gotas motean el parabrisas.

—Son muchas manos que abofetear —dice.

—Puedo con ello.

—¿Y qué harás cuando se convierta en un todos contra todos?

La lluvia salpica el techo, un zumbido rítmico que me adormece en un estado reflexivo. Me paso los dedos por el pelo mientras intento pensar en los hilos de esta telaraña. Finos hilos lo conectan todo.

Lo que significa que esto requiere toda mi atención. No tengo tiempo para pensar si me siento bien o no estando con Liya.

No importa lo bien que *se sienta*.

—Jonas Bernadetti cree que se pondrá a sí mismo en la cima —señalo con rudeza—. Tiene la impresión de que tendrá el control de Citta Nostra cuando todo esto termine.

—¿Tiene él razón?

Me burlo.

—¿Por qué demonios iba a dejar que ese gusano tuviera parte de Citta Nostra? No tiene ni puta idea de lo que está haciendo con este acuerdo matrimonial. Es un cañón suelto, y los cañones sueltos siempre detonan solos.

—Así que sigue siendo parte del problema.

—Por supuesto que lo es.

Tararea.

—Pero su hermana debería ser fácil de controlar, ¿no?

—Me tiene miedo. Me doy cuenta.

Me estremezco al pensar que se acobarda ante mí. Se me escapa la razón por la que eso me importaría, pero otra parte de mí se irrita por ello.

—Me seguirá si sabe lo que es bueno para ella —agrego.

—Todavía suena como si te importara.

—No me importa.

—¿Eso te ayuda a dormir por las noches?

—Lucharé contra ti, Styopa —digo, cambiando a su diminutivo, abandonando ahora toda formalidad.

Me sonríe por el retrovisor.

—Te dejaré ganar, *molodoy chelovek*.

—Creo que esos proyectiles de artillería chechenos te han golpeado demasiado fuerte en la cabeza.

—No te preocupes. La placa de metal ayuda con eso —señala y se golpea la cabeza con sus nudillos en puño. El *golpe* suena mucho más fuerte de lo que esperaba, a pesar de las veces que lo ha hecho—. Creo que eres tú el que se ha golpeado la cabeza con todo esto.

—Ni de coña.

La sonrisa comemierda de su cara se extiende.

—No dejas de decir que no puedes enamorarte de Liya, pero veo cómo frunces el ceño cada vez que pronuncias su nombre. Nada te impide hacerlo.

—*Todo* me lo impide.

—¿En serio?

—No puedo amarla porque eso pondría en peligro lo que está en juego —gruño entre dientes, mientras mi puño se forma.

—Entonces, el meollo de la cuestión no es el corazón.

—Te asfixiaré mientras conduces.

Se ríe.

—Entonces, ¿quién te llevará con tu hermana, me pregunto?

—Puedo ir caminando.

Un trueno cruje más allá de las ventanillas, sacudiendo el vehículo. Una vez que el sonido se desvanece, Stepan chasquea la lengua y dice:

—Podrías empaparte. Ese traje parece caro.

Cierro los ojos y me agarro al cuero del asiento. La ira, la furia, la irritación, la nostalgia… todo es una tormenta que me arrincona en un rincón del que no consigo salir.

Le dije a Stepan por qué no puedo amar a Liya. No debería sentirme culpable por ello.

Entonces, ¿por qué me siento tan raro?

—Llegaremos pronto a casa de tu hermana, Pavel Sergeyevich.

El camino por delante roba mi atención. No me había dado cuenta de que estábamos tan cerca. Pensar en Liya y en el idiota de su hermano me mantuvo distraído.

Lo cual está bien. Necesito planearlo bien. Stepan tiene una buena caja de resonancia para un cerebro. Incluso con la placa de metal.

Karina ayudará. La lluvia cae con más fuerza en el fondo, un zumbido de tensión se desliza por mis entrañas mientras frunzo el ceño hacia la ventana. *Puede que no entienda del todo mi posición, pero siempre está dispuesta a ayudar*.

—Jonas es un inútil para todos —le digo a Stepan—. Aún no he decidido si quiero matarlo. Pero no puede ponerse en la cima de Citta Nostra. Yo quiero estar en la cima.

—Eso es mucha gente a la que supervisar.

Asiento con la cabeza.

—Es un gran juego de poder. Por eso necesito una esposa.

Suspira.

—Para ser reconocido como Pakhan… ¿los otros brigadieres apoyan esta decisión?

—No —gruño—. Pero pronto lo harán. ¿Por qué? —sacudo la cabeza cuando la limusina se detiene frente a la casa de mi hermana—. ¿Me estás diciendo que tienes dudas?

—No, Pavel Sergeyevich. Solo quiero que seas feliz.

Me río.

—Soy feliz con lo que hago.

—No lo parece.

—Mientras mantenga un muro entre Liya y yo —razono—, entonces podré utilizarla.

—¿Es eso lo que quieres?

—Lo es.

—Sólo te harás daño a ti mismo, lo sabes.

—No sé de qué estás hablando.

Stepan suspira.

—Lo llevas escrito en la cara. *Duele*. Sientes algo por ella en alguna parte.

—No lo siento —aseguro. Sacudo la cabeza mientras abro un paraguas y salgo de la limusina—. En el momento en que baje la guardia con ella acabaré muerto.

Capítulo 11
Pavel

—Ahí está mi sombrío hermano —me saluda Karina.

Pongo los ojos en blanco mientras mi hermana me acoge en sus brazos.

—Tu entusiasta favorito de la fatalidad —le contesto.

—Mi querida nube oscura.

—Y tú eres mi rayo de sol.

Ella sonríe, apoyando las manos en mis hombros.

—Yo siempre seré el arco iris de tu lluvia —dice—. Lo cual parece que has traído contigo.

—Difícilmente.

Aparte de la lluvia que empapa mis zapatos de vestir y el dobladillo de mis pantalones, estoy casi seco. Pero eso no impide que el aire frío de la casa me cale hasta los huesos. Abrazo a mi hermana y me hago a un lado.

—¿Tendrás pantalones secos?

—Por supuesto —afirma y se vuelve hacia Stepan—. ¿Sabes dónde está todo, verdad, Stepan Petrovich?

—Sí, Karina Sergeyevna —saluda inclinando la cabeza. Me mira y dice—: También te traeré calcetines.

Mientras mi brigadier las escaleras, mi hermana me conduce a un pintoresco salón. Alrededor de la chimenea cuelgan cuadros vibrantes e inquietos, mientras que un surtido de estatuas de colores vigila cada rincón de la estancia. Unos sofás de rico color púrpura flanquean una mesa de vidrieras.

—¿Té? ¿Café? —pregunta y hace un gesto hacia una mesita de té—. ¿Vodka?

—¿Qué tal todo junto?

—¿Tan temprano? —ríe mientras nos sirve las bebidas—. Algo te debe estar molestando.

—¿Cómo lo sabes?

—Nunca se te ha dado bien ordenar tus emociones. Te pareces mucho a papá —dice. Su sonrisa juguetona crece mientras me acerca un platillo.

—¿Es eso malo? —le pregunto.

—¿He dicho yo que sea malo?

El primer sorbo me abofetea las papilas gustativas. Es vodka con un chorrito de té de limón caliente. Y es exactamente lo que necesito para quitarme el mal sabor de mi conversación con Stepan.

¿Cómo diablos podría terminar amando a alguien como Liya Bernadetti?

—No, no lo has dicho —suspiro. Otro sorbo afloja mis músculos y me calienta—. Solo preguntaba.

—Nunca te habías preocupado por eso.

—Quizá me planteo las cosas de otro modo —digo, encogiéndome de hombros.

—No, no lo haces —señala, y aunque la fulmino con la mirada, eso no le impide continuar—: Pasha, no haces más que pensar en la Bratva. Nunca te centras en ti mismo.

—No puedo permitírmelo.

—Puedes, y deberías —gime ella.

—Se llama equilibrio, Karinka.

—Como el infierno, Pasha.

—¿Te parece que me he estado descuidando? —Me pongo de pie y doy vueltas, enseñando el traje que me he comprado esta mañana. Como regalo a mí mismo por toda la mierda que he estado manejando últimamente. *Lo cual estoy haciendo notablemente bien, a pesar de lo que está en juego*—. Vamos, Karinka.

—Te cubres de riquezas, pensando que eso es lo que significa cuidarse —señala.

Después de beber un sorbo de té, suspira y se deja caer en el sofá.

—Pero llegará un día en que tendrás que dejarlo todo —agrega.

—Eso no va a pasar ahora —contesto, sacudiendo la cabeza.

—No he dicho *hoy*, capullo.

—No, pero parece que piensas que será más pronto que tarde.

—Sólo intento prepararte —señala ella, encogiéndose de hombros.

—Ni siquiera estás tan involucrada en el negocio familiar.

—Pero me pides consejo todo el tiempo.

El sarcasmo en su tono y la victoria escrita en su penetrante mirada me provoca golpear el sofá. ¿Cuántas veces me he sentado aquí, diciéndole las gilipolleces que me molestan, sólo para que ella diga lo que está diciendo ahora? Es una conversación que vive en mi piel, como mis tatuajes. Lo odio. Pero la amo. Y sé que probablemente tenga razón.

—¿Por qué no confías en tus hombres para que continúen después de ti? —pregunta ella, trazando el borde de su taza de té.

—No puedo confiar en eso —contesto, sacudiendo la cabeza.

—Pero tienes a estos hombres a tu alrededor específicamente para que *puedas* confiar en ellos.

—Esa no es la cuestión, Karinka.

Endereza su espalda y resopla mientras bebe su taza de té. El sonoro sorbo me hace reír.

—No te rías —me advierte con tono dramático. En su voz se percibe una pizca de humor, aunque sus facciones destilan irritación—. Estás metido en un buen lío, Pasha. Y sé lo que estás pensando.

Otro suspiro. Otro sorbo. *Ya está bueno de té. Tomaré el vodka solo*.

Tomo la botella de la mesa, desenrosco el tapón y le sostengo la mirada mientras vierto una generosa porción en mi taza de té. Sólo cuando el líquido se derrama un poco, me molesto en apartar la botella.

Cuando levanto la taza, su mirada risueña sigue el movimiento.

—¿Estás sediento?

—No tienes ni idea.

—Dime qué pasa, Pasha.

—Estoy seguro de que sabes lo que está pasando.

—Sí, lo he oído —dice y deja el plato en la mesita—. Felicitaciones por el compromiso.

—¿Lo dices en serio?

Me mira con expresión dolida.

—Claro que sí, imbécil. Me encanta que por fin hayas sentado la cabeza.

—No se trata tanto de sentar la cabeza como de…

Me quedo cortado cuando Stepan vuelve con la ropa seca. Me mira atentamente mientras me entrega las prendas y luego se aleja hacia el vestíbulo. Si cree que no veo su sonrisa de complicidad, está muy equivocado.

Dios, ¿Karina va a decir lo mismo también?

Después de excusarme, me cambio en el baño del pasillo y me pongo los pantalones secos y cálidos que me sientan como un guante. Luego me pongo los calcetines como si fuera un sueño. Probablemente el vodka también ayude.

Cuando vuelvo, el silencio del salón me resulta opresivo. Su expresión expectante me llena de temor. Sí, tengo que hablar de Liya. Otra vez.

—Por lo que he oído, es una chica dulce —dice mi hermana—. ¿Es dulce, Pasha?

Más dulce que cualquier cosa que haya probado.,

—Seguro —parpadeo al responder.

—Pareces distraído.

—No lo sé, Karina. Es apta para el trabajo. ¿Es eso lo que quieres oír?

Ella sonríe.

—Estás preocupado por ella.

—No, estoy preocupado *por mí*. Su hermano es un idiota que cree que le van a dar la Citta Nostra. Después de que yo pelee *su* guerra. No sé qué hacer con él cuando todo haya terminado.

—Todo este estrés y frustración viene de que te obsesionas con la Bratva —dice ella—. Y te preguntas por qué estás solo. Siempre te olvidas convenientemente.

La taza repiquetea en el plato cuando la dejo. Olvida el maldito vodka. Necesito algo mucho más fuerte. Algo que no tenga un rebote duro pero que me duerma durante dos semanas.

Necesito descansar. Desesperadamente.

—Karina Sergeyevna —digo firmemente—. No empieces.

Ella arquea las cejas.

—Oh, ¿así que *si* te acuerdas?

—Ya hemos hablado de esto. Estoy comprometido con la Bratva porque tengo que estarlo.

—Pero has dejado que se apodere de toda tu vida.

Me agarro la rodilla para controlar mi ira. No es que importe. Probablemente estalle si no me tranquilizo pronto. Ketamina, eso sí que me daría una buena patada ahora mismo. *Denme la misma mierda que le sirva a un elefante*.

—Sí, así es como funciona.

—Si sigues anteponiendo la importancia de la Bratva a todo lo demás, perderás todo lo que te ha importado siempre —dice, haciendo una pausa para jugar con una cucharilla que descansa en el platillo—. Y la perderás antes de tenerla.

¿Hay algo en el agua hoy?

Nadie necesitaba amor para casarse cuando mi padre vivía. ¿Por qué demonios lo necesito yo ahora? Es como si la gente pensara que no puedo hacer esto sólo por negocios.

¿Puedo?

Pasan otros minutos sin que digamos gran cosa. Afuera sigue lloviendo, un ruido constante que corta la incómoda tensión.

—Pasha —dice ella en voz baja—. Quiero que te preocupes por tus necesidades.

Me duelen los músculos y agacho la cabeza.

—Lo sé, Karinka.

—¿Por qué no lo haces? Tú no eres papá. Puedes hacer las cosas de otra manera.

—Así es como siempre se han hecho las cosas.

La sonrisa que ella esboza irradia mil rayos de afecto que me calientan la piel.

—Eres un gilipollas.

—Y tienes suerte de que seamos parientes.

—Podría decir lo mismo de ti.

Algo dentro de mí se desenrolla. Las gomas elásticas que rodean mi corazón se aflojan de una en una, luego dos, luego tres. Pronto soy un charco de agotamiento, la imagen deformada de un adolescente que una vez quiso desesperadamente impresionar a su padre.

Y lo conseguí, también.

Donde estoy ahora es el resultado de años de dedicación. Su reciente muerte fue extraña, pero eso no me ha impedido hacer lo que hay que hacer. No tengo que sentir.

Sólo tengo que *actuar*.

Mi hermana parece preocupada cuando me reúno con ella en el sofá. Se acurruca a mi lado y yo la rodeo con el brazo como para protegerla. Casi de inmediato, sus dedos empiezan a punzarme la cara como hacía cuando era más joven.

—Me olvido de lo libre que eres. Toda esta charla sobre el amor y el cuidado de uno mismo… —Las palabras me saben a monedas de cinco centavos en la boca. Me encojo de hombros—, pero eso no es lo que necesito, Karinka. Sólo intento evitar que toda esta familia sea destrozada por ese saco de mierda de Cardona.

—Trabajas duro para protegernos, Pasha —susurra ella—. Necesitas un descanso.

—Haces que suene como si fuera un héroe.

Suspira mientras recorre el borde de mi corbata.

—Siempre te he admirado porque siempre sabes qué hacer. Nunca haces nada mal.

—Eso es lo que quiero seguir haciendo. Por eso me concentro tanto en lo que la Bratva necesita.

—No olvides que eres un ser humano. *Tú* también tienes necesidades.

Me pesan los párpados. El vodka circula por mi organismo, adormeciendo mis terminaciones nerviosas y reduciéndome a un bulto impresionable. Karina podría sugerirme cualquier cosa ahora mismo y probablemente lo haría.

Como procesar sentimientos o lo que sea que ella haga en su tiempo libre.

—No quiero que acabes solo —admite—. Me importas.

Sacudo ligeramente la cabeza.

—Karinka, ¿quién dijo que acabaría solo?

Se sienta bruscamente, con el pelo castaño enredándose en los anillos de plata que decoran sus dedos mientras se acicala el pelo.

—¿Te han regalado a la pobre chica y no quieres ni plantearte la idea de intentar llevarte bien con ella?

—No necesito amor para llevarme bien con ella.

—El amor puede ayudar con muchas cosas, Pasha. Puede hacerte un mejor líder. Puede darte más poder del que puedas imaginar —suspira ella—. Tienes una fortaleza construida a tu alrededor que no necesitas. El amor podría ayudarte a derribarla si le dieras una oportunidad.

Frunzo el ceño.

—Eso suena como si fuera a debilitar mis defensas. Ella es clave para el reino. Eso es todo. Nada más.

—Podemos dar importancia incluso a las conexiones más inesperadas —dice, cogiendo de nuevo su taza de té—. Si lo intentaras, tal vez lo descubrirías.

Y ya está. Así termina la conversación.

Esta vez es diferente porque se trata de Liya, pero todos los sabores familiares están ahí. Karina está preocupada por mí, molesta porque estoy solo, me da lata con la meditación y con encontrar mi equilibrio interior.

Bla, bla, bla, nada que no pueda encontrar en uno de esos sitios web espirituales basura, pienso mientras me froto la frente. Actúa como si todo esto fuera a matarme.

Un matrimonio sin afecto no me matará.

Pero un trono sin poder sí.

Además, ¿cómo puedo amar a alguien que se supone que es sólo una herramienta para mí?

Capítulo 12
Liya

—Eso son muchos vestidos —susurro sin aliento.

Mis dedos trazan instintivamente la *L* que cuelga alrededor de mi cuello. Filas de tela se expanden a mi alrededor. Un bosque de mezclas de algodón, seda egipcia, satén, encaje y tafetán. Montañas de velos ascienden hasta el techo en ordenadas pilas organizadas por mezcla y longitud. Docenas de modelos sin rostro lucen las últimas tendencias nupciales.

Es abrumador, por no decir otra cosa, y hace que me ardan los ojos.

Las colas, los rígidos corsés y los deslumbrantes tacones llenan el resto de la tienda, un valle cada vez más amplio de opciones para cualquier novia.

Sólo que soy yo. Yo *soy* esa novia.

Mierda. Yo soy esa novia.

Un ceño fruncido tuerce mis labios.

—Jesús, ¿cuántos tonos de blanco *existen*?

Una mujer de largo pelo castaño y ojos verde menta sonríe junto a uno de los percheros. Desliza su mano por encima de la costosa tela como *Vanna White*.

—Y detrás de la puerta número uno hay…

—Parece agua, Karina.

—Deberías tocarlo —me acerca el perchero—. Parece una nube.

Toco el vestido.

—Dios mío. ¿Así se sienten los malvaviscos en el cielo?

—Tal vez, puede que los ángeles lo hilaran con sus cabellos. ¿No es increíble cómo estos...?

—¡Esta ropa cuesta más que la hipoteca de una casa!

Ella se ríe a carcajadas, ignorando mi comentario.

—Ni siquiera lo pagas tú. ¿Por qué te preocupa el precio?

Bueno, hay *muchas* otras cosas que me preocupan en este momento, pero admitirlo ante ella podría llevarme a la perdición. Es la hermana de Pavel. ¿Quién sabe lo que le dirá después?

Exhalo despacio.

—Karina, sé que dijiste que Pavel te envió para ayudar, pero me siento un poco…

Me froto el brazo con nerviosismo. ¿Me está mirando la gente? ¿Se darán cuenta de que hago esto contra mi voluntad? ¿Qué pasa si lo notan? Se me encoge el corazón. *Seguramente nada*.

Los brigadistas que vigilan las puertas delantera y trasera revelan mi fin. Ya es bastante malo estar atrapada en un edificio en medio de Nueva York. Ahora estoy atrapada en una tienda de novias con suficientes salchichas como para hacer una barbacoa.

Y Karina.

—Estás ansiosa. Lo entiendo —me dice mientras juega con un velo de encaje—. Mi hermano puede ser… —pellizca el encaje entre los dedos y suspira—, bueno, *difícil* es el término de cortesía.

—Difícil —repito, y la risa me saca el sonido de la boca—, sí, es un término muy educado.

En sus ojos brilla el cariño y el brillo de un recuerdo. Es tan extraño ver a alguien reaccionar así por el tipo que regateó con mi hermano por mí, como si viviéramos en un distópico paisaje infernal.

¿Cómo puede alguien preocuparse por ese imbécil?

—Lo creas o no, Pavel siente tanta aprensión por esto como tú —admite ella. Coge uno de los vestidos del perchero y lo levanta—. El satén quedaría muy bien con tu tono de piel.

Intento no cacarear, chillar y *sollozar* al mismo tiempo. ¿Cuál es el récord mundial de emociones reprimidas a la vez? Si no existe, puedo hacer que exista.

Dios mío. Creo que voy a perder el control aquí.

Aunque Karina es burbujeante y acogedora, me estoy sofocando bajo la presión del matrimonio.

M mayúscula por *Matrimonio*. Por *Maridaje*. Por la ‘*Más propensa a desmayarse en el altar’*.

El estómago se me revuelve como si un trapecista lo utilizara para realizar una complicada rutina. Cuanto más intento fingir que estoy bien, menos bien me siento.

Genial, ahora la habitación da vueltas.

—Oye, no tienes muy buen aspecto —señala Karina. Tira los velos como si no costaran nada. Vaya, si yo tuviera ese desprecio por las cosas, quizá podría sobrevivir a algo así—. Siéntate. Ya está. Respira hondo.

Siento que el pecho me va a estallar. Cojo su mano y la aplasto entre mis dedos, aferrándome a ella como hice con Willow por teléfono justo el otro día.

Willow… necesito a mi mejor amiga.

Hay tanto que asimilar. Levanto la vista ante la actitud tranquila de Karina y respiro un poco más tranquila. Al menos Viktoria no ha venido conmigo. Esa bruja del pantano probablemente sacaría el vestido más feo del perchero y se lo tiraría al sastre. *Con eso debería bastar*, casi la oigo decir.

—Pareces muy unida a él —digo en un suspiro.

—Llevamos mucho tiempo unidos. Nos conocemos por dentro y por fuera.

—Me gustaría estar tan unida a mi hermano.

Sonríe suavemente.

—¿Es mayor?

—Sí. Mayor que yo —le asiento.

—Pavel también es mayor que yo.

Le devuelvo la sonrisa sin dudarlo.

—¿De verdad?

—Varios años mayor de hecho. Lo hace mandón, pero él siempre me protege.

—A mí también.

Me frota los hombros y me masajea la parte superior de los brazos mientras continúa:

—Sé muchas cosas sobre Pavel que puedo contarte. ¿Qué quieres saber que pienses que te ayude?

—Cualquier cosa —me muerdo el labio inferior mientras me desinflo—. *Todo*.

—Puedo decirte de entrada que no es tan frío como crees.

Mi expresión no puede ser más incrédula.

—Estás bromeando.

—Tiene sentimientos, pero no los demuestra.

—No se nota.

—Es un hombre de acero —dice ella sonriendo.

—Más bien un robot.

—Rígido como una tabla.

Me río entre dientes mientras me levanto.

—Gracias. Todo esto está pasando muy deprisa. En dos días me voy a casar y nunca pensé que sería… que pasaría así…

Se me llenan los ojos de lágrimas. *Nunca pensé que sería así.*

—¿Qué tal si probamos el satén? —sugiere—. La textura es agradable. Y es blanquecino.

—¿Acaso eso importa? —resoplo.

—Claro, todo importa en una boda ortodoxa.

—Una boda tradicional. Eso es maravilloso. No es que ya tuviera *suficiente* presión.

Ella ríe.

—Estarás bien. Te lo prometo. Repasaremos todos los pasos antes de hacerlo.

—Deberíamos conseguir un tacón bajo. La última vez que intenté llevar algo más alto de cinco centímetros, me caí de bruces.

—No estoy segura de cómo reaccionaría la Bratva si su reina *mordiera* la alfombra durante el paseo ceremonial. Pero sería gracioso.

—¿Su *qué* durante el *qué*?

Me dedica una sonrisa tranquilizadora.

—Hay una intrincada serie de ceremoniales que te explicaré más tarde. Primero vamos a obtener un vestido.

A pesar de mi tono plano, mi actitud descompuesta y mi expresión agria, Karina me saca adelante. No está desquiciada como su hermano, es tan más suave que cuesta creer que sean parientes. Si no fuera por sus ojos, no lo habría adivinado.

Pavel es anguloso, mientras que Karina es un óvalo suave. Física y emocionalmente. Son casi polos opuestos. Sin embargo, se llevan bien.

Las cosas podrían haber sido diferentes si Jonas se hubiera hecho cargo de la Citta Nostra, pienso mientras rebusco entre los vestidos. *Diablos, él probablemente sería el mismo de siempre si estuviera en esa posición. No creo que nada pudiera cambiar nuestra relación.*

Mi teléfono chirría mientras balanceo unos cuantos vestidos sobre mi brazo izquierdo. La emoción bulle en mis entrañas cuando noto que Willow llama. Segundos después, le doy las indicaciones para llegar a la tienda. Es un sueño hecho realidad cuando entra por la puerta y se reúne con nosotras.

Le doy un abrazo fuerte.

—Me alegro de que hayas podido venir.

—No me perdería la prueba de tu vestido.

—Willow, ven a conocer a la hermana de Pavel —le digo. Le agarro la mano y la conduzco al corazón de la tienda—. No te preocupes. No es una idiota como él. En realidad, es muy simpática.

—¿Estás segura?

Ignoro su tono sarcástico para presentarle a Karina.

Karina sonríe mientras extiende la mano.

—Es un placer conocerte, Willow.

Willow sonríe mientras estrecha la mano de Karina.

—¿La mantienes a flote?

—Hago lo que puedo.

—Eso es bueno. Esto es… —resopla y me estudia un momento, con las emociones revoloteando por su cara como imágenes de un proyector—. Estaba preocupada. *Sigo* preocupada.

Karina asiente.

—No tienes de qué preocuparte.

—Oh, siento discrepar —suelta Willow—. Tengo mucho de lo que preocuparme. Ya sabes, desde que a tu hermano le parece adorable secuestrar a una inocente chica para su propio entretenimiento.

Karina entrecierra los ojos y, por un instante, su cara se parece a la de Pavel.

—Esto no es teatro, Willow. La Bratva es algo que tú no entenderías.

Willow pone los ojos en blanco.

—No necesito entenderlo para saber que es retrógrado de cojones.

Observo impotente cómo se miden la una a la otra. Fantástico, se van a destrozar mutuamente. En medio de la tienda de ropa.

Con un montón de brigadistas mirando.

Ninguno de ellos parece preocupado todavía, pero percibo la creciente tensión.

Willow se cruza de brazos mientras Karina le devuelve la mirada. Estoy intentando pensar en cómo detener la situación cuando Karina asiente.

—Este matrimonio le dará a Liya mucho poder. Ocupará una posición única.

—Que extraña forma de decir *esclavitud*.

—En cierto modo —admite Karina mientras mira hacia mí con expresión comprensiva—, pero en muchos otros aspectos, será una reina.

Willow hace una pausa con cara de descontento. Puedo oír el tictac de la bomba, oler la pólvora, sentir cómo el suelo se prepara para la detonación. Las venas se le hinchan de lo mucho que está dando cuerda. En cualquier momento pintará toda la tienda de rojo.

Pero la explosión nunca llega.

—¿Reina de músculos o del cerebro? —expresa Willow en un suspiro, bajando los brazos.

—Un poco de ambos.

—No parece que haya muchos cerebros por aquí.

Un brigadier se adelanta. La irritación se apodera de él cuando se eleva sobre Willow. Ella se hincha, dispuesta a mandarle a la mierda. Estoy pálida de miedo, pero Karina hace retroceder al hombre con una simple inclinación de cabeza.

Una esclava en algunos aspectos. Una reina en otros.

—¿Ustedes dos podríais...? —La tela bajo mis palmas arde de sudor y terror—. Willow, necesito que te comportes.

—Oye, yo no he empezado esto —argumenta ella.

Pongo los ojos en blanco.

—Vale, pero eso no significa que tengas que *acabarlo*.

—Caray, qué sensible —se burla Willow mientras se pasa las manos por los pantalones—. ¿Por qué hay tantos? Esto parece una noche de colegas en el gimnasio.

Karina se encoge de hombros.

—Pavel se pone paranoico.

—¿Se supone que tienen que parecer tan malos?

—¿Prefieres osos?

—Si te sirve de algo, me gustan más los osos —ríe Willow—. Pero preferiría mucho menos peludo que esos y mucho más *papucho*.

Pongo los ojos en blanco mientras las dos se ríen. Dios, no creo que pueda hacer esto sin ellas.

Y no quiero hacerlo.

Willow recoge los vestidos de mis brazos.

—Muy bien; hora de probárselos.

—Pero no he decidido...

—Por eso tienes que probártelos, chica. Vamos…

¿Discuto? No.

¿Quiero discutir? *Por supuesto*.

Pero sé que no puedo negarle a Willow el liderazgo. Nos lleva por la tienda hasta los vestuarios traseros, mirando mal a cada brigadier que parece acercarse demasiado. Caramba. Embotellen su confianza para mí. Para empaparme de ella el día de mi boda.

Faltan dos malditos días.

Trago saliva mientras Willow me empuja a un probador.

—Desfile de moda. Dos minutos.

—¿Y si necesito ayuda?

—Sabes llamar a la puerta, ¿no?

Suspiro.

—Bien.

Ella sonríe.

—Vale, genial. Adiós.

La puerta se cierra detrás de mí. Y entonces me doy cuenta de que estoy sola.

Es extraño. Me he acostumbrado a estar rodeada de brigadistas y acosada por Viktoria. Pavel me ha hablado de pasada un par de veces, pero está casi siempre callado: una figura misteriosa que parece estar siempre fuera de mi campo de visión.

Rodeada desde todos los ángulos: así es mi vida ahora.

Y mi futuro.

Mientras me cambio, Willow se apoya en la puerta y dice:

—Estaba pensando en que todo esto podría meterte en problemas.

—¿Te refieres a más de los que ya tengo?

—Me refiero a ese Cardona que mencionaste.

—No había pensado en eso —asiento pensativa.

—Apuesto a que se va a enterar de esto por mucha gente, y va a tener mucho que decir al respecto. Incluso podría hacer algo al respecto.

—Willow tiene razón —dice Karina en acuerdo—. Ya se está corriendo la voz por la calle.

Me pongo un vestido blanco como la nieve.

—¿Qué podemos hacer?

—Bueno… —se apaga la voz de Karina.

El corazón se me cae al estómago mientras susurro:

—¿Hay *algo* que podamos hacer?

El silencio que entra por la puerta me hace daño en los oídos.

Creo que esa es mi respuesta.

—No —suspira finalmente Karina—. Lo siento.

Sacudo la cabeza.

—Es una puta maravilla. Me encanta.

—Una vez que te inicies ante la Bratva, todo quedará grabado en piedra. Eso es algo que Cardona no podrá detener.

—Espera, ¿Qué se inicie? —se burla Willow—. ¿Estás hablando de una secta o algo así? Por Dios bendito, esto es cada vez más raro.

Me paso los dedos por el pelo.

—Karina, ¿puedes contarme más cosas?

—Me temo que no sé exactamente lo que pasa.

Sólo sácame de mi miseria ya.

—Genial.

—Todo lo que sé es que Pavel cambió completamente después de su iniciación. No quiero decir que eso te pasará a ti, pero no puedo garantizar que no sea así.

Esto me va a cambiar.

Las palabras se incrustan en mis músculos, en mis huesos, en mi alma misma. Cuando me miro al espejo, no veo a la pequeña y dulce Liya. Veo un desastre a punto de ocurrir. A estas alturas, lo veo en toda mi cara: las ojeras pesan sobre la piel bajo mis ojos; las arrugas del entrecejo se agolpan alrededor de mi boca y los iris ámbar reflejan débilmente un eco apagado de su antigua gloria.

¿Volveré a parecer viva?

Que me jodan si lo sé.

Mis párpados se agitan mientras me retuerzo en el espacioso camerino. Un golpe se interpone en mis pensamientos.

—¿Liya? ¿Ya estás lista?

—Lo siento, Willow. Sí —respondo tan alegremente como puedo. Sé que no debería tener que ocultar mis sentimientos aquí, pero estoy intentando encontrar un poco de felicidad debajo de todo este derroche nuclear.

Es mi boda. Y mi mejor amiga está aquí para ayudar. Quiero que se sienta bien. Cualquier parte que pueda manejar.

Sonrío y abro la puerta. Al principio no hay reacción, y me ahogo en la expectación hasta que Willow saca su teléfono.

—Esto es tan irreal.

—Estás magnífica, Liya —dice Karina mientras ajusta el corpiño—. Un par de arreglos harán que te quede espectacular.

—¿De verdad? ¿Tú crees? ¿Estás segura? Es el primero que me pruebo.

—Claro que sí. Estás bellísima y *sexy* —insiste Willow mientras me saca fotos—. Haz una pose. Dame más hombro. Sí, *chica*. Hazlo.

Suelto una risita mientras dirige mis poses. Por un momento, sólo somos tres mujeres explorando opciones de vestidos para mí. Para mi boda. Para mi gran día.

Es tan normal que casi me pierdo en la fantasía hasta que veo a un brigadier esperándonos al otro lado de la zona de vestuario. Es una estatua, rígido y alerta, con una mano apoyada en la cadera. Sé la fuerza que desprende y lo que podría hacer si intento huir.

No, ahora no puedo huir, pienso mientras trazo el diseño sedoso del corpiño. *Esto es lo que hay. Tengo que trabajar con lo que tengo*.

—Necesitamos una mejor vista —insiste Willow mientras me arrastra junto a probadores vacíos —. Justo aquí. Esto es perfecto.

Varios de mis reflejos me devuelven la mirada desde varios espejos en la plataforma del probador. ¿Cuál se presentará a la boda?

¿Y cuál se quedará después?

Quiero preguntar qué cambió en Pavel después de su iniciación. ¿Su aspecto? ¿Su personalidad? ¿Los valores en los que creía originalmente?

Es difícil imaginar a un hombre tan frío con valores. Teniendo en cuenta la facilidad con la que llegó a un acuerdo con mi hermano, probablemente son mucho más parecidos de lo que pienso.

Eso no es nada tranquilizador.

Las preguntas florecen en mi garganta. Es inútil preguntarle nada más a Karina, sobre todo si no sabe nada de algo tan importante como una iniciación. No sabe nada de eso, lo que significa que tampoco sabe nada sobre todo lo demás.

Así es como Jonas me trató. Nunca recibí ese tipo de detalles porque no era algo de lo que tuviera que preocuparme.

Miro mi reflejo con el ceño fruncido. Lo desconocido se cierne ante mí, una cuchilla recién afilada en una guillotina que me guiña un ojo a la luz del sol.

No necesito preocuparme por los detalles.

Al menos, no todavía…

Capítulo 13
Pavel

Mi hermana tiene razón. Estoy metido en un buen lío.

Estoy de pie detrás de mi escritorio con la mano en la pistola, vigilando al hombre corpulento que está en la puerta de mi despacho.

En mi ático.

Donde la seguridad es más cerrada que el coño de una monja.

—Don Cardona —le digo cortésmente.

Me empapo de cada detalle suyo, desde su petulante sonrisa hasta su exuberante traje color crema. Rezuma confianza, lujo y poder.

Qué pena que yo no pueda hacer que sus tripas rezumen ahora mismo en cambio.

Me fuerzo a sonreír.

—Qué amable por tu parte pasarte por aquí.

Es mucho más alto que yo, corpulento y de aspecto decente. Mejor arreglado que la mayoría de los famosos. Sonríe más que una maldita hiena. Brillando como el lucero del alba.

Está tan orgulloso de sí mismo por entrar aquí como si fuera el dueño del lugar.

Si se acerca más, le haré un agujero en la garganta, sonrío. *Verle asfixiarse resolvería todos mis problemas ahora mismo.*

Pero en realidad no lo haría.

—Solo estaba por el barrio —dice mientras se comprueba las uñas. Su ronco acento de Brooklyn rechina mientras habla—. Supuse que yo mismo podría hacerte llegar una advertencia.

—¿Una advertencia? ¿Sólo para mí?

Sonríe con fuerza.

—*Sólo* para ti.

—Qué honor.

—Me halagas, muchacho, pero no tienes ni idea de la destrucción a la que estás invitando a tu

casa.

Miro detrás de él a la multitud de brigadistas ansiosos de pelea.

—La última vez que lo comprobé, yo no te invité a venir aquí.

—Vamos, Pavel Sergeyevich. Mis hombres están fuera. Tus hombres están afuera —dice y agita las manos ambiguamente—. Gran cosa. Hablemos como adultos, ¿eh, muchacho?

Se me ponen los pelos de punta cuando se acerca a mi mesa. Agarro la pistola y siento que me tiemblan los tendones de los dedos por mucho que le pida a mi cuerpo que se calme. Un movimiento en falso hará que toda la torre caiga al suelo.

Y entonces *bam*. El rey y la reina mueren antes de ser coronados. ¿Es así como quiero que termine mi glorioso reinado? Apenas he comenzado.

—Bien. Hablemos —acepto. De mala gana suelto mi arma—. Siéntate. ¿Quieres un trago?

—Whisky si tienes. No soporto el vodka que ustedes beben.

Mientras preparo nuestras bebidas, me doy cuenta de lo nerviosos que están mis hombres en el vestíbulo. Murmullos suaves se cuelan por la puerta mientras zapatos chirrían sobre las baldosas. Mis hombres saben que no deben arrastrar los pies. Deben de ser los lacayos de Cardona, que están rayando el suelo perfectamente pulido.

Me estremezco de fastidio. Unos segundos después, estoy despreocupadamente apoyado en mi escritorio con una copa extendida hacia el hombre al que quiero muerto.

Su ejército, su título y su gente serán míos cuando lo entregue a la parca.

Y cosecharé todo lo que él sembró.

—Iré directo al grano —dice mientras agita el líquido ámbar en su vaso. Intento no entretenerme en lo que ese color me recuerda... o a *quién*—. Sé lo del trato que firmaste con los mocosos Bernadetti.

—¿Lo sabes?

Sus cejas se levantan, pero su mirada no.

—Y sé lo de tu estúpido intento de desbancarme.

—Parece que tienes razón ahí, Cardona.

—Tu padre nunca fue así de descuidado.

Frunzo los labios y me encojo de hombros.

—Eso es discutible.

—Esto no es una partida de ajedrez, muchacho. Estás jugando con fuego. Los niños grandes que no entienden las reglas se queman.

—Sé lo que necesito saber.

Sus ojos oscuros se posan en mí como láseres de francotirador.

—Entonces debes saber que voy a traer toda la fuerza de la Citta Nostra contra la Bratva Suvorov.

—¿Lo harás?

—No te hagas el estúpido, muchacho. Ambos sabemos que eres más inteligente que eso. No tiene sentido que te molestes en joderme personalmente —bebe un sorbo, se relame los labios y mira inquisitivamente el vaso—. Quizás esos mocosos Bernadetti intentan comerciar contigo, ¿eh?

Una silenciosa mirada se enciende entre nosotros. Estoy cara a cara con mi enemigo, recibiéndole en mi despacho como si fuera el puto Dalai Lama. Sin embargo, estoy totalmente no preparado para cómo esta reunión se está desarrollando. Es la vez que más he flaqueado.

Y lo odio.

—Puedes evitar todo esto, ¿sabes? —se burla Cardona como un diablo susurrándome al oído—. Todo esto se puede perdonar en un abrir y cerrar de ojos.

—¿En serio?

Asiente.

—Y a buen precio.

—¿Quieres que te *pague*?

—Sólo con monedas de sangre, Pavel Sergeyevich. Sangre fresca y caliente —sonríe—. *Viva*.

Levanto la ceja derecha.

—Continúa.

—Dame a los chicos Bernadetti dentro de los próximos dos días y me encargaré de que todo este… *accidente*… quede borrado de la historia —enuncia—. ¡*Puf*! Desaparecido. Ni siquiera

tendrás que responder ante mí en el futuro.

—Y apuesto a que crees que es lo más generoso que podrías hacer.

Gruñe.

—He sido paciente contigo durante demasiado tiempo, muchacho. *Es* una oferta generosa. Es mucho mejor que lo que obtendrías después.

—¿Y qué sería eso?

—Podría cargarme a todos y cada uno de vosotros, rusos de mierda, con un gesto de la mano.

Sacudo la cabeza.

—¿No sabes que somos notoriamente difíciles de matar?

—Llevo mucho tiempo en este negocio, muchacho. Tú estabas aún en el saco de las bolas de tu padre cuando yo ya estaba haciendo mi ascenso a la cima. Para cuando aprendiste a limpiarte el culo, yo estaba limpiando el *piso* con hombres como tu padre.

—Lo dudo mucho.

Aparecen manchas rojas en su cara como si tuviera una reacción alérgica.

—Puedes ser un adulto, pero sigues siendo sólo un niño que lleva el traje de su padre. Tu padre no habría dudado en entregarme a esos dos. Deberías seguir su ejemplo.

Inclino la cara hacia el techo mientras me reclino hacia atrás. Lo único que quiero es colgar a este tipo de un gancho y jugar con él. Sin deliberar. Sin trato. Sólo tortura a la antigua.

Quizá *debería* haberle disparado cuando entró aquí.

Le sonrío amablemente y le digo:

—No.

—¿No?

—Jonas, quizá —digo y me rasco pensativo la barbilla—. Pero no Liya.

Sus facciones se ensombrecen. Lo poco agradable que había cuando entró aquí es ahora un vasto océano de decepción. Olas de irritación golpean la orilla de su cara, mis ojos lo atraviesan tan profundamente que creo que podría encontrar petróleo si lo miro el tiempo suficiente.

El hielo del vaso tintinea mientras se lo lleva a los labios. Se bebe el whisky de un trago, se

levanta y me tiende el vaso.

—Ambos chicos, Pavel Sergeyevich. O no hay trato.

Le quito el vaso de la mano.

—Entonces puedes irte a la mierda.

La rabia hierve en sus facciones. Por un momento, parece una langosta al vapor.

—Te arrepentirás de tu comportamiento de hoy, muchacho. Esto no se verá bien después.

—Sólo hay una manera de averiguarlo.

—Tuviste tu oportunidad —dice alegremente mientras se dirige hacia la puerta. Hace una pausa y me devuelve la mirada, con voz grave cuando añade—: Y la cagaste, joder.

El vestíbulo bulle de actividad. Los zapatos chirrían sobre las baldosas —malditos gilipollas— y las voces se funden con el ruido del tráfico justo al otro lado de las puertas del ático. Kostya aparece en la puerta, resoplando de irritación.

—Aumenta la seguridad —suelto—. No quiero que esta mierda vuelva a ocurrir, ¿entendido?

Las maldiciones rusas resuenan en las paredes, mezcladas con las órdenes que ladro a mis brigadistas. Estoy furioso cuando vuelvo a mi despacho, hambriento de venganza por haber sido sorprendido por Cardona.

Sabía que lo descubriría. La ciudad que nunca duerme tampoco se calla ni una puñetera vez. Si hubiera pensado por un segundo que no recibiría algún tipo de represalia por mi trato con Jonas y Liya, entonces habría sido un tonto.

Yo no soy así, me convenzo mientras cierro la puerta del despacho. Me pellizco el puente de la nariz, ignorando el empalagoso almizcle de Cardona que se pega al interior de mis fosas nasales. *No soy un puto tonto. Sé lo que hago*.

Abro los ojos de golpe.

Pero quizá no haya sido lo más inteligente que he hecho.

Una respiración profunda me pone en un mejor espacio mental. Dos respiraciones relajan mis hombros. Después de tres, me siento lo suficientemente fuerte como para cruzar la habitación y dejarme caer en la silla del escritorio. Apoyo las manos detrás de la cabeza y miro fijamente el lugar donde se sentó Cardona.

La tapicería no es diferente. Pero hay algo muy extraño en la forma en que las moléculas vibran en el aire.

La cagué.

Todo lo que aprendí de mi padre se fue por la ventana en el momento en que Cardona sugirió entregar a Jonas y Liya.

No, no tiene nada que ver con Jonas, admito vacilante.

Es Liya.

Las alas de un pájaro asustado sustituyen a mi corazón.

—No —digo en voz alta.

Pero sé que es inútil. Mi cuerpo va a hacer lo que le dé la gana, me guste o no.

Un grupo de rusos borrachos es más fácil de controlar que mis estúpidas emociones. Es una pena que no pueda conseguir que una Bratva se haga cargo de mi sistema nervioso central.

Vuelven las palabras de Karina. La advertencia de Cardona circula alrededor del consejo de mi hermana. Y en la bruma de mis pensamientos, oigo una voz más suave, una que me hace pensar en champán y rosas.

Las dulces flores del verano no podrían compararse con ese aroma.

No debería haber hecho eso, joder. Me froto la frente. *¿Por qué lo he hecho?*

El corazón me da un vuelco.

No es que ella sea tan importante para mí.

He tirado la cautela al viento por mantener en mi tablero a un peón que no me sirve más que para jugar al poder. Ella podría servirme fácilmente sin arriesgar a la Bratva.

Pero no. Tuve que arriesgarlo todo. Por un polvo rápido, una conveniencia, un *contrato*.

¿En qué demonios estaba pensando?

El carrito de las bebidas está a sólo unos pasos. Cojo la botella de vodka, me sirvo un trago y me la llevo a los labios. El aroma me pellizca las fosas nasales, pero su familiaridad me reconforta. Un sorbo se convierte en un trago y luego en otro trago.

Llevo tres cuando me doy cuenta de que tengo que pagar un precio muy alto.

Mi mirada se desvía hacia el norte. *Y ella no tiene ni idea, ¿verdad?*

O quizá sí. Quizá se ha dado cuenta de la situación. Su hermano hizo parecer que ella no tenía experiencia. Y aunque eso es cierto, ella es más observadora de lo que él cree.

Esos ojos ámbar no se pierden nada. Probablemente está absorbiendo cada palabra que mi hermana le dice, como una esponja. Probablemente estén hablando de mí ahora mismo.

No sé si eso me irrita o me alarma.

Apostaré por ambas opciones.

—Esto no va a acabar bien.

Las paredes se flexionan a mi alrededor como si respondieran. *Probablemente sea el vodka*. Mis experiencias en esta oficina podrían pintar el techo de la Capilla Sixtina. Y avergonzaría incluso a los pintores más liberales. Sin embargo, la historia que cuentan esos murales hablaría de mi lealtad, de mi coherencia, de lo lejos que estoy dispuesto a llegar por la Bratva.

No es propio de mí lanzar un gancho. Quizá no me conozco bien del todo.

O tal vez algo ha cambiado.

No importa. Mi objetivo es hincarle el diente a Cardona y chuparlo hasta dejarlo seco. Una vez que no sea más que un cadáver, lo tiraré a un lado como todas las otras cosas inútiles que he encontrado. Eventualmente, Liya estará en ese montón.

Después de que cumpla con sus deberes, por supuesto. La Bratva es lo primero. Siempre lo ha sido. Y nada de eso va a cambiar.

Por qué diablos lucharía por ella es un misterio que ni siquiera puedo empezar a descifrar.

Capítulo 14
Liya

No tropieces. No te caigas. No pienses en lo mucho que Jonas huele a vodka.

El camino hacia Pavel está pavimentado de suave lino. Mis tacones no hacen ruido mientras avanzo, pareciéndome más a un leopardo de las nieves que a una futura reina. Jonas me sujeta sin apretar el codo mientras me guía hacia el hombre a quien tan cruelmente me arrojó por el bien de su legado.

El mismo hombre que me avergonzó en mi casa. Delante de mi hermano. Delante de un público de *desconocidos*.

Mis párpados se agitan. Sólo ver a Pavel me provoca una avalancha de emociones: buenas, malas y feas. Intento no pensar en cómo su polla se hinchó dentro de mí y me hizo sentir más viva que ninguna otra cosa en mi vida. No sólo en el despacho de mi jefe, sino sobre aquella mesa.

Aspiro aire en silencio en mis pulmones. *No tropieces, Liya*.

Caras en blanco me observan desde los bancos mientras Jonas me entrega en la entrada de la iglesia. Pavel me coge de la mano derecha y me acompaña por el pasillo, hacia el altar, nuestro lento caminar va marcado por un órgano. Una tos se escucha por encima del órgano y rebota en el techo abovedado. Aquí todo parece más grande que la vida.

Y yo me siento tan pequeña ante lo que está ocurriendo.

La ceremonia, el vestido, la forma en que Pavel me toma de la mano como si fuera la cosa más delicada del mundo... es demasiado para asimilarlo. Tengo tanto calor bajo el velo que creo que voy a desmayarme, como pensé que ocurriría hace un par de días.

Eso me pasa por pensar en ello. Una profecía autocumplida sería justo mi suerte en este momento.

Veo a Karina. Su sonrisa me inspira un respiro. *No muerdas la alfombra*. Mis mejillas arden con una risita que me cuesta contener cuando pienso en su advertencia. Y en la hora que pasó explicándome todos los ceremoniales. Sólo faltan unas doce horas de rituales. Moriré de aburrimiento antes de llegar a la iniciación.

El velo blanco protege mi ceño del público. *Mierda, casi me olvido de la iniciación.*

La ceremonia prosigue, sin darme tiempo a imaginar qué horrores potenciales me aguardan. Mientras el sacerdote ofrece peticiones de oración, nos bendice con los anillos que vamos a intercambiar. Lo repite tres veces y luego me coloca un anillo en la mano derecha. Me doy cuenta de que Pavel me mira con ojos que brillan con más frío del habitual.

Qué raro, pienso mientras le veo abrir la mano ante el sacerdote. Tiene un anillo de oro en la palma de la mano. *Es casi como si estuviera feliz o algo así.*

Y entonces desaparece. Lo que vi debió ser una casualidad o una ilusión causada por el velo.

El acto de esponsales termina y nos intercambiamos los anillos tres veces antes de que nos envíen a completar el sacramento del matrimonio. Se leen más oraciones. Nos bendicen con coronas, luego nos unen con un lazo, seguido de la lectura del Evangelio. La voz del sacerdote retumba en mis oídos mientras se completan las ceremonias restantes.

Karina tenía razón. Esta intrincada serie de ceremonias me marea. Pero me da tiempo para pensar.

Quizá *demasiado* tiempo.

Tras el paseo ceremonial, que más bien parece una danza, mis miembros se aflojan y avanzo junto a Pavel. Un escalón enmoquetado me roza el talón y me agarro al brazo de Pavel, rezando para no hacer más el ridículo de lo que ya he hecho.

Contrólate, Liya.

Pavel me aprieta el brazo para estabilizarme mientras volvemos a nuestros sitios. Una pequeña sonrisa suya me pone de mejor humor, relajando un poco la seriedad del procedimiento. Algo en ese pequeño consuelo hace que sea más fácil realizar el resto de los movimientos.

No debería ayudar, pero lo hace. Y no voy a discutirlo.

Mientras el cura nos bendice, oigo a mi hermano hablar en voz alta en el tercer banco. Cierro los ojos mientras susurro:

—Por favor, ahora no.

—Esa de ahí… eh… esa es mi hermana.

Pavel se da la vuelta.

—Kostya —dice.

Me agarro al bíceps de Pavel.

—Por favor, no lo eches. Por favor.

Me levanta el velo y me busca los ojos un momento mientras mi hermano sigue haciendo el ridículo al fondo. Dios, suena como si una fábrica de cerveza se hubiera unido a la de vodka en su cuerpo. Y por mucho que quiera enloquecer, no lo hago. *Porque Pavel me sujeta la cara.*

—Está bien —me dice.

—No lo eches. Sólo ponlo sobrio —le dice a Kostya.

Inundada de alivio, me dirijo al cura para que me quite la corona. Está realizando otra serie de movimientos repetitivos cuando me doy cuenta de que realmente me estoy casando.

Casi parece real.

Sacudo ligeramente la cabeza cuando me quitan la corona y siento que su ausencia deja una extraña impresión.

Nada de esto es real. Es solo un espectáculo.

La realidad de ese pensamiento me atraviesa. Pero no hay tiempo para procesarlo porque un hombre en el primer banco se levanta y nos señala, gritando:

—¡Esto es absurdo!

Pavel ni siquiera mira al hombre cuando responde:

—Siéntate, Kiril Vladimirovich.

—¿Alguien más va a señalar lo obvio? ¿O tengo que ser yo? —continúa el hombre.

—No acabaremos nunca si la gente sigue interrumpiendo —se queja Pavel. El cura lo mira sin comprender. Se encoge de hombros y susurra—: Lo siento, padre.

—Has faltado a la voluntad de tu padre.

Pavel suspira. El sonido parece más de fastidio que de otra cosa.

—Ya vamos otra vez.

—Mi hija debería estar ahí arriba ahora mismo. No esa *zorra* Bernadetti —espeta el hombre.

—Sigue hablando —dice mi casi marido. Su mandíbula se aprieta con irritación—. Y verás lo que pasa si sigues *hablando, Kiryusha*.

El hombre llamado Kiril echa humo mientras arrastra los pies entre los sorprendidos invitados para llegar hasta el pasillo. Se para en el camino que lleva al altar mientras nos señala repetidamente.

—¿Es esto lo que quieren? ¿Un hombre que falte a la palabra de su padre?

Pavel parece furioso.

—¿Kostya?

El brigadier se inclina obedientemente hacia Pavel.

—¿Sí, Pakhan?

—Llévatelo.

Kostya asiente y camina decidido hacia Kiril, que levanta los puños. Parece que los dos van a pelearse allí mismo hasta que entran en acción unos cuantos brigadistas más. Mientras se llevan a Kiril, Pavel se queda con la mirada perdida, aburrido y apático, mientras el drama continúa al otro lado de la puerta.

Y entonces se hace el silencio.

El silencio que queda me hace estremecer. Nadie habla. Nadie *respira* siquiera. Después del intento de motín, no sé qué va a hacer Pavel.

Casi parece que no vaya a hacer nada. Incluso el cura parece alterado por el prolongado silencio. Los minutos pasan hasta que Pavel se vuelve para mirar a la congregación, su Bratva.

—¿Alguien más se opone? —pregunta con indiferencia.

Silencio ensordecedor.

Un silencio *estruendoso*.

El tipo de silencio que se apodera de una ciudad horas después de haber volado en pedazos

Pavel asiente.

—Bien —Voltea hacia los brigadistas que quedan y les dice en voz alta—: Traedme sus estrellas.

La multitud jadea y se queda boquiabierta. Mis ojos se abren de par en par cuando Pavel se vuelve hacia mí. Hace un gesto al sacerdote para que continúe la ceremonia, apartándome de las expresiones de horror de la congregación que tengo detrás.

¿Traedme sus estrellas? ¿Qué significa eso?

Estoy temblando cuando invitan a la familia a pasar al frente para hacerse fotos. Viktoria y Karina se unen a nosotros y me hacen señas para que sonría. Sus ojos me dicen que, al final, todo irá bien.

Es difícil forzar la felicidad ante una cámara. Aunque la gente que nos rodea parece rebosante de alegría, yo sigo atrapada en el reciente pasado, en el drama que estalló en nuestra boda.

Sabía que Cardona iba a reaccionar con fuerza ante esto, pero ¿el propio Bratva de Pavel? Me hace preguntarme qué más está pasando entre bastidores que yo no sepa.

Supongo que no es nada de lo que deba preocuparme, ¿no?

El fotógrafo bromea y entabla conversación con todo el mundo, lo que contrasta con la dura vibración del mando de Pavel. Mientras sigo tratando de ordenar las cosas en mi cabeza, me guían de vuelta al altar, donde Pavel y yo firmamos el acta de matrimonio con el sacerdote.

Arroz y vítores nos aclaman cuando nos retiramos por el pasillo. Kostya aparece en la puerta de salida, la mantiene abierta y nos conduce a una capilla adyacente. Nos conducen a otra puerta que desciende por debajo de la iglesia, y la oscuridad aumenta a cada paso que doy.

No puedo evitar la sensación de que me llevan hacia la perdición.

—¿Adónde vamos? —pregunto, con la voz entrecortada por el espacio.

Pavel me aprieta la mano.

—Serás iniciada.

Cuando llegamos abajo, hace tanto frío que me castañetean los dientes.

No hace frío, me doy cuenta al soltar la mano de Pavel para abrazarme los hombros. *Estoy jodidamente asustada.*

Los brigadistas se agolpan en el otro extremo de la sala. Uno de ellos se adelanta y sostiene una tira de cuero empapada de algo rojo.

—Pavel Sergeyevich —dice el brigadier inclinando la cabeza y dice—: Sus estrellas.

Pavel acepta la tira de cuero con una sonrisa despiadada.

—¿Gritó?

—Mucho.

—Bien.

Parpadeo rápidamente mientras intento seguir el desarrollo de la situación. La ceremonia de arriba me ha quitado tanta energía que ahora mismo me cuesta comprender nada.

¿Qué le han hecho a ese hombre?

Doy un paso tembloroso hacia delante.

—¿Qué es eso? —pregunto quedo.

—Cuando un hombre deja de ser brigadier —dice uno de los hombres a mi lado—. Sus estrellas son arrancadas de su pecho y devueltas al Pakhan.

—Oh… —susurro. La habitación da vueltas. Me agarro a la pared más cercana mientras intento tragar aire para mantener intacta mi cordura.

¿Qué me va a pasar?

—*Lyubimaya* —dice Pavel mientras me tiende una mano. Inspecciono los dedos con cuidado, buscando una gota de sangre, pero no hay ninguna. Debe de haberse limpiado las manos mientras yo no miraba—. Esto es sencillo. No llevará mucho tiempo.

Le cojo la mano. Es todo lo que puedo hacer después de todo lo que acabo de presenciar. Me lleva al centro de la sala, me acaricia la mejilla y me quita gentilmente el velo del pelo.

A sus brigadistas les dice:

—Desvístanla.

Su voz me trae recuerdos, ese tono frío e indiferente me transporta al principio de este desastre. Unas manos gigantes remueven la delicada tela de mi vestido con movimientos calculados, propios de una antigüedad que se está subastando.

¿Son cuidadosos por mí o por el vestido?

¿Qué va a ocurrir? Por mi mente pasan un millón de pequeñas escenas horripilantes de sus hombres tomándome uno a uno ante sus ojos. *Me hizo elegir, pero ahora va a humillarme. ¿Por qué pensé que él cumpliría su palabra?*

—Liya —susurra Pavel—. Abre los ojos.

Me cuesta obligarme a mirarle, pero lo hago. Me confunde encontrarlo sin camiseta. Tiene 2 estrellas gemelas tatuadas en su pecho que me llaman la atención. Luego me asombra una intrincada y elaborada línea que va a sus brazos y me pierdo en sus tonificados músculos, sus recortados abdominales, y la forma en que su pálida piel parece entonar en la penumbra.

Me hace una señal con la cabeza.

—Por aquí.

Hay dos asientos acolchados y cubiertos de plástico uno al lado del otro. Tomo el más cercano y me quedo mirando el equipo de tatuaje que hay sobre la mesa. Es mejor que ser objeto de una turba rusa, aunque en mi opinión sea un poco insípido.

Hay una docena de preguntas que quiero hacer, pero mantengo los labios sellados, prefiriendo jugar con los nuevos anillos que ocupan mi dedo izquierdo.

—Sólo duele por un momento —dice Pavel mientras uno de sus brigadistas le coloca una aguja en la carne por encima del pecho—, y después no tendrás que preocuparte de nada.

Excepto que si tengo de qué preocuparme.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos mientras el brigadier me perfila una corona en el omóplato izquierdo. Quizá algo así habría estado bien si lo hubieran hecho con Willow. ¿Por qué no fui así de rebelde cuando era más joven? ¿No se supone que todas las chicas lo hacen en algún momento?

No las chicas como yo.

Aprieto las cejas mientras el dolor me salpica la espalda.

No estamos hechas para tener "felices para siempre" ni castillos seguros.

Otras chicas tienen caballeros blancos; nosotras, monstruos.

Miro a Pavel, que no se inmuta. Parece perdido en su propio mundo, sus ojos carecen del jovial afecto que vi durante la boda. Pensativo, prominente, poderoso, así es su energía a pesar de la falta de emoción en su rostro.

Sobre las estrellas de su pecho se forma una corona. Coincide con la que yo llevo, con detalladas gemas marcando las puntas de la corona. Mis ojos buscan en la habitación lo que antes confundí con una tira de cuero.

Traedme sus estrellas.

¿Habrá algún día en que alguien exija lo mismo de mi corona?

La bilis me sube por la garganta mientras miro fijamente a mi nuevo marido. *¿Y vendrá de él esa orden?*

Capítulo 15
Liya

Esto debería sentirse bien.

Me estremezco mientras miro a Pavel como ratón asustado. Me desabrocha el corpiño y me quita las mangas de los brazos con una lentitud que me hace palpitar el coño. Todo lo que hace me llama la atención, pero no siento que sea yo quien lo experimente.

Esto debería sentirse increíble.

El vestido cae al suelo, donde la tela se amontona como una bola de nieve. Aún estoy asimilando la ceremonia de la boda, la iniciación. Es un sueño febril, no la realidad.

Miro fijamente el vestido. La reina de blanco, de la seda fina, del lujo más allá de los sueños más salvajes de cualquiera.

Me centro en Pavel al darme cuenta de mi nueva posición en su vida... y en su *cama*.

Mía para lucirla. Suya para descartarla.

Sus dedos flotan sobre mi torso, los tatuajes se deforman en la penumbra. No tiene sentido que se moleste en desvestirme cuando ya me ha tenido.

A menos que quiera que me sienta bien.

Se me entrecorta la respiración mientras observo impotente cómo sus dedos desaparecen entre mis muslos. No tengo tiempo de jadear cuando vuelve a subir y sus dedos rozan el borde de mis bragas. Cuando me las baja, me estremezco. Y cada centímetro de mí se sonroja de vergüenza.

Indefensa...

Esta es mi noche de bodas. Soy su mujer. Debería amarlo. Debería sentirme emocionada, feliz, en la luna…

Pero no es así, ni mucho menos. Todo lo que siento es derrota.

Un chasquido.

Mi sujetador cae y uno de los tirantes me roza el omóplato herido. Siseo y hago una mueca de dolor cuando él sopla suavemente sobre la carne sensible; el cuidado con que lo hace me asusta. Una cálida energía irradia de las yemas de sus dedos cuando roza suavemente la zona que rodea el tatuaje.

¿Este es el mismo Pavel que se tomó su tiempo conmigo en el bar?

Se encuentra con mi mirada y me ordena:

—Quítame la camisa.

No, no es él.

Mis dedos revolotean sobre los botones de su camisa de vestir, alimentados por la ansiedad. Dios, no estoy acostumbrada a esto. Es embarazoso. Es intimidante.

Cuando me acuna la nuca y arrastra su nariz por mi garganta, se me van los ojos a la nuca. Gimo con cada beso que me da en el cuello.

Mis piernas se cierran alrededor de su cintura cuando me inclina hacia atrás. *Es más excitante que cualquier sueño erótico que haya tenido.*

—Quítame los pantalones— susurra.

Su estremecedor gemido me anima.

—Qué buena chica…

La obediencia sustituye al miedo. Cada capa que él descubre, física y emocionalmente, me excita. Sí, es muy posible que sea el mismo hombre apasionado del despacho de mi jefe, con sus dedos cuidadosos que me miman hasta el último rincón como si yo fuera preciosa. Podría ser él. *Quiero* que sea él.

Se está tomando su tiempo. Dibuja grafitis en mi cuerpo con trazos largos y lánguidos que me hacen estremecer. La piel se me eriza por el recorrido de sus labios que se desvían hacia mi escote. Mis ojos se clavan en mi cráneo cuando sus dedos vuelven a anidar entre mis muslos. El placer me recorre el cuerpo cuando desliza sus dedos dentro de mí.

Así es como debería sentirme. Él domina mi atención solo con el tacto. Pulsa botones que yo no sabía que existían. Me está besando…

Y luego me voltea.

Me separa las piernas.

Me penetra tan rápido que grito.

Mis dedos se clavan en las sábanas debajo de mí.

Oh.

La resbaladiza excitación que cubre mi coño acelera con sus repetidas estocadas. Me abraza el pecho con un brazo. Con el otro me echa las caderas hacia atrás y me aprieta contra él. La

presión estalla en mi interior con cada penetración, y me abrasa por dentro y por fuera.

No tengo espacio para adaptarme. Ni siquiera me deja *respirar*. Vuelvo a ser un juguete, una herramienta funcional para su placer que sólo tiene dos modos: encendido o apagado. ¿Es esto lo que significa ser una reina? ¿Su esposa?

Su voz ronda mi mente desde aquel día.

¿Esposa o puta?

Aguanto el dolor mientras inclino la cabeza hacia delante. El espejo del otro lado de la habitación se hace eco de la escena. No hay nada regio ni digno en esto. No soy una reina. Para él no soy más que unos agujeros. Eso es todo lo que soy.

Eso es todo lo que me está haciendo.

Al mismo tiempo, me invaden la ira y la vergüenza.

No me dio elección.

Pero aun así…

Mejor él que sus brigadistas. Un jadeo sale de lo más profundo de mi pecho. Recuerdo las manos rugosas de ellos desnudándome antes de que Pavel me abriera sobre la mesa.

Mejor en privado que en público.

Las poderosas manos de Pavel me toman por el hombro.

—Quieta. Deja de huir.

La sensación de ser estirada me abruma mientras él me lleva hacia atrás. El dolor persiste, pero con cada caricia vuelve una sensación diferente, vergonzosamente familiar.

Él es retorcido. Es duro. Es controlador, posesivo y...

...es todo lo que mi cuerpo desea.

Sus dedos encuentran mi barbilla.

—Quiero oírte gemir, Liya.

Un éxtasis ardiente inunda mi núcleo.

Oh, no.

Pero las únicas palabras que salen de mi boca son:

—Oh Dios…

Ningún otro hombre en esta tierra podría haberme hecho sentir así. Y por jodido que parezca, es un cambio bienvenido a todo lo que tuve que soportar como la *vieja Liya*. Todo, desde mi asqueroso y pervertido jefe hasta las largas horas detrás del mostrador, las propinas que apenas pagaban el alquiler, el acoso que me bombardeaba a cada paso... toda yo.

La vieja Liya. La chica precavida, la chica inexperta, la chica a la que casi nunca prestaban atención. Ya no está.

Y en su lugar está la *nueva Liya*.

La nueva Liya tiene el sexo más duro y delicioso de su vida con el jefe de la Bratva Suvorov. El mismo hombre que pondrá a dos metros bajo tierra a cualquiera que intente tocarla. Nunca más tendrá que enfrentarse a los problemas de la vieja Liya.

Pero, ¿vale la pena? me pregunto mientras Pavel acelera su ritmo.

El dolor y el placer luchan por el control, y yo me balanceo entre ellos como una bailarina sobre el filo de una navaja. Me aterroriza saber hacia dónde caeré mientras la tensión crece en mi interior.

Por favor, dime que vale la pena...

Pavel me rodea la garganta con los dedos y redobla sus embestidas. Mi columna se curva y arqueo las caderas para poder aguantar más. Ya estoy llena, pero él quiere más. Yo quiero más, incapaz de controlar la urgente respuesta de mi cuerpo.

Desesperada. Como si nunca fuera a volver a tenerlo. Pero eso es estúpido, ¿verdad? Sé que va a volver a hacerlo. Sé que él va a tomar lo que quiera de mí, *cuando quiera*, *donde quiera*. No habrá escasez de sexo cuando estoy a un viaje en ascensor.

Y algo en este pensamiento me hace correrme.

Un gemido de tortura suena mientras él vuelve a colocar mis caderas en su sitio. Me meneo demasiado. No puedo evitarlo, pero otra parte de mí palpita de excitación cuando me tira hacia atrás.

Sus dedos se enroscan en mi pelo, agarrando los mechones con tanta fuerza que mi visión se vuelve blanca.

—Córrete para mí, Liya.

No puede detenerse.

No *quiero* que se detenga.

Me convulsiono dentro de él, con el cuerpo temblando por su posesión. En ese momento, Pavel es el diablo, yo soy su víctima, incapaz de impedir que tome el control total, y esta cama es el altar de sacrificios de nuestro ritual.

¿Cuántas veces me sentiré así?

Todas y cada una.

A partes iguales, la esperanza y el miedo me azotan mientras mi orgasmo se desvanece. Antes de que me dé tiempo a pensar, Pavel me empuja la cara contra las sábanas y gruñe. Se vacía dentro de mí, mi coño se flexiona para extraerle hasta la última gota.

No pares, suplico en silencio mientras cada sacudida derrama otra salpicadura de calor contra mis paredes.

De repente, su peso desaparece. Un aire frío ataca todos los lugares donde me ha tocado; se me pone la piel de gallina ante el repentino cambio de temperatura. Oigo su respiración agitada y el crujido de su ropa. Se está vistiendo.

Ha acabado conmigo. Así, sin más.

Giro la cabeza para mirarle, aun temblando por el abrupto final.

—¿Podrías quedarte un rato conmigo?

—Felix Cardona sabe lo de la boda. No hay tiempo que perder —contesta. Su tono es frío e impasible, como si estuviera entregando las cifras de ventas de su último informe comercial.

—¿Qué estás planeando?

—*¿Por qué?* —espeta.

El aire se vuelve gélido entre nosotros cuando me despego del colchón. Con un brazo cubro mis pechos mientras busco una manta.

—Porque quiero saberlo, Pavel. Me implica, ¿verdad?

—Claro que te implica.

Dios, es como si todo el calor se hubiera esfumado de la habitación. Un minuto, es un dios del sexo. Al siguiente, es el despiadado y sin emociones jefe de la Bratva. Nunca sé lo que me va a tocar en cada momento.

El olor a sexo todavía tiñe el aire, pero está rancio como una lata de refresco que ha perdido toda su carbonatación. No tardó mucho en perder el hambre por mí.

Como si yo fuera más una puta que una esposa.

—Si me dices lo que planeas, tal vez pueda ayudarte —agrego.

—¿Qué podrías sugerir tú que no se me ocurra a mí primero?

—Soy tu esposa, Pavel. Podríamos hacer más cosas si juntáramos nuestras cabezas. Tú mismo lo has dicho —me aclaro la garganta, intentando contener mis emociones—. En el altar dijiste que me tratarías con dignidad —y mis ojos se desvían hacia la cama, *tarde para eso*—, y que me protegerías.

—Si, lo dije.

Me atrevo a mirarle. ¿Lo habrá entendido?

Pero mi esperanza se disuelve cuando habla.

—Y estoy haciendo precisamente eso, Liya. Te he tratado exactamente como dije que lo haría. Mantenerte alejada de los asuntos de la Bratva es protegerte.

—Pero yo no veo…

Él marcha hacia la cama, haciéndome retroceder sobre ella, con la palma de la mano rozando la humedad que mi orgasmo ha dejado en las sábanas.

—No necesitas *ver* nada —dice Pavel—. Tu lugar está aquí, en nuestra casa, en esta cama. Embarázate; expulsa un niño. Es el trabajo más fácil del mundo. Ni siquiera tienes que *pensar* durante nada de eso.

Inclino la cabeza.

—Deja de complicar esto tanto, Liya. Lucharé en la guerra y te mantendré a salvo. Soy un hombre de palabra —se levanta de nuevo—. Siempre y cuando hagas exactamente lo que yo diga.

La manta se desprende de mis dedos. ¿Por qué molestarme en seguir cubriéndome? Ya me ha despojado de todo.

—De acuerdo —digo.

Se va sin decir una palabra más. La forma en que se lleva el aire de la habitación consigo me alarma, un recordatorio de que él es quien manda. Es el jefe, el que tiene todo el poder.

Y yo no soy más que una manzana que arrancó del campo.

No soy más que una fruta madura que él quiere abrir en rodajas. Pelarme, hacerme jugo, trocearme. Mi existencia depende enteramente de él y de sus caprichos.

Embarázate; expulsa un niño. Pongo los ojos en blanco. *Como si fuera tan fácil*.

El dolor me aprieta el cuerpo. Me froto la nuca, gimoteando por el dolor en el omóplato y el tierno dolor entre las piernas. La indignación se arremolina en medio de mi agotamiento, desgarrándome igual que Pavel lo hizo hace unos minutos.

Me trata como a un trozo de carne. Miro fijamente la puerta vacía, maldiciendo en silencio la poca energía que Pavel ha dejado. *Es sólo por un rato. Eso es lo que dijo Viktoria, ¿verdad?*

Sí, un rato.

Cree que puede usarme siempre que quiera, pienso mientras me deslizo fuera de la cama. Me dirijo al cuarto de baño y aspiro el aroma que desprende la cesta de jabón. Cojo una de las pastillas más gruesas y abro la ducha. *Pero no podrá. No se lo permitiré*.

El agua brota de la alcachofa y salpica el azulejo. Cuando me meto en el chorro, mi cuerpo grita aliviado por el agua caliente. Todo lo que siento es efímero. Las cosas pueden cambiar de un momento a otro.

Y yo puedo hacer que eso ocurra.

En algunos aspectos, una esclava… en otros, una reina.

Las palabras fluyen por mi mente como una brisa de verano. De repente, el mundo no parece tan tenue como cuando Pavel me extendió como sobre la cama. Entonces perdí el control. Pero no cometeré el mismo error dos veces.

Porque *seré* su reina.

Le guste o no.

Capítulo 16
Pavel

Una simple inclinación de cabeza hace que se haga el silencio en la sala. Mis brigadistas se acomodan en sus sillas. Tengo su completa atención. Como siempre. Como debe ser con todos los que están bajo mi mando.

Aprieto el puño a mi lado.

Excepto por una persona, al parecer.

Liya. Cree que tiene derecho a entrometerse en mis asuntos. Me arreglo la corbata distraídamente. *Pero no es así. Ella no tiene derecho a sugerirme nada. Sólo es mi mujer. Un medio para un fin.*

Puede que ella lleve una corona tatuada en su hombro, pero esa corona me pertenece.

—Falta uno de vosotros —anuncio, cuando ha pasado suficiente tiempo y no aparece nadie más.

Una silla chirría en el lado izquierdo de la sala, pero mis brigadistas permanecen callados.

—¿Dónde está Vorobyov? —pregunto y las miradas me evaden. Cabezas se inclinan. Más sillas chirrían. Vyacheslav Valeryevich Vorobyov no está, y nunca ha sido de los que llegan tarde.

Relajo el puño, transmitiendo calma a mis brigadistas para que alguno pueda hablar.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien le vio?

Silencio.

—Lo intentaré de nuevo —suspiro—, ¿dónde está Vorobyov?

Kostya tose a mi izquierda. A mi derecha, Stepan permanece tan rígido y alerta como siempre. Murmullos flotan por la habitación. Uno de los brigadistas se aclara la garganta y otro se levanta tímidamente.

—Gennadiy Vasílievich —le digo al hombre que está de pie—. *¡Govori! (¡Habla!)*

La vacilación nunca ha sido un concepto para este hombre hasta ahora. Sus cejas se crispan mientras sus labios se entreabren sin sonido, buscando las palabras adecuadas. Junta los dedos repetidamente y hace crujir los nudillos en el proceso.

Nadie más le mira. Pero todos le escuchan.

—¿Y bien?

Cuando se enfoca, endereza la espalda y responde:

—Vorobyov ha desertado. Ha ido a buscar a Kiril Vladimirovich y a lo que sea que Kiril pueda estar planeando.

La agitación me golpea el costado como un camión.

Deserción. Uno de mis brigadistas ha decidido unirse a Kiril. Para ser justos, esperaba esto cuando exigí las estrellas de Kiril. Pero no pensé que sucedería tan rápido. Una oleada de razonamiento se apodera de mí.

Fui demasiado imprudente en la boda. Debí haber expulsado a Kiril, pero dejarle conservar sus estrellas.

Ahora que no tiene estrellas, lo único que puede restaurar su honor es la venganza. Fue una acción tonta tomada en un momento acalorado. Y ahora…

Fracaso. *Furioso* fracaso.

La deserción es un pecado mayor que el asesinato. Es un signo de *debilidad*.

Mis brigadistas no guardan silencio por miedo o lealtad. Ellos simplemente no creen que reaccionaré como un buen Pakhan debería.

Creen que reaccionaré como un hombre débil.

Me calmo y hago un gesto con la cabeza para que Gennadiy se siente. Se hunde en su silla como un globo desinflado. Su rostro vuelve a ser una máscara inescrutable. Examino a cada uno de los hombres que están sentados frente a mí.

¿Cuál de vosotros es el siguiente? Paso la mano por la superficie de la mesa. *No podemos permitirnos más pérdidas.*

Sueno lo más indiferente posible cuando pregunto:

—¿Alguien más está interesado en desertar?

Podría caer una granizada y nadie se movería. Al menos aún queda *algo* de respeto en ellos.

Me sacudo de las manos el polvo de la mesa.

—¿Nadie?

Kostya es el primero en hablar.

—No, Pavel Sergeyevich. Nunca.

—Sin embargo, dos ya lo han hecho —digo.

—Tienes nuestra lealtad —afirma Gennadiy con orgullo—. Todos nosotros, Pavel Sergeyevich.

Un maremoto de asentimientos estalla en toda la sala. Me fijo en cada rostro, buscando su lealtad. Se guardan sus emociones en el pecho y no tengo más remedio que confiar en ellos.

Además, hay mayores problemas que un par de desertores.

—Siendo así —me inclino hacia atrás—. Esta guerra con Cardona está a punto de explotar.

Eso llama su atención. Desde la muerte de mi padre, Felix Cardona ha estado mordisqueando los bordes. Y ahora, con la deserción de Kiril y Vorobyov, sólo será cuestión de tiempo antes de que uno de nosotros aumente un conflicto ya latente:

Él lo hará porque puede.

Yo lo haré porque *debo* hacerlo.

—Cardona sabe que tengo algo que podría destrozarle —digo—. Durante diecinueve años, pensó que los Bernadetti estaban fuera del tablero. Irrelevantes cuales muertos. Ahora que ambos están vivos y una casada *conmigo*, las cosas han cambiado. Así que ahora vendrá a por *nosotros*.

Un círculo de risitas se levanta alrededor de la mesa junto con algunos juramentos susurrados. Y así, las deserciones se olvidan temporalmente. La amenaza primaria de la violencia es un pegamento maravilloso para mantener unida a la Bratva.

—Ahora mismo —continúo—. Cardona cree que estamos luchando para poner a Jonas Bernadetti en el trono de la Citta Nostra.

Los ojos se ponen en blanco en medio de algunas altisonantes palabras para Jonas Bernadetti. El hombre es una vergüenza que no controla sus propios vicios. Si no fuera por las súplicas que me hizo Liya, mis brigadistas le habrían mostrado a Jonas las consecuencias de interrumpir mi boda.

Sin duda Kiril pensaba lo mismo. Y por desgracia, también Vorobyov. Pero ninguno de ellos tuvo la paciencia para escuchar el resto del plan.

Y es por eso que fracasarán.

—No tengo intención de luchar en nombre de Jonas Bernadetti. No *derramaré* su sangre para *ponerle* una corona. Antes de que Cardona sea derrotado, pienso entregarle a Jonás. Y luego, si ambos hombres mueren cuando vayamos a ‘rescatar’ al tonto inútil… pues qué pena.

Pero eso es sólo la primera mitad del plan.

—Porque Jonas no es el único que puede reclamar la Citta Nostra —exhalo lentamente, me levanto y miro a los hombres sentados a mi alrededor—. A falta de un Don, una vez que hayamos eliminado a Cardona y a Jonas, la persona que mejor puede reclamar toda la organización es Liya. Sin embargo, los capos de la Citta Nostra no aceptarán que la *hija* Bernadetti los dirija.

—Pero si ella tiene un hijo… —agrego ladinamente—. ¿Y quién más para guiar al joven Don hasta su mayoría de edad que su propio padre? Y ustedes estarán a mi lado, ¿verdad, muchachos?

En la mesa todos asienten con la cabeza. *Eso está mejor*.

Pero no puedo evitar preguntarme si habrá otro Kiril o Vorobyov entre ellos.

—¿Cómo explotará esta guerra, Pavel Sergeyevich? —pregunta Gennadiy.

—Golpearemos a Cardona. Antes de que él pueda golpearnos a nosotros —explico—. Primero, tenemos que acabar con los policías que trabajan para Cardona. Perseguir a los que hacen dinero para Cardona, clubes nocturnos, bares y oficinas vacías que cobran alquileres a empresas fantasma, y ver qué cerditos se apuntan a la barbacoa.

Otra ronda de asentimientos. *Bien, todavía los tengo.*

Mi sonrisa se vuelve más confiada cuando añado:

—Rebusquen en los registros públicos y encuentren todo lo que hay sobre esos policías. Cuando llegue el momento, los sacamos del tablero a todos a la vez.

—Recordad que hay que sacarlos a todos a la vez —agrego—. Queremos cegar a Cardona de un solo golpe. Si golpeamos a uno de los policías demasiado pronto, sabrán que venimos. Si les damos demasiado tarde, nos arriesgamos a que Cardona nos sorprenda con toda su red. Confío en que lo harán bien.

—¡Sí, Pavel Sergeyevich! —dicen al unísono.

Esbozar el plan ha puesto a mis brigadistas de buen humor. Sus expresiones antes ilegibles vuelven a ser de lealtad. Doy por terminada la reunión y los despido, pero le hago un gesto a Stepan para que se quede.

—Stepan Petrovich, vuelvo a necesitar tu cerebro chapado en metal.

Stepan toma asiento en la mesa.

—Por supuesto, Pavel Sergeyevich.

El último de los brigadistas desaparece de la sala, el bajo zumbido de la conversación se borra

del aire cuando se cierra la puerta. Tensas moléculas bailan alrededor de mi frente. Me masajeo las sienes mientras apoyo los codos en la mesa.

Tras unas cuantas respiraciones profundas, dejo caer las manos sobre la mesa y junto los dedos.

—Quiero saber qué piensas de la deserción de Vorobyov.

—Tus garrapatas se han multiplicado.

—¿Qué quieres decir?

Stepan hace un gesto hacia las amplias ventanas que bordean la pared. La luz del sol entra a raudales en la habitación; fuera hace un día precioso. Ojalá pudiera decir que lo estoy disfrutando.

—Kiril Vladimirovich habló fuera de lugar y quiso faltar al respeto —continúa Stepan—. Pero fue una acción calculada.

Cierro la mandíbula como una serpiente que atrapa a su presa.

—¿Qué quieres decir?

—'*Un hombre que se retracta de la palabra de su padre*' —repite las palabras de Kiril en la boda—. Kiril Vladimirovich sabe que los brigadistas aún pretenden honrar las palabras de tu padre. Después de todo, esos hombres eran suyos antes que tuyos. Cuando Kiril te faltó al respeto, lo hizo a través del honor de tu propio padre.

Me alejo de la mesa y marcho hacia la ventana. La ciudad se ve preciosa aquí arriba. Pero siento que la vista se desperdicia con mi irritada mirada.

—Tú respondes, y te arriesgas a probar su acusación —continúa Stepan con calma—. Si no haces nada, le estarás confesando tu propia debilidad. No es una elección fácil.

—No soy un niño, Stepan Petrovich —digo. Conozco el sermón. Es uno que mi padre me dio muchas veces a lo largo de mi vida:

El honor es todo lo que tenemos, Pasha. Es el escudo y la espada de un hombre.

Kiril lo usó ingeniosamente como ambas cosas. Por mucho que lo odie por ello, no puedo evitar respetarlo.

—No lo eres —asiente Stepan en acuerdo—. Vorobyov es el primero en seguir los pasos de Kiril, pero no será el último.

Lo sé, reflexiono con frustración.

La luz rebota en las ventanas de enfrente y me taladra la vista.

—¿Hace falta que te lo recuerde? —afirma Stepan con firmeza—. El padre de tu mujer fue…

—Asesinado por sus propios hombres. Lo sé.

—Porque perdió su respeto. Porque no defendió su honor —tararea Stepan—. Es tanto una guerra interna como externa, Pavel Sergeyevich.

—¿Qué habrías hecho tú con Kiril Vladimirovich? En ese momento, si fueras yo. ¿No habrías tomado sus estrellas?

—No, Pavel Sergeyevich —dice Stepan y se acaricia la barbilla—. No habría exigido las estrellas de Kiril.

Toma aire y su rostro cambia. De repente, vuelve a ser un soldado, y su comandante le ha ordenado cometer una violencia incalificable sin preguntar.

Levanta la mano y se frota la cara con cansancio, como debe de haber hecho miles de veces en el infierno de hormigón destrozado que era Chechenia.

—Yo habría exigido la *cabeza* de Kiril.

Capítulo 17
Liya

Es la primera vez esta semana que pasamos tiempo juntos fuera del dormitorio. Nos sentamos en la terraza del ático en una cálida mañana de verano, tomando un té recién hecho por Viktoria.

La semana más larga de mi vida.

Durante el día, veo a varios de sus hombres entrar en el ático para reunirse con él en su enorme despacho. Es el único lugar en el que no se me permite entrar. Sólo puedo sentarme en la escalera y adivinar lo que ocurre detrás de esas puertas. De vez en cuando oigo una carcajada o un aplauso furibundo.

Pero cada vez, sus brigadistas salen sudando. Tienen el mismo aspecto que los becarios de banca de inversión que se sientan en una mesa en *Blaczak's Horseman* después de haber pasado un día entero entregando malos informes a sus jefes, susurrando que no les volverán a invitar para una oferta a tiempo completo cuando acaben los veranos.

No necesito conocer los detalles para saber que las cosas no van como él quiere.

En muchos sentidos, una esclava. En otros, una reina.

Todo lo que he conocido bajo Pavel es ser su esclava.

Cada noche ha sido más larga que la anterior. Cada noche, repetimos los mismos movimientos: Pavel entra en nuestra habitación, me acerca a él, me sujeta y me usa hasta que me deja dolorida y llena. Luego desaparece y me deja sola con mis pensamientos.

Me estremezco mientras miro fijamente mi taza de té.

—No pensé que hiciera frío aquí arriba.

Pavel me sobresalta cuando chasquea los dedos sin levantar la vista. Viktoria aparece con mi chaqueta de punto, más suave que nunca. Debe de haberle hecho algo al lavarla. El aroma a vainilla que desprende la tela me hace suspirar. Con una sonrisa de agradecimiento, le aprieto la mano y se me encoge el corazón cuando se retira del ático.

Qué suerte la de ella, pienso mientras acuno mi taza. *Yo no quiero estar aquí con el tipo al que a estas alturas deberían haberle salido pezuñas y cuernos.*

A pesar de mis pensamientos, Pavel tiene hoy un aspecto extraordinariamente normal. Tiene el pelo revuelto por el sueño, aún sin peinar, y su camisa de seda se abre en el cuello para dejar ver una pequeña mata de pelo oscuro en el pecho. La luz del sol ilumina la terraza, cubre la sombrilla que protege nuestras cabezas y fluye a nuestro alrededor como una cascada dorada.

Es precioso.

Pero no lo es.

Ha pasado una semana desde que nos casamos, desde que dijimos nuestros engañosos votos delante de toda la Bratva Suvorov. ¿Sabía el cura que lo hacíamos como parte de un acuerdo? ¿Lo sabría todo el mundo?

Pienso mientras abrazo mi taza, *¿cuándo cambiará esto?*

Doy un sorbo a mi té, notando un estallido de bayas y nata, las capas de sabor explotan en mi lengua. Debería deleitarme con su sabor. Combinado con las vistas de la ciudad, debería ser increíble. Pero, de algún modo, no me atrevo a disfrutarlo.

—He estado pensando —digo vacilante.

Espero a que Pavel responda, observando sus rasgos inexpresivos, sus ojos fríos, sus labios apretados.

Igual que cuando me visita por la noche.

Me cuesta hablar por el nudo que se me ha hecho en la garganta. Es un lugar *tan* acogedor para él. Sinceramente, es lo más normal que he sentido en toda la maldita semana.

Aparte de la vergüenza.

Me relamo los labios mientras dejo la taza. Mis dedos buscan refugio en mi rebeca de punto, enredándose en los agujeros que se han aflojado por el uso.

—He estado pensando que… estás haciendo demasiadas cosas a la vez.

—¿Qué te hace pensar eso?

—He visto a tus brigadistas salir de tu despacho toda la semana con cara de estar a punto de marchar hacia las puertas de la muerte —digo—. Veo muchas cosas, Pavel. Más de lo que crees.

—No necesito que veas, Liya —responde Pavel—. Necesito que estés embarazada. ¿Ya estás embarazada?

Frunzo el ceño, cabizbaja ante su rotunda negativa a escuchar.

—¿Te has quedado embarazada en algún momento entre anoche y esta mañana? —insiste.

Mi mirada furiosa podría prenderle fuego. Oh, si pudiera quemarlo, reducirlo a cenizas al sol como un vampiro y luego dejar que el viento barriera el polvo de la faz de la tierra.

Todos mis problemas desaparecerían en un segundo, así de fácil.

—No —respondo tajante—. Aún no me he quedado embarazada.

Él asiente mientras levanta su taza.

—Entonces no puedes ayudarme.

Todo parece normal durante dos putos segundos. Miro fijamente a Pavel, quien mantiene su atención fija en mí. *Ser su reina significa actuar como tal*.

Me sacudo. Enderezo los hombros e imagino la corona tatuada moviéndose sobre mi cuerpo. Me pongo más alta, aunque él siga siendo más grande que la vida.

Calma, confianza, frialdad… Me comportaré como él para que me entienda.

Puede que no funcione, pero ¿qué otras opciones tengo?

—No estoy ciega ni sorda, Pavel. Puedo ver y oír las consecuencias de tus reuniones.

Arquea una ceja.

—Dirigir una Bratva no es lo mismo que aceptar pedidos de bebidas.

Pongo los ojos en blanco. ¿Ha tenido que lidiar alguna vez con la gestión de un bar?

¿Manejar las expectativas de un grupo de gilipollas que se creen el mejor regalo de Dios en la tierra? ¿Escuchar sus problemas y decirles lo que quieren oír? ¿Mantener la calma y la cabeza fría en un lugar tan ruidoso que ni siquiera puedes oírte pensar?

Sí, creo que tengo bastante experiencia en eso.

Pero no le digo nada.

Deja la taza sobre la mesa con un golpe seco.

—Esto no es lo que deberías estar haciendo. ¿Necesitas que te recuerden tus obligaciones? —sonríe—. ¿Aquí mismo, en la terraza? ¿Mesa o barandilla, Liya?

Da miedo ver ese brillo travieso en sus ojos.

Más que eso, me asusta la *excitación* que me produce la sugerencia.

Me lo imagino acortando distancias, inclinándome sobre la barandilla, con las tetas al aire para que el mundo sea testigo. Aunque estamos tan arriba que es difícil decir que alguien nos vería.

Pero bueno.

¿No es eso parte de la emoción?

Pero no voy a echarme atrás. No ahora. Y tampoco dejaré que me presione.

—Mira —insisto—. Veo las miradas agitadas de tus brigadieres. Sé que no te casaste conmigo por la bondad de tu corazón. Puedo leer entre líneas. Vas a enfrentarte a Felix Cardona, ¿verdad?

—Por eso tus brigadistas parecen preocupados —agrego—. Saben que no es solo una pelea contra Cardona. Es una pelea contra la policía de Nueva York, con Cardona mandando.

Me tenso mientras me preparo para su ataque verbal. Las palabras, afiladas como puñales, volarán por la mesa y arruinarán nuestra tranquila mañana.

Me duelen las tripas. Bueno, *casi* tranquila.

—Continúa.

—Y sea cual sea tu problema, ese tipo de la boda va a ser la clave para eso —termino.

—¿Kiril?

—Sí —respondo—, el hombre al que le quitaste las estrellas.

Una mirada misteriosa se dibuja en su rostro. *Lo estoy consiguiendo*.

—¿Por qué crees eso? —pregunta finalmente.

—¿Porque quién sería tan tonto como para oponerse a la boda de su jefe? —le pregunto.

Pavel esboza una sonrisa y luego se ríe, una risa profunda que le sale directamente de la barriga. Estoy confusa. ¿Me está tomando en serio o no?

Finalmente, se calma y dice:

—Muy bien, Liya. Muy observadora. Quizá te he subestimado.

Su elogio me sorprende. Cierro la boca y respiro hondo.

—Necesito saber más sobre lo que pasó. Cuéntame más sobre Kiril.

—¿Qué necesitas saber?

—¿Por qué se opondría a que te casaras conmigo?

La decepción agria su expresión divertida. Se encoge de hombros y explica:

—Porque yo debía casarme con su hija, Zoya.

Mi corazón se estremece. *De todas las cosas que podría haber dicho…*

—¿Ya estabas comprometido? —pregunto, intentando ocultar el temblor de mi voz.

—Técnicamente, no. A Zoya le gusta creerlo, pero yo no acepté tal cosa.

—Entonces, ¿fue como una promesa o algo así?

—Sólo la palabra de mi padre —Se reclina en su silla mientras cruza las manos sobre el regazo —. Le aseguró a Kiril Vladimirovich que sucedería. Pero no había nada escrito. Sólo las palabras de dos ancianos.

El entendimiento me golpea.

—Ah, por eso dijo lo que dijo.

Me rasco el hombro, tratando de evitar la carne aún sensible.

Pero, algo sigue sin cuadrar.

—¿Por qué no te casaste con ella?

—Un Pakhan no se casa hacia abajo —dice—. Habría sido visto como favorecer a un brigadier sobre otro.

—Estás de coña.

Los charcos verdes esmerilados relampaguean de irritación.

—¿Lo habrías tú aceptado?

—Pues claro —me encojo de hombros—. Para ti es solo casarse, pero eso no es lo que parecería ante tus hombres.

La calidez se filtra en sus rasgos, suavizando esos ángulos afilados. Está mucho más guapo cuando sonríe divertido en lugar de malicioso.

Mucho más guapo. Provoca besarlo, incluso.

—Casarse con Zoya habría tenido sus propios usos —digo.

Levanta las cejas.

—Kiril podría haber sido tu más acérrimo partidario. El resto de la Bratva habría visto a un Pakhan que busca establecer relaciones sólidas con sus brigadieres. Si te hubieras casado con Zoya, habría luchado a muerte por ti hicieras lo que hicieras —explico—. Pero ahora es tu peor enemigo.

Tararea. Aunque no dice nada, puedo ver los engranajes girando en su cerebro. Me está escuchando de verdad.

—Vamos —dice—. No te pasmes tanto, Liya. Lo estabas haciendo muy bien. Sigue.

—Mira, es como si… —no podría parar, aunque quisiera—, si Dmitri dijera que me pagará más por las mismas horas, pero que todo lo que tengo que hacer es usar menos ropa. Entonces sí, lo haré. Y mientras él sea justo con este trato, otros harán lo mismo. Muy pronto, él habrá conseguido lo que quería: más camareras con pinta de zorras, y nosotras más dinero en el bolsillo.

—¿Ha hecho él eso? —pregunta Pavel, con voz dura.

No respondo de inmediato. La verdad es que Dmitri siempre empieza así. Primero, más paga por ropa más reveladora. Luego, abrazos de despedida que duran demasiado. Luego besos.

Luego las caricias.

Me estremezco.

—Pero entiendes lo que quiero decir —digo en voz baja.

—Lo entiendo, desde cierto punto de vista.

Me rodeo con los brazos a pesar de que el sol está saliendo más alto y continúo, prefiriendo seguir hablando y pensar, que obsesionarme con los recuerdos de Dmitri.

—Sé que Kiril se pasó de la raya en nuestra boda, pero probablemente actuaba preocupado por su hija. Tú harías lo mismo por tu hija, ¿no?

—¡Por supuesto que lo haría!

—Ella debía de estar entusiasmada con la idea de casarse contigo. Quiero decir, ¿habitación y comida con protección a tiempo completo? Yo me habría *cabreado* si me lo hubieran arrebatado.

Sonríe.

—Quizás me casé con la persona equivocada.

—¡No! —suelto. Mi cara se sonroja cuando me doy cuenta de lo que acabo de decir—. Es que…

—me froto el brazo con nerviosismo—. Lo digo en términos para que entiendas.

Me mira con una sonrisa ladeada en su atractivo rostro. Sus ojos verdes me taladran. Y de repente, volvemos a estar en el Blaczak's Horseman como hace algunas noches. Me mira de una forma que me emociona. Que me anima a seguir adelante. A tomar el control.

—Ellos pueden estar pensando que tus promesas son vacías —digo—. Que faltarás a tu palabra en cualquier momento.

Rompe el contacto visual.

—Un hombre sin honor.

—¡Exacto! Tus promesas no valen nada si ni siquiera eres capaz de mantener un simple contrato matrimonial. Y por eso, tienes que hacer algo más para ganarte su confianza.

—¿Como qué?

Mi boca se abre y se cierra como un pez fuera del agua. Puede que me esté tambaleando un poco, pero lo tengo absorto.

Y eso es suficiente para mantener mi cerebro disparando ideas.

—Un botín de guerra —digo—. Deja que tus hombres se queden con lo que le quiten a Cardona. Sólo esta vez.

—¿Y qué pasa en el próximo golpe?

—Te quedas con la parte normal, y… —se me corta la voz después de pronunciar las palabras. Esto es lo que me hace Dmitri: me deja quedarme con mis propinas una noche, y luego se lleva una parte en otras. La incoherencia es enloquecedora.

Pavel parece haberme leído el pensamiento. Una sonrisa juguetona baila en sus labios.

—No es tan sencillo, ¿verdad?

—No —admito.

—Pero ahí está la semilla de una buena idea —dice Pavel.

—¿Lo crees?

—Sí, lo creo —asiente Pavel—. Una sola celebración para conmemorar los primeros disparos de esta guerra. Y se les dará todo lo que le quiten a Cardona.

—Sí —digo—. Les demostraremos que hay una amplia recompensa por seguirte.

—¿*Les*? —enarca una ceja—. ¿Como *tú y yo*?

—Ese es el plan.

Sus ojos se entrecierran ligeramente en señal de sospecha.

—¿A qué estás jugando, Liya?

—Estás luchando para volver a poner a mi hermano a la cabeza de la Citta Nostra —le digo—. Sé que él quedó mal en la boda. Esta es mi forma de enmendarlo en su nombre ante tus hombres.

—No está mal, Liya —asiente Pavel, mientras escucha—. No está nada mal.

Asiento con la cabeza.

—Y presentar un frente unido con nosotros dos los animará a apoyar a su generoso jefe.

—Demostrándoles que tomé la decisión correcta.

Mi sonrisa florece como una flor en primavera.

—Exacto.

—La información nunca es gratis, Liya —se levanta y dice, jugando con la cadena de plata que lleva al cuello mientras me mira. Se sienta a mi lado y me pasa la mano por el muslo—. Entonces, ¿qué quieres?

Todo.

Trago saliva y el nudo en la garganta desaparece.

—Quiero que intentes amarme.

—¿Eso es todo? —dice y luce juguetonamente desconfiado—. ¿Ni botín ni riquezas propias?

—¿Qué podría ser mayor riqueza que el respeto y el afecto de mi marido?

Parpadea sorprendido, inclinándose un centímetro hacia atrás. ¿Acabo de romperle el cerebro? El gran y poderoso líder de la Bratva Suvorov se queda callado. Y yo lo he hecho.

¿Qué más puedo hacer?

Pasan dos segundos. Luego tres. Cuando hemos llegado al medio minuto, me toca ligeramente la barbilla y susurra:

—Trato hecho, Liya.

Cuando sus labios se encuentran con los míos, una luz resplandeciente estalla entre nosotros. Es el beso más suave que me ha dado nunca, y quizá lo más delicado que ha hecho desde que nos conocimos.

Pero esto es mucho más fuerte que una explosión. Este beso me promete cosas que no podría haber soñado sola. Es un testimonio de lo que podría tener si me abriera un poco.

Incluso si eso significa arriesgar mi corazón.

Se me cierran los párpados y me dejo llevar por su tacto. Su lengua se desliza entre mis labios y explora mi boca con un gemido acalorado. Las mariposas revolotean en mis entrañas. Prácticamente estoy rebosante de la flora y la fauna de toda una estación cuando se aparta.

No, quiero más.

Parpadeo y ajusto la postura.

—Debería ir a decirles a mis brigadistas lo que les espera —susurra. Me acaricia la mejilla y añade—: Gracias, *rodnaya lisichka*.

Ya le había oído antes llamarme cosas en ruso, pero nunca me había atrevido a cuestionarlo. No es que ahora desprenda una energía que invite a hacer preguntas.

Pero en este momento me siento valiente.

—¿Qué significa eso?

Se levanta, se inclina hacia mí y me pasa un dedo por la mandíbula.

—*Queridísima zorrita*.

Me roza los labios y se dirige a la puerta de la terraza, mirando por encima del hombro,

—Por lo astuta que eres —agrega antes de salir.

Capítulo 18
Pavel

Mis brigadistas esperan a que esté sentado antes de unirse a mí en la mesa. Varios de ellos se fijan en la carpeta que tengo delante.

Kostya se acomoda en la silla contigua a la mía, y Stepan empuja una página hacia mí.

Informes. Muchos de ellos. Estamos repletos de información: ya llevamos unos cuantos éxitos a nuestras espaldas. Es prometedor. Pero sólo los números me dirán si esto es un éxito.

Y eso dicta si mis brigadistas consiguen su tesoro.

Echo un vistazo a la lista que Stepan me entregó.

—¿Quién tiene el Hunts Point?

Kostya levanta la mano a mi lado. Su corpulento cuerpo ocupa la mayor parte de la silla mientras su pelo negro le cuelga hasta la barbilla, descansando sobre su ojo izquierdo.

—Saqué unos cientos de ese club nocturno.

Frunzo el ceño mientras apunto la cantidad en la lista.

—¿Sólo unos cientos?

—Ese sitio era una maldita pocilga. Es sólo una fachada —me dice.

—Sigue siendo un club nocturno. ¿Cómo demonios tienen sólo un par de cientos por ahí?

Frunce el ceño, un recuerdo tuerce sus rasgos en concentración.

—Busqué por todas partes. No hay más que lo que conseguí.

Asiento con la cabeza. Los últimos acontecimientos me han hecho sospechar de todo el mundo, incluido Kostya. *Mantén a tus amigos cerca, a tus enemigos aún más cerca*. Lo tengo todo en cuenta: la dilatación de sus pupilas, la cantidad de sudor en su frente, la forma en que se sostiene. Todo lo que aprendí de mi padre brota como si lo hubiera aprendido ayer.

Debo hacerlo. No puedo permitirme el lujo de juguetear como Cardona.

Aparte de preocupación, no veo señales de pánico.

Está limpio.

La siguiente línea de la lista me eriza la piel: un bar de la Zona Este cercano al Blaczak's Horseman. Liya me contó más sobre su exjefe de mierda la otra mañana. Y pensar en ella vistiendo poca ropa delante de los demás hace que me enfurezca.

—¿Y Lo Scoglio? —pregunto, apartando temporalmente la irritación—. Denme buenas noticias.

Volodya se anima.

—También logré un par de cientos.

Sacudo la cabeza.

—Estos números son una mierda. ¿Qué has encontrado?

Mi brigadier se rasca la barba incipiente de sus mejillas. Lo observo como a Kostya, pero él también está limpio.

—Lo mismo que Kostya —responde—. No tan pocilga, quizá, pero no oculta mucho.

Sus ojos se nublan de consideración mientras sonríe.

—Bonitos culos ahí dentro, sin embargo —agrega.

Una ronda de risas rodea la mesa. Ignoro la broma con una divertida sonrisa.

—¿Tengo que enviar a una niñera contigo, Volodya? No puedo permitirme que te distraigas.

—Puedo hacer varias cosas a la vez. Tomar el dinero, agarrar los culos, y salir echando leches.

—No en ese orden, espero.

Kostya resopla.

—Volodya no puede hacer malabares para salvar su vida. Seguro que ni siquiera las tetas.

Las risas ladran a mi alrededor. Es menos tensa que el otro día, más casual. Como las veces que mi padre lideró la Bratva.

Sonrío mientras les hago señas para que se calmen.

—Concentraos, chicos —les digo. Me vuelvo hacia mi soldado retirado— ¿Stepan? Tenías ese edificio cerca del Soho —aclaro mi garganta y añado—: No me decepciones.

Se frota la frente. Parece que se ha unido a las filas de los golpes de mierda como los otros dos. A este paso, no tendré medios para bañar en dinero a mis brigadistas como prometí.

La frustración me azota.

—Las oficinas vacías no ofrecían gran cosa —informa Stepan—. Los malditos inquilinos fantasmas son fantasmas de verdad. Unos cientos fue lo máximo que pude reunir.

—*Maravilloso* —sacudo la cabeza mientras miro el resto de la lista—. Todavía tenemos que echar un vistazo a los otros lugares. Los clubes nocturnos cerca del antiguo barrio de carnes podrían tener más de lo que estamos buscando. Quiero ojos por todas partes. Quiero las manos en cada puto tarro de galletas de la ciudad.

—Y quiero que las pollas *se queden en los pantalones* cuando sus dueños estén trabajando —agrego, mirando a Volodya.

Él suelta una risita tímida y asiente obediente. Reparto el resto de las carpetas y me siento, observando a mis brigadistas en silencio.

Meto la lista de las plazas de Cardona en mi carpeta y señalo la puerta.

—Pueden retirarse.

Las sillas se agitan cuando mis brigadistas entran en acción. Cada uno de ellos se despide con un asiento de cabeza antes de abandonar la sala, llevándose consigo la acalorada frustración que atestaba mi despacho. No se lleva la mía, pero la reduce en un 5%.

Me pellizco el puente de la nariz una vez sé que todos se han ido.

Maldita decepción. En todos y cada uno de esos sitios, pienso. Cojo la carpeta y me la meto bajo el brazo, saliendo de mi despacho. *Tendría más suerte atracando un banco*.

Me detengo ante la puerta. Liya está sentada en una de las lujosas sillas blancas del vestíbulo, envuelta en esa chaqueta de punto que parece no poder quitarse. Lleva unos leggins negros pegados a las piernas y unas elegantes botas de tacón en los pies. Lleva el pelo suelto, una petición que le hice el otro día para que estuviera presentable, con un par de rizos estratégicos enmarcándole la cara.

Está sentada con dignidad. Incluso regia. Cuando me ve, se levanta y se acerca, con más confianza de la habitual.

La verdad es que le sienta *muy bien*. Quiero ver más de eso.

Sus cejas se fruncen cuando se detiene frente a mí.

—¿Frustrado?

Como un artista, vuelvo a esculpir la calma en mi rostro. Pero no le miento.

—Un poco.

—¿Necesitas la inestimable ayuda de tu mujer para tu siniestro plan?

Sonrío. Sí, la confianza le queda *realmente* muy bien.

—Ven a mi despacho.

Sus párpados tartamudean como si tuviera un ataque.

—¿Te he oído bien?

—No lo repetiré —me doy la vuelta y entro de nuevo a mi despacho, abriéndole la puerta—. ¿Quieres tomar algo?

—Tal vez —dice. Entra y se detiene junto a la mesa redonda, tocándola con dedos temblorosos como si acabara de entrar en el Despacho Oval. Y entonces su mano se aplana, la aprensión desaparece. Se siente segura de sí misma. Se está metiendo un poco más en su piel—, que no sea vodka por favor.

Me río.

—No es vodka *barato*.

—Un té estará bien para mí.

—Lo odiabas cuando llegaste aquí —dejo caer la carpeta sobre la mesa y me meto una mano en el bolsillo. Aunque la frustración habita en mi pecho, es menos intensa con Liya cerca.

Intento no pensar en por qué mientras digo:

—Viktoria te ha transformado.

Ella se encoge de hombros mientras dibuja formas ilegibles en la madera.

—Es mejor que el vodka que bebes —señala. Una sonrisa se dibuja en su rostro mientras me mira como si acabara de lanzarme un desafío—. A cada uno lo suyo, ¿no? He visto a gente beber cosas más raras.

—Si no te tomaras los chupitos como una chica universitaria, quizá te gustaría.

—Claro, se supone que debo beberlo a sorbos —se burla—, *saborearlo*.

Cualquier frustración que se atreviera a persistir se desvanece. Tiene una memoria aguda. No se le escapa nada. Es lo bastante impresionante como para que me acerque a ella.

—¿Cuánto has oído? —le pregunto en voz baja—. Sé que estabas escuchando.

Se muerde el labio mientras un rubor estalla en sus mejillas.

Yo también tengo buena memoria.

—No mucho —admite—. Pero no sonaba nada emocionante—. Se dirige a la mini nevera que hay al otro lado de la habitación, coge un té helado de la puerta y vuelve con él—. Oí algunas risas hoy.

—Los golpes no tuvieron éxito. Ni de lejos —señalo. Me paso los dedos por el pelo, despeinándolo varias veces—. Sacamos algo de dinero, pero no tenemos nada de verdadero valor. Un par de cientos de pavos por local en la puta ciudad de Nueva York. Algo pasa.

—¿En qué sitios habéis estado?

Le acerco la carpeta. No pierde tiempo en abrirla y estudiar la página, con ojos muy abiertos lee la lista. Su nariz se arruga ligeramente: debe de haber visto el mismo bar que yo.

Pero no lo menciona. Sacude la cabeza y deja la lista.

—Estos sitios no te van a dar nada porque son demasiado obvios.

—Son los sitios donde es más probable que esté todo su dinero porque él los regenta.

—No, probablemente esté canalizando el dinero a través de otra cosa, ya sea un banco controlado por la mafia o algo menos llamativo —informa ella.

Cuidado con lo que piensas.

—No podemos golpear un banco controlado por la mafia, Liya. Esos están protegidos hasta los putos dientes.

Hay reglas, incluso entre ladrones.

—Esa va a ser tu mejor apuesta.

—No quiero apostar por eso.

Tararea con curiosidad y deja la lista.

—Conozco algunos de estos bares, pero ¿qué hay de otros lugares como los edificios? ¿Tienes un mapa de ellos?

—Sí, tengo uno en mi teléfono.

—¿Puedo verlo?

Saco mi teléfono y abro Google Maps. Cuando se lo doy, saco una de las sillas para que se siente. Ella se sienta en silencio y mira la pantalla con los ojos entrecerrados.

Su postura no cambia cuando me siento a su lado. Sus fosas nasales se inflan ligeramente por la concentración, las pupilas dilatadas para absorber todos los posibles detalles del mapa. Su cerebro trabaja rápidamente para unir los puntos, y yo permito que mi atención se desvíe a su rostro mientras ella revuelve la información en su bonita cabecita.

Me he dado cuenta de que frunce ligeramente la boca cuando está distraída. Aunque las arrugas de la risa que rodean sus labios se hacen más profundas con la reflexión, el resto de su rostro es liso, con una piel suave gracias a los cuidados que ha recibido a lo largo de los años. Trabajó para un monstruo que le dejó muy claro que sus ingresos dependían de su aspecto, así que, por supuesto, su piel está impecable.

La forma en que frunce las cejas con interés en lugar de preocupación dibuja una sonrisa en mi pétrea superficie.

Es muy guapa cuando piensa.

Cuando se pasa la lengua por el borde del labio, me imagino *todas* las caras que pone.

Es mucho más guapa cuando se corre.

Su chillido triunfal rompe mis pensamientos.

—Ya lo tengo —anuncia. Deja mi teléfono sobre la mesa y lo acerca, solo lo suficiente como para que tenga que inclinarme hacia ella para ver la pantalla—. Sé dónde puede estar escondiendo el dinero de verdad: en las galerías de arte.

Puede que tanto pensar le haya hecho saltar un fusible en su cabeza.

Resoplo con incredulidad.

—¿Por qué un tipo como Cardona metería dinero en las galerías de arte?

—Porque es el lugar donde a nadie se le ocurre mirar.

Sacudo la cabeza.

—No me convence. ¿Cómo lo sabes?

—Una de mis clases de economía en la universidad me enseñó que el arte se ha revalorizado más que cualquier otro bien —explica—. Se sospecha, aunque no se ha demostrado, que se trata sobre todo de blanqueo de dinero de delincuentes.

Miro fijamente el mapa.

—Dime más —la invito.

—Los clientes de lujo y los artistas desesperados crean la tormenta perfecta para el embudo. El dinero fluye a través de esos lugares para todo tipo de cosas: iluminación, costes de montaje, equipos, catering, personal. Puedes cobrar por casi cualquier cosa.

—Y quedarte con todo lo que quieras.

—Exactamente —asiente ella.

—¿Cómo encontramos las galerías que está usando?

—Debemos empezar a buscar en las galerías que están cerca de los lugares a los que tus hombres ya fueron. Lo más probable es que lo quiera todo en el mismo sitio. De esa manera, cuando los bares y clubes cierran a las cuatro, mueven su dinero inmediatamente a las galerías. Horas más tarde, un 'cliente' entra en las galerías cuando abren, hace una compra y, de repente, el dinero es legal.

Al girar el teléfono de lado, el mapa se amplía. Pequeños globos rojos marcan los lugares de la lista que pertenecen a Cardona. Hago clic en los lugares que ya estaban marcados y cambio sus colores a amarillo. En pocos minutos, tenemos un pequeño radio de galerías de arte.

—Aquí —señalo una boutique a la vuelta de la esquina del bar de la Zona Este—, esta parece tener un horario bastante ajustado.

—Es una galería. Pueden hacer lo que quieran —señala ella.

Se inclina hacia delante y un mechón de pelo le cae sobre la cara. Sin darme cuenta, se lo recojo detrás de la oreja. Ella se ruboriza, pero no dice nada.

—Sí, parece un buen sitio para empezar —dice mientras coge la lista de la carpeta—, ¿tienes un bolígrafo?

Le doy el bolígrafo que llevo en el bolsillo del pecho. Ella posa la lengua entre los labios mientras mira entre el teléfono y la hoja, anotando algunos nombres. Toco la pantalla con los dedos para ampliar el mapa.

Efectivamente, hay una galería cerca de Hunts Point.

—Aquí hay otra más. Y todas están a una o dos manzanas de esos lugares. Están muy cerca.

—Un hombre que encuentra valor en algo siempre quiere tenerlo cerca —agrego.

La forma en que ella me mira presenta otro desafío: ¿estoy hablando de las galerías?

¿O estoy hablando de ella?

Nunca lo sabré.

La sonrisa que me ofrece me dice que no necesita que le diga nada. No debería tener que hacerlo. Hice un trato con ella y le dejé claro que voy a cumplir mi palabra.

El honor es todo lo que tenemos.

Mis brigadistas no son los únicos que necesitan confiar en mis acciones. Ella también. Y aunque sólo lleva una corona en teoría, puedo visualizarla llevando una en la realidad.

Sobre todo, cuando piensa así.

Completa la lista y me la pasa.

—Debería ir a decírselo a mis hombres.

—Por supuesto.

—Y ¿Liya?

—¿Sí? —entona mientras se levanta y empuja su silla.

Me aclaro la garganta, me encojo ligeramente de hombros y la miro.

—Gracias.

—De nada, Pavel.

—Para demostrarte mi gratitud, me gustaría llevarte a cenar.

Ella levanta las cejas.

—¿Salir a cenar?

—Me aseguraré de que Viktoria te lo anuncie.

—¿Cenar? —repite como si fuera un concepto extraño—, ¿contigo?

—Dentro de unos días. Eso te dará tiempo a elegir un buen atuendo.

—Claro —acepta rotunda mientras se arrebuja en su rebeca—, tendré tiempo de sobra.

Mi sonrisa irradia calidez cuando le digo:

—Esperaré ansioso, *rodnaya*.

Capítulo 19
Liya

La hilera de vestidos en mi armario avergüenza a mi antiguo apartamento. No porque tenga más artículos de lujo de los que he visto en toda mi vida, sino porque el *solo armario* tiene el mismo tamaño que mi antiguo dormitorio. Me vienen a la cabeza miles de imágenes de la mugrienta alfombra del vestíbulo, el linóleo dañado por el agua y las camas que parecen catres.

—Tuve tres días —me quejo—, ¿Por qué esperé hasta el último día para elegir algo?

—Porque te entró el pánico —me dice Karina.

Me toco la ceja izquierda, encogiéndome cuando toco la aún irritada zona a causa de Karina arrancándome el pelo de la cara.

—Y *tú* me torturaste.

—La belleza es dolor, Liya —ríe ella.

—Dudo mucho que alguien se fije tanto en mi cara.

—Es Pavel. Se va a fijar en todos los detalles —dice ella y esboza una sonrisa tranquilizadora—. Lo que también significa que ha tenido en cuenta cada detalle de tu cena de esta noche. Va a ser impecable.

Me estremezco al pensar en el ridículo que voy a hacer.

—Pero este sitio tiene literalmente vistas a Central Park desde una cabina privada. Ni siquiera puedo pronunciar el nombre del restaurante.

Ella se inclina hacia adelante mientras mira la blanca y nítida tarjeta que Viktoria le ha entregado esta mañana, la misma que le ha provocado tres ataques de pánico y cinco náuseas.

—*Basilic* —dice Karina con un impecable acento francés—. Básicamente significa *albahaca*.

—¿Un nombre de hierba? —suspiro mientras me meto la tarjeta en el bolsillo. Nunca he recibido una invitación formal en una tarjeta; joder, creo que *nunca* he recibido una invitación formal—. Eso significa que es muy elegante.

Ella asiente.

—Por eso tenemos que elegir algo que te haga brillar —señala Karina.

—¿Y si yo no quiero brillar?

Ella me toma suavemente de la mano y me lleva al vestidor lleno de ropa de diseño. Hay una veintena de conjuntos para cada temporada, sin contar los trajes formales y semiformales. Es extraño que Pavel piense que necesito todo esto.

Intimidante.

Y *abrumador*.

—Creo que nunca he visto unos Jimmy Choo en persona —afirmo mientras tomo con delicadeza uno de los tacones rojos de aguja de una estantería iluminada—. Dios, no quiero ni saber lo que cuestan.

—Al menos póntelos.

Le lanzo una mirada tímida.

—¿Cuándo te acostumbraste a esto? ¿*Alguna vez* tuviste que acostumbrarte?

Parece aturdida durante un segundo hasta que empieza a rebuscar en un estante de vestidos de noche formales.

—Yo crecí en este mundo. No creo que tuviera que acostumbrarme a nada.

—¿Excepto a la parte del crimen? —espeto.

Se ríe ligeramente, pero no se me escapa el brillo de preocupación en sus ojos.

—Sé lo que trama mi familia. No hago la vista gorda. Yo sólo… —enuncia ella. Frunce los labios mientras mira un vestido. Cuando lo saca de la estantería, lo sostiene mientras dice—: yo solo soy más bien la consejera de mi hermano, por así decirlo.

—Entonces, ¿sabes un poco de muchas cosas?

—Básicamente —asiente ella.

Frunzo el ceño mientras miro el vestido. Es demasiado bonito para ponérmelo.

—¿Eso es de mi talla?

—*Todo* lo que hay aquí es de tu talla, tonta.

—Pero ¿y si se me salen las tetas? —pregunto.

Karina se ríe.

—Eso no va a pasar. Te lo prometo. Es lo suficientemente revelador como para dar escote. No

tienes de qué preocuparte. ¿No has usado cosas como estas antes?

—Bueno… es decir… —me abrazo los hombros. Cada hueso en mí vibra cohibido—, me he puesto cosas reveladoras antes, pero…

—Anda. Pruébalo —insiste ella dando un paso adelante—. No necesitas que yo te convenza. Sólo tienes que verte usándolo.

Se da la vuelta por respeto y yo suelto rápidamente los vaqueros y la rebeca, con los dedos temblorosos sujetando el vestido, del tipo que he visto en propagandas de moda. No soy yo.

Pero igual, yo ya no soy *yo*, ¿verdad?

Soy alguien nuevo. Y puedo ser casi lo que quiera ahora que tengo la confianza de Pavel.

—Tu hermano me ha estado escuchando —digo mientras me pongo la prenda—. Ahora pide mi opinión

Karina aplaude.

—Bravo, Liya. Seguro que no ha sido fácil.

—Nada fácil —digo mientras forcejeo con la cremallera del vestido—. ¿Podrías ayudarme?

—Por supuesto.

Se da la vuelta y desliza la cremallera en su sitio, encerrándome en el corpiño. Es más modesto de lo que esperaba, pero lo bastante revelador para llamar la atención. La manga derecha me abraza el hombro y se dobla en forma de corazón alrededor del pecho, dejando el hombro izquierdo al descubierto. La tela negra brillante fluye por mis caderas y se abre en una abertura en mi muslo izquierdo.

—No me dejarás quitármelo, ¿verdad?

—Claro que puedes —me asegura Karina mientras coge un par de tacones negros a juego de la estantería. Me los tiende mientras me dice—: Pero eres mucho más fuerte de lo que crees, Liya. No deberías preocuparte tanto.

Para ti es fácil decirlo, pienso mientras acepto los tacones. *Tú no eres la que está en mi situación.*

***

El Basilic está en la cuarta planta de un elegante edificio justo enfrente de Central Park. Pavel me guía con un ligero toque por el codo, insistiendo en que vaya delante de él cuando nuestra camarera nos recibe en la entrada.

—Pavel Sergeyevich —le dice ella cordialmente—. Bienvenido de nuevo a Basilic, señor.

A mí me lanza una mirada de desdén, y eso es todo lo que hace conmigo. Mi ansiedad se dispara, pero intento mantener una sonrisa educada.

Es sólo una cena. No me voy a morir por eso. Cuando la camarera se inclina hacia delante para besar la mejilla de Pavel, se me enciende el pecho. *Pero otra persona sí podría hacerlo*.

La sensación empeora cuando Pavel devuelve el amistoso saludo.

—Dawn, me alegro de volver a verte.

—Y yo a usted —le dice ella, toma dos menús y hace un gesto hacia el comedor principal—. Por favor, síganme a su mesa.

Yo sobo mi brazo al hacer cola tras Pavel y casi choco con la camarera. La sonrisa de disculpa no llegó a sus ojos, aunque ella sigue caminando a mi lado como si fuera yo la que acabara de cometer la falta.

Trago saliva. *¿Hice algo mal? ¿O ha sido un accidente? Dios, esta noche voy a pensar demasiado en todo.*

Intento actuar con calma. Trato de no preocuparme, como dijo Karina. Pero no me siento tan fuerte como cuando miré mi estampa en el espejo. La realeza estaba en mi mente entonces.

¿Y ahora? No tanto.

Pavel quiere una reina, *él necesita una*, pero yo me siento más como un bufón de la corte que no impresiona a los invitados reales. Pronto me volveré loca si no me pongo las pilas.

Ignoro a la camarera cuando se detiene ante nuestra mesa. Un mantel blanco cubre la mesa flanqueada por dos ricas sillas de roble marrón. Unas rosas frescas brotan de un jarrón transparente sobre el mantel, con suaves pétalos ondeando en un derroche de color que me llama la atención. Pavel me tiende la silla, ahuyentando algunas de mis preocupaciones.

Cuando la camarera me mira, le dirijo una sonrisa cortante.

Pavel se sienta frente a mí y ella deja los menús sobre la mesa. Me masajeo los dedos despreocupadamente, moviendo un par de veces el precioso anillo que llevo en el dedo izquierdo, exhibiéndolo todo lo posible. Dawn me mira los ojos, luego a mi mano, y luego se vuelve hacia Pavel, ofreciéndole una sonrisa que pide atención… *o mi puño*.

—¿Está listo para pedir? —pregunta mientras le toca ligeramente la parte superior de la espalda —. Hemos añadido algunos platos nuevos al menú desde su última visita.

Mis puños se enroscan encima de la mesa. ¿Me estoy volviendo loca? ¿O es que esta camarera está coqueteando con Pavel?

Levanto el menú de la mesa y lo sostengo al frente, viendo por encima de él. Ella sigue de pie cerca de Pavel. Es como si yo no estuviera aquí. Las cenas elegantes no son lo mío, así que no sé de qué etiqueta se trata, pero estoy segura de que flirtear con mi marido delante de mí no está incluido.

Ojeo el menú. *Dios, casi todo está en francés*. Echo una mirada de impotencia a Pavel por encima del menú. No se da cuenta de mi mirada perdida. Si llamo la atención, pareceré aún más fuera de lugar de lo que ya me siento. Dios, va a ver a través de mí. Me va a meter de nuevo en mi celda si no me recupero.

Respiro entrecortadamente. *Actúa como una reina. Actúa como si pertenecieras. No tienes nada de qué preocuparte*.

Pero tengo *todo* de qué preocuparme.

—¿Liya? —me llama Pavel.

Tarareo mientras miro despreocupadamente el menú.

—¿Sí, *cariño*?

—¿Estás lista para pedir?

—Sí, tomaré el… —me decido por lo primero que llama mi atención—, cerdo envuelto en tocino con papas al romero, por favor.

Dawn asiente y recoge mi menú. Lo mete bajo el brazo mientras se inclina hacia Pavel, prácticamente babeando mientras él aún mira el menú. Sus ojos revolotean hacia su cuello y luego vuelven al menú.

Los celos me proveen tres tonalidades de verde mientras se me revuelve el estómago.

—Eso —le señala ella mientras le apoya la mano en el hombro—. Sé que le está echando el ojo a la lubina chilena. Tiene un paladar tan refinado, y ese plato es tan suculento.

Prácticamente gime la última palabra, como si fuera lo más delicioso que ha probado en su vida.

Me tiembla el labio. Jugueteo con mi anillo mientras veo cómo sus dedos se acercan al cuello de su camisa. Estoy a dos segundos de abalanzarme sobre la mesa cuando Pavel se ríe de algo que ella dice, sacándome de mi trance.

—El salmón empanizado también está *delicioso* —continúa ella—. Simplemente el mejor de la ciudad. Nunca encontrará nada mejor —sonríe coquetamente— ¿Si no me cree? Pruébelo.

—Tomaré el salmón. ¿Y qué recomendarías como aperitivo adicional?

Ella se inclina hacia delante para estudiar la carta y asiente tras unos segundos de silencio. De ninguna manera esta chica necesita mirar el menú, que a *ciencia cierta* se ha aprendido de memoria.

—El corazón de alcachofa —le dice Dawn.

—Lo tomaremos —contesta Pavel.

Ella recoge el menú de él, su sonrisa se ensancha.

—Excelente elección. ¿Quiere tomar algo mientras espera? Tenemos su vodka favorito en la parte de atrás.

—La mejor botella de Cabernet Sauvignon con dos copas, por favor. Gracias, Dawn.

—De nada, señor.

El guiño que le lanza me hace caer en picada. Mientras la habitación se inclina, intento concentrarme en otra cosa: las delicadas flores, la impresionante vista de la ciudad, el aire fresco que me acaricia la nuca como hace Pavel de vez en cuando. Mi corazón se estremece en mi pecho, intentando encontrar de nuevo un ritmo tranquilo.

Debo de estar imaginando cosas. Debo de estar volviéndome *loca* de tanto estar encerrada en ese ático. Es la primera vez que salgo de esa celda. Probablemente estoy exagerando.

Mis ojos flotan hacia la puerta de la cocina mientras la duda se arremolina en mi interior. *No, creo que no me estoy imaginando nada*.

Y entonces la voz de Pavel se abre paso entre la niebla de mi ansiedad, diciendo:

—Tenías razón.

Dejo de prestar atención a las paredes color crema, a los paneles de privacidad de madera oscura, al suave murmullo de la actividad más allá de nuestra cabina.

Me enrosco un mechón de pelo en el dedo.

—¿Acerca de qué?

—Hemos conseguido una gran cantidad de dinero en la galería de arte cercana al club Lo Scoglio. Está esperando a ser transferido mientras hablamos.

Sonrío amablemente.

—Son buenas noticias, Pavel.

—No podría haberlo hecho sin ti, *Lisichka*.

Mi cara se sonroja mientras sacudo la cabeza.

—Eres listo. Se te habría ocurrido algo así tarde o temprano.

—No obstante —insiste mientras desliza la mano por encima de la mesa—. Gracias.

Nuestras manos entran en contacto y un torrente de emociones florece en mi interior tan brillante como las rosas que hay junto a la ventana. Suspiro al contacto con su mano, exhalo larga y lentamente mientras lo miro a los ojos.

Solo es una cena, me recuerdo. *Aquí no se está tan mal. Disfrútalo*.

Pero es difícil disfrutar de nada cuando me siento tan abrumada por lo ostentoso de este lugar. Mientras Pavel luce tranquilo con su elegante vajilla y sus servilletas de tela, yo pienso en la bodega de la esquina de mi apartamento, donde sirven burritos envueltos en papel de aluminio en bandejas de poliestireno. Lo único que conozco son las *delicias* fritas, baratas y rápidas.

Separo los labios para hablar, para decir algo sobre la camarera, pero ella vuelve en ese momento con el aperitivo de corazón de alcachofa y lo deja en la mesa entre nosotros. También pone un plato vacío delante de cada uno de nosotros. Al menos ha tenido la consideración de hacerlo.

Me quedo mirando el aperitivo. *¿Qué coño es eso?* Cojo un tenedor y lucho contra las ganas de salir corriendo mientras hundo suavemente las púas en una de las piezas con forma de pera. Lo dejo en el plato y saco un cuchillo de la servilleta, preparándome para cortarlo cuando Dawn se burla.

Me lanza una mirada fulminante.

—Tienes que raspar suavemente la carne con los *dientes* —dice sonriendo, con cara de zorra rubia mocosa de instituto que se dispone a echarme del equipo de animadoras—. Pero supongo que *algunas* personas no están familiarizadas con la forma de comer estas cosas.

Una combinación de rabia y vergüenza inunda mi cuerpo. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Dejo el cuchillo y el tenedor en la mesa con total derrota al darme cuenta de lo mucho que me he equivocado. No quiero tocar nada. Sólo quiero irme a casa.

La camarera empieza a retirarse cuando Pavel chasquea los dedos.

—¿Sí, señor? ¿Desea algo más?

—Quiero que se disculpe con mi esposa —dice, con fría seriedad dibujada en su rostro.

La sonrisa coqueta se desvanece.

—Disculpe, señor. No lo entiendo.

—Una llamada —dice Pavel mientras toma su teléfono—. Eso es todo lo que me va a tomar para que te expulsen del sector servicios de por vida —dice sonriendo con elegancia—. Todo por flirtear con el tipo equivocado.

Ella abre los ojos.

—No pretendía ofender. Pensé…

—Viste su anillo. También te vi mirar el mío.

—No, yo no…

La forma en que Pavel se levanta hace retroceder a la camarera un par de pasos.

Ella gira hacia mí e inclina la cabeza. Prácticamente tiembla mientras dice:

—Lo siento, señora. No volverá a ocurrir.

—Hazlo de nuevo —ordena Pavel—, de rodillas.

La camarera parece horrorizada mientras yo lucho contra una mezcla de terror y satisfacción que se enrosca en mis entrañas como una serpiente.

Con los labios temblorosos, la camarera se arrodilla en el suelo. Hemos llamado la atención sobre nuestro reservado a pesar de las pantallas de privacidad, la pequeña abertura que conduce a nuestra mesa atrae las miradas de otros clientes y del personal. Es vergonzoso a pesar de estar con uno de los hombres más poderosos del país, puede que incluso del mundo.

—Lo siento mucho, señora —dice la camarera, ahora con convicción—. No *volverá* a ocurrir. Espero que me perdone. Me comporté como una estúpida. No quiero perder mi trabajo.

Se me hace un nudo en la garganta al tragar saliva. Espero a que mi respiración se calme antes de responder:

—Está bien. Te perdono.

—Gracias, señora —asiente ella, se levanta y tropieza con los pies al salir corriendo hacia la puerta de la cocina, al otro lado de la sala.

La vida vuelve a la normalidad más allá de la pantalla de privacidad. La conversación regresa en un zumbido arremolinado que llega a mis oídos y luego se desvanece mientras pienso en lo que

acaba de ocurrir.

Pavel toma asiento y señala mi plato.

—Está delicioso. No probaré otro bocado hasta que tú pruebes el tuyo primero.

—¿Pavel?

—¿Sí, *Lisichka*?

Me abrazo los hombros para contener el ataque de escalofríos que amenaza con estallar.

—No tenías derecho a hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Humillarla.

Se apoya en el codo mientras me mira con expresión sorprendida. ¿Es un atisbo de arrepentimiento lo que veo en sus ojos? ¿O es que ya he bebido demasiado vino?

—No es lo correcto —continúo. Puede que mi voz sea baja, pero no ha perdido fuerza—. Una simple disculpa era más que suficiente.

—Nadie le falta al respeto a mi mujer —dice y sus ojos arden de pasión cuando añade—: Estés o no en mi presencia, debes ser tratada con la mayor dignidad.

Mi corazón se estremece. Está enfadado. Con la camarera. *Por faltarme al respeto*. No puedo creer la emoción genuina que transforma el verde esmerilado de sus iris en fuego griego. Están vivos con energía, transmitiendo exactamente lo que ese intercambio le hizo.

—Te agradezco que quieras defenderme —elijo mis palabras con cuidado—. Pero no me gusta humillar a otros para hacerlo.

Su mirada furiosa se suaviza, reduciéndose a la calidez de un hogar en lugar de un fuego de tres alarmas.

—Dije que te protegería.

—No imaginé que sería así.

—¿Por qué no?

—Porque esa chica podría haber sido yo fácilmente —digo y me encojo de hombros mientras levanto mi copa de vino—. Si te hubieras casado con otra.

Pavel guarda silencio, pero un pequeño asentimiento, casi imperceptible, me dice que entiende de dónde vengo.

El sol besa el horizonte y enciende nuestro mundo, realzando el color de la comida, las rosas y la forma en que luce el hombre que tengo enfrente. Sus rasgos cincelados se acentúan con el nuevo ángulo del sol y su sonrisa parece mucho más angelical.

No es un ángel. Eso ya lo sé.

Pero mientras desarrollamos nuestros planes para la fiesta de los brigadistas, no puedo evitar preguntarme si tal vez hay un lado de él que aún no he visto.

Uno que es menos diablo y más celestial.

Sólo hay una manera de averiguarlo.

Capítulo 20
Pavel

Las luces de la discoteca flotan sobre la pista de baile como luciérnagas mientras la música hace vibrar las paredes del night-club *Aerial Blue*. Me abro paso entre la multitud para ver cómo están mis brigadistas. Se lo están pasando en grande, bebiendo cerveza y vodka de primera calidad. Kostya está sentado frente a uno de los muchos escenarios circulares repartidos por el club, donde las mujeres más sexys de la ciudad se contonean en brillantes postes plateados.

Volodya tiene a dos rubias en su regazo. Incluso Stepan ha atraído la atención de algunas prostitutas que le guiñan el ojo desde otra cabina. Pone los ojos en blanco y se echa un trago, pero veo que está interesado. Sigue siendo un hombre. Cada culo es más redondo que el anterior, y cada par de tetas está casi al descubierto, a falta de mostrar el pezón. Bikinis, flecos, rizos, maquillaje, lencería... es el sueño húmedo de cualquier hombre, con barra libre, por si fuera poco.

Pero nada de eso me atrae. Llevo mi expresión esculpida en la piedra más fina mientras estrecho manos, doy palmadas en la espalda y permito que las mujeres me besen la mejilla. Nadie puede leerme.

Excepto Liya, claro.

Cuando veo hacia mi mujer, noto sus brazos cruzados, sus manos agarradas a sus brazos, sus dedos clavándose en la piel y la tensión en su expresión. Se repliega sobre sí misma como una silla de plástico volcada en una fiesta. Las luces bailan sobre su rostro e iluminan el exuberante brillo dorado de su piel, pero apenas representan su estado de ánimo.

Luce incómoda.

Un par de chicas pasan a su lado e inclinan la cabeza respetuosamente. Como prometí, la tratan como es debido, como lo que es, mi mujer.

Pero no parece contenta.

Y algo acerca de eso me irrita.

Recorto el espacio que nos separa a grandes zancadas. Paso los dedos por sus hombros desnudos, lo cual produce la reacción adecuada: una sacudida y una comprobación de postura. Ella echa la cabeza hacia atrás y me mira a través de la mareante gama de luces de colores, con una sonrisa que dice que se está aburriendo como una puta ostra.

Le acaricio la oreja.

—Tómate algo. Te ayudará.

—Ya me he tomado dos.

—¿Y?

Se encoge de hombros.

—No estoy acostumbrada a esto.

—¿Qué te molesta?

—Es que…

Me alejo lo suficiente para leer su cara. Está mirando a las mujeres con poca ropa, como si se estuviera comparando con ellas.

Ahora lo entiendo.

Un beso en el cuello le produce escalofríos.

—*Lisichka*, deja de pensar tanto.

—Es difícil no hacerlo cuando estoy tan… —echa un vistazo a su ropa— demasiado arreglada.

Una de las camareras pasa con una bandeja de chupitos. Cojo dos y le doy uno a Liya, mirándola con una sonrisa cómplice. Ella levanta el vaso y le da un sorbo.

—Aprendes rápido —bromeo después de beberme el mío—, ¿Mejor?

Se encoge de hombros.

—Más o menos —dice.

—Ayúdame con el botín. Un rey necesita a su reina.

Eso parece animarla. Es en parte su plan, después de todo, y estar involucrada parece mejorar su humor. Es sorprendentemente fácil complacerla cuando no está deprimida por estar casada con el Pakhan de la Bratva Suvorov.

Una brillante mesa roja situada en un rincón de la amplia sala está acordonada. Gennadiy inclina la cabeza cuando nos acercamos y aparta la cuerda para que nos sentemos. Dos brigadistas más se acercan y esperan sus órdenes. Los mando a buscar la caja que había preparado para los brigadistas y, despreocupadamente, rodeo a Liya con un brazo.

Y trato de no emocionarme cuando ella se inclina hacia mí.

Una vez entregada la caja, los miembros de la Bratva se acercan a la mesa. Todos se inclinan

profundamente ante Liya, le cogen la mano y la saludan con el mismo respeto que a mí. Ella está en una posición de poder a mi lado, y creo que se da cuenta de ello mientras reparte los sobres llenos de dinero.

Sus músculos se relajan mientras repartimos el botín. El estado de ánimo general de mis brigadistas parece mucho más tranquilo que antes, la gratitud brota de rostros normalmente endurecidos por la experiencia. Todos sonríen, incluido mi chófer. Y resulta extraño verlo en su rostro curtido por la guerra.

Después de repartir el botín, atraigo a Liya hacia mí y mi nariz le hace cosquillas en el lóbulo de la oreja.

Se ríe y se gira para decir:

—Mira qué contentos están con tu generosidad.

En eso tiene razón. Pero no me molesto en levantar la vista. No *tengo* que mirar.

Y no es porque no quiera darle la espalda.

—*Nuestra* —le corrijo—. Es de los dos, ¿recuerdas?

—No pensé que te acordarías.

Me río entre dientes, sin perderme el tono burlón que utiliza.

—Yo me acuerdo de todo, *rodnaya*.

El bajo de la música retumba en mi cuerpo, excitando mi corazón mientras mis brazos rodean sus hombros. Estamos a la vista de todos, pero parece como si nos hubiéramos alejado de la acción, desapareciendo en el caótico torbellino del ritmo del club y las luces. Su mejilla roza la mía y siento la notable diferencia entre nosotros.

Yo tengo una incipiente barba por haberme despertado a las cinco de la mañana, mientras que la piel de ella es flexible y suave. Huele a miel y leche, a nata, con un toque de melocotón y champán. Aunque su aroma original persiste bajo la superficie, percibo el cambio en ella, la forma en que ha cambiado sólo por el poco tiempo que hemos pasado juntos.

Casi parece que nos hayamos acercado.

Mi pulgar recorre su mejilla, busco la comisura de su boca, ella inclina su cabeza hacia atrás para exponerme sus labios, y entonces…

Un disparo impacta en el lateral del edificio.

Instintivamente, empujo a Liya debajo de la mesa, cubriéndola con mi cuerpo. Una explosión

sacude el suelo y los gritos resuenan bajo el agudo zumbido de mis oídos. El dolor me recorre el cráneo, pero lo ignoro.

—¡A por ellos! —grito.

Los disparos rompen el aire mientras mis brigadistas se dirigen en tropel hacia el punto de ataque. Liya se agarra la cabeza mientras se inclina hacia el suelo. Mi mano permanece en su espalda tan firme y fuerte como mi deseo de tomar represalias. Protegerla me resulta fácil. Es casi lo único que tengo en mente.

Pero no del todo.

—¡Gennadiy! —grito de nuevo—. ¡Kostya! ¡*Stepan*!

—¡Pavel Sergeyevich! —escucho a Stepan gritar mientras corre hacia la mesa. Se agacha para hablarme—. ¡Cinco hombres! Llevan máscaras. Deberías irte.

—A la mierda con eso —escupo mientras saco mi pistola de la funda—. Saca a las chicas por la salida trasera y luego ve a la entrada.

Stepan asiente y sale corriendo. Me vuelvo hacia mi mujer, que tiembla tanto que creo que va a desaparecer de la faz de la tierra. Le acaricio la cara y la obligo a mirarme.

—Quédate aquí —le digo.

Ella sacude la cabeza.

—No, Pavel, no…

—¡Haz lo que te digo! —rujo.

Salgo de debajo de la mesa mientras ignoro sus súplicas de que vuelva. En el amor y en la guerra todo está en juego. Esta lucha no es diferente. Si me quedo con ella, perderé mucho de la Bratva. Con dos recién desertados, no puedo permitírmelo.

Aunque sea en la batalla.

Los cinco asaltantes presionan desde el agujero que hicieron cerca de la entrada del club. Tiradores expertos disparan sobre mis brigadistas, quienes resisten. Doy la vuelta a una mesa y la uso como cobertura mientras me centro en uno de los tres asaltantes que vienen hacia mí. Es más bajo que el resto, demasiado distraído por el tiroteo que se produce a su izquierda como para darse cuenta de que lo tengo en el punto de mira.

Vamos, gilipollas. Coloco el dedo en el gatillo y estabilizo la mano. *Un poco más cerca*…

Aprieto el gatillo y una bala atraviesa la mejilla de su pasamontaña. Sale volando hacia atrás de

forma caricaturesca, con las extremidades agitándose mientras se eleva por los aires. Su cabeza golpea el suelo y su cuerpo se desploma al instante por el impacto. Los dos que le acompañan se vuelven hacia mí y me apuntan con sus armas. Exhalo lentamente, manteniendo ambos ojos fijos en el más cercano.

Cae igual que su compañero y me deleito con la victoria, animado por los vítores triunfales de mis brigadistas. Los otros dos asaltantes también han caído. Este es el único que queda.

Y es mío.

Empujo la mesa a un lado y doy un paso adelante, con las facciones retorcidas por la furia, mientras marcho hacia el idiota que pensó que sería fácil atacar a mi Bratva. Retrocede a trompicones y tantea su arma mientras yo alzo la mía. En lugar de noquearlo, le disparo en la pierna, satisfecho con el aullido de dolor que suelta al caer al suelo.

Se agarra la rodilla derecha. La sangre le brota por entre los dedos y se acumula bajo sus botas tácticas.

—Hijo de *puta* —dice y me apunta.

Le quito el arma de las manos de una patada.

—¿Tienes ganas de morir? ¿Es eso?

El silencio invade el club. Una luz estropeada parpadea en la esquina de la sala. La electricidad crepita en algún lugar de los alrededores. El agujero gigante en el club permite que una brisa cálida inunde la zona, el sonido de los coches tocando el claxon y el piar de los bichos se mezclan con los gemidos de mis chicos heridos.

Mis brigadistas.

Mi Bratva.

Y este hombre va a pagar por ello.

Le arranco la máscara de la cara y hago una mueca.

—*Vorobyov*.

—Kiril Vladimirovich tiene razón —gime él entre jadeos de dolor—. Estás perdiendo el control.

—¿Crees que estoy perdiendo el control, Vorobyov? —le agarro por el cuello y le obligo a arrodillarse sobre su rodilla herida—. Ese tonto te ha deslumbrado. Echa un vistazo a tu alrededor, imbécil. ¿Quién tiene el control aquí?

Uno de mis brigadistas murmura algo a mi derecha. Unos cuantos se ríen entre dientes, como si

estuvieran de acuerdo. Miro fijamente al desertor a mis pies, observando cómo me mira, cómo espera, siempre alerta como un conejo asustado. Como si yo fuera el lobo feroz hambriento de venganza.

Este saco de mierda no tiene *ni idea* de lo feroz que soy.

Justo cuando estoy a punto de romperle la nariz o de quitarle la camisa para rebanarle las estrellas, pienso en mi conversación con Stepan de hace unos días. Mi agarre en la garganta de Vorobyov se relaja.

Yo habría exigido la cabeza de Kiril.

Los huesos rotos no lo harán. Desollar su piel tampoco.

Sé exactamente lo que tengo que hacer.

Aprieto la pistola contra su cabeza y aprieto el gatillo.

La sangre caliente me salpica la cara mientras la cabeza de Vorobyov se echa hacia atrás. Permanezco inmóvil, ni siquiera hago una mueca de dolor cuando su cuerpo queda inerte. En ese momento, saboreo el gusto salvaje de la venganza. Un millón de maldiciones se agolpan en mi garganta, pero ninguna logra salir de mis labios.

Y entonces, un grito horrorizado se eleva detrás de mí.

Me doy la vuelta y veo a Liya, mi preciosa esposa, con el traje especial que eligió para esta fiesta, mirando con ojos tan abiertos que parecen pelotas de playa hinchadas. Se tapa la boca con las manos y le tiemblan las piernas mientras me mira fijamente. Como si yo le diera miedo.

Como si yo fuera el lobo feroz.

Vuelvo a meter la pistola en la funda.

—Liya —digo con calma mientras levanto una mano.

—No… —ella retrocede.

—*Lisichka*, estás en estado de shock. Siéntate.

—No. Me. Toques —señala enfatizando las palabras.

Yo avanzo otro paso.

—Vamos, Liya. Te llevaré a casa. Allí estarás a salvo.

—No —gimotea ella—, no estoy a salvo…

Ella sacude la cabeza mientras retrocede lejos de mí, retirándose al extremo opuesto del club. Un metro. Un metro y medio. Luego seis. Se aleja tanto que ya no puedo distinguir su expresión.

Pero sé lo que hay en su cara. Sé lo que revolotea en sus ojos.

Es miedo.

Miedo de mí.

Capítulo 21
Liya

—Vamos, Liya. Te llevaré a casa. Allí estarás a salvo —me dice Pavel.

¿A salvo?

¿Con *él*?

Debe estar bromeando.

—No —gimoteo—, no estoy a salvo…

Charcos de rojo decoran el suelo. Las luces iluminan los charcos y los hacen parecer estanques de pintura. No es sangre en absoluto, no desde este ángulo.

Pero sé que no es así.

No soy estúpida.

Pero me siento jodidamente estúpida.

Las náuseas me golpean las tripas como olas furiosas contra la ladera de un acantilado. Una y otra vez las olas me salpican, relampagueando calientes y frías, deslizándose desde mis hombros hasta mis rodillas, las cuales se golpean entre sí como en esos viejos dibujos animados.

Sangre. Cuerpos. *Brutalidad*.

Y el hombre que está en medio de todo avanza hacia mí.

Pavel levanta las manos. El arma no está. ¿Dónde la puso?

—Liya.

Salto hacia atrás.

—*No*.

Es como si ahora estuviéramos bailando, una coreografía de mis estúpidas y tontas ideas sobre lo que esta estúpida y tonta vida me depararía. El pánico se pasea por mi interior con náuseas. Dios, no creía que pudiera sentir tantas cosas a la vez.

Me tapo la boca mientras se me desata una arcada.

Demasiada sangre.

El club está en silencio excepto por el sonido de las sirenas en algún lugar a lo lejos. Una parte de mí comprende que tenemos que irnos ahora mismo. Pero hay otra parte de mí que no lo acepta.

Las cosas eran tan normales hace unos minutos. Estaba repartiendo dinero a los brigadistas y eran todo sonrisas, risas, agradecimiento en todos los sentidos. Yo era prácticamente el centro de atención. Yo prácticamente era su *reina*.

Y entonces todo explotó en puro caos. Todo explotó.

Mierda, una pared *literalmente* explotó en la entrada del club.

Pavel adelanta hacia mí de nuevo, usando su cuerpo para protegerme de la horrible masacre que ocurrió detrás de él. Porque seamos sinceros, no sólo se defendió.

Masacró a esos hombres.

Pero, ¿qué esperaba yo del hombre que obligó a una camarera a arrodillarse ante mí sólo por una disculpa? Pavel no es un caballero blanco que me sacó de un peligroso campo de batalla. Él es el monstruo que empezó la guerra. No está aquí para rescatarme de mi prisión; él es quien construyó la torre.

Mis ojos se abren de par en par.

Estoy casada con un asesino.

Todas mis fantasías sobre una vida pacífica, sobre ganar la Citta Nostra para mi hermano y recuperar a mi familia, se hacen añicos ante la cruel realidad. Miro al suelo, medio esperando ver fragmentos de cristal por todas partes reflejando mis rasgos aterrorizados, mi expresión estupefacta, mis idiotas expectativas.

Me cubro la cara y ahogo un sollozo.

Esto no está ocurriendo. Estoy dormida. Viktoria va a despertarme en cualquier momento.

Unas manos me cogen suavemente por los brazos. Me estremezco mientras me llevo las manos a la boca, mirando fijamente las implacables canicas cromáticas que reflejan las luces de la discoteca. Por un segundo, me engaño pensando que son cristales, que sus ojos albergan una pizca de simpatía, tal vez incluso arrepentimiento.

Pero no es así.

Son pasillos de horror.

Y me muestran fielmente lo que puede esperar la esposa del Pakhan de la Bratva Suvorov.

—Liya —dice él, su voz suena a un millón de millas de distancia—. Vamos. Tenemos que irnos.

—Suéltame —le digo.

Él suspira mientras me empuja hacia la parte trasera del club. Los brigadistas trotan a nuestro alrededor, recogiendo armas y hombres heridos. Stepan nos guía rápidamente por el club. Todo va muy rápido y no puedo seguir el ritmo.

—Si te suelto, te caerás —insiste Pavel—. Vamos, te sostendré por los hombros. Así.

Sacudo la cabeza mientras coloca su brazo en mis hombros.

—No, quiero decir que me dejes ir de este estúpido *matrimonio*, Pavel.

Se pone rígido, pero no deja de andar.

—Voy a protegerte.

—Estás lleno de mierda.

—¿Moriste allí? ¿Te hirieron siquiera?

Las sílabas están teñidas de irritación. ¿Cómo puede culparme? Nos atacaron de la nada. Hay cuerpos por todo el suelo. Creo que tropecé con el bazo de alguien. Esto es una ruina y no soporto la mezcla de olores: la pólvora, el vodka, los fluidos corporales que empapan el suelo de baldosas.

—No se trata de eso —replico—. Yo no me apunté a esto. No quiero seguir haciéndolo.

—Pues mala suerte, *rodnaya*. Ya estás dentro. Y no te voy a dejar salir.

Le empujo, haciéndole perder el equilibrio por un segundo. Él me agarra del brazo y me empuja hacia el pasillo. Le clavo las uñas en el bíceps, pero no lucho. El agotamiento se apodera de mí y no creo que pueda soportar más estrés.

Un sollozo me sacude. Ahora es más frustración que miedo. Esto no es lo que quería y no encuentro un resquicio, una maldita balsa salvavidas que me aleje del naufragio causado por Pavel y su estúpido plan con mi hermano.

Estoy atrapada, pienso impotente mientras nos lanzamos por una serie de pasillos. Una señal de salida zumba erráticamente al final del tenue túnel. Un atisbo de alivio me golpea el pecho. Pero no dura mucho. *Tengo que escapar. Tengo que intentarlo*.

—Por favor —suplico—, déjame ir, Pavel.

Se detiene en la acera frente a la puerta de salida y se gira para mirarme. Es entonces cuando veo la alarma en su rostro, cómo sus pupilas se han dilatado hasta tal punto que el verde de sus iris ya ni siquiera existe.

Le palpita una vena en la frente.

—¿Qué crees que te pasará si te dejó ir?

Mis labios se crispan mientras me esfuerzo por responder.

—Te *matarán*, Liya —continúa él, mientras aprieta con más fuerza su agarre en mi brazo—. Te dispararán en la calle, en cualquier momento. ¿Sabes por qué?

Puedo hacer una docena de conjeturas, pero niego con la cabeza. Estoy demasiado aturdida para hablar. Creo que ni siquiera puedo respirar. Siento que el corazón me va a dar un vuelco.

—Porque eres mi *esposa*. Si te vas, seguirás siendo mi esposa. Cardona no va a olvidar la jugarreta que hiciste para entrar en esta familia.

Frunzo el ceño con indignación.

—Te refieres a la jugarreta que *tú* hiciste con mi hermano.

Me ignora.

—Tu seguridad está en peligro. Estoy haciendo todo lo que puedo para mantener tus putos sesos en tu cabeza y no en el suelo —suelta mi brazo—. ¿Lo entiendes ahora, Liya? ¿Entiendes por qué no puedo dejarte ir?

Sus palabras tocan una vieja fibra sensible. La vergüenza surge de las profundidades de mi alma acompañada de un recuerdo hecho jirones, un trozo de historia que me resulta tan parecido que me pierdo en él.

Puede que sea Pavel hablando, pero son las palabras de mi hermano las que salen de su boca.

No muerdas la mano que te da de comer, Liya, diría Jonas. *Ahora estás a mi cuidado. Eso significa que tengo que protegerte. Si te dejo ir, entonces morirás*.

Y entonces Jonas me golpearía.

Otra vez. Y otra vez. *Y otra vez*.

La alarma de un coche rasga la noche, sacándome del pasado. Una limusina negra se detiene en la acera con un chirrido resonante, y entonces Stepan aparece en la acera, instándonos a subir a la parte de atrás. Ni siquiera me había dado cuenta de que él se había separado de nosotros. Los brigadistas nos rodean, con las armas en alto, manteniendo un estrecho perímetro que sigue todos

nuestros movimientos.

Si tan sólo pudiera moverme.

Si tan sólo pudiera *irme*.

Pavel se acerca a mí, haciéndome retroceder. Parece confuso por un segundo, pero me arrastra con él, me cubre la nuca con la mano y me guía hasta la limusina, cuya puerta se cierra tras nosotros. El silencio se apodera de mis oídos. Pasan unos segundos antes de que la limusina se ponga en marcha, se aleja chirriando del bordillo y desaparece por una carretera secundaria poco iluminada.

Me aprieto las rodillas contra el pecho.

Entumecida.

Estoy agarrotada ahora. Apenas puedo procesar lo que acaba de ocurrir allí, el extraño eco de los choques, los gritos y los disparos sigue rebotando en mi cabeza. Cuando cierro los ojos, sólo veo caos. Cuando los abro, el interior beige de la limusina me da ganas de vomitar.

Stepan nos aleja del club con tanta rapidez y cuidado que casi parece un viaje normal por la ciudad.

Pero no lo es.

Ni mucho menos.

A mi lado está sentado el hombre que hará lo que sea para asegurar su posición como Pakhan. Y lo hará a su manera, sin importarle lo que ocurra a su alrededor. Así es como me aseguró como su esposa. Ese es mi destino.

El corazón se me agarrota en el pecho. *Ese siempre ha sido mi destino*.

Todas las emociones que sentí en el club claman por atención. Conmoción, náuseas, miedo, adrenalina, terror insondable… Todas compiten entre sí mientras apoyo la frente entre las manos. Me inclino hacia mis rodillas, acurrucándome sobre mí misma todo lo que mi cuerpo me permite.

Es lo único que me hace sentir segura. Y Pavel no intenta detenerme, así que lo hago.

¿Por qué le he ayudado? Gimo y aprieto los labios para no llorar. *¿Por qué creí que podía encargarme de ayudarle cuando sé de qué va esta vida?*

Todo es mi culpa. No debí haberle presionado, no debí haber intentado darle consejos como si supiera lo que hacía. Luchar por el control de esa manera sólo hizo una cosa: me puso directamente en la línea de fuego.

¿Reina o esclava? ¿Esposa o puta?

Tengo las manos atadas. ¿Qué se supone que debo hacer?

Me tiemblan los labios mientras contengo las lágrimas. No quiero darle la satisfacción de verme llorar. Sólo va a invitarlo a darme un sermón sobre cómo no puedo manejar esta mierda.

Y la verdad es que *no puedo*.

Pero tampoco puedo echarme atrás ahora.

¿A quién quiero engañar? No soy material de reina. Apenas soy material de novia, mucho menos material de esposa. Y deslizarme en este papel sólo me mostró que mordí más de lo que podía masticar con Pavel.

En mi desesperada búsqueda de poder, no vi el otro lado, los resultados.

Y ahora lo veo.

Y no quiero verlo más.

¿Cómo pude pensar que una vida con Pavel sería normal? Aprieto los dientes en silencio. *Porque me daba afecto y me hacía entusiastas promesas ¿Soy tan fácil de convencer?*

Su promesa de protección vuelve, suavizando ligeramente mis facciones. Deseaba tanto creer que alguien cuidaría de mí, que todas mis necesidades se cubrirían con un solo golpe de pluma.

Incluso si ese alguien es peligroso.

Incluso si a ese alguien no le importa *matar* a otra persona delante de mí.

Aprieto los ojos para intentar borrar el recuerdo de mi cerebro. No hay suerte. En absoluto. Sé que, si miro a mi derecha, veré las manchas de sangre en su mejilla. Sabré de quién es la sangre. La veré siempre. Lo sentiré en mis entrañas por el resto de mi vida.

No estoy hecha para esto.

¿Pero alguna vez lo estuve? Esta siempre ha sido mi vida. Nada ha sido simple o fácil para ser la hija de un Don. Y no cualquier Don, un Don *ejecutado*. Siempre he estado huyendo. Absolutamente nada en mi vida ha cambiado.

Excepto que ahora, duermo con un asesino. Le abro las piernas cuando me lo pide. Caigo de rodillas ante él cuando me lo ordena. Dejo que me penetre cuando le place. Me usa cuando quiere. Cuando acaba, me deja dolorida y hambrienta de más, con su semen corriéndome por el muslo.

Noche tras noche.

Me estremezco y mi siguiente pensamiento invita a las náuseas a volver con toda su fuerza.

Y me gusta.

La limusina se detiene frente al ático. Los brigadistas se agolpan hacia la puerta y crean una barrera que conduce a la entrada. Es surrealista lo dedicados que están los hombres de Pavel a su protección, casi inspirador.

Pero también es un impactante recordatorio de cómo será mi vida a partir de ahora.

Pavel me guía al interior, su tacto es firme pero suave. Subimos al ascensor en silencio. Caminamos hasta la puerta en silencio. Entramos en el salón en silencio.

Viktoria nos saluda ofreciéndonos té. De lavanda. Algo para calmar los nervios y ayudarnos a dormir.

Ella debe saber. Me fijo en su expresión de preocupación. *Aquí las noticias corren rápido*.

Es un gesto tan dulce que casi acepto.

Pero no lo hago.

Miro a Pavel, mis párpados tartamudean mientras me fuerzo a hablar.

—Yo… sólo necesito…

Se me nubla la vista.

Me aclaro la garganta, enjugo las lágrimas y me obligo a mantenerme erguida.

—Necesito espacio para pasar la noche —declaro.

Pavel mira a Viktoria. Algo pasa entre ellos, los segundos parecen eternos hasta que él me mira.

—La noche es tuya, Liya. Mañana también estaré fuera casi todo el día, así que tendrás más espacio para ti.

Doy unos pasos sorprendida hacia el pasillo.

—Gracias —digo.

Y luego me encierro en mi torre, esperando que el monstruo que está afuera de mi puerta no decida cambiar de opinión.

Capítulo 22
Liya

Me duele la cabeza cuando entro a la cocina. Viktoria me acerca una taza de té caliente. Ella sabe que la resaca del estrés matutino me está agotando tanto que solo salir a la terraza me parece una tarea insuperable.

Hoy todo me parece imposible, pero intento no pensar en ello, no pensar en qué estará haciendo Pavel mientras no esté aquí. Quizá sea mejor que me quede en la oscuridad.

Así cosas como las de anoche no ocurrirían tan a menudo.

Mala suerte, escupe su voz en mi mente. *Ya estás dentro. Y no te voy a dejar salir*.

Me estremezco al pensar cómo me las arreglaría para salir. En este punto, parece la muerte o el deshonor.

Y el deshonor me llevaría sin duda a la muerte.

Cierro los ojos mientras acuno la taza entre las manos. *No pienses en ello*, Liya. *Tómate tu espacio. Él estará fuera hasta mediodía y…*

Suena el timbre.

Oigo a Viktoria entrar en el vestíbulo antes de que pueda hacerme a la idea de que tenemos visita. Volodya habla en voz baja con Viktoria. Se les une otra voz que me resulta familiar, pero la cabeza aún me late con fuerza y los músculos me duelen por la derrota sobre mi derrumbe. No consigo entenderlo.

Suspiro.

¿Cuándo acabará esto?

—Liya —me llama Viktoria desde la puerta de la cocina con voz suave—, tu hermano ha venido a verte.

Parpadeo mientras dejo la taza sobre la encimera, pasándome instintivamente los dedos por el pelo para cepillármelo.

—¿Qué dices? —me ajusto la rebeca y los vaqueros—. ¿Quién dices?

—Jonas —repite ella—, tu hermano, *krolik* —una sonrisa burlona se dibuja en sus labios y añade —: ¿O tengo que pellizcarte otra vez?

Pongo los ojos en blanco. Al menos una de las dos está de buen humor hoy.

—No, gracias, Viktoria. Me reuniré con él en el estudio.

—¿Llevo té?

Frunzo el ceño y susurro:

—Él odia el té.

—Aún puedes tomar el tuyo —me asegura—. Ve. También llevaré galletas.

Mi dolor de cabeza se redobla. Pero sé que si no como no sobreviviré al día.

Ni a mi inesperado visitante.

Levanto la taza.

—Gracias, Viktoria.

Al pasar junto a ella, me palmea el hombro con suavidad, todo el peso de su consuelo me contagia los huesos. Me relajo un poco. Viktoria está aquí. Estoy perfectamente.

Volodya me mira pensativo mientras entro al estudio. Probablemente me veo como una mierda, pero no importa. Es mi casa. Puedo lucir como quiera mientras esté aquí. Y sólo mientras esté aquí.

En cualquier otro sitio, tengo que lucir como una reina.

Me aclaro la garganta para llamar la atención de Jonas, pero él mantiene la mirada en la inmaculada vista de la ciudad.

—Liya —dice rotundamente— ¿Qué haces aquí?

—Yo…

—¿Cuánto tiempo tengo que esperar a que hagas lo que tienes que hacer?

Frunzo el ceño mientras me froto la frente con la palma de la mano.

—Lo siento, Jonas. No sé a qué te refieres.

Su expresión muestra decepción cuando se gira para mirarme. La luz del sol ilumina su cuerpo y oscurece las sombras de su rostro, profundizando el ceño amenazador que me saluda.

—El acuerdo, imbécil. ¿Cuánto tiempo tengo que esperar a que Pavel cumpla *su* parte de *mi* trato?

Por supuesto. ¿Por qué si no iba a visitarme mi hermano? ¿Ninguna preocupación, ninguna inquietud, ningún *te echo de menos* o *cómo te encuentras*? Sólo es Jonas. Siempre es Jonas.

Vuelve esa sensación de estar encerrada en una torre. Tal vez el monstruo de mi puerta no sea Pavel. Quizá nunca *fue* Pavel.

Sé que me observa, así que me pongo lo más erguida que puedo y digo:

—Tienes que irte, Jonas.

Se acerca a mí.

—¿Qué?

—Tienes que irte. Puedes hablarlo con Pavel más tarde. Él no está aquí.

—Pues, no me iré hasta que consiga lo que quiero.

Clavo los talones en la alfombra para estabilizarme.

—A Pavel no le gustará esto.

—No me importa lo que a él le guste, Liya. Yo le di lo que él quería, así que ahora él tiene que darme lo que yo quiero. Así es como funciona un intercambio.

Me escuece oírselo decir así, pero intento que no se note.

—Nunca has tenido paciencia. Sólo tienes que confiar en su palabra.

—¡Confiar! —se burla—. Qué puta broma. Su palabra no significa una mierda para mí sin resultados. Tienes que cumplir con tu deber y hacer que Pavel me dé la Citta Nostra. Como él dijo que lo haría. Como *ofreciste*.

—Yo no tomé esta decisión, Jonas. Tú me forzaste a ello.

—No luchaste exactamente, Liya. No te veo sufriendo aquí —dice, señalando la lujosa suite del ático. Sus riquezas hablan una historia diferente de cómo me siento por dentro—. Haz lo que tengas que hacer. Si eso significa ser una buena esposa o cualquier otra cosa que Pavel quiera, hazlo, joder.

La voz de Willow irrumpe en mi palpitante dolor de cabeza: *Tu hermano es la razón por la que estás atascada en la vida. Siempre lo has antepuesto a ti*.

Miro fijamente al hombre que solo me ha dado problemas durante años. Protección, claro. Comida, sí. ¿Pero atención? ¿Atención? ¿Bienestar emocional?

Nunca.

Aprieto la taza con la mano, el calor me muerde la palma. Veo a Viktoria venir de la cocina y sacudo la cabeza. No es un buen momento. Me hace caso y desaparece.

—Toda mi vida ha girado en torno a lo que tú quieres —afirmo temblorosa—. Todo ha girado siempre en torno a ayudarte sin tener en cuenta lo que yo quiero o lo que intento hacer.

—¿Qué has intentado hacer con tu vida?

Frunzo el ceño.

—Vivirla. Sin que me tengas constantemente haciendo tu trabajo sucio. Quizá deberías poner de *tu parte* por una vez. ¿Alguna vez has pensado en eso, Jonas?

Joder, no debería haber dicho eso.

No debería haber dicho eso en *absoluto*.

El sonido de la bofetada retumba en mis oídos antes de que el dolor se registre en mi mejilla.

—Maldita *zorra* —grita Jonas—, ¡*puta* egoísta y engreída!

El té caliente me salpica la pierna mientras levanto los brazos para protegerme. Conozco ese sonido, ese horrible matiz de rabia en sus palabras. Significa problemas. Significa el peor tipo de problemas.

Y me espera mucho más que un dolor de cabeza cuando acabe.

Jonas cierra la mano en un puño y se prepara para golpearme. Me agacho sobre las rodillas y me cubro la cabeza. Me preparo para recibir el impacto del golpe que sé que me hará ver las estrellas. La espalda me tiembla de anticipación por la familiaridad de todo aquello mientras gimo como una cobarde.

Como una niña débil.

He fracasado.

Pero el golpe nunca llega.

En su lugar, resuena la voz de mi marido.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Levanto la cabeza y veo a Pavel agarrando la mano de Jonas. En el temido silencio de lo que

sabía que se avecinaba, no oí a mi marido llegar a casa. No oí nada más que mi sangre bombeando por mis oídos como el rítmico golpe de un tambor.

Jonas aparta la mano.

—Tienes a mi hermana, Pavel. ¿Cuándo coño vas a entregarme la Citta Nostra?

Pavel ignora a mi hermano. La visión de su desaire me inspira, especialmente por el fresco rubor de ira en la cara de mi hermano.

Pero es una victoria efímera. Porque sé que voy a pagar por ello.

No ahora. Pero más tarde.

—Liya —dice Pavel con la mandíbula apretada—, ¿qué está pasando?

Casi me fallan los pies al levantarme. Me abrazo los hombros, claramente consciente de la quemadura del té en la pierna. No estaba hirviendo, pero sí lo suficiente. Me escuece la mejilla por la bofetada de Jonas, pero la ignoro, intentando encontrar las palabras.

Pavel estudia mi expresión. Esa es toda la respuesta que parece necesitar. Se afloja la corbata, agarra a Jonás por el cuello y lo saca a la terraza.

—¡Pavel, *no*! —grito, cuando cuelga a Jonás por encima de la barandilla.

Él me clava la mirada más salvaje que he visto nunca. Este hombre está *sediento* de violencia. Parece necesitarla para reparar un mal que le han hecho por todos los medios posibles.

Veo el terror en la cara de mi hermano y me siento justificada, pero demasiado asustada para procesarlo.

—Por favor —le ruego—, ¡no lo tires! Es mi hermano. Es lo único que me queda de mi familia. Él… —un gimoteo me interrumpe.

Pavel me dedica una expresión indescifrable, su fiereza se desvanece en un firme control. Y entonces vuelve a ser Pavel. Se vuelve hacia Jonas y lo levanta, inmovilizándolo contra la barandilla sin volcarlo.

—Si no fuera por tu hermana —gruñe—, ni siquiera me habría molestado en amenazarte, Jonas. Serías un charco de sangre y huesos en la calle si no fuera por ella.

Agarra a mi hermano por el cuello y lo mete hacia el ático. Me apresuro a seguirlos, esperando no tener que convencer a mi marido de que no sea tan duro con el gilipollas de mi hermano. En la puerta, Pavel llama a Volodya y tira a Jonas al suelo de una patada.

Pavel le agarra la cara a Jonas y le espeta:

—Si vuelves sin avisar, se acabó el trato.

La puerta principal se cierra de golpe, sacándome de mi trance. Es como si hubiera abandonado mi cuerpo y no me quedara más que el constante latido de mi resaca de estrés, las náuseas y la punzada de un hambre no reconocida.

Cierto. No he comido nada.

No importa. No tengo tiempo para eso. Soy un desastre tembloroso cuando Pavel vuelve adentro. Da un paso hacia mí, haciéndome retroceder de un salto.

Y no me pierdo el dolor en su cara cuando ocurre.

—*Rodnaya* —susurra suavemente—, ¿estás bien?

Dios, esa voz, ese tono suave está tan lleno de la promesa de consuelo.

¿Puedo fiarme?

Da un paso vacilante hacia mí. Cuando no retrocedo, cierra el espacio que nos separa y me acaricia ligeramente la cara. Hago una mueca de dolor, con el pómulo pidiendo alivio a gritos.

—Sin hielo te saldrá un moratón —dice como si me hubiera leído el pensamiento—. Vamos.

Segundos después, estoy en el baño de la suite. Evito el espejo, esperando que mi aspecto no sea demasiado decepcionante para él. Pero en lugar del Pavel crítico que suele aparecer cuando no soy lo bastante regia para él, me encuentro con el Pavel cariñoso. El que me pone una bolsa de hielo en la mejilla. El que coge el corrector de mi neceser de maquillaje. El que me cepilla el pelo para arreglármelo.

Y antes de que pueda inclinarme hacia él, se dirige hacia la puerta.

—Le diré a Viktoria que te traiga algo. Pareces demacrada.

—Vale.

—Hemos pillado a alguien en la galería de arte —dice—. Debería ir a chequear…

—No te vayas… por favor.

Él está tan sorprendido como yo de que esas palabras hayan salido de mi boca.

Pero no me retracto.

Y él no se va.

Inclina ligeramente la cabeza e indica la tumbona que hay junto a la puerta. Asiento, encogida por el dolor de mi cabeza. A estas alturas, me está abriendo el cráneo y derramando mis sesos por todas partes. No sé cómo sigo en pie.

Me siento torpemente y mis miembros no saben cómo colocarse. Él está tan perfectamente aplomado y yo no soy más que una muñeca de trapo hecha jirones con un moratón en la cara.

Hay suficiente espacio entre nosotros para estar cómodos. Me arreglo la rebeca e intento no pensar en que los muslos de mis vaqueros están fríos ahora por el té derramado.

—Jonas está… preocupado —señalo.

Ahora puedo oír a Willow: *Dios, ¿de verdad sigues poniendo excusas por él?*

—Es una forma muy jodida de mostrar preocupación —muerde Pavel. Se aclara la garganta y luego pregunta con voz más suave—: ¿Lo ha hecho antes?

¿De qué sirve mentirle a Pavel? Descubrirá la verdad pase lo que pase. Agacho la cabeza y respondo:

—Sí.

—¿Cuántas veces?

Me duele la mandíbula mientras intento contar.

Me acaricio la mejilla. Las punzadas cesan, pero el escozor del ataque permanece.

—Yo solo era una adolescente que intentaba actuar con normalidad, ¿sabes? —me encojo de hombros como si eso fuera a explicarlo—. Le pregunté a Jonas si podíamos olvidarnos de la Citta Nostra, del asesino de nuestro padre, intentando poner toda esa mierda en orden, y él… él…

El nudo vuelve. Y no creo que esta vez desaparezca.

Resoplo mientras dejo que las palabras rueden unas sobre otras.

—Me dio tal paliza que tuve que llevar una camiseta de manga larga durante el último mes del último curso.

La tumbona cruje. Veo a Pavel clavando los dedos en la tela, con la cara llena de furia. Me abraza de repente, haciéndome chillar mientras me estrecha contra su pecho.

—Si Jonas vuelve a tocarte, Liya, me aseguraré de que deje de hacerlo —me aprieta más fuerte —, *por siempre*.

El alivio que siento al oír eso es tan dulce como una gota de lluvia fresca refrescándome el cuello en un día húmedo. Le rodeo la cintura, abrazándole tan fuerte que estoy segura de que le hago daño.

—Pero es mi hermano.

—Y tú tienes una corona tatuada en la espalda. Nadie puede ponerle la mano encima a la mujer de un Pakhan —dice furioso—. Y mucho menos tu asqueroso hermano de mierda.

De sus labios brotan más promesas, más afirmaciones.

Y a pesar de lo bien que se siente que alguien me defienda, no puedo evitar recordar que esas promesas llegan justo después de que le disparara a un hombre en la cabeza.

Él no se detuvo. Ni siquiera dudó. Simplemente apretó el gatillo.

Si llega el momento, *cuando llegue el momento*, ¿le hará lo mismo a mi hermano?

¿Y podré yo seguir a su lado cuando él lo haga?

Capítulo 23
Pavel

—Bienvenido al infierno, Daza —le dice Stepan a Oscar Daza, el hombre atado en la silla. Le introduce un paño en la boca y le da unas palmaditas en la mejilla—. Si te portas bien, te dejaré respirar.

Después de tres días de poca comida y casi nada de sueño, el hombre tiene un aspecto harapiento. Tiene moratones en la cara y en los brazos donde mis brigadistas le han golpeado hasta dejarle sin sentido. La sangre mancha su pecho cubierto de sudor y sus vaqueros están rotos, revelando heridas que apenas han cicatrizado.

Y nunca cicatrizarán. No después de que acabe con él.

—Cuéntamelo todo —digo mientras me acerco a Daza. A pesar de su aspecto marchito, conserva una mirada desafiante. Casi le elogiaría por ser tan leal si no fuera tan jodidamente tonto de su parte—. Tu jefe no se preocupa por ti. ¿Qué clase de Don dejaría que desaparecieras y ni siquiera se molestaría en buscarte?

Sacudo la cabeza y le hago un gesto a Stepan, quien sujeta un cable de electricidad al estómago de Daza. Tras pensarlo un segundo, le hago un gesto para que lo baje un poco más. El miedo relampaguea en los ojos de Daza cuando se da cuenta de adónde apunto.

Mi sonrisa se vuelve ladina.

—Ya te hemos investigado, Daza. Tu mujer te abandonó hace años. Tus hijos ni siquiera quieren hablar contigo —chasqueo la lengua dos veces—. Dudo que las necesites ya.

Stepan junta las puntas de los cables. Las chispas saltan con un chasquido despiadado, haciendo que Daza se sobresalte.

Levanto las cejas. Ya tengo su atención.

—¿Quién más está implicado? Cuantos más nombres me des, más miembros te dejaré conservar.

La concentración se filtra en su rostro, las sombras nublan el miedo que despertó en él.

—Bien, como quieras —digo y me encojo de hombros.

Stepan coloca el cable en la zona genital de Daza. El tipo chilla por el dolor, pero no lucha por sus pelotas ni por su vida.

—Habla, Daza —le ordeno, mientras más electricidad crepita en la habitación—, dame un nombre *ahora*.

Sigue aguantando la tortura de Stepan y mantiene el paño apretado entre los dientes. Cuando se lo arranco, enseña los dientes, con las encías brillantes de suciedad, mugre y sangre.

—¡Habla, gilipollas!

Sigue callado.

Arrugo el paño en la mano y doy un paso atrás. La habitación gira a mi alrededor, las caras se mezclan hasta hacerse borrosas. Stepan, Volodya, Kostya, Daza… ahora son espejos de feria.

La resistencia de Daza, su compromiso con Cardona, su capacidad para soportar el dolor me cabrea más que nada. La vida se le eriza en los ojos por mucho que lo llevemos al borde del abismo.

—Puto desperdicio de carne —le arrojo el paño a la cara—, ¡*inútil*!

Mi visión se aclara y le veo volver a apretar los dientes. Golpeo con el puño su expresión engreída, retorciéndoselo mientras su cabeza vuela hacia atrás. El carmesí emborrona mi visión mientras propino puñetazo tras puñetazo a esa mueca de suficiencia. Es como si quisiera que me volviera loco. Es como si *quisiera* morir.

Ya no veo a Daza. Sólo estoy enfurecido. Y en mi túnel de rabia, se forma un nuevo rostro, los grabados familiares de un hombre que aún vive y respira más allá de estas paredes.

Un hombre que exige el asiento que es mío.

Un hombre que se atrevió a ponerle la mano encima a mi *mujer*.

Golpeo más fuerte, perdiéndome en los movimientos repetitivos. Ya ni siquiera es un rostro. Es una ruina roja. Pero no puedo detenerme, no puedo contener la locura que pide ser liberada.

Con un sonoro resoplido, me alejo del cuerpo y tiendo la mano para que Stepan me alcance un paño limpio. Me limpio la sangre de los nudillos y de entre mis dedos quito un diente que se le ha caído.

Se me agita el pecho cuando digo:

—Procesad el cuerpo.

—No hay mucho que procesar, Pavel Sergeyevich —se encoge de hombros—. Desechar, tal vez.

Le lanzo una mirada furiosa.

—Dedos y dientes. Ya sabes qué hacer.

Inclina la cabeza e indica a Volodya y Kostya que se pongan en marcha. Se mueven sin

inmutarse y descienden sobre el cadáver como buitres.

Una vez que sacan el cuerpo de la habitación, tiro el paño al suelo y me dirijo hacia las barras de hierro que separan esta habitación del resto del sótano.

—Maldito gilipollas.

—¿Te preocupa algo, Pavel Sergeyevich? —pregunta Stepan.

¿Aparte del hecho de que me imaginaba matando a Jonas a golpes?

—No —resoplo.

Unos pasos sordos resuenan detrás de mí. Stepan aparece a mi lado, mirando a los brigadistas que suben el cadáver por las escaleras del sótano como si no pesara nada. Después de toda la sangre y la carne que Daza ha perdido por mi puño, no creo que pese mucho.

Stepan tararea y dice:

—Los de la Bratva no esperan que su Pakhan reprima todo.

Tiene razón.

Los brigadistas llegan hasta la puerta del sótano. Sólo cuando oigo el resuelto *clic* de la puerta al cerrarse me molesto en volverme hacia Stepan y le digo:

—Es por Liya.

—¿Hizo ella algo?

—No, pero su hermano sí.

Echa un vistazo a la silla, donde reposan unos dientes.

—¿Intenta retractarse del trato?

—La *lastimó*, joder.

Stepan se centra en mí, con los ojos llenos de comprensión.

—¿Lastimó a Liya?

—La abofeteó. Le vi hacerlo —cierro los puños y me giro hacia la silla—. En mi puta *casa*. El maldito imbécil tuvo el descaro de *golpearla* justo bajo mi techo.

—Una *insolencia*.

Gruño.

—Le sujeté por encima de la barandilla de la terraza. Perdí el control. Casi lo lanzo, pero…

Me trago las palabras.

Pero Stepan no pierde detalle.

—¿Pero?

—Liya me pidió que *no* lo hiciera.

El silencio se interpone entre nosotros, y sé que Stepan está pensando… revolviendo sus pensamientos bajo esa maldita placa de metal. Se aleja unos pasos y busca en su bolsillo un par de guantes. Mientras se los pone, dice:

—Eso es porque estás enamorado, Pavel Sergeyevich.

—Estás borracho.

—Ni una gota desde el club —quita los dientes de la silla y los deja caer en un sobre antes de doblarlo con cuidado—. Sabes que odio torturar a la gente bajo los efectos del alcohol.

Alargo la mano hacia una de las barras de hierro y la utilizo para no volver a montar en cólera.

—No bromees, Styopa. No puedo permitirme enamorarme —aprieto la barra con todas mis fuerzas—. No ahora. Ni *nunca*.

—No podemos evitar lo que sentimos.

—Pues yo tengo que hacerlo. El amor es sólo otra debilidad que explotar.

Stepan se levanta, su expresión ferozmente seria.

—Con el debido respeto, Pavel Sergeyevich, es una debilidad que ya está siendo explotada. Lo hecho, hecho está.

Me alejo de los barrotes y camino por la habitación, a grandes zancadas. Probablemente el diablo podría oírme dando pisotones. Pero es lo único que me permite pensar.

Cada vez que evoco esa escena, entrar en mi casa y encontrar a mi mujer encogida en el suelo delante de su hermano, mi cuerpo vibra con la intensidad de una bomba.

Soy el impetuoso viento que se dispone a arrasar todos los edificios cercanos. Soy el sofocante humo, que se prepara para invadir cada par de pulmones a mi alcance. Soy el furioso fuego, que

desea consumir todo a mi paso.

Pero sobre todo a Jonas. Quiero matarlo.

—No hay nada hecho —escupo—. No estoy enamorado.

Stepan busca en el suelo. Probablemente buscando todos los dientes que le arranqué a Daza.

—Nunca has tenido problemas para desenamorarte de las mujeres.

—Nunca amé a Zoya.

—Nunca *dije* Zoya —asoma su cabeza por encima del hombro—. Además, ¿por qué Liya es diferente?

Me detengo en el centro de la habitación.

—Porque es mi mujer, Styopa.

—Entonces admítelo: la amas.

—¡Ya basta! Es una orden —espeto.

Stepan se levanta e inclina la cabeza.

—Mis disculpas, Pavel Sergeyevich —echa una mirada más al suelo antes de añadir—: Debo ayudar a Kostya y Volodya con el cuerpo.

Me hago a un lado y asiento con la cabeza, notando su ausencia cuando me deja solo en la celda. Aquí dentro debería oler a muerte, mierda y orines, pero lo único que percibo es mi anhelo de proteger a Liya. Tampoco tiene sentido. ¿Por qué iba a preocuparme por alguien que sólo es una herramienta para mí?

Es una esposa de nombre y sólo de nombre. Lo que le hice a Jonas fue algo que cualquier Pakhan habría hecho, cualquier *buen* Pakhan, de hecho. Mi motivación es puramente por el deber a mi Bratva. El frente unido, como dijo Liya. Cuanto más demuestre a mis brigadistas que tomé la decisión correcta, más lealtad me brindarán, aunque Kiril siga tratando de ganar más hombres.

El único propósito de Liya es darme un hijo quien se sentará a la cabeza de la Citta Nostra. Jonas y Cardona estarán fuera de juego poco después. Si mato a Jonas, entonces pierdo parte de mi plan. Y entonces la gran fortaleza que he construido se derrumbará.

¿Realmente quiero perder todo eso basado en un lapso momentáneo de juicio?

No estoy enamorado, me convenzo. *Sólo estoy jodidamente ofendido*.

Mi mirada se clava en la silla. Los restos de Daza persisten, pero no serán un problema durante mucho tiempo cuando Stepan vuelva para limpiar el desastre. Pronto no quedará nada de él. Y mi pérdida temporal de control se disipará con la lejía. Ya puedo olerlo: se acerca el alivio.

¿Así es el amor?

No, eso es imposible. Nunca he sentido amor en mi vida. Tal vez estuve cerca algunas veces, pero esto no es nada de eso. No es algo que pueda pasar. No es algo que *debería* pasar.

Me vuelvo hacia la salida y deambulo por el sótano, tomándome mi tiempo para llegar a la puerta. En los pisos de arriba, mi mujer está en alguna parte, ajena a lo que ocurre bajo sus pies. O tal vez se da cuenta de lo que hago. Es demasiado aguda, demasiado inteligente para perderse algo así.

Una chica ingeniosa como ella sólo es útil en la medida en que sabe cómo mejorar mi poder. Eso es todo lo que es: una lucha por el poder. Cuando Cardona sea derrotado y Jonás se haya ido, podré deshacerme de ella también. Podré dejarla ir a donde ella quiera mientras no interfiera con mis planes.

Y entonces todos ganamos. Ella consigue la vida que siempre ha querido, y yo consigo el control sobre dos grandes imperios que me llevarán a la victoria. Riqueza y gloria me esperan. ¿Por qué dejaría que algo se interponga en mi camino?

Pero, y si Stepan tiene razón…

Tal vez me estoy engañando a mí mismo. Tal vez esto es amor, y tal vez Liya se está colando bajo mi piel, poniéndose cómoda dentro de mí. Si nunca he sentido amor. ¿Cómo sé que no es exactamente lo que está pasando?

Si me estoy enamorando, entonces estoy en problemas.

Muchos problemas.

Capítulo 24
Felix

—¿*Cuántas*? —le pregunto al chico que está frente a mi mesa—. Escúpelo, Lucio. No tengo todo el puto día.

Lucio mira su teléfono y se rasca la cabeza. Asiente con la cabeza y luego se centra en mí, sin encontrar mi mirada.

—Cinco galerías, Don Cardona.

—Cinco —repito mientras me reclino en la silla del escritorio—. Cinco putas galerías. ¿Y cuánto han robado?

Lucio empieza a hablar cuando hago un gesto con la mano.

—Olvídate de eso. No tiene importancia. Necesito saber cómo pasó esta mierda, Lucio. Dime *qué coño* ha salido mal.

Se encorva sobre su teléfono y se convierte en un maldito jorobado cuando está bajo presión. Espero algo mejor.

Chasqueo los dedos y recupero su atención.

—Endereza la espalda. Sé un maldito hombre.

—Sí, Don Cardona.

—Ahora, cuéntame —digo con voz más calmada mientras cruzo mis dedos sobre mi regazo— ¿Qué ha pasado?

—Daza tenía que trasladar el dinero a la Galería de las Rosas.

Le miro fijamente cuando se queda en silencio. Mientras mis labios se tuercen de decepción, él se apresura a añadir:

—Pero no apareció.

—¿Y por qué coño no apareció?

—No lo sé. No contestó al teléfono —se encoge de hombros, con sus tirantes clavándose en la camisa blanca de botones. Deja el teléfono y se remanga mientras gruñe—: Ya era tarde, Don Cardona. Supuse que se había ido al bar.

Resoplo.

—¿Qué se había ido al bar? Querrás decir que se ha ido a *Queens*.

Lucio se ríe y levanta el teléfono.

—Le gusta ese club de putas. Es bonito.

—Es bonito porque es *mío*, idiota.

—Sí, a él le gusta. Territorio familiar. Buenas chicas. Buen whisky.

Gruño mientras cojo un pañuelo del bolsillo y me lo paso por la frente.

—El maldito calor está a punto de matarme en esta oficina. ¿Has llamado a Donnie?

Se quita el sudor de la frente.

—Sí, he llamado a Donnie.

—¿Y es un puto fantasma o qué? No lo veo arreglando nada aquí.

Lucio vuelve a hojear su teléfono.

—Le mandaré otro mensaje, Don Cardona.

—No le mandes mensajes. Llámalo. Despiértalo. Salpícalo con agua. Usa la fuerza. Me da *igual*. Sólo tráelo aquí para arreglar el puto aire acondicionado antes de que moje la maldita alfombra con mi sudor.

—Sí, Don Cardona.

Asiento con la cabeza.

—Y que venga Daza también. Que *golpeen* tantas galerías no es una puta casualidad.

Lucio tarda dos minutos en hacer lo que le he pedido. Verlo gritarle a Donnie que venga de una puta vez me enorgullece. Le he inculcado la urgencia adecuada para el trabajo, le he enseñado a ser orgulloso, pero no demasiado engreído. Es un buen chico. Lo hace bien cuando es importante.

Mientras llama a Daza, sus cejas se fruncen y se tuercen con más fuerza cuando intenta marcar el número una y otra vez. No me gusta esa expresión de su cara. Toda su dureza parece desaparecer cuando tose y guarda el teléfono.

Suspira mientras se tira de la camisa, intentando expulsar parte del sudor fresco que se le acumula en el pecho.

—Directo al buzón de voz.

—Ese hijo de puta —espeto, golpeando el respaldo de la silla.

—¿Quiere que reúna a unos hombres y lo busque?

Sacudo la cabeza y golpeo el escritorio.

—No tiene sentido. Probablemente no esté en *Queens*. Ni en ningún sitio —me estiro el cuello de la camisa y hago un gesto con la cabeza hacia la puerta—. Anda, Lucio. Tengo que hacer una llamada. Anda; trae a Donnie aquí. Tráeme hielo. Tráeme un puñetero *ventilador*, joder.

Cuando Lucio desaparece, golpeo el escritorio con el puño. ¿Cómo coño han podido torcerse las cosas tan rápido? Lo tenía todo bajo control, todas mis bases cubiertas. Y un astuto bateador se acerca a casa con un bate raído y me saca del parque de alguna manera.

No puedo hacer esta llamada ahora. Estoy demasiado cabreado. Tengo que *pensar*.

—Pavel está empujando —murmuro—. Está tirando todas mis piezas de ajedrez fuera del tablero.

Agarro el objeto más cercano, una taza de bolígrafos, y lo lanzo por la habitación. Lo acompaño de unos cuantos objetos más: clips, una agenda, una grapadora, una caja de blocs de notas. Apilaré toda la oficina al otro lado de la habitación si eso me hace sentir mejor. No cambiará nada de lo que Pavel está haciendo, pero me ayudará.

Me froto la cabeza. Y este puto calor está a punto de hacerme saltar un fusible.

Es opresivo y pegajoso, me recuerda a mis años mozos en Brooklyn. No había aire acondicionado central, solo un aparato de mierda en la ventana y suficientes ventiladores como para hacernos volar del edificio si los poníamos demasiado altos. Un momento es todo lo que necesito para volver a sentirme atrapado en aquella sofocante habitación.

Pero ahora soy mejor que eso. Estoy en la cima de esta ciudad, prácticamente la poseo. Tengo cientos, si no miles, de hombres a mi cargo, tanto dentro como fuera de estos muros. Suficientes para formar un ejército si quiero.

Subo las persianas y abro la ventana. El ruido de la ciudad entra a raudales en el despacho. El aire inunda la habitación mientras me aflojo la camisa, me reclino e intento refrescarme. Es una brisa cálida, pero sigue siendo una brisa, y funcionará hasta que ese imbécil de Donnie venga a arreglar el aire acondicionado.

Pavel es más listo de lo que pensaba. Me froto la cabeza y la mejilla con el pañuelo mientras miro las intersecciones que hay debajo de mí. *Tengo que cambiar de estrategia. Dejar de jugar con peones y empezar a poner mis caballos en acción.*

Me masajeo la barbilla con el pañuelo. Los tipos como Daza joden de vez en cuando. Es su naturaleza. Unas putas y unas copas son todo lo que necesitan para distraerse. Pero siempre vuelven como perros bien adiestrados. Por eso los mantengo cerca. Se mantienen ocupados, pero yo los mantengo más ocupados.

Pero eso no es lo que me molesta.

El momento es lo que me saca de quicio. ¿Esas cinco galerías fueron atacadas hace una semana y luego uno de mis chicos es borrado del mapa justo después? Si sólo fuera una cosa, entonces es una coincidencia. ¿Pero ambas? Eso es un patrón. Daza puede ser un gilipollas hedonista, pero al menos tiene la consideración de decirle a alguien dónde está, aunque sea un mensaje rápido. Y siempre es uno o dos días después de su desaparición.

Probablemente esté pernoctando en el fondo del río.

Lo que significa que algunos cambios deben hacerse.

Cuando me calmo un poco, saco el teléfono del bolsillo y hago la llamada. La línea emite dos trinos y luego se oye un montón de ruidos de fondo: papeles que se arrastran, teléfonos que suenan, teclas que suenan. Es un maldito caos.

Y a través de ese desorden llega una voz segura que retumba:

—Capitán Howard Sharp.

—Capitán, soy Felix —digo—, tenemos que hablar.

—Un momento, por favor —dice. Hay silencio mientras vuelve. El ruido de fondo ha cesado. Una silla cruje y entonces dice en agradable tono—: Don Cardona, ¿qué puedo hacer por usted hoy?

Suspiro.

—Tenemos un problema, capitán. He perdido a uno de mis hombres.

—¿Quiere que haga una búsqueda con mis chicos?

—No. Quiero cambiar algunas cosas. Sólo por un tiempo. Tenemos que enviar a policías limpios y no a los nuestros cada vez que ataquen un negocio, ¿entendido?

Se aclara la garganta.

—Con todo respeto, Don, ¿por qué demonios haría yo eso?

—Tenemos un problema con una escoria local que cree que puede robarme —digo mientras me

seco la frente y me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. Daza ha desaparecido. Se suponía que tenía que mover algo de dinero y seguro le han agarrado. Solía vigilar los negocios falsos para asegurarse de que todo funcionara bien.

—¿Tiene alguna prueba?

—No, pero su teléfono salta directamente al buzón de voz, lo que significa que lo han atrapado —sacudo la cabeza.

—Ya veo.

—Así que, a partir de ahora: policías limpios a los negocios limpios. No más peinar la superficie y reportarlo como un robo. No más perder los informes. Todo tiene que ser según las reglas. Señor Limpieza, ¿me entiendes?

—¿Dónde va el dinero? —pregunta.

—Deja que yo me encargue de eso. Necesito que pongas tu jodida fina línea azul entre yo y ese gamberro de Pavel Suvorov que sigue jodiendo en mis asuntos.

—¿Pavel Suvorov? —silba el Capitán Sharp—. Ha estado causando problemas.

—No me diga, capitán —resoplo—. Él es un grano en mi culo. Él y esos mocosos Bernadetti.

—¿Crees que él es el que está golpeando sus galerías?

—*Sé* que él lo ha estado haciendo. No soy un maldito estúpido —gruño mientras sacudo el pañuelo—. Si él sigue a los policías limpios, entonces chocará contra un maldito muro de ladrillos. Y si es tan tonto como para golpear a un poli limpio, entonces la ciudad irá tras él, no tras de mí. Entonces *nuestros* muchachos pueden meterle un buen susto para que escarmiente, limpiar mi nombre y volver a las andadas.

El capitán tararea con aprobación.

—Buen plan, Don Cardona. Haré el turno de hoy. Debo tener suficientes hombres para moverme.

—Haz lo que tengas que hacer. Asigna hombres de fuera de la ciudad. No me importa.

—¿Y los sueldos de los hombres que tiene en nómina?

—Los pagos tendrán que hacerse de otra manera —señalo.

—¿A dónde debo enviarlos?

—Al club de putas en Queens. Allí pueden cobrar.

Da un suspiro exasperado.

—Eso es mucho cambio, Don. No se ofenda, pero mis hombres están…

—En *mi* maldita nómina, Capitán. Lo que significa que *yo* tomo las decisiones. Y harías bien en recordárselos, ¿entiendes?

—Sí, Don. Mis disculpas.

Asiento con la cabeza.

—Bien. Pavel va en serio. No debí subestimarlo, pero aquí estamos en una maldita pesadilla —dejo caer el pañuelo sobre el escritorio—. Es sólo una medida temporal. Te aseguro que esto se solucionará.

—Confío en usted, Don Cardona.

—Eso es lo que me gusta oír.

Suspira. Menos exasperado. Más curioso. Como si tuviera información.

Y yo soy todo oídos.

—Hablando de Pavel Suvorov —me dice—. Respondimos a un tiroteo que lo involucró recientemente.

No me digas. Me pongo alerta.

—¿Un tiroteo?

—Hace una semana y media, su grano en el culo se metió en un lío. Reservó un local, el night-club *Aerial Blue*, y luego entraron a dispararle.

—¿*En serio*? —sonrío mientras miro por la ventana y la tensión de mis hombros desaparece. Las gotas de sudor que resbalan por mi cuello ya no me molestan. Estoy entusiasmado—. Creo que acabo de encontrar a mis caballeros.

—¿Disculpe?

—Nada —me aclaro la garganta y hago un gesto con la mano para que continúe, aunque no pueda verme—. ¿Quién fue el responsable? ¿Cogisteis a los implicados?

—No. Los chicos de la limpieza llegaron antes que nosotros. Recuperaron un cadáver en el lugar, con heridas de bala en la rodilla y la cabeza. No identificable, pero tatuado con todo lo típico ruso.

—¿Estrellas y cúpulas de iglesias?

El capitán Sharp se ríe.

—Ya lo creo, Don. Este tipo de mierda sacude a toda la fuerza. Excita a los muchachos. ¿Me entiende? Así que hice que mis chicos pusieran sus oídos alertas y volvieron con un nombre: Kiril Vladimirovich Malinsky.

—Uno de los de Pavel —afirmo.

—Se dice por ahí que le quitaron las estrellas.

Levanto las cejas.

—Ese chico está progresando. Me pregunto qué habrá hecho Kiril para cabrear a su antiguo jefe.

—Se rumorea que se rebeló contra Pavel, que reunió a sus propios hombres y que trabaja por sí mismo. Mayormente habladurías, pero así es como todo empieza.

Las nubes oscurecen el cielo, tapando los duros rayos de sol que invaden mi despacho. Me balanceo en mi asiento con un vértigo que no sentía desde que maté a Bernadetti.

—Ponte en contacto con ese tal Vladimirovich, Capitán.

—¿Qué le digo, Don Cardona?

—Dile que quiero sentarme con él, entablar amistad y llegar a un acuerdo —sonrío cálidamente —. Dile que el enemigo de mi enemigo es mi amigo. Déjale claro que a los dos nos interesa deshacernos de Pavel Suvorov.

—Sí, Don Cardona. Ahora mismo me pongo a ello —dice, mientras lo escucho garabatear furiosamente en el fondo.

Sonrío maliciosamente mientras imagino la garganta de Pavel en mi mano. Los ojos saltándole. La lengua hinchada. La piel poniéndose azul. Es lo que necesito para recuperar el control.

Y luego, puedo matar a esos mocosos Bernadetti. Demonios, tal vez incluso me lleve a la chica a dar una vuelta antes de meterle una bala en la cabeza.

—No pierdas tiempo, Capitán —digo mientras mantengo mi sonrisa—. Prepara un encuentro para hoy mismo. Y asegúrate de que Kiril Vladimirovich sepa que no aceptaré un no por respuesta.

Capítulo 25
Kiril

Aprieto el volante, escuchando el chirrido del cuero bajo mi agarre mientras conduzco hacia los límites de la ciudad. Las estrellas parpadean en el cielo mientras las farolas proyectan orbes amarillos sobre el parabrisas. Me tiembla la mandíbula mientras me ajusto el cinturón de seguridad, cambio de posición en el asiento y manipulo el espejo retrovisor. Repito los movimientos una, dos y tres veces.

Vuelta a empezar, otra vez.

Por ahora estoy solo. Y eso es exactamente lo que necesito para pensar.

Los edificios de la ciudad desaparecen, en su lugar emergen sucias estructuras de apartamentos. Estos se desvanecen en almacenes ruinosos, plantas de envasado de carne en ruinas y muelles abandonados asentados en el lago. Incluso con las ventanillas subidas, huelo el aire salado y denso mezclado con el almizcle que proviene de la ciudad vertiendo su mierda en el río.

Todo el lugar es una mierda. ¡Que se pudran!

Las alambradas se curvan hacia el suelo como pintura desconchada. La hierba crece en espesos mechones en las grietas de la acera. En la esquina de un cruce hay barriles vacíos, en uno de los cuales arde un fuego. Unos cuantos indigentes revolotean cerca de las llamas mientras sostienen sus oscuras botellas; unos carritos de compra se ven tras ellos, algunas tiendas de campaña también.

He aquí mi reino, pienso amargamente. *Esto es lo que me queda desde que Pavel nos traicionó a todos. Sólo soy un hombre a la fuga*.

A pesar de algunos signos de vida, este lugar es un pueblo fantasma. Nadie viene por aquí. Es el lugar perfecto para organizar un sucio encuentro.

Contengo la respiración. *O para matar a alguien*.

Mi mirada se ensombrece mientras saco mi teléfono. Pulso el nombre de mi hija y espero a que conteste. Siempre tengo que esperar a que conteste el puto teléfono como si yo fuera una cartera reemplazable en lugar de su padre. Un timbre tras otro me obliga a abrir un mensaje de texto.

—*¿Necesito recordarte que tengo una reunión?* —compruebo la pantalla para asegurarme de que el texto es correcto y continúo escribiendo—: *Ha sido idea tuya. Contesta al teléfono, Zoya*.

Envío el mensaje. Espero. Aún sin respuesta. *Como siempre, joder*.

Suspiro y activo un mensaje de voz.

—Sé que estás enfadada desde la boda, Zoyechka, pero actuar como una puta no va a cambiar nada. No vas a recuperar a Pavel. Ni me devolverás mis estrellas.

Aspiro aire entre los dientes, pero no digo nada más.

Odia que le diga que está puteando, pienso mientras envío el mensaje. *Pero es la maldita verdad. Se ha convertido en una puta. Y todo es culpa de Pavel.*

Un mapache se lanza a la calle y me obliga a frenar. El móvil se me resbala de las manos y cae al suelo. Maldigo a la criatura, aparco el coche y busco el móvil bajo las piernas. El aparato zumba varias veces.

Mi hija responde con un mensaje de texto seco.

—*No soy una puta*.

Gruño y me rasco el cuero cabelludo. Pulso el mensaje de voz de nuevo y digo:

—Pues deja de comportarte como tal. Has estado abriendo las piernas por toda la ciudad. ¿Crees que no me entero? ¿Crees que *quiero* oírlo?

—*Si soy tan puta, ¿por qué te molestaste en escucharme sobre Sharp?* —dice otro texto.

—*Porque no dejabas de molestarme con eso* —escribo.

Puedo escuchar su refunfuño frustrado y ver la vena que tartamudea en su cuello sin necesidad de estar cerca de ella. Conozco a mi hija demasiado bien. Su enfado es tan evidente como su tristeza. No era necesario oírla llorar después de que la reunión con Pavel se fuera a la mierda, cuando él decidió oficialmente echarnos a todos a los lobos. La expresión de la cara de ella fue suficiente para decir lo profunda que fue esa decepción.

Mi hija, mi *mundo,* fue desairado por ese egoísta capullo. Es un niño, joder, y sin embargo el resto de brigadistas lo tratan como a un rey. Ni siquiera puede mantener su palabra. Su palabra no vale. *No como la mía.*

El teléfono vibra en mi mano, incitando mi atención.

—*Porque no puedes luchar esta guerra solo* —argumenta Zoya por millonésima vez—. *Tener a un Don de tu lado te daría el respaldo adecuado.*

—*Si Vorobyov no se hubiera dejado matar, no tendría que hacer esto* —escribo.

A lo lejos, un estruendo resuena en las vacías calles. Miro a mi alrededor, manteniendo la vista aguda y el cuerpo alerta. Toco la pistola en su funda a mi lado, desabrochando la correa de seguridad. Nada cerca del vehículo, así que vuelvo a mi teléfono, sin perder de vista mi entorno.

—*Vorobyov era un idiota. Pensó que podía tomar el control* —escribe mi hija—. *Necesitas un compañero, no un perrito faldero que intente impresionarte.*

Suelto una risita.

—*¿Y crees que Felix Cardona va a ser mejor?*

—*Sé que va a ser mejor. Tiene los hombres y los recursos* —tres puntos rebotan en la parte inferior de la pantalla antes de que aparezca un nuevo texto—. *Y tiene lealtad*.

—Eres inteligente, Zoyechka —le digo al teléfono—. ¿Por qué no *actúas* con inteligencia?

No hay respuesta.

—*Zoyechka, no salgas esta noche* —escribo. Es sólo otro texto. No puede *oír* la urgencia en mi voz. Pero quizá le haría bien saberlo—. *Por favor, quédate en casa. Cuídate. Es peligroso ahí fuera.*

Aún no hay respuesta. *No me sorprende*.

Un mensaje llega ahora desde un número bloqueado:

—*¿Dónde está?*

—*Estaré allí pronto* —respondo a este.

Dejo el dispositivo en el asiento del copiloto y pongo el coche en marcha al ralentí. No *pude* controlar a Vorobyov. No *puedo* controlar a mi hija. Estoy *perdiendo* fuerza. Y no sé cuál cosa me cabrea más.

El cuero del volante pellizca mi mano, pero lo ignoro. He tenido que lidiar con cosas peores que una erosión en mi palma. Instintivamente, me llevo la mano al pecho y me provoca un gesto de desprecio, con la familiar punzada de una cuchilla atravesando mi memoria.

Ese maldito traidor.

No tenía derecho a elegir a esa zorra de Bernadetti antes que a mi hija. ¿Quién mejor que uno de los suyos para darle un heredero como es debido y apoyar a la Bratva? Su esposa no sabe nada de nuestras tradiciones, nuestro sistema, nuestra *lealtad*. La echaron de esta vida en cuanto su padre fue asesinado por Cardona.

Ella no sabe una mierda.

Pero yo sí. Y mi Zoyechka también. Y me aseguraré de corregir los errores cometidos.

Otro menguado edificio pone fin a la manzana. Los muelles se alinean en el cementado solar

frente a mí que conduce a un cobertizo de madera para botes al final. Conduzco lentamente hacia él mientras miro por los retrovisores. La cabina traquetea y los neumáticos repiquetean cuando golpeo uno de los muchos baches que bordean el solar. En cuanto llego a la caseta, varios hombres salen de entre las sombras y rodean mi vehículo.

Así que esta es la idea que tiene el Don de un encuentro amistoso.

Aun así, es mejor que tratar con ese imbécil que pretende ser Pakhan.

Apago el coche y salgo de él, asegurándome de tener las manos a la vista mientras miro al hombre mayor que está en la puerta de la chabola. Es alto, voluminoso y calvo en la parte superior de la cabeza, con tiras de pelo blanco que se agolpan sobre sus orejas. Los mechones de pelo que le quedan son de un castaño intenso.

Es regordete, pero me doy cuenta de que tiene fuerza. Del tipo que probablemente podría derribarme en segundos si realmente quisiera. No necesita a todos estos hombres. Es realmente una formalidad. Además, probablemente tiene el peso de la ley de su lado, también.

La mayoría de los policías corruptos lo tienen.

—¿Capitán Howard Sharp? —sonrío vacilante.

—El único e inigualable —vocifera el hombre. Da un paso adelante y extiende la mano—. Kiril Vladimirovich, bienvenido.

—Gracias. Agradezco tu… —miro a los hombres alrededor, cada uno con una pistola en la mano. Amplío mi sonrisa, miro a Sharp y le completo—: *hospitalidad*.

Se encoge de hombros.

—¡Formalidades! Vamos, entra. ¿Quieres una copa?

—Vodka.

—Me lo imaginé.

Entrecierro los ojos hacia su grasienta cabeza mientras me muerdo la lengua. *¿Qué coño tienen los neoyorquinos contra el buen vodka?*

El interior de la barraca está mejor cuidado que el exterior. Hay más hombres cerca de las salidas y las ventanas. Una mesa de plástico en el centro, con algunas sillas flanqueando una colección de bebidas: agua, café, té, whisky, vodka. El capitán me sirve un chupito y coge una taza.

—¡Salud! —dice mientras levanta la taza—, o lo que sea que ustedes digan.

—*Na zdorovye* —digo, conteniendo las ganas de poner los ojos en blanco.

Después de beber un sorbo, me desabrocho la americana y me siento, paso una mano por encima de mi pistola. Uno de los hombres cercanos se levanta. Sharp me clava los ojos, sin dejar de sonreír.

—No será necesario —afirma con tono de advertencia en la voz. Sus ojos azules están pálidos pero llenos de energía. Está preparado para el peligro—. Hay una forma de salir de aquí, Vladimirovich. Bueno, dos si intentas ponerte guapo.

—Estoy consciente —pongo ambas manos en la mesa—. Habla entonces. No tengo toda la noche.

—Un hombre de negocios. Eso me gusta —asiente él. Hace un gesto sobre la mesa como si contuviera una mezcla de tesoros—. Lamenté oír que perdiste tus estrellas.

—Ah, ¿sí?

—Por supuesto. No es fácil que a un hombre le despojen de su título.

—¿Qué sabrías tú de eso? —digo, ladeando la cabeza.

—¿Sabes que una vez casi pierdo este trabajo? Por un incidente estúpido —el recuerdo relampaguea en sus ojos, y entonces parece que ya no está presente—. El maldito novato recién salido de la academia pensó que debía denunciarme por hacer las cosas a *mi manera*. ¿Qué coño podía saber él?

Se hace un momento de silencio entre nosotros. Asiento para que continúe.

—Don Cardona me dio una segunda oportunidad —explica—. Y puede hacer lo mismo por ti. Las cosas pueden volver a ser como antes —sonríe—. Joder. Podrían ser aún mejores.

—¿Cuál es el truco?

Se ríe entre dientes, con las comisuras de los ojos arrugadas por la diversión.

—Mientras estés dispuesto a ser la punta de lanza de Don Cardona contra tu antiguo jefe, para cuando Pavel y los chicos Bernadetti estén muertos, se te dará el control de la Bratva Suvorov.

Eso me seduce más que nada. Supera la promesa de matrimonio para mi hija.

Al diablo con seguir a un señor infantil. Podría tener toda la Bratva para mí.

Para mi hija.

Frunzo el ceño con fuerza.

Los regalos de Felix Cardona están envenenados. Hay un precio. *Siempre lo hay*.

—Te das cuenta de que esto me etiquetará como traidor —le digo a Sharp—. El resto del mundo criminal me considerará escoria.

Sharp asiente mientras se acaricia el borde de su espeso bigote.

—Recibirás todas las protecciones del Don. Él está de tu parte. Quiere verte ganar.

—¿Y supongo que a cambio quiere mi lealtad *eterna*?

—Te pedirá un favor, por supuesto —sonríe con complicidad—. Pero es un precio tan pequeño para una ganancia tan grande, Vladimirovich. ¿Qué dices?

Considerando todas las cosas, esto *es* más atractivo que seguir huyendo. Me pondría en una posición de poder. Estar bajo el pulgar de Cardona no me da mucho margen de maniobra, pero seguro que me da mucha más libertad que la que tengo ahora.

Y tal vez convierta a mi hija en la mujer respetable que solía ser.

—Es una buena oferta —añade Sharp—. Yo en tu lugar la aceptaría. Ya concretarás los detalles luego. Lo primero es lo primero; tienes que encargarte de nuestro mutuo enemigo. Don Cardona sabe mejor que nadie lo que es tener un enemigo que simplemente no cede y muere.

No tengo muchas opciones, ¿verdad?

Mierda, sigue siendo mejor que la muerte.

—Lo haré —asiento con la cabeza.

Sharp sonríe mientras extiende la mano.

—Bienvenido a la Citta Nostra, Vladimirovich. No te arrepentirás.

¡Oh, si! Ya me arrepiento.

Pero tengo las manos atadas. No me quedan opciones. Tengo que enfrentar el futuro con dignidad y gracia, incluso si eso significa que tengo que tirar mi reputación en la cuneta. La mierda que nos espera a mí y a mi hija no será fácil, tal vez incluso abra una brecha entre nosotros en algún momento.

Pero es mejor que la alternativa.

Mejor que las calles. Mejor que huir. Mejor que la propia muerte.

Oh, pero la mancha de la traición permanecerá.

Y esa es una mancha que ninguna cantidad de sangre puede lavar.

Sólo tengo que rezar para no hundirme en ella.

Capítulo 26
Jonas

—Un *Almond Old Fashioned* —le digo al camarero—. Y no te vayas muy lejos después de servirlo, Mikey.

El tipo que está detrás de la barra es delgado como un raíl, hecho de huesos de fibra de vidrio con papel por piel. Su rostro se ahueca con las sombras mientras me prepara la bebida y la desliza hacia mí, riendo entre dientes mientras mira a su alrededor.

—No eres el único aquí, *amigo* —señala.

No necesito mirar a mi alrededor para saber que tiene razón. La pista de baile de la parte de atrás del bar retumba con una música cargada de graves mientras los cuerpos se agolpan a mi alrededor. Los borrachos se acercan a trompicones a las mesas de billar de la derecha o se tambalean hacia las dianas de la izquierda. Han volcado un par de sillas, pero Mikey no parece muy preocupado.

Yo tampoco. Sólo quiero beber en paz.

—Da igual —gruño—. No te alejes. Puede que quiera otro.

—Tú y todos los demás —acepta él.

Agarro el vaso mientras él va hacia el lado derecho de la barra. Universitarios vistiendo sus emblemáticas letras se agolpan en la barra, ululando más fuerte que la mierda de hip-hop que pincha el DJ. Suficiente para provocarme un dolor de cabeza, pero desde luego no el mismo dolor punzante que me provoca Liya.

O peor aún, Pavel.

Mi labio superior se curva con desdén mientras me llevo el vaso a la boca. *Él está esperando su momento, jugando conmigo como un gato con un ratón.*

Doy un sorbo a la bebida y cierro los ojos un segundo, concentrándome en su sabor, el aguijón del bourbon y la gustosa nota de almendra que perdura en mi lengua. Otro sorbo me relaja los hombros. Un segundo sorbo hace que me suavice sobre la encimera.

Cuando el vaso está vacío lo bajo. Busco al espantapájaros camarero que debería estar prestando atención a sus clientes. Pero se lo ha tragado el mar de chicas universitarias, hombres de negocios e hippies. Las tetas y los culos rebotan por todas partes. Debería animarme.

Pero no es así.

Una de las chicas de la hermandad tiene el pelo castaño oscuro acaramelado. Y casi me caigo del

taburete, pensando que es mi egoísta hermana la que se está divirtiendo con mi dinero.

Pero no es así.

Hago una mueca. *Ella está en su puta torre de marfil con su Príncipe Azul*.

Pongo los ojos en blanco mientras golpeo el mostrador.

—¡Mikey!

Tuvo suerte de que Pavel llegara. Vuelvo a golpear la barra y miro al camarero cuando por fin decide hacer acto de presencia. Mikey me sirve la bebida, sonríe mientras le empujo un par de billetes y se marcha. *Seguro que a él también le contesta. Está jodidamente mimada en ese sitio*.

Cojo el vaso de la barra y me lo bebo de dos tragos.

He cuidado de Liya toda su puta vida. ¿Y qué recibo a cambio? Su actitud, palabras desagradecidas y un fajo de billetes de su mocoso marido. Dinero para callarme. Eso es lo que es.

Era lo menos que podía hacer, darme algo de dinero como pago. Lo *menos* que podía hacer. Pero no es suficiente. No es la promesa que hizo. No es el puto lugar que me debe en la cima de Citta Nostra. No es el trato que hicimos.

Mientras me siento aquí y bebo lo que Pavel me pagó, ese bastardo asesino de Cardona se pavonea por la ciudad con mi trono.

Y mi hermana tiene el descaro de fingir que no está sucediendo.

Alguien choca conmigo y derriba mi vaso vacío, haciendo que el hielo salte por encima de la barra. Los alborotadores que están detrás de mí se ríen y se empujan unos a otros, provocando que me dé la vuelta. Estoy a punto de arrojarlo al suelo cuando veo a una mujer menuda, de pelo negro y llamativos ojos azules, que se abalanza sobre los tipos.

—¡Llévenlo afuera! —les grita.

El tono agudo de ella llama su atención, los ojos vidriosos parpadean confundidos. Señala la puerta trasera y ladra de nuevo:

—¡*Fuera*!

Un par de deportistas se ríen y se burlan de ella mientras los demás se apresuran hacia la parte de atrás. El que está más cerca de ella le hace un gesto lascivo con la lengua. Ella no se echa atrás. En cuanto el grupo se va, la mujer se sienta en su taburete y se gira hacia tres botellas de cerveza que hay en el mostrador. Dos están vacías. Una está a punto de acabarse.

Parece que no soy el único que bebe solo.

Le hago una seña a Mikey con la mano y señalo a la chica.

—Oye, gracias —le digo a la chica—. ¿Estás bebiendo sola?

—Por nada. Y sí —bebe de un trago lo que le queda de cerveza y acepta la nueva que le da Mikey, a quien también le da una propina—. Son unos putos idiotas.

—Sí, unos idiotas —asiento con la cabeza.

La observo detenidamente. Piel lechosa y brazaletes de plata alrededor de su muñeca mantienen mi atención, invitándome a mirar sobre el resto de ella. Me resulta familiar. Pero no sé dónde la he visto.

Pero eso no me importa, porque su cuerpo es increíble. Es menuda, lleva una falda corta negra y un top negro ajustado con un cinturón plateado alrededor de la cintura. Los brillantes tacones negros que lleva parecen armas. Una sombra ahumada decora sus párpados, pestañas cargadas de crítica mientras me mira fijamente.

Sabe que la estoy mirando. Pero no parece inmutarse.

Me encojo de hombros y digo:

—Hola.

—Hola —me contesta.

—¿Vienes aquí a menudo? —intento conversar.

—Vaya frase. Inténtalo de nuevo, guapo —resopla ella.

—¿Bebes mucho sola?

Su expresión cambia de una sonrisa confiada a un ceño lúgubre. Se encoge de hombros y le da un trago a la cerveza. No habla hasta que se ha bebido la mitad de la cerveza.

—Sólo cuando mi familia me ignora.

—Tú también, ¿eh?

—Sí —suspira mientras me ofrece una sonrisa de disculpa—. Mi padre no me hace ni puto caso. Y cuando lo hace, lo hace todo *mal*.

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza.

—Igual es la estúpida de mi hermana.

—Bueno, brindemos por tener una mierda de familia en común —dice mientras levanta su cerveza—. Ah, mierda.

Frunce el ceño cuando se da cuenta de que la botella está vacía.

Y yo no pierdo detalle.

Pido dos chupitos de bourbon y dos cervezas a Mikey.

—Toma, esto te ayudará.

—Siempre ayuda —dice ella.

—Si al menos llamara la atención de mi hermana.

Se ríe entre dientes.

—Yo he conseguido la atención de mi padre, pero no es del tipo que quiero.

—Déjame adivinar: está siendo un padre demasiado involucrado.

—Más o menos. ¿Cómo lo has sabido? —ríe ella.

—No lo sé. Fue una suposición.

Sonrío mientras mis ojos vuelven a recorrer su cuerpo. Endereza la postura y se gira hacia mí, ofreciéndome una mejor vista.

Una *mucho* mejor.

—Tu hermana —dice mientras levanta su trago de bourbon—. ¿Está siendo una zorra o algo así?

—Algo así —asiento.

La mujer sonríe coqueta, con un rubor rosado en las mejillas. No tengo claro si es por el alcohol o por mí.

Pero espero que sea por mí.

Se bebe el bourbon de un trago y deja el vaso boca abajo sobre la barra.

—Déjame adivinar —bromea—: Se niega a seguir tus consejos, aunque sean buenos.

Levanto las cejas y sonrío.

—¿Cómo lo sabes?

Me guiña un ojo.

—Puedo leer la mente —parte de la diversión en su rostro se desvanece y sus hombros se hunden —. Mierda, *ojalá* pudiera hacer eso. Tal vez podría haber evitado este estúpido desastre.

—¿Puedo preguntar qué pasó?

—Desde que mi padre no quiso seguir mi consejo, ha caído en una madriguera de mierda y me ha arrastrado a mí con él. Estamos huyendo.

—Dios, sé lo que es eso.

—¿En serio? —ella se inclina hacia delante.

—Eso es lo que estaba haciendo con mi hermana antes de que se casara con ese gilipollas. Ahora cree que puede decirme qué coño hacer y cómo llevar el negocio familiar. Su marido la deja actuar como una cabrona, poniéndose siempre de su parte.

Entrecierra los ojos con curiosidad.

—¿Negocio familiar?

—¡Exacto! Se supone que yo me debo encargarme de esa mierda —escupo mientras le doy vueltas a la cerveza en el fondo de mi botella. Pronto necesitaré otra—. Eso es de *mi* familia. Ese es *mi* lugar. La Citta Nostra.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Eres Jonas Bernadetti?

Arrugo las cejas.

—¿Cómo lo sabes?

Sus fosas nasales se encienden con familiaridad mientras asiente con decisión.

—Tu estúpida hermana me robó al que iba a ser mi marido.

—¿*Ibas* a casarte con Pavel?

Bueno, ¿no es esto un gran giro?

—Sí —dice y pone los ojos en blanco, con las pestañas cada vez más pesadas por la borrachera.

Sacude la cabeza y se apoya en el mostrador—. Ella me lo robó.

—Eso apesta.

Por supuesto, no le digo que *fui yo* quien ayudó a Liya a robarle a Pavel.

Se encoge de hombros amargamente.

—¿Qué puedo hacer al respecto? Él no me quería. No vio lo que teníamos. Simplemente… —muerde su labio inferior y mira hacia otro lado, pero no me pierdo las lágrimas que asoman a sus ojos—. No importa. Ahora están casados.

Y entonces caigo en cuenta.

—Espera —suspiro, negando con la cabeza. Una sonrisa de complicidad se dibuja en mis labios —. Estuviste en esa boda de mierda, ¿verdad?

—¿En la que echaron a mi padre por montar una escena? Claro que sí.

Levanto la botella.

—Otro brindis por nosotros dos.

Ella sonríe y levanta su copa.

—¿Por estar jodidos?

—No, por estar condenados a ver cómo nuestras familias la joden para siempre.

—Vale para mí —dice y choca su botella contra la mía.

—Entonces, ¿estás huyendo?

—Sí, y lo odio —deja la botella y se frota los hombros—. ¿Cómo es? ¿Estar siempre huyendo?

Frunzo el ceño.

—Es una serie interminable de mirar siempre por encima del hombro para ver si alguien va a venir a por ti —resoplo mientras giro hacia el bar, con los recuerdos bullendo en mi mente—. Duermes con un cuchillo o una pistola bajo la almohada. Evitas quedarte mucho tiempo en un sitio por si te reconocerán o algo.

Ella toca mi antebrazo. Sus dedos se sienten cálidos y con electricidad en mi piel. Me gusta, así que no me muevo.

—Debes ser muy valiente e ingenioso para hacer toda esa mierda. Sobre todo, por tu hermana.

La irritación hierve en mi interior.

—Eso es porque *sé* lo que hay que hacer.

Ella me aprieta el brazo.

—¿Qué otras cosas *sabes* que hay que hacer? —sonríe cálidamente mientras se inclina hacia delante—. Quiero decir, se supone que eres el Don, ¿no? *Debes* saber todas esas cosas.

Ella traza círculos en mi antebrazo, inspirándome a inclinarme hacia ella. Lleva perfume de cereza y es embriagador a esta proximidad, nada por mi cerebro igual que el alcohol y todas las ideas que tengo sobre lo que podría hacerle si pudiera quedarme a solas con ella.

—Ser un Don significa ser despiadado cuando es necesario —afirmo.

Ella se inclina más hacia mí y su aliento me roza los labios.

—Matar cuando sea necesario —señala, mientras sus dedos se deslizan hacia mi regazo.

—Asegurarse de que la gente se mantenga en su puto carril —asevero.

—Unjú —acepta ella y juega con mi cremallera— Y, ¿qué más?

—Ser fuerte. Tomar las decisiones correctas —enuncio.

Su nariz roza mi mejilla, incitándome a seguir.

—Tomar el *control*.

—¿Algo así? —señala ella.

Siseo cuando roza la parte delantera de mis vaqueros. Me abre la cremallera aquí mismo, en la barra, y sus dedos desaparecen bajo la tela para acariciarme la polla. Y me importa una mierda si alguien nos ve.

Arrastra su mejilla contra mi mandíbula camino de mi oreja.

—Deberíamos salir de aquí —sugiere.

Le paso la mano por la parte baja de la espalda y le aprieto el culo.

—¿Adónde? —inquiero.

—La decisión es toda tuya —susurra. Gruño por lo bajo cuando me muerde el lóbulo de la oreja —. Después de todo, *tú eres el jefe*.

Es todo lo que necesito oír.

Me arreglo los pantalones y le tomo de la mano, empujándola hacia el interior del abarrotado bar. Pasamos a toda velocidad entre las dianas, las mesas de clientes borrachos y la nube de cuerpos que vigilan la pista de baile. Me llama la atención un rincón oscuro cerca del escenario y la empujo hacia él, localizando sus labios sin pensármelo dos veces. Sabe a cerveza, bourbon y desesperación, y su lengua se desliza en mi boca con un hambriento gemido.

Sus dedos se introducen en mis pantalones mientras la sujeto contra la pared. Se arquea hacia mí mientras me acaricia la polla, tratando de establecer el mismo ritmo que la música que suena a nuestro alrededor. El bajo retumba en mi pecho mientras ella me bombea, sus caderas acompañan cada golpe, sus muslos se abren solo para mí.

Soy el heredero legítimo.

Mis labios luchan con los suyos. Estoy en un subidón que nunca había sentido, la urgencia me empuja a la acción. Le bajo la blusa y masajeo sus pechos, cuyos pezones se endurecen bajo mi atención. Sus gemidos hacen vibrar mi boca mientras su mano se mueve más deprisa.

Yo debería estar a cargo.

Me rodea con sus piernas y un instante después desciende sobre mi polla. Mueve las caderas al ritmo de la música y se aferra a mi camisa mientras decora mi cuello con hambrientos besos. Mordisquea mi piel. Lame mi garganta. Ella hace todo el trabajo, dejándome a mí que la mantenga firme sobre mi polla.

Es más caliente que cualquier otra follada que haya tenido. Y no porque ella sea una puta maravilla. No porque estemos en público. Ni porque ella palpite alrededor de mi polla con cada embestida.

Es porque susurró: *Tú eres el jefe*.

Eso es todo en lo que puedo pensar mientras follamos.

Y es en todo lo que sigo pensando cuando me vacío dentro de ella.

Capítulo 27
Liya

Me duele el pulgar al roer la cutícula. Llevo veinte minutos sentada en Central Park con los dedos de una mano en la boca y una carta en la otra. Siento la brisa, pero no la reconozco como real.

Ya *nada* parece real.

¡Felicitaciones! Nos complace informarle…

Cierro los ojos sin molestarme en leer el resto. ¿Cuántas veces voy a hojear la carta? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Hasta que me sangren los ojos? El viento pasa a mi lado de repente y casi se lleva la carta. Agarro la página con fuerza y me estremezco cuando la aliso sobre mi regazo, pasando los dedos por las arrugas frescas.

…que ha sido seleccionada para una entrevista en Weill Cornell Medicine. Por favor, responda seleccionando una fecha de las que aparecen a continuación…

Mi pulgar traza las letras.

Cornell.

Es donde quería ir antes de que mi vida diera un vuelco. Mientras vuelvo a leer la carta, pienso en el Blaczak's Horseman, esa mugrienta mierda en donde me preocupaba mucho que Jonas descubriera cualquier tipo de correspondencia relacionada con mi solicitud de ingreso en la facultad de Medicina.

Me levanto y frunzo el ceño ante la página que tengo entre las manos como si fuera a morderme. Las chispas bailan en mis entrañas y flotan hasta mi pecho, donde mueren. No queda leña para ese fuego, mis sueños se quedaron en esa cocina, con mi insensible hermano, en ese apartamento de mierda.

Aunque el parque está lleno de actividad, la gente me ignora. Y no me extraña. Me acompañan cuatro guardias armados en todo momento. Uno de ellos me observa, Gennadiy creo que se llama, y levanta las cejas como preguntando si estoy bien. Está haciendo su trabajo, como le ordenó Pavel. Asiento con la cabeza y vuelvo a la carta.

¡Felicitaciones!

Los signos de exclamación me irritan. Ya no hay motivo para la emoción. Los bordes de la página se arrugan bajo mi mano.

Gruesas ramas se mecen sobre mi cabeza, inmaculados árboles que proyectan sombras en mi camino. Eso parece ocurrirme siempre: el camino se oscurece como si no debiera ver lo que viene a continuación.

Sí, así es la vida, pero ¿por qué tiene que ser la *mía*?

Doblo la carta y la meto con cuidado en mi bolsillo trasero, donde estaba desde que salí del ático. Intenté llamar a Jonas, pero repicaba varias veces y saltaba al buzón de voz. Y después, directamente al buzón de voz. O su teléfono está muerto, o me está ignorando.

Me abrazo a mí misma. *¿Pavel habrá hecho algo? ¿Lanzaría otra amenaza?*

Se me revuelve el estómago al pensar en Jonas siendo comido por los peces en el fondo del Hudson. O peor aún, pudriéndose en algún lugar del corazón del ático. El sótano está sellado, y no se me permite bajar allí. Sólo puedo imaginar los horrores que pueden estar acechando bajo mis pies.

Me froto la mejilla mientras mis ojos contemplan las preciosas flores, las plantas de un verde vibrante, los árboles llenos de vida… *nada parece real*.

Uno de los bancos que bordean el sendero está junto a un gran helecho. Me dejo caer en él y saco el móvil para enviar un mensaje a Willow. No quiero decirle lo que pienso, todavía no. Y creo que tampoco quiero decirlo en voz alta.

¿Me diría Pavel si le hubiera hecho algo a mi hermano?

No, olvídalo. No dejes que salga a la superficie. Dolerá más si es verdad.

¿Vas a hacer algo esta semana? —mando en el mensaje a Willow—. *Me vendría bien estar con mi mejor amiga.*

Pasan unos minutos sin que responda. Jesús, ¿también me ignorará? O quizá se ha cansado de que me queje de Pavel. Lo hago a menudo.

Me suena el móvil. *Lo siento, chica. Estoy trabajando como un perro en la inmobiliaria de papá*.

Mi corazón se hunde. *Oh, lo entiendo.*

¡Pero podemos ir a almorzar este fin de semana! Las dos solas. Tu amiga necesita mimosas, ya.

Sonrío mientras tecleo: *¿Mimosas sin fondo en Momo's?*

¡Sí, señora!

Estoy a punto de concretar los detalles cuando la pantalla cambia.

Llamada entrante: Jonas.

Contesto inmediatamente.

—Jonas, ¿dónde has estado? Estaba muy preocupada por ti. He intentado llamarte y…

—Ahórrate las lágrimas de cocodrilo, zorra —espeta él. Mis hombros se doblan instintivamente y me encorvo hacia mis rodillas—. No te importa una mierda. Te quedaste de brazos cruzados mientras tu marido amenazaba con lanzarme al tráfico de la tarde desde lo alto de tu puto castillo.

—No entiendo…

Él gruñe.

—Nunca lo entiendes, Liya. Lo dices siempre, pero es toda una fachada. Sabes exactamente lo que estás haciendo.

Furia, es todo lo que puedo sentir. La sensación se despliega y abruma cada centímetro de mí, la sombra del árbol de arriba no reprime el calor.

Tú fuiste quien me vendió a Pavel. Me agarro la rodilla y las uñas se me clavan en la piel. *Eres tú quien vio cómo me follaban en la mesa de la cocina sin mover un maldito dedo.*

Lo tengo en la punta de la lengua, picándome los labios como salsa picante. Podría decirlo. *Quiero* decirlo.

Pero no lo hago.

Las palabras revolotean en mi boca y luego se desvanecen con el viento, como robadas por… ¿qué? ¿Un acuerdo silencioso con Jonas? ¿La vergüenza de la situación?

¿O es que ya estoy entrenada para actuar así?

Cierro los ojos y me concentro en los hoyos que me hacen las uñas en la rodilla. El dolor físico acabará desapareciendo. Pero la angustia de haberlo perdido todo a manos de mi hermano me está matando.

Mis labios se mueven en silencio. ¿Realmente estoy indefensa?

—Deberías sentirte culpable —dice mi hermano—. Pero ya no me importa. Tengo exactamente lo que necesito. Y no gracias a ti.

Parpadeo para salir de mi estupor.

—¿De qué estás hablando?

—Conocí a alguien que me aprecia por lo que soy; alguien a quien le importa mucho el significado de mi título. A diferencia de ti.

Frunzo el ceño.

—¿Qué dices?

—Ella sabe exactamente lo que necesita un hombre como yo —ríe entre dientes—. Me ha dado más respeto en cuestión de días que tú en toda tu *vida*.

Por supuesto que me echaría todo eso en cara. ¿Qué otra cosa podría hacer? Jonas irrumpió en mi casa e intentó golpearme delante de mi marido. Esta es sólo otra forma de intentar controlarme.

La voz de Willow circula por mi cerebro. Ni siquiera necesito pensar en las palabras para saber lo que está diciendo. Es la impresión que más me impresiona.

Mi hermano está luchando por el control. Igual que yo.

¿Pero eso no significa que necesita más de mi ayuda?

Respiro hondo y susurro:

—¿A quién has conocido, Jonas?

—Tardaste en interesarte por mi vida.

Pongo los ojos en blanco. *He reventado tu teléfono con mis llamadas. Pero claro, justo ahora es que me estoy interesando.*

—Quiero saber quién es. Por favor.

—Es alguien que ya conoces.

—Es imposible que salgas con Willow.

Se ríe como si fuera lo más gracioso que ha oído en todo el día. Tal vez lo sea.

O tal vez sólo soy una broma para él.

—Es adorable lo ignorante que eres a veces —se burla, pero no hay diversión en su voz. Sólo malicia, fuego, irritación. Y si escucho con atención, una pizca de odio—. No es amiga tuya, Liya. Es la hija del tipo que montó aquel escándalo en tu boda.

Mis cejas se fruncen. ¿El tipo que hizo una gran escena?

Traedme sus estrellas.

La brisa trae consigo una densa humedad, pero lo único que siento es frío. Frío glacial. *Helado*.

Me concentro en el banco del otro lado del camino, intentando recuperar la compostura mientras mi agarre del teléfono se hace más fuerte. ¿Está con Zoya?

No.

No puede ser.

Mis labios se secan cuando los fuerzo a separarse. Lo tengo otra vez en la punta de la lengua, un montón de frases que sé que debería decir. Pero él habla tanto que apenas puedo articular palabra.

Ella significa problemas.

—¿Jonas?

—…es lo mejor que he tenido y…

Sacudo la cabeza. *Es una idea horrible. Francamente horrible.*

—Jonas, por favor.

—…no tengo que preocuparme por nada porque ella cubre mis espaldas más de lo que tú nunca…

Me muerdo el pulgar, tratando de encontrar un lugar para meter una palabra. Él no para de hablar. No me escucha.

Es estúpido, peligroso, imprudente.

—Necesito que tú… —sigo intentando.

—De verdad crees que lo sabes todo, ¿verdad?

De mi garganta no sale más que un graznido mientras mi lengua se hincha de miedo.

—No, sólo intento decirte…

—Por una vez soy feliz, y tú no quieres eso. ¿No es así, Liya?

—No, siempre he querido tu felicidad. Pero, por favor, escúchame…

Gruñe.

—Tú puedes seguir siendo la puta de Pavel por lo que me importa, pero estoy haciendo las cosas a mi manera para conseguir las cosas que deberían haber sido mías todo el tiempo.

Clic.

Miro atónita la pantalla de *llamada finalizada*, con la cabeza cada vez más ligera. El mundo se inclina sobre su eje. Es mi entorno otra vez, el principio de la pesadilla que pronto se convirtió en mi vida. Así es como me sentía entonces. No creía que pudiera empeorar.

Pero ese fue mi error, ¿no?

Me relamo los labios para ablandarlos. Me froto los dedos para que la sangre vuelva a fluir por mi mano. Miro fijamente la pantalla hasta que se atenúa y luego se desvanece hasta que se bloquea. La hora salpica la pantalla.

Las 16:27.

Debería ir a casa.

Debería pensar en la cena.

Podría hacer la cena.

Cocinar siempre me distrae. Y tal vez me haría sentir mejor por estar casada con Pavel.

O esconder el secreto.

Y fracasar literalmente en *todo* en la vida.

Me levanto y me palpo el bolsillo trasero, comprobando si la carta sigue ahí. Cuando me doy la vuelta, llamo a Gennadiy. Cuando se acerca, le digo temblorosa:

—Estoy lista para irme a casa.

Su expresión se tuerce de preocupación.

—¿Estás bien, Liya Frankovna?

Me quedo mirándole largo rato, temblando tanto que temo no poder moverme. Pero cuando doy un paso adelante, me siento segura.

—Estoy bien.

Es mentira, pero ¿qué se supone que debo decir? ¿Que mi hermano se está follando a la ex prometida de mi marido? ¿La misma ex prometida cuyo padre intenta *asesinar* a mi marido? Me estremezco al pensarlo.

¿Alguna vez salieron? Él dijo que no fueron novios, pero que a ella le gustaba pensar que sí. Mis

mejillas se sonrojan de calor. *No tiene importancia. Eso es pasado*.

Pero sí importa. Y sé que también le importará a Pavel.

En cuanto llegamos al coche, Gennadiy abre la puerta mientras observa nuestro entorno. Aunque es raro ir acompañada de tantos brigadistas de Pavel, me hace sentir un poco más segura.

Frunzo el ceño mientras me abrocho el cinturón. *No estaré a salvo mucho tiempo si le cuento a Pavel lo que ha estado haciendo mi hermano.*

¿Debería arriesgarme a contárselo? Ya estamos sobre hielo delgado. Últimamente no le he rechazado, pero no ha sido fácil mirarle mientras me follaba. Sus movimientos han sido mucho más calculados, menos posesivos, más cuidadosos…

Me froto las sienes.

No se trata de eso, Liya.

¿Protejo el secreto de mi hermano? Me ha dado todo lo que podría haberme dado. Tal vez sus acciones no siempre han sido dulces, pero su corazón está en el lugar correcto. Quiere protegerme.

Frunzo el ceño. *Pavel quiere lo mismo*.

Miro por la ventana mientras ignoro el zumbido de mi teléfono. Podría ser Willow, Jonas o Pavel. Por lo que a mí respecta, podría ser el puto Papa. No puedo mirar el móvil ahora. Tengo que pensar. Tengo que tomar una decisión.

Probablemente la decisión más importante de mi vida: ¿con quién está mi lealtad?

¿Con mi hermano?

¿O con mi esposo?

Capítulo 28
Pavel

El ambiente en mi despacho es sombrío cuando me siento a la mesa. Las ruedas de las sillas chirrían y los asientos de cuero resoplan cuando mis brigadistas se sientan en sus lugares habituales. Recorro la sala mientras Stepan se sienta a mi lado, con una pesadez que pesa sobre sus huesos.

Hay un puñado de sillas vacías.

Algo va mal.

—¿Dónde está todo mundo? —pregunto con firmeza.

Si alguien ha desertado, juro por el puto Dios…

—Faltan cinco hombres —agrego.

Stepan se aclara la garganta y se sienta, cruzando las manos sobre la mesa. Se dispone a hablar cuando Gennadiy y los tres brigadistas que llevaron a Liya a Central Park entran en el despacho. Vuelvo a examinar la habitación. Sigo sin encontrar nada.

—Volodya —digo, mirando la silla vacía que tengo enfrente—. ¿Dónde está?

—Muerto, Pavel Sergeyevich —me informa Stepan.

La respuesta me escuece. El resto de la habitación se queda en un silencio sepulcral mientras miro fijamente la mesa, con la madera pulida y brillante por la reciente limpieza. En mi mente se agolpan los recuerdos de Volodya, borracho como una cuba, intentando agarrar a una chica y meterla en su regazo. Volodya rompiéndole la cara a un tipo de un puñetazo. Volodya riéndose histéricamente de cualquier chiste estúpido que hiciera Kostya.

Sacudo la cabeza.

—¿Qué coño ha pasado?

—Fuimos a otro local cerca del antiguo barrio de carnes; intentamos colarnos sin hacer ruido —explica Kostya. Se pasa los dedos por el pelo, tirando de los mechones con tanta fuerza que la piel se le pone blanca en las raíces—. Nos pillaron de mala manera.

Mi humor cae en picado. No necesito esto ahora.

Pero es parte del trabajo. ¿Qué esperaba cuando envié a mis hombres a esos lugares?

Aprieto el puño bajo la mesa.

—¿Quién?

—La policía de Nueva York —responde Kostya y sacude la cabeza—. Hice que nuestra conexión en la comisaría vigilara a Volodya porque lo atraparon. Murió en su celda —Resopla y luego tose, rascándose la espesa barba bajo la barbilla—. Lo llamaron suicidio, joder.

—Él no haría eso —suelto y golpeo la mesa con el puño—. Stepan, quiero que recojas el cuerpo. *Ahora mismo*.

Stepan inclina la cabeza respetuosamente.

—No puedo, Pavel Sergeyevich. Fue incinerado esta mañana. Incluso el informe del forense es sólo basura a medio escribir.

Hago una mueca.

—Es Cardona.

—Sin duda —asiente Stepan.

Me froto la nuca.

—¿Cómo carajo ha conseguido la ventaja?

Es como si supiera cómo operan mis hombres, pienso. *Como si estuviera dentro de mi puta mente*.

Echo un vistazo a la habitación.

O dentro de mi Bratva.

Todos me observan, esperando. Me levanto y hago un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Pueden retirarse.

Toco el hombro de Stepan para evitar que se mueva. El resto de mis brigadistas salen arrastrando los pies de la sala, la derrota coagula el aire que queda a su paso.

—Una puta *pesadilla* —suelto mientras vuelvo a dejarme caer en mi asiento. No miro a Stepan, no lo reconozco. Todavía estoy intentando tragarme el hecho de que Volodya se ha ido.

He perdido brigadistas en el pasado. He visto a mi padre perder brigadistas también.

Pero este es demasiado cercano. Duele.

Paso una mano por mi boca y me encojo de hombros.

—Sé que Cardona lo hizo, pero ¿cómo?

—Es obvio que es Kiril, Pasha.

Un gruñido de frustración me sacude el pecho.

—No quiero creerlo.

—¿Por qué?

—¿Cómo ha podido traicionarnos así alguien que era tan leal? —sacudo la cabeza—. El honor es todo lo que tenemos, Styopa.

Suspira y asiente, golpeando la mesa rítmicamente mientras mira fijamente a un punto desconocido al otro lado de la habitación.

—Te llevaste lo único que le importaba: sus estrellas.

Cierro los ojos y trago saliva.

—Y ahora —continúa él—. No tiene nada que perder.

—Mientras que yo tengo *todo* que perder.

Él asiente.

—Precisamente.

—Tengo que irme. Tengo que pensar —digo y me levanto bruscamente, dejando a mi brigadier de mayor confianza en la mesa. Me vuelvo hacia él mientras me abotono la americana—. Gracias, Styopa. Como siempre.

—Como siempre, Pavel Sergeyevich, es un placer.

Hago un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—¿Te aseguras de que los chicos tengan lo que necesitan? Me voy arriba a pasar el resto de la noche.

La inclinación de su cabeza es todo lo que necesito como confirmación. Confío en Stepan para cerrar mi despacho y marcho hacia el ascensor, con la cabeza vibrando de ideas.

Y de odio. *Mucho* odio. Estoy rebosante de volatilidad cuando entro en mi ático.

Doy dos pasos hasta el salón y me detengo. Un fuerte aroma golpea mis fosas nasales, rico en calidez y sabor. Especias. Vino. Vinagre. La carne chisporrotea en una sartén, atrayéndome a la cocina.

—Viktoria, huele increíble. ¿Qué estás…? —me detengo en seco cuando veo a Liya en la puerta de la cocina con una bandeja en las manos. Tardo un momento en darme cuenta de que es ella la que está cocinando—. Oh, pensé…

—Ella está descansando —se le pone blanca la cara y se apresura a añadir—: Es que la rodilla le ha vuelto a dar guerra y no quería que se lastimara. Y yo todavía no he cocinado. *Para ti*. Y pensé que tal vez te gustaría…

Mira la bandeja como si se acabara de dar cuenta de que tiene en la mano un entrecot.

Después de todo aquel desastre, todo aquel caos en el piso de abajo que me hizo pedazos, llego a casa y me encuentro con la luz más brillante que he visto nunca: Liya. Está agotada por mi silencio y sacudo la cabeza, intentando poner una sonrisa de agradecimiento mientras tomo la bandeja.

—Agarra el resto —digo—. Yo pondré esto en la mesa.

Ella vuelve tranquilamente a la cocina y recoge todo lo demás: patatas rojas asadas, zanahorias tiernas al vapor y ensalada de col rizada con vinagreta. La comida luce impresionante y parece que ha pasado la última hora perfeccionándola.

Mi estómago ruge cuando tomo asiento. Pone dos platos y nos sirve a los dos, moviéndose con fluidez por la mesa. Se nota que lo ha hecho un millón de veces o más. La camarera que lleva dentro aparece cuando me sirve una copa de vino. Estudio sus rasgos, el ceño fruncido y concentrado, el leve resplandor de ansiedad en el pómulo, donde la carne se retuerce, y la forma en que la lengua le asoma por los labios.

La luz más brillante, pienso. *En kilómetros a la redonda*.

Me inclino hacia ella antes de que se aleje e inhalo su aroma. Burbujas de champán. Flores primaverales. Una pizca del jabón de miel que siempre pido para ella.

—Sé que no es mucho —dice, devolviéndome a la realidad—. No he tenido mucho tiempo.

Parpadeo mientras cojo una servilleta de tela para meterla en el cuello.

—Luce muy bien, Liya. Gracias.

Comemos en silencio. El filete está perfectamente sazonado y cocinado como a mí me gusta: poco hecho. Las patatas son hojaldradas, mantecosas, la piel crujiente. Las zanahorias son suaves, ácidas con cítricos. Todo está increíble. No entiendo cómo puede dudar tanto de sí misma.

Cuando miro a Liya para felicitarla, veo que empuja las zanahorias por el plato. Su filete sólo está parcialmente comido. Su ensalada está intacta. Incluso el vino está intacto en la copa.

—¿Liya?

Parpadea, me mira y sonríe al instante.

—¿Sí, Pavel?

El tono de su voz me recuerda a mis brigadistas. Conozco ese tono en cualquier parte.

Es de derrota.

—¿Qué pasa, *rodnaya*?

Ella sacude la cabeza.

—Nada.

Ella sorbe su vino lentamente, con los ojos clavados en los cubiertos de la mesa, como si fueran a levantarse y marcharse bailando el vals. Sus fosas nasales se agitan ligeramente al dejar la copa.

Está mintiendo.

Pero no la presiono. Termino mi comida, disfrutando de cada bocado como si fuera el último.

Cuando acabo, ella recoge nuestros platos y dice:

—Esta noche necesito espacio, ¿vale?

Le tomo ligeramente la muñeca.

—¿Por qué no te quedas, *Lisichka*? Siéntate conmigo. Hablemos.

—Yo… —ella sacude la cabeza—, no puedo…

Se aleja.

Y la dejo hacerlo.

Una vez que los platos están en el fregadero, ella pasa a mi lado, abrazándose a sí misma mientras atraviesa el salón para llegar al pasillo. Debería enfadarme con ella, mortificarme por su comportamiento, pero lo único que consigo es mirarle el culo.

Mi boca se entreabre mientras mi polla palpita.

¿Por qué le pregunto nada? Se me cae la baba cuando noto el suave contoneo de sus caderas. *Es mi esposa. Tengo todo el derecho a hacer lo que quiera con ella, cuando yo quiera.*

Pero, de nuevo, es mi *esposa*. Lleva una corona en el hombro. Lleva el anillo que le di. Debo honrarla, cuidarla y mantenerla a salvo, como prometí.

¿Y qué soy yo sin el honor de mi palabra?

Me quito la servilleta del cuello y me limpio los labios. La camarera me viene a la mente. Y luego Vorobyov. Y luego Jonas.

¿Cómo puedo protegerla si ella cree que soy un monstruo?

Tiene sentido que ella ponga distancia entre nosotros. Está tratando de protegerse.

De mí.

Pero, aun así, la necesito.

Me levanto bruscamente, casi tirando la silla. Atravieso el salón y salgo al pasillo antes de pensármelo, antes incluso de plantearme otra cosa.

Liya es lo que necesito ahora mismo.

Y no puedo negarlo por más tiempo.

Cuando llego hasta Liya, le doy la vuelta, le robo los labios, saboreo el modo en que su gemido de sorpresa reverbera en mi boca. Al principio se pone rígida, y sus manos se posan en mi pecho. No empuja, pero tampoco se relaja del todo. Sus labios tiemblan cuando meto mi lengua en su boca repetidamente. No puedo evitarlo. Ella sabe *tan bien*.

Mis manos recorren sus caderas, jugando con la cintura de sus vaqueros. Cuando mis pulgares se deslizan bajo la tela, ella se estremece, se arquea hacia mí y suelta las manos. Poco a poco, sus músculos se aflojan, su mandíbula se relaja, sus labios se entreabren.

Gime y me devuelve el beso. Ligero al principio, pero luego hambriento, casi tan hambriento como me siento yo. Se abraza a mis hombros y se abalanza sobre mí, con la respiración agitada cuanto más me acerco a su cremallera. Su pecho se hincha de excitación. Un suave suspiro se convierte en un maullido estremecedor. Sonrío al acariciarle las bragas y descubrir su humedad.

Entonces me deja entrar.

Lucha por bajarse los vaqueros y me pide ayuda con gemidos incoherentes. Mientras yo le bajo los pantalones, ella me quita la americana y me desabrocha los botones de la camisa. Nuestras ropas caen al suelo, olvidadas e inservibles. Levanto sus piernas sobre mis caderas y la perforo,

deteniéndome para sentir cómo su coño se estremece alrededor de mi polla.

Y así, sin más, ella me tiene.

Es asombroso el hechizo que ella ejerce sobre mí cuando está conmigo. Con cualquier otra persona, soy tan frío como despiadado, un hombre hecho de pura resistencia y determinación.

¿Pero con Liya?

Mis muros caen. Mis bordes se suavizan. Ella me abre en formas que no me atrevo a reconocer.

Especialmente cuando toma cada centímetro de mi polla como lo está haciendo ahora.

Empieza a suplicar:

—Pavel, *por favor*…

Pero la beso bruscamente, tragándome lo que sea que esté a punto de suplicar.

Pero no importa. Está húmeda y dócil, abierta a mí. Sus piernas se aprietan a mi alrededor mientras la penetro con fuerza, absorto por su aroma, sus gemidos, su *suavidad*.

Sea cual sea su deseo, ya lo sé.

Porque es lo que yo también quiero.

Sus pechos se abultan contra mi pecho mientras la aprisiono contra la puerta y la madera vibra en el marco con la fuerza de mis embestidas. Chilla cuando inclino sus caderas hacia mí y arrastro mis labios hacia su cuello, su hombro, su pecho. Sus dedos se enredan en mi pelo y me empuja hacia sus pechos.

Me deshago de todas las formas posibles. Cuando acaricio sus pechos, noto cómo se estremece, cómo se desprende de su firmeza y se agita ansiosa. Espero a que se calmen sus escalofríos antes de vaciarme dentro de ella, con un gruñido primitivo que señala mi final.

Es suyo, ella es mi final.

Puede que también sea mi principio.

Capítulo 29
Liya

Greenwich Village estalla a mi alrededor mientras me tomo una mimosa en el patio de Momo's. La gente de por aquí es animada y simpática, viste las últimas tendencias de la moda bohemia mientras lee en sus tabletas o charla con sus amigos tomando algo. Se me hace raro sentarme a solas con mis pensamientos de esta manera, sabiendo que los guardias están a la vuelta de la esquina.

A Gennadiy prácticamente le dio un infarto cuando le dije que me diera más espacio, pienso mientras doy un sorbo a mi bebida. Miro fijamente los pasteles sin tocar que tengo delante. *Tampoco quiero provocarle un infarto a Willow.*

Hablando de infartos, no le he dicho nada a Pavel sobre mi solicitud para la facultad de medicina ni sobre la nueva aventura de mi hermano.

Bueno, no hemos tenido tiempo ni de hablar. Entre que la policía de Nueva York capturó a sus hombres y que nuestra relación está más tensa que nunca, no ha habido el momento adecuado para dejar caer ninguno de esos temas sobre su regazo.

Y menos cuando estoy ocupada absorbiendo cada pizca de su atención como una mascota abandonada.

Willow dobla la esquina del patio y me mira, interrumpiendo mis pensamientos. Dejo la bebida y sonrío mientras la abrazo.

Me aprieta con fuerza y me reprocha:

—Esa es tu sonrisa de atención al cliente.

Niego con la cabeza.

—No, no lo es.

Pero las dos sabemos que estoy mintiendo.

Aun así, mantengo la sonrisa. Tengo que intentar ser normal, ¿no?

—Estás tan llena de mierda que tus ojos se ven marrones —se burla Willow con una sonrisa cómplice. Se sienta en la silla de enfrente y se sirve una mimosa. Coge mi vaso y lo rellena también—. Algo va mal. Suéltalo.

Suspiro y me invade la nostalgia. Hemos hecho esto tantas veces. ¿De verdad creía que podía hacerle una jugarreta? Me conoce demasiado bien.

—Mucho, Willow. Posiblemente demasiado.

—Entonces, dame el *resumen detallado*. Suéltalo.

Me encojo de hombros.

—Ha pasado mucho. Mucho drama. Mi marido me llevó a cenar.

Hace una pausa con la copa de champán cerca de los labios.

—Ah, ¿sí?

—Sí, me llevó a Basilic.

Prácticamente escupe la copa sobre la mesa.

—¡Ese sitio se reserva con *seis meses* de antelación! ¿Cómo consiguió...? —se ríe y se ajusta las gafas de sol—. No importa. Es de la *mafia* rusa. Puede entrar en cualquier sitio, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Sí, exacto.

—Sé que hay más, así que escúpelo.

—Bueno, humilló a la camarera del restaurante.

Ella arquea la ceja izquierda.

—Ella estaba coqueteando con él. Quiero decir, estaba siendo *tan* obvia al respecto. Vio nuestros anillos y todo, pero no paraba de ponerle las tetas en la cara.

Me mira boquiabierta.

—Estás de coña.

—La hizo arrodillarse frente a mí y suplicar por mi perdón.

—¿Y ella lo hizo?

Asiento con la cabeza.

—Claro que sí. Fue muy amable conmigo después de eso. No puedo imaginar lo que estaba pensando, irritando a un Pakhan como él.

—Eso es una locura, Liya.

—¿Crees que *eso* es una locura? —me río secamente—. Ayudé a Pavel con algo, sólo para que me cayera a pedazos encima —sacudo la cabeza—, soy tan idiota por pensar que podía marcar la diferencia.

—En primer lugar, cállate. No *eres* idiota —toma un pastelito del plato y lo mordisquea antes de añadir—: En segundo lugar, lo siento, Liya. Yo te metí en este lío.

Le dirijo una sonrisa de disculpa.

—No has sido tú. Cállate.

—Si no hubiera hecho lo de los chupitos, bueno… —se interrumpe, enroscándose un mechón de pelo en el dedo—, no debería haberlo hecho.

—No es culpa tuya, Willow. En todo caso, me dio la oportunidad de conocer a Pavel como persona y no como el monstruo que es ahora.

Ella frunce el ceño.

—¿De verdad es tan malo?

—Bueno…

—¿Te ha hecho daño?

Se me congela la mano alrededor de la copa de champán mientras pienso en lo que pasó hace unos días. El pasillo, la puerta, el crujido de la madera bajo mi espalda mientras Pavel me taladraba…

Y lo mucho que me *gustó* que me reclamara así.

Yo quería espacio. Quería resistirme. Pero mi cuerpo ansiaba su contacto como si fuera lo único que podía saciarme.

Así que lo dejé.

—¿Liya?

Cierro la mandíbula y sacudo la cabeza.

—No —suelto. Pero creo que el daño ya está hecho.

—Liya —sisea mientras se inclina hacia delante. Se desliza las gafas por el puente de la nariz y me lanza *esa mirada* que podría obligarme a contarle cualquier cosa.

Bueno, *casi* cualquier cosa.

Me sonrojo y me muerdo el labio inferior.

—Hemos estado teniendo… ya sabes. *Muchas veces*.

Sus cejas se disparan.

—¿Habéis estado follando?

La hago callar y asiento con la cabeza.

—Quiero decir, como *conejos*, Willow. Todas las noches. Todavía me estoy adaptando a ser la mujer de un Pakhan. Él es… —me encojo de hombros mientras toso nerviosamente— un poco *exigente*, eso es todo.

—¿Estás segura de que es sólo eso?

Asiento con impaciencia.

—Sí, Willow. Lo digo en serio. No me ha hecho daño. No me ha puesto un dedo encima —me escondo detrás del vaso mientras añado—: Al menos no uno que yo no haya querido.

Ella suelta una risita mientras se vuelve a poner las gafas en su sitio.

—Muy bien, ¿de qué tamaño?

—*¡Willow!*

—¡Venga! —dice y levanta las manos—. Dame una medida. No lo diré.

Estallo en carcajadas mientras me tapo la cara. Es extraño lo rápido que se siente como en los viejos tiempos. Willow y yo solas, sentadas en Momo’s. Mimosas sin fondo mientras nos reímos de la élite de Greenwich Village.

Suspiro, le doy un sorbo a la bebida y la dejo en la mesa, ajustándome el sombrero para protegerme los ojos.

Y entonces la realidad me golpea de nuevo.

—Estoy muy confundida —le digo—. En un momento es el chico de mis sueños y al siguiente es… —y bajo la voz—, el despiadado Pakhan que me aterroriza.

—Todo es cuestión de reputación en la mafia, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Claro que sí.

—Un tipo como Pavel tiene que mantener las apariencias. Si parece un hombre de ensueño, nadie le va a tomar en serio —se queda pensativa un momento y susurra—: Incluso tú.

—Debo de estar rota por dentro o algo así.

Se muestra comprensiva.

—Chica, ¿por qué demonios piensas eso?

—Porque yo… —me encojo de hombros—. No sé. Siento que no sirvo para todo esto. No estoy actuando como una buena esposa, ¿verdad?

—¿Te refieres para el tipo al que fuiste *vendida*? —se burla— ¡Por tu hermano!

La hago callar.

—Willow, *por favor*, estamos en público.

—Lo siento, tienes razón —agita la mano y continúa en voz baja—: Cualquier persona razonable sentiría lo mismo que tú, Liya. ¿Pero sabes algo más?

—¿Qué?

Sonríe y cruza la mesa para tomarme la mano.

—Eres mucho más fuerte que cualquiera que haya conocido. No temas tu fuerza. Abrázala. *Aprovéchala* de verdad.

Sonrío débilmente.

—Usa esa fuerza para demostrarle a Pavel que eres su esposa *y* su reina —me aprieta la mano—. Y no te castigues por intentar ayudar a Pavel.

—Realmente fallé con eso, Willow. No tienes ni idea. Fue un *desastre*.

Los disparos atraviesan mi mente mientras la bilis me pica la lengua. Intento no pensar en ello.

Ella sacude la cabeza.

—Déjalo ya. Pavel se impresionó lo suficiente como para escucharte una vez. Puede que vuelva a hacerlo.

—La he cagado —repito, sin saber de qué otra forma puedo explicárselo a Willow.

—Si consigues que vuelva a escucharte —insiste—. Entonces puede que el monstruo desaparezca y solo quede el hombre de tus sueños.

Es tan descabellado que casi me lo creo. Y lo deseo desesperadamente.

Pero tiene razón.

Le doy a Willow una sonrisa de agradecimiento y le aprieto la mano.

—Gracias. No sé qué haría sin ti.

—Uh, probablemente te sacudirías como un pez fuera del agua.

—Sí, más o menos.

Sonríe mientras señala mi vaso.

—¿Te lo relleno?

—*Por favor* —gimo—. Más champán y menos zumo de naranja esta vez.

***

Hasta que no cierro la puerta no noto que Pavel está tranquilamente sentado en el salón con las cejas fruncidas. Está mirando su reflejo en la pantalla del televisor cuando agito la mano frente a su cara.

Él parpadea y se acomoda en su asiento.

—¿Sí, *rodnaya*? —se frota los ojos—. ¿Qué tal tu cita para almorzar con Willow?

—Bien.

—Vale, que bien —asiente él.

Pero no me mira, sus ojos siguen nublados por lo que sea que estaba pensando.

Si consigues que vuelva a escucharte, entonces puede que el monstruo desaparezca y solo quede el hombre de tus sueños…

Dejo el bolso en la mesita y me siento a su lado.

—Parece que estabas ensimismado —le digo en voz baja—, ¿necesitas ayuda con algo?

—La verdad es que sí.

Se me estremece el corazón al ver su pequeña sonrisa de agradecimiento. Le devuelvo la sonrisa y suspiro, dejando que mi cuerpo se relaje. Él se pasa los dedos por el pelo.

—Quiero oír tu opinión sobre cómo puedo luchar en dos guerras a la vez.

—¿Quieres decir contra Kiril y contra Cardona?

Él asiente.

Tarareo mientras me giro hacia el televisor. La pantalla plana es impresionante incluso cuando está apagada, ocupa casi la mitad de la pared. No es extraño que se quede mirándola.

—Bueno, no puedes luchar en todas las batallas. Acabarás perdiendo demasiado en el proceso.

—¿Debería cambiar mi enfoque? —inquiere.

Frunzo el ceño, buscando en mi cerebro las palabras adecuadas. ¿La volveré a cagar?

¿Y qué pasará si lo hago?

No temas tu fuerza. Abrázala.

Junto mis manos y continúo:

—No, creo que podría ser el momento de hacer una tregua.

—¿En serio? —resopla él.

—¿Qué si pudieras convertir a uno de tus enemigos en tu aliado? —digo. Él levanta las cejas, pero no dice nada. Está escuchando. Sólo necesito venderle la idea—. ¿Recuerdas cuando te dije que Kiril podría haber sido tu más acérrimo partidario?

—Sí.

—Hacer las paces con él podría ayudaros a ambos a centraros contra Cardona. Te haría más fuerte.

Y eso mantendría a salvo a Jonas. Trago saliva cuando Pavel me mira a los ojos. Esa intensa curiosidad me hace temblar, la mirada de un mentiroso experimentado que intenta ver si estoy mintiendo.

Y no lo hago. Al menos no del todo. *Si Pavel descubre que Jonas se acuesta con el enemigo…*

—¿Cómo harías las paces con Kiril? —pregunta él.

Tomo aire y lo retengo un segundo. Cuando exhalo, digo:

—Me disculparía.

Se ríe secamente.

—¿Por qué? ¿Por herir sus sentimientos?

Ignoro el sarcasmo y le digo:

—Deja a un lado tu orgullo, tu honor y tus armas por un minuto y trátale como te gustaría que te trataran a ti —hago una pausa mientras me quito el sombrero para el sol y lo dejo con cuidado sobre la mesita—. Ya sabes, con respeto.

Me mira con más intensidad que antes. Es como si intentara descifrarme, escudriña mis pensamientos.

—Creo que ya no estamos hablando de Kiril, Liya.

—¿Entonces de qué estamos hablando?

—De nosotros.

Trago saliva mientras encojo de hombros, incapaz de hablar. No se equivoca. Pero no le diré que tiene razón.

Entrecierra los ojos con curiosidad mientras pregunta:

—¿Cómo quieres *tú* que te traten, Liya?

Es la zancadilla de nuevo. Pero es extraño sentir que pregunta con la intención de escuchar.

Le miro fijamente.

No, es más que eso, pienso. *Pregunta con la intención de cumplir*.

Cuando me toma la mano, mis músculos dejan de vibrar. Mi corazón deja de acelerarse. Mi respiración se estabiliza. Todo se calma.

Como si él fuera la clave de todo.

—Quiero que hagas lo mismo conmigo —susurro tímidamente—. Quiero que me trates como a tu igual.

Hay tanto acero en sus facciones que por un segundo pienso que no le he entendido nada.

Y entonces se desvanece.

Lo que queda es lo que a menudo he esperado ver en él: un ser humano.

—Mi palabra es mi compromiso —dice—. Gracias por tu ayuda, *Lisichka*.

¿Eso es todo?

—Por supuesto. De nada.

No me pierdo el sutil tirón de su mano. Tal vez sea mi imaginación al principio o algún deseo secreto de estar cerca de él, o tal vez sean las mimosas que bebí en el almuerzo, pero me subo encima de él y lo beso. Es uno de los besos más lentos que hemos compartido nunca, como si hubiéramos sido amantes durante años, pero no nos hubiéramos visto en décadas.

Despierta algo en mí.

Esperanza, como si esto no fuera tan malo como pensaba.

—Liya —susurra él en mis labios—. Descubrí algo hoy.

Me pongo rígida.

—¿Qué es eso?

Se mete la mano en el bolsillo y saca una página doblada. Cuando la abre, veo el logotipo de Weill Cornell.

Oh, que me jodan.

—No sabía que querías estudiar medicina —dice—. O que habías aplicado.

—Lo siento, yo… —*Esposa y reina. Actúa como tal*. Respiro el nudo en la garganta y continúo —: Fue antes de conocernos. Tuve que hacerlo todo en secreto porque tenía miedo de que Jonas se enterara. Se hubiera vuelto loco.

La carta escapa de su mano, pero no intento cogerla. Demasiado cautivada por cómo me mira.

¿Hay orgullo en sus ojos?

—Si es lo que quieres hacer —susurra mientras me acaricia la boca con los labios—, pues hazlo.

El calor inunda mi organismo. ¿De verdad ha dicho eso? Intento reproducir la cinta en mi cabeza cuando me besa y prácticamente me deja sin aire en los pulmones. Tiene que ser un truco. Tiene que haber un *precio* que pagar para que me apoye tanto.

En este mundo, *nada* es gratis.

Pero no tengo tiempo de pensar en ello. Sus labios recorren mi barbilla y se detienen en mi garganta mientras el mundo cambia. Le masajeo el cuero cabelludo mientras unos gemidos hacen vibrar mi pecho, atrayendo su atención. De repente, estoy boca arriba en el sofá.

—Tan astuta —susurra mientras me aparta la blusa con la nariz. Exhalaciones calientes me incitan a sacudirme. Se ríe roncamente—. Y tan impaciente también.

Gimo cuando su lengua se desliza por debajo de mi sujetador. Las capas caen tan deprisa que no me da tiempo a pensar en cómo podría entrar alguien en ese momento.

Pero la forma en que me acaricia la raja hace que no me importe.

Me lame el pezón mientras desliza sus dedos por mi humedad. Ahora estoy indefensa ante su influencia, totalmente perdida en lo fácil que le resulta dominar mi cuerpo. Sin palabras. Sin instrucciones. Sólo una mirada, un beso y una afirmación.

¿Tan fácil soy?

¿O se trata de algo más que un simple acuerdo comercial?

Jadeo cuando sus dedos se deslizan dentro de mí. Me presiona el clítoris con el pulgar y me lame el otro pezón, llevándome a un estado de ensoñación. Cuando decide viajar hacia el sur, ya me estoy estremeciendo. Antes de que pueda adaptarme al cambio de atención, su lengua me lame el clítoris y se me ponen los ojos en blanco.

—*Fóllame* —gimo. Mis dedos se enredan en su pelo—. Pavel, *por favor*, fóllame.

Gime ruidosamente mientras se levanta.

—¿Ahora mismo, *rodnaya*?

—Sí, sí, *por favor*…

Transfiere mi excitación en su beso, el sabor de mí en su boca envía ondas de choque por mi cuerpo. Su gruesa polla se desliza a través de mis pliegues y me roza la entrada, la electricidad se dispara dondequiera que sus manos tocan mi cuerpo, que es en todas partes.

Me acaricia el coño con una breve embestida.

—¿Así?

—En realidad… —me relamo mientras me siento—, pensaba en estar encima.

Sus ojos brillan de deseo. Por un momento, pienso que podría agarrarme del cuello y

zarandearme sin darme una respuesta, tomando lo que quiere de mí. Como hace siempre.

Pero se reclina en el sofá y me invita a su regazo, sosteniéndome la mirada todo el tiempo. Y mientras desciendo sobre su polla, siento el control que he ganado, el *poder* que podría ejercer si simplemente lo aprovechara, como dijo mi mejor amiga.

Un gemido me sube por la garganta mientras me acomodo sobre su polla. Sus cejas se fruncen mientras sus manos recorren mis muslos en dirección a mis caderas. Le agarro las manos y se las clavo por encima de la cabeza mientras muevo lentamente mis caderas. Cada embestida me lleva al límite hasta que me convulsiono tan fuerte que mi visión se nubla.

Es pasión. Es *poder*.

Es exactamente lo que haría una reina.

Capítulo 30
Pavel

Me excita ver a mi mujer, *mi reina*, tomar las riendas de su placer. No pienso en nada más cuando se viene encima de mí. Se agarra con tanta fuerza que aparece el blanco de sus ojos. Me agarro a sus caderas para mantenerla firme y espero pacientemente a que se calme.

Cuando se deja caer contra mí, sonrío.

Ahora me toca a *mí*.

Se queda tranquila cuando la inclino hacia atrás y paso sus piernas por encima de mi hombro izquierdo. Al inclinarme sobre ella, profundizo mi penetración, y un grito ahogado sale de su boca cuando la penetro. No me basta con verla deshacerse una vez. Tengo que desbaratarla, abrumarla, sacudir los cimientos de su mundo.

Otra oleada la consume mientras se agarrota alrededor de mi polla. La hundo más profundamente en el sofá con cada embestida, empeñado en emborracharla con vibrantes orgasmos. Es como si me hubiera hipnotizado, y no podré parar hasta que ella misma me suplique que termine.

Yo no me permito explotar hasta que su orgasmo número tres alcanza su cresta y la hace agitarse salvajemente. Ella jadea cuando por fin descargo hasta mi última gota en su interior y mis piernas ceden en cuanto termino. Me deslizo sobre el sofá y caigo de espaldas, llevándomela conmigo. En cuanto la abrazo, siento mi propio semen mezclado con sus fluidos goteando por toda mi pierna. Pequeños restos de su erupción persisten en pequeños estremecimientos que sacuden su cuerpo.

—¿Pavel? —gime ella, como si acabara de despertar de un coma. Levanta la cabeza con una inhalación aguda y susurra—: Joder, Dios, *mierda*.

Mi cerebro está confuso, pero consigo bromear:

—Ya follaste con Dios.

—Cabrón engreído.

Una sonrisa se dibuja en mis labios. ¿Qué puedo decir?

—Sé lo que hago.

—No hace falta que presumas, ¿sabes?

—Lo sé —digo y le doy una palmada en el muslo—. Las pruebas están aquí.

Ella gime de frustración y luego tararea perezosamente mientras deja caer su mejilla sobre mi

pecho.

—No puedo moverme.

—Pues no te muevas.

—¿Y qué hacemos? ¿Acariciarnos?

Me encojo de hombros.

—¿Por qué no?

Silencio. Sí, es raro entre nosotros.

Pero hemos hecho cosas más raras.

Al cabo de un momento, me rodea los hombros con los brazos y se acurruca en mi cuello. Le acaricio el pelo, alargando los mechones sobre su columna.

—¿De verdad quieres ir a Cornell? —le pregunto mientras le paso los dedos por el pelo. Ella respira, se estremece, se estira contra mí. Sé que se siente en el paraíso, si es que existe algo así —. ¿Convertirte en doctora o cirujana?

Ella asiente.

—Quiero vivir como una persona normal. Ya sabes, vivir, en lugar de… —se detiene y sus uñas se clavan brevemente en mis hombros—, en lugar de mirar constantemente por encima del hombro.

—Es agotador.

—¿Lo entiendes?

Suspiro.

—Sí, lo entiendo. Pero fui hecho para esto, moldeado por mi padre.

—¿Nunca quisiste hacer otra cosa?

—¿Por qué iba a quererlo? La Bratva es todo lo que tengo. Es *todo* lo que tendré.

Siento que frunce el ceño.

Y entonces se apoya en los codos, mirándome como si yo fuera uno de esos anuncios de niños hambrientos.

—¿Eso es todo?

—No quiero nada más.

—O sea, ¿no tienes ninguna afición?

Me río.

—Bebo. Ya es bastante afición.

—¿No haces deporte? ¿Arte? Joder… —resopla ella y sacude la cabeza—. Quiero decir, estoy segura de que has *follado* bastante.

—Sí.

Sus párpados se agitan, su expresión es de sorprendida. Es raro verla, pero ¿por qué iba a mentirle?

Se lame los labios y pregunta en voz baja:

—¿Lo haces ahora?

—¿Te corriste tan fuerte que perdiste la memoria? —le inquiero.

—No, quiero decir…

Se interrumpe, pero capto fácilmente lo que quiere decir y veo la mirada cohibida en sus ojos, la misma que vi cuando me acerqué a ella en Blaczak's.

No tiene ni idea de la bomba que es, ¿verdad?

Me incorporo y le acaricio la cara.

—Ahora sólo estás tú, Liya.

Sus facciones se desenroscan un poco más y se relaja en mis brazos, prácticamente hundiéndose en mí como si fuera lo único que siempre quiso oír.

Aquella batalla de la que habló antes definitivamente debía de ser mucho más que Kiril y Cardona.

Era ella también.

Quiero que me trates como a tu igual.

Está brillando de nuevo como la estrella Polar. El placer le luce tan bien, realza su belleza por

mil. Ella se arregla bien, pero la prefiero así: el pelo revuelto, los párpados caídos, toda sonrisa.

Vuelvo a acercar su cabeza a mi pecho, disfrutando de su cercanía.

—Cuéntame más sobre tus planes.

—Bueno, quiero pasar algún tiempo trabajando en una clínica…

Mientras habla, me doy cuenta de que podría escucharla por siempre. Sobre cualquier cosa. Sobre *todo*.

El miedo me invade el pecho mientras la abrazo.

Joder, ¿me estoy enamorando?

***

Otra noche de éxito con Liya debería haberme puesto de buen humor. Hemos follado cuatro veces en las últimas veinticuatro horas. Seguro que al final se queda embarazada.

Pero no puedo entender una cosa.

¿Cómo carajo logró meterse dentro de mí?

Karina me empuja.

—Pasha, no has tocado el pollo.

Miro fijamente mi plato. Pedimos la comida hace veinte minutos y llegó casi al instante. Creo que el pollo ya no está caliente. Puede que esté tibio como mucho.

—No tengo tanta hambre —miento mientras me apoyo despreocupadamente en la silla. Inclino la cabeza hacia el sol, intentando ocultar mi expresión tras las gafas de sol y mi reacción a la luz penetrante—. He estado trabajando mucho.

Me estudia con curiosidad.

—Trabajando duro por ese heredero, supongo.

—Por supuesto.

—¿Cómo está ella? —hace una pausa, ofreciéndome una amable sonrisa—. ¿Conseguiste lo que querías, Pasha?

Me muerdo el labio inferior, aclarándome la garganta mientras busco mi agua. Ni siquiera hace tanto calor ni tengo tanta sed, pero hablar de Liya me seca.

—Estoy recibiendo más de lo que quería.

—Ah, ¿sí?

—Sí, creo que… —nuestra conversación de hace años sale a la superficie. Parpadeo para disipar mi preocupación y continúo—: Creo que estoy enamorándome de ella.

Karina deja el tenedor en el borde del plato y apoya la barbilla en las manos.

—Lo dices como si fuera horrible.

—No creo que sea capaz de amar, Karinka.

—Los dos sabemos que eso es una mentira descarada.

Sacudo la cabeza.

—¿Después de que nuestro padre me quitara esa capacidad a golpes? —me encojo de hombros —. Es que me da miedo.

—Si te la sacó a golpes, ¿cómo puedes sentirla?

—No te metas conmigo, Karinka.

Sonríe juguetona.

—Dime: ¿por qué tienes miedo?

—Porque… —me paso los dedos por el pelo—, durante la mayor parte de mi vida, he vivido con la amenaza de la muerte pendiendo sobre *mi* cabeza. Sobre *nuestras* cabezas —miro mis manos —. Mis manos están entrenadas para mutilar y matar, no para sujetar a alguien.

—Por lo que me has contado, parece que la has sujetado muchas veces.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Quieres dejar de hacer eso?

—¿Hacer *qué*? —dice ella, fingiendo una mirada inocente.

—Hacer agujeros en toda mi lógica.

—¿Cómo vas a pensar en lo que dices si no hago eso?

Gruño mientras me quito la servilleta del cuello. Me aflojo la corbata, carraspeo, crujo el cuello.

No puedo quedarme quieto.

No con todos estos ridículos sentimientos aflorando.

—Ella me ha visto hacer todas las cosas que se supone que debe hacer un Pakhan: exigir estrellas, ejecutar desertores, humillar a los que creen que pueden aprovecharse de mi mujer y de mí, amenazarlos —sacudo la cabeza—. Pero en la forma en que me miró después de que matara a Vorobyov… algo dentro de mí se rompió, Karinka.

Pensativa, frunce el ceño y luego asiente como si acabara de ver algo obvio. Debo de ser un tonto para no haberme dado cuenta. Se inclina hacia delante y dice:

—Ese algo es el miedo. No del enemigo, Pasha. A la pérdida.

Me río.

—¿Qué tengo que perder con Liya? Ella sólo… —pero mientras formulo las palabras, parece que no quieren salir—, ella simplemente no entiende nuestro estilo de vida.

—No, es más que eso, Pasha. Tú la amas, aunque no puedas convencerte de decirlo en voz alta. Y amarla significa aceptar la posibilidad de perderla —Hace una pausa, con una mirada lejana en los ojos—. Y tienes que luchar como un demonio para asegurarte de que eso no ocurra.

—¿Qué sabes *tú* del amor?

Su expresión se quiebra, y la mirada lejana desaparece. Incluso con el sol salpicando el patio de nuestro lugar favorito para almorzar, la tensión brota entre nosotros, mi otrora radiante hermana endureciéndose como una estatua.

—¿Te acuerdas de aquel chico llamado Josh Torres? —parpadea ella.

—Vagamente —acepto y me encojo de hombros.

La oscuridad infecta lentamente sus rasgos. Baja la mirada hacia la mesa.

—Le di mi tarjeta electrónica —resopla, entre divertida y seria—. No debería haberlo hecho. Mi padre nos pilló y…

Mi expresión se suaviza al ver a Karina encogerse en su asiento. *Literalmente*. Como si estuviera a punto de desaparecer si no la agarro de la mano y la mantengo atenta a mí.

Le aprieto la palma con el pulgar para que vuelva a la realidad y le pregunto:

—¿Qué le hizo, Karinka?

Sonríe amargamente mientras sus ojos se llenan de lágrimas y me aprieta los dedos.

—Nuestro padre me obligó a ver cómo sus brigadistas descuartizaban a Josh. Pedazo a pedazo —le tiembla el labio—. Llevó *horas*, Pasha.

La ira invade mis músculos, haciendo que se tensen. De todas las cosas horribles que nuestro padre podría haber hecho, eligió marcar a su hija de por vida. ¿Y para qué? ¿Para darle una lección?

¿Qué podría haber aprendido entonces?

Sacudo la cabeza.

—Karinka, yo no…

—Cuando voy a dormir por la noche, Pasha —me interrumpe, clavándome las uñas en la palma de la mano—. Lo veo en mis sueños. Veo a *Josh* —y su voz se quiebra con su nombre, partiéndome el corazón por la mitad.

Fue el mismo hombre que me enseñó todo lo que sé. A cómo sobrevivir, cómo prosperar como Pakhan, cómo asegurarme de tener lo que necesitaba *y* lo que quería.

El mismo hombre que colocó en mí las mismas cosas que él había aprendido.

No quiero ni pensar en lo que eso significa ahora mismo.

—Tengo tanto miedo del momento en que abra los ojos y… —sigue ella, nivela su mirada con la mía y una lágrima resbala silenciosamente por su mejilla—, y él ya no esté ahí.

Mi corazón se parte de nuevo.

¿Liya se siente así alguna vez? ¿Piensa en mí follándola y le duele la idea de no volver a sentirme?

¿Le preocupa *perderme*?

Mientras miro fijamente a mi hermana, viendo el dolor en su expresión, me doy cuenta de que estoy agarrando su mano con la misma fuerza con la que ella me agarra a mí. Porque siento *su* miedo.

Y es el mismo *mío*.

Perder a Liya. No llegar a ver más su preciosa sonrisa ni la forma en que saca la punta de la lengua mientras se concentra, me hiere tan fuerte que parece que esté sucediendo de verdad. Cuando estoy cerca de ella, siento la misma ansiedad.

Perderla significaría perder el mundo.

Nada sería igual sin su presencia. La comida no sabría tan bien. Follar sería inútil, un mero acto de mantenimiento. Cuidar de mí mismo ni siquiera se me ocurriría.

Stepan podría aconsejarme, como suele hacer, con los asuntos de Bratva, pero no sería lo mismo. No vendría de alguien que me conoce como Liya me conoce.

Y ella está empezando a *conocerme* demasiado bien.

—¿Lo entiendes ahora, Pasha? —susurra Karina mientras suelta mi mano—. ¿Te he demostrado que sé muchas cosas sobre el amor?

Asiento con la cabeza.

—Lo hiciste, Karinka. Lo siento. No lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo? —sonríe rígida—. ¿Por qué iba a mencionarte papá su mayor vergüenza?

Suspira y se seca los ojos, encogiéndose de hombros como si llorar así en público fuera una costumbre para ella.

No lo es. Los dos lo sabemos. Ella es el alma de la fiesta, siempre ha sido la más alegre y despreocupada del mundo.

Nadie adivinaría el horror que tuvo que presenciar.

Pienso en Liya y en los horrores que ella ha tenido que presenciar.

Cuando llegue el momento de deshacerme de ella, ¿podré reunir la fuerza para hacerlo?

¿O seré como mi hermana, atormentado por los sueños de un amor perdido para siempre?

Capítulo 31
Liya

Me abrazo el estómago mientras me agarro a la mesita. Algo no me ha sentado bien.

Hace apenas unos días, me sentía más viva que nunca con Pavel y yo intercambiando posiciones en el sofá. Las cosas han estado mejorando entre nosotros. Nos hemos estado acercando, hablando más, nos abrazamos más por las noches.

Conversaciones en la cama.

¿Quién lo hubiera pensado?

¿Pero ahora? Hay algo que no está bien.

Voy al baño arrastrando los pies mientras compruebo mi calendario mental. Tengo más hambre, estoy más cachonda, me apetecen todo tipo de aperitivos, como pepinillos y galletas Oreo, y eso solo puede significar una cosa.

Cuando me sorprendo a mí misma en el marco de la puerta del baño, me agarro el estómago y mis pensamientos van a mil por hora.

¿Estoy embarazada?

—¡Viktoria! —grito. Salgo y recorro la suite del ático—. Viktoria, ¿dónde estás?

Su voz, apagada, viene desde el pasillo.

—¡Suite principal!

Me tropiezo con ella haciendo la cama de Pavel. Es raro entrar en este dormitorio, ver la fría combinación de colores, las obras de arte enmarcadas en cromo brillante, las cortinas azul marino destinadas a bloquear la luz del sol. Todo es uniforme, rígido, impersonal.

—¿Qué pasa, *krolik*? —pregunta ella mientras golpea una almohada—. ¿Tienes hambre otra vez?

Me muerdo el labio inferior.

—No, yo… —digo mientras enrosco un mechón de pelo en el dedo—. Me preguntaba si tienes por ahí algún test de embarazo.

—¡Liya! —jadea ella.

Parpadeo mientras coge mi mano y me empuja hacia el pasillo. La forma en que se lanza hace

que me preocupe por su rodilla, y también por el resto de su cuerpo. Nunca la había visto moverse tan rápido.

—Viktoria, ¿qué…?

Un montón de palabras en ruso salen de sus labios y no puedo evitar reírme. Balbucea con más emoción que la vez que pedimos comida para llevar y ella comió ese cangrejo Rangoon. Entonces se iluminó como un árbol de Navidad. Y ahora está iluminada de nuevo.

Coge una caja del segundo estante, encima del retrete, y me la pone en la mano.

—¿Tienes la vejiga llena?

—No, pero puedo hacerlo.

Ella asiente.

—El agua no será suficiente. Necesitas té.

Me río.

—Sólo quieres una excusa para hacer té.

—Nunca necesitas una excusa para hacer té, *krolik*.

Sacudo la cabeza mientras la sigo por el pasillo.

—No paras de llamarme así. ¿Qué significa?

—Significa conejo.

Me estremezco.

—¿Por qué me llamas así?

—Porque pensé que Pavel te devoraría como lo haría un lobo.

Así que no soy la única que vio al lobo feroz en él.

—Oh, eso es… *encantador*.

—Ahora se trata menos de ser la presa y más de evadir al depredador.

—Sí que tienes una forma graciosa de mostrar afecto.

Se detiene cerca de la cocina y levanta los dedos, pellizcándolos juntos en lo que se ha

convertido en una amenaza familiar y casi cariñosa.

—Tengo otras maneras.

Sonrío.

—¿Y qué hay del té?

Señala el mostrador.

—Elige.

Señalo el tarro de lavanda. Ella ya sabe que es lo que quiero, pero siempre me lo pregunta. Me hace sentir bien poder elegir algo.

Y quizá por eso ella lo hace.

Después de preparar una tetera, estamos sentados en el rincón del desayuno. La prueba de embarazo se interpone entre nosotras, ominosa en su cajita blanca y rosa.

¿Estoy lista para esto?

—Él no siempre fue así —dice, agarrando uno de los botones de su blusa—. Pavel era… era un chico tan sensible y vivaz.

Me río.

—Es difícil de imaginar. Todo lo que veo es un criminal endurecido.

—Tú ves a un criminal endurecido. Yo veo al niño que se manchaba los dedos con carboncillo cuando dibujaba en el jardín.

—¿Te refieres al jardín de la azotea? —miro al techo. He subido allí quizá una o dos veces—. ¿Creció aquí?

Ella asiente.

—Pavel se convertiría en el futuro, así que Sergey puso coto a muchas cosas que sabía que erosionarían la reputación de un Pakhan respetable.

—Espera, ¿dibujaba? ¿Qué dibujaba?

Ella sonríe, un recuerdo roba su atención.

—Paisajes. Personas. Edificios. Era muy hábil.

El otro día le pregunté por sus aficiones, recuerdo. *¿Por qué no lo mencionó?*

—Un Pakhan no crea —continúa Viktoria, con los ojos despejados de cualquier recuerdo que pudiera haber allí—. Destruye.

—¿Cómo demonios van a crear familias si lo único que hacen es destruir cosas?

Se encoge de hombros.

—La vida de una mujer en esta vida es difícil porque debe ser el puente entre estos dos mundos, debe servir a dos familias. La de la creación y la de la destrucción. A veces esas dos cosas se oponen tan profundamente, sobre todo cuando el matrimonio es por una alianza.

—¿Cómo sabes tanto? —miro fijamente mi taza de té—. Supongo que, porque llevas mucho tiempo con esta familia, ¿no?

—Me casaron por una alianza dentro de la Bratva.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Fuiste obligada a casarte?

—*Obligada* es una palabra muy fuerte —reflexiona en voz alta—. Pero no me importó. Después que me enamoré de mi Anton.

Su sonrisa rebosa afecto. Puedo ver el amor, los años de devoción evidentes en esa simple expresión.

Envidio su capacidad para lucir una sonrisa así.

De repente, la sonrisa desaparece.

—Pero fue duro. Viví con miedo de mi marido durante años. Me acobardaba ante él.

—¿Qué? ¿Te hizo daño?

Pone sus manos en la mesa en silencio.

—Era un hombre que daba miedo.

—Entonces, ¿qué cambió? ¿Qué te hizo amarle?

—Un niño.

La frase sacude mi sistema. Nunca vi a Viktoria como algo más que una anciana estricta con un pellizco mezquino y una mirada aún más mezquina. Cuando se lo digo, ella se ríe.

—¿De qué te ríes? —pregunto, sacudiendo la cabeza.

—¿Crees que eres la única que ha pasado por esto? —señala el ático—. Tonta *krolik*.

Pongo los ojos en blanco y sonrío tímidamente.

—¿Qué le pasó a tu hijo? ¿Dónde está?

—La Bratva llevó a mi hijo, Leonid, a sus filas —explica. Su expresión decae y se queda mirando la mesa—. Le hicieron tatuajes. Le prometieron estrellas. Hasta que murió al servicio de la Bratva.

Frunzo el ceño con simpatía.

—Viktoria…

Ella hace caso omiso de mi tono preocupado.

—Fue hace mucho tiempo.

—¿Por qué te quedaste si se llevaron a tu hijo?

—Es mi deber servir a la Bratva.

Me froto la frente. A veces a esta gente le lavan tanto el cerebro.

—¿Por qué merece la pena quedarse cuando te ha pasado eso?

—Pavel —afirma sin rodeos—. Estaba muy unido a Leonid mientras crecían. Eran inseparables —y lanza una mirada maternal. Es una de las expresiones más cálidas que le he visto nunca.

Y entonces empieza a tener sentido.

—Te preocupas por Pavel.

—Sufrió tanto como yo cuando murió Leonid —susurra—. Y por eso. Me quedé.

Intento tragarme todo lo que me está diciendo, pero es mucho.

—Pavel es muy cruel. Imagino que perder a su amigo le hizo enterrar todo muy profundo.

—Él siente más de lo que crees, Liya. Siente más de lo que *cualquiera* piensa. Sólo que no lo muestra. Ha olvidado cómo.

Mi cerebro repasa las cosas que le pedí a Pavel.

Y cómo me las dio sin pedir nada a cambio.

Entonces tal vez sí lo muestre.

—Escucha, *krolik*, las alianzas van y vienen. La pasión arde y luego se desvanece. Pero al final… —muestra una expresión dura, una moldeada por el feroz amor de una madre—. Al final, es el amor entre una madre y su hijo lo que perdurará para siempre.

Sus palabras me atraviesan. Se me revuelve el estómago y la taza de té que tengo delante me parece demasiado pesada para levantarla sin que se me caiga. Me froto las manos debajo de la mesa para no tiritar completa.

Yo quiero ese amor.

Lo deseo más que el agua.

Es lo que podría tener aquí. Y Viktoria me lo está diciendo. Básicamente me está dando la oportunidad en bandeja de oro.

—Yo sólo… —me atraganto con un sollozo, cierro los ojos un segundo mientras intento no imaginarme las cosas horribles con las que probablemente tuvo que lidiar Viktoria.

¿La utilizaron como a mí? ¿La amenazaron igual que a mí? ¿fue *follada* frente a otros como yo?

Parpadeo y me fuerzo a sonreír.

—Supongo que no entiendo por qué no odias este lugar, ¿sabes?

—Durante años intenté odiar a la Bratva, pero… —traza el borde de su taza—, no pude hacerlo, por amor a mi hijo.

Un amor que perdura para siempre.

Me siento con Viktoria durante largo rato, asimilando su silencio, la finalidad de su última declaración. Quiero preguntarle por su marido y por quién organizó su matrimonio de mierda, pero no lo hago. Las heridas que aparecieron en su rostro mientras ella contaba su historia me asustaron, y no quiero que tenga que revivir nada de esa historia de nuevo.

Nunca más.

Poco a poco, con el paso del tiempo, las heridas se cierran y retroceden. Viktoria vuelve, con los ojos fríos y los rasgos severos donde siempre, clavados en la cajita de examen entre nosotras.

—¿Ya tienes la vejiga llena? —pregunta ella. Su voz no deja rastro de las emociones que mostraba al hablar de su hijo—. Bebe más, *krolik*.

Sonrío débilmente.

—Gracias.

—¿Por qué? Te sirvo té todos los días. Muchas veces al día. No es nada.

—Por contarme tu vida. Por darme consejos —levanto mi taza de té—. Significa mucho tener tu apoyo. No tengo mucho aquí.

Su mirada se suaviza ligeramente. No del todo. Pero lo suficiente.

—De nada, Liya Frankovna.

Y levanta la taza para beberse el té.

A los pocos minutos, mi vejiga se estremece. Levanto la caja y la llevo conmigo al baño, caminando tan despacio como en un cortejo fúnebre. Me estremezco al pensar que ahora mismo estoy caminando hacia mi tumba.

Dieciocho años es mucho tiempo para estar encerrada con Pavel.

Pero quizá merezca la pena si consigo llegar a él.

Y quizá nos ayude a enamorarnos.

El baño parece mucho más grande que al principio. Los azulejos brillan con un blanco tan deslumbrante que cierro los ojos, intentando encontrar la encimera sin mirar. Por una vez, no tropiezo con mis propios pies.

Vamos, Liya. Aprovecha la fuerza.

Miro mi reflejo.

Ser una esposa y una reina.

Solo tardo unos minutos en hacer la prueba. Programo un temporizador en mi teléfono y luego me siento en el respaldo del inodoro, mirando fijamente el palito blanco que me sacará de dudas.

Frunzo el ceño mientras intento imaginarme mi vida con un bebé.

¿Seré una buena madre? ¿Una madre cariñosa?

¿Estoy demasiado rota para ser cariñosa?

Resoplo. *Claro que seré una madre cariñosa. ¿Cómo podría no querer a mi propio hijo?*

Intento imaginarme a Pavel de niño con carboncillos en las manos y en la cara, sonriendo a sus dibujos. No puedo.

Pero no tiene por qué. Mi hijo no tendrá que sufrir así.

El temporizador de mi teléfono suena. Mis ojos se desvían hacia la barra blanca mientras apago la alarma.

Sólo me mira una línea rosa.

Miro la caja, miro la varilla, vuelvo a mirar la caja.

Y entonces suspiro.

Un golpe resuena en la puerta.

—¿Liya? —me llama Viktoria.

—Negativo —respondo temblorosa—. No estoy embarazada, Viktoria.

Ella suspira. Suena tan decepcionada como yo cuando dice:

—Lo siento mucho, *krolik*.

—Voy a pasar el día en mi habitación —le digo, aunque no tengo por qué hacerlo—. Si Pavel llega pronto a casa, sólo… —toso para ocultar el sollozo que amenaza con escaparse—, dile que estoy ocupada.

—Sí, claro —dice, pero no escucho sus pasos retirarse. No oigo su ajetreo por el ático. Sigue ahí, conmigo. Y eso reconforta a una parte de mí—. Él llamó mientras estabas en el baño —agrega ella.

—¿Qué quería?

Se aclara la garganta y dice:

—Quiere llevarte a navegar mañana.

—De acuerdo. Está bien.

—Le llamaré para decírselo.

Asiento con la cabeza, aunque ella no puede verme.

Cuando por fin oigo sus pasos retirarse, dejo caer la cabeza entre las manos.

Al final, es el amor entre una madre y un hijo lo que perdurará para siempre.

Tu hermano es la razón por la que estás atrapada en esta vida.

Levanto mi cabeza.

Juro que, si algún día me veo obligada a elegir, no elegiré a Jonas ni a Pavel.

Elegiré a mi hijo.

Y espero nunca tener que hacer esa elección.

Capítulo 32
Pavel

Quererla significa aceptar la posibilidad de perderla.

Miro fijamente al Hudson, el agua agita los costados del yate mientras me apoyo en la barandilla. Las turbias profundidades me reflejan, apenas una mancha, en su ondulante superficie, reflejando mis pensamientos. Todo es una bruma. El sol de media tarde no puede penetrar en la oscuridad que cubre mi mente.

Y hay que luchar como un demonio para que eso no ocurra.

Liya se sienta detrás de mí en la mesa. Soy consciente de su presencia, su aura rebosa vida a pesar de su silencio. Lleva ese adorable sombrero de sol con gafas de sol y un vestido blanco de verano, las piernas desnudas apoyadas en el borde de la mesa como si no le importara nada.

La forma en que inclina la cara hacia el cielo me recuerda las cosas que me dijo la otra noche mientras nos recuperábamos, lánguidos y sin aliento, en el sofá del salón.

Quiere ayudar a la gente. Quiere vivir una vida normal. Ya no quiere mirar por encima del hombro.

Se me encoge el corazón.

Ella *podría* tener esas cosas. En el momento en que me dé un hijo, podría seguir su propio camino. Tal vez el momento de dar a luz coincida con el comienzo de su primer año escolar. No hay duda de que ella dará en el clavo en esa entrevista. Es demasiado lista.

Sonrío con cariño. *Mi astuta zorrita*.

La idea de quitarle a su hijo me quema. Es una imagen que no quiero en mi cabeza. Es un sentimiento que no quiero experimentar.

Y más que eso, no quiero que *ella* lo experimente.

—¿Te has vuelto a perder? —me dice.

Su voz atraviesa la niebla de mis pensamientos. Esbozo una sonrisa que seguramente no es tan convincente como parece. Pero no puedo leer su expresión con las gafas de sol puestas. Está a unos centímetros de mí, con las manos en los bolsillos del vestido. Los dedos de sus pies desnudos apuntan ligeramente para intentar igualar mi estatura.

Es hermosa cuando actúa así: relajada, juguetona, un poco traviesa.

—La costurera se alarmó cuando le pediste que cosiera esos bolsillos —le digo. No la estoy

distrayendo, me distraigo *a mí mismo*—. Pensó que tu cerebro había entrado en cortocircuito o algo así.

—¿De qué sirve un vestido así si no puedo tener bolsillos? Es más bonito así.

Pongo los ojos en blanco.

—'Bonito' no cumple ninguna función.

—Entonces, ¿por qué demonios me tienes cerca?

Sonrío con picardía.

—Puedo hacer que te echen por la borda, *Lisichka*, si es lo que prefieres.

Su cara enrojece.

—No quería decir… —se burla mientras baja a su altura normal—. Realmente eres un hijo de puta engreído.

—Queja anotada.

—Dime lo que piensas. Puedo oírte pensar desde aquí. Algo te está molestando.

Sonrío.

—¿Quieres decir aparte de ti?

—¡*Pavel*!

Me encojo de hombros con indiferencia.

—Problemas de la Bratva.

—Vale, ¿qué otra cosa podría ser? —se quita las gafas para mirarme—. Y no me vuelvas a insultar. Ya estoy de mal humor por el calor.

Sin dudarlo, la tomo de la cintura y la llevo al sombreado patio. Nos tumbamos en sillas acolchadas mientras mis camareros nos traen limonada fresca. En cuanto nos acomodamos, se vuelve hacia mí, se quita el sombrero para el sol y suelta su abundante melena castaña por todas partes.

—¿Quieres que te ayude? —me pregunta—, ¿con algo?

Sonrío.

—Siempre agradezco tu ayuda.

—De acuerdo, escúpelo.

—Tengo a un grupo de mis brigadistas vigilando a la policía que se presenta a dar golpes en las galerías. Pero hay un problema —explico mientras sobo el reposabrazos de la silla—. Los policías son diferentes. Es como si hubieran sustituido a los antiguos.

Ella frunce el ceño.

—¿A propósito?

—Pareciera que Cardona sabe lo que estamos haciendo —asiento con la cabeza.

—Eso no es bueno —asiente—. ¿Qué más?

—Tenía a dos hombres siguiendo a Kiril, pero parece haber desaparecido de la faz de la tierra.

Su rostro se pone blanco por un segundo. Me inclino hacia ella, pensando que quizá se ha mareado un poco por el balanceo del yate, hasta que tose y sonríe. El color vuelve a su rostro.

—Bueno, eso es… —resopla mientras se aparta el sombrero—, eso es un agravante.

—Más que un agravante, Liya. Es alarmante. Si no lo tenemos vigilado, entonces…

De repente parece distante, como si algo en el río hubiera llamado su atención. Trato de seguir su línea de visión, pero no veo nada.

—¿Liya?

Ella reacciona y se centra en mí, la sonrisa cortés de nuevo en sus labios.

—Lo siento, estoy aquí. Es el barco, ¿sabes?

Una mirada de sospecha juguetona aparece en mi cara. Eso hace que ella se retuerza.

Miente muy mal.

—¿Qué pasa, Liya?

—Pensé que… —se muerde el labio inferior mientras juega con el dobladillo de su vestido—, pensé que estaba embarazada. Pero resulta que no lo estoy.

—Oh.

Las olas rompen contra el yate. Se escucha el graznido de gansos. El sonido lejano resplandece a

través del silencio que se ha instalado en la cubierta. Un leve murmullo de charla sale de la cocina justo detrás de la puerta que tenemos a nuestra espalda y luego se desvanece. Aparte de eso, no hay nada.

Ni siquiera oigo su respiración.

Pero su pecho se levanta. Le tiembla el labio inferior. Se mordisquea el pulgar, lo que me inspira a inclinarme y arrebatárselo de la boca.

—Te vas a estropear las uñas. Las cutículas —le digo—, nunca volverán a crecer correctamente. Podrías coger una infección. Podrías *lastimarte*.

Me mira sin comprender durante un momento y luego me dice:

—¿Eso te importa?

—Sí. Eres mi mujer. ¿Por qué no iba a importarme?

—Sólo lo suficiente para lo que te conviene, ¿no?

Me duele oírla decir eso, pero no se equivoca.

Al menos, no del todo.

Le bajo la mano al regazo, pero no se la suelto.

—Sí.

—¿Sabes de qué tengo miedo, Pavel? —se detiene un momento, respira entrecortadamente antes de continuar—: Tengo miedo de lo que pueda pasar cuando me *quede* embarazada.

Agacho la cabeza. No tengo nada que decir.

—¿Qué va a pasar *después* de dar a luz? —me coge de la mano y me obliga a mirarla—. ¿Qué va a pasar con nuestro hijo, Pavel?

Tengo *algo* que decir a eso.

Pero, a ella no le gustará.

No veo la utilidad de ocultarle la verdad en este momento. Hemos estado trabajando como un equipo. Prometí tratarla como a mi igual.

Mi palabra es mi compromiso.

Ella también podría saber acerca de mis planes.

—Iba a quedarme con el bebé —le digo, evitando su mirada—. Y entonces serías libre de hacer lo que quisieras. Estudiar medicina. Ser médico. Ser cirujana. Cambiar el mundo.

—Qué sentido tiene hacer todo eso si yo... —su voz se quiebra. Sigo sin mirarla. No *puedo*—. ¿Si no tengo a mi hijo conmigo?

Asiento con la cabeza.

—Pero no puedo imaginarme haciéndolo, Liya. Cada día que paso más cerca de ti me cuesta más pensar en mi vida sin ti a mi lado.

—Pero querías hacerlo. *Querías* quitarme a nuestro hijo. ¿Para qué? Para que pueda ser criado en la Bratva. ¿Como te criaron a ti?

La miro fijamente. No sabe cuánto me ha dolido esa última pregunta. Sus hermosos ojos ámbar que me infectaron con tanto deseo ahora albergan un resentimiento desbordante. Aún no es odio, pero va camino de serlo.

Y no puedo *soportar* esa posibilidad.

—Sí —susurro—. Lo habría hecho.

—¿Te habrías sentido bien por ello?

Me aclaro la garganta, el aire de repente se siente demasiado seco para inhalar.

—Si no te hubiera conocido, sí. Me habría sentido bien. ¿Pero ahora? —sacudo la cabeza—. Sé que me tienes miedo, Liya. Pero a veces yo te tengo miedo a ti.

Su pregunta suena tan pequeña que casi se me escapa:

—¿Por qué?

—He *hecho* cosas que harían que la gente se desmayara —le explico—. He *visto* cosas que harían que a hombres adultos se les debilitaran las rodillas. He *tenido* que…

Busco las palabras en el cielo. Pero no están ahí arriba. Están en mi corazón. Donde ella ha hecho un nido.

Cuando la miro, las palabras vienen a mí poco a poco.

—Tengo miedo de *perderte*, Liya.

Su expresión se suaviza.

—Pavel…

—Me haces sentir cosas. Haces que me *importe*.

Las emociones batallan en su rostro. Deseo, confusión, lujuria, concesión… está teniendo una de esas luchas que le dificultan hablar. Y aunque es extraño poder ver sus estados de ánimo, es reconfortante saber que me he metido en su piel tanto como ella en la mía.

—Como una pequeña zorra —susurro mientras le acaricio la mejilla—. Te has metido en mi corazón tan profundamente que ya no recuerdo lo que es vivir sin ti a mi lado —paso el pulgar por debajo de su ojo, limpiando una lágrima—. Y no *quiero* recordar cómo es eso.

—¿Qué intentas decir?

Las palabras bailan en mi garganta, burlándose de mí. Podría decirlas. Incluso podría decirlas en serio.

Pero eso lo cambiaría todo.

Decirlo lo haría real. Y hacerlo real expondría cada nervio de mi cuerpo a todos los elementos.

Estaría demasiado vulnerable para manejar cualquier cosa.

No es el momento ni el lugar. Ella no *está* preparada. *Yo* no estoy preparado.

Pero tengo tantas ganas de decirlo.

Se inclina hacia mí y me toca el dorso de la mano con la palma. Cuando sus labios se unen a los míos, olvido mis miedos y la frase que quería decir. Las palabras son inútiles. Las acciones son lo único que importa. Las acciones respaldadas por el honor y la intención son aún más fuertes.

Y puedo mostrarlo mejor que decírselo.

La silla cruje cuando ella se mueve hacia mí. Se arrastra hasta mi regazo y cada beso es más hambriento que el anterior. Es un asalto voraz a mi boca que me deja atónito e igual de hambriento, con el cuerpo vibrando de deseo por ella. Algo ha cambiado entre nosotros. Algo ha encajado como un pestillo perfectamente alineado.

Le acaricio las nalgas, le acaricio los muslos, le acaricio la piel con ligeros toques que la hacen gemir con cada beso. Su lengua roza mi labio y me la meto en la boca, arrancando un gemido de lo más profundo de su ser. El sonido de su excitación me vuelve loco y sé que pronto tendré que hacer algo al respecto.

Me muerde el labio inferior y luego toma aire, jadeando mientras enreda los dedos en mi pelo. La forma en que dibuja círculos en mi cuero cabelludo enciende un impulso primario, un nudo que se aprieta en mis entrañas cuanto más tiempo pasa sentada sobre mi polla, que se endurece.

Intento levantarme, ponerla en pie, pero me rodea la cintura con las piernas y tropiezo un poco, cayendo encima de ella en la silla en la que ella estaba sentada hace un momento. Con una risita ronca, la separo de mí y me levanto, tendiéndole la mano.

Está más guapa que nunca. Las mejillas teñidas de rosa por la lujuria, las pupilas dilatadas, el pelo creando ríos marrones oscuro y caramelo alrededor de los hombros. Me mira la mano y luego me mira a mí, con curiosidad mezclada con deseo ebrio.

—*Rodnaya Lisichka* —le digo—. Acompáñame abajo.

—¿Qué hay ahí abajo?

Me coge la mano sin esperar mi respuesta. Y no puedo evitar sentirme orgulloso de que confíe en mí para guiarla hacia el interior del yate. Me sigue hacia la puerta mientras una oleada de emociones inunda mi cuerpo.

Después de esta noche, no tendré remordimientos. No tendré que vivir con las historias atormentadas de lo que podría haber sido. Sé que mi vida será diferente con Liya. Sé que ella es ahora una tierna porción de mi corazón que podría herirme fácilmente.

Pero eso ya no importa.

—Ven y lo verás, Liya —me burlo—. Si te atreves…

Capítulo 33
Liya

Nada me impide meterme en la cama junto a Pavel.

Porque me atrevo. Porque soy su reina. Porque sé que aquí nada puede hacerme daño.

Ni siquiera él.

Unos dedos más ligeros que la brisa veraniega recorren mi cuello, bailan a lo largo de mi hombro y luego trazan el escote de mi vestido. Sus labios se unen al ballet de sus dedos que se sumergen bajo la tela. Me acaricia el escote y el pezón.

Me arqueo hacia él.

—Pavel…

Su zumbido concluye su beso mientras flota hacia mi garganta, deslizando su mano hasta la cremallera de mi espalda. El sonido de la cremallera tartamudea en el silencio, haciéndome estremecer, sintiendo la profundidad de sus palabras en su contacto insistente.

Tengo miedo de perderte, Liya.

Me estremezco mientras me desviste capa por capa. Pronto me besa el pecho y me recorre con los dedos el tatuaje del hombro. No necesito verlo para saber exactamente dónde me está tocando. Ahora soy suya, cada centímetro de mí.

Y le pertenezco en todos los sentidos.

Sus labios dejan un rastro de calor entre mis pechos mientras viajan hacia el sur, deteniéndose justo encima de mi montículo. Apenas puedo ver a través de mis párpados agitados y gimo cuando me doy cuenta de lo que está a punto de hacer. En un momento, está claro como el cristal; al siguiente, es un borrón de carne. No parece real hasta que sumerge su lengua en mi raja.

Mis párpados se abren.

Soy un amasijo de miembros temblorosos, súplicas incoherentes y gemidos cada vez más fuertes. De algún modo, él me abre con los mismos movimientos que ha utilizado antes, metiéndose bajo mi piel, figurativa y literalmente.

Pero no son los mismos movimientos. Su intención es diferente, motivada por la conversación de arriba. Ya no es el lobo voraz que antes me engullía.

Ahora es mi protector.

La presión florece en mi interior cuando desliza sus dedos dentro de mí, acariciándome al ritmo de su posesiva lengua. Cada palpitante vibración levanta mis caderas de la cama mientras clavo las uñas en las sábanas. Su nombre resbala perezosamente de mis labios, sílabas retorcidas por una hermosa agonía.

Y entonces exploto.

Sus dedos se ralentizan junto a mi orgasmo, pero no se detienen. Mueve las caderas entre mis piernas y me besa hambriento, con el pulgar recorriendo fervientemente mi clítoris. Me agarro a sus hombros cuando un espasmo me sacude.

—Pavel, yo…

—¿Sigues corriéndote?

La conmoción y la euforia me recorren mientras gimo.

—*Sí*…

—Así es, *rodnaya*. Ríndete a mí.

Me penetra con embestidas lentas y tortuosas que me abruman, una nueva fuerza me arranca un maullido de sorpresa. Se traga mis gemidos mientras se abre la camisa, revelando los planos musculares que he llegado a conocer íntimamente.

Como él, conozco todos sus miedos, sus planes, sus pensamientos. Igual que él conoce los míos. Ahora estamos conectados de un modo que podría separarnos.

Y que podría hacernos más fuertes.

El calor irradia por todo mi cuerpo cuando se apoya en una mano y me mira a través de una cortina de pelo. Enhebro los dedos entre los mechones para revelar su intensa mirada. Esos ojos me quemaron una vez.

Ahora me absorben como si no pudiera saciarse.

De mí… me *mira* así.

Gruño cuando me empuja las rodillas hacia el pecho. Esa sonrisa taimada aparece cuando mi expresión se tuerce. Me está torturando. Y además lo está disfrutando.

Un ritmo más lento agita mi sensibilidad, enviando ondas de choque a mi centro. Mi excitación se duplica, el calor recorre todos los lugares en los que nos conectamos mientras él retira lentamente los dedos, pero lo suficiente para volverme loca.

Gimo.

Su sonrisa se ensombrece.

—¿Qué pasa, *rodnaya*?

Muevo las caderas.

—Solo… no dejes… de… moverte.

Arquea la ceja derecha y vuelve a meterme los dedos.

—¿Así?

La electricidad recorre mis miembros mientras me agito sin control, luchando por abrazar sus hombros. Sus implacables bombeos me envían a otro orgasmo que me tensa y me trae una nueva capa de calor al cuello.

No es hasta que su pulgar roza mi labio inferior que me doy cuenta de que me está acariciando la raja con la polla. Me muero de ganas de que me reclame, de que me folle, de que me llene. Me agarro a sus caderas, ansiosa por sentir la familiaridad de su grosor. Estoy tan desesperada que me salto mi canal por completo y deslizo su polla contra mi clítoris.

Él gruñe mientras me muerde el cuello. Cuando sus labios se acercan a mi oreja, susurra:

—Aún no he terminado contigo.

—Pero quiero tu polla.

Me agarra de la barbilla y me clava los ojos en el cráneo.

—No lo repetiré, *rodnaya*.

Besos voraces decoran mi cuello mientras me hace rodar hacia un lado. Arrastra sus labios por mi cuerpo, acurrucándose entre mis muslos. Su dura polla queda a la vista e instintivamente me la trago, gimiendo de satisfacción cuando la punta roza el fondo de mi garganta.

El instinto toma el mando. Nuestros cuerpos se retuercen y chocan, los zumbidos hacen vibrar el aire que nos rodea mientras corremos perpetuamente al borde de la cordura. Entrelaza su lengua en mis pliegues con avidez, el ritmo lento y burlón se pierde en la urgencia. Mi respiración se acorta, mi corazón se acelera, mis músculos se contraen en rápida sucesión. Me pierdo.

Y estallo de nuevo.

Después de sucumbir a su esfuerzo, me desplomo sobre mi espalda, vagamente consciente de los movimientos de su cuerpo. Apenas puedo mantener los ojos abiertos, con la boca floja y la

garganta débil por los gemidos. Me acaricia la garganta y me echa la cabeza hacia atrás con la nariz.

—Respira, *rodnaya*… Eso es… *Buena chica*…

—Por favor —jadeo—. Te necesito, Pavel.

Se ríe suavemente mientras me acaricia la entrada con la polla.

Me arqueo hacia él. ¡*Por fin!*

—Ábrete más —me ordena mientras se desliza dentro de mí. Levanto las piernas y me agarro las rodillas mientras mis músculos se esfuerzan por obedecer—. Oh, *Lisichka*, estás tan *mojada*.

El gemido que escapa de mi garganta me sorprende. Me sorprende no poder hacer nada a estas alturas, y más aún lo mucho que quiero que él me haga.

Empuja con fuerza y luego retrocede lentamente, provocando tensión en mi interior. Cada terminación nerviosa de mi raja está en carne viva y se estremece cuando se desliza contra mí. La carne tierna grita pidiendo alivio, no importa si es el final o la pequeña muerte que acecha a la vuelta de la esquina. Estoy completamente abierta a él, flácida por su boca y sus dedos.

Cuando me toca la barbilla, gimo débilmente, concentrándome con esfuerzo en sus ojos. Esos glaciares verdes escarchados brillan de afecto mientras él se introduce entre mis piernas, con los muslos doloridos mientras me fuerzo a mantener las piernas abiertas. Estoy pendiendo de un hilo.

Pero lo hago por él.

Sus cejas se fruncen y se hunde profundamente, endureciéndose mientras se inclina sobre mí. Se corre tan fuerte que se desploma sobre mí, dejándonos sin aire a los dos. Incluso con su aplastante peso, lo único que siento es euforia. Unas brasas incandescentes residen en mi centro, mezclando todas esas maravillosas sensaciones. Recorro su espalda con los dedos y le acaricio la oreja, escuchando con satisfacción el raro suspiro de rendición que suelta.

Es entonces cuando me doy cuenta.

Así es como se siente el para siempre.

***

Una semana después, estoy teniendo un duelo de miradas con la barrita blanca que he llegado a amar y odiar.

Y ahora mismo, creo que me encanta.

—Es positivo —miro mi reflejo en el espejo mientras la punta de mi nariz se enrojece—. Oh, Dios mío, estoy embarazada.

Un torbellino de sentimientos se abalanza sobre mí: euforia, alivio, ansiedad, hambre, y todo me hace salir corriendo del baño. Tardo dos minutos en encontrar a Pavel en la terraza con Viktoria. Primero ella levanta la vista y me saluda con su habitual sonrisa interrogativa hasta que ve la varilla en mi mano.

Deja la tetera en el suelo mientras maldice en ruso.

—*Krolik*, siéntate. Estás pálida.

Pavel corre a mi lado.

—¿Eso es…? —su rostro se queda en blanco cuando ve las dos líneas rosas. Deja para un instante y recupera la calma cuando saca su teléfono—. Voy a llamar a la Dra. Atlee ahora mismo.

El tiempo se acelera a la vez que se ralentiza. La terraza se inclina. Las nubes se espesan en el cielo mientras el algodón se expande en mi garganta. Cálidas lágrimas pinchan mis ojos mientras me aferro a la barrita blanca, incapaz de soltarla.

—Estoy embarazada —repito con la voz quebrada—. Voy a ser madre.

—Sí —asiente Viktoria mientras me toca el hombro—. Vas a ser una estupenda madre, *krolik*.

Sonrío débilmente. Es todo lo que puedo hacer. Y cuando veo a Pavel radiante de orgullo desde el otro lado de la mesa, lo único que puedo esperar es estar a la altura de esa declaración.

***

La Dra. Jory Atlee es una mujer burbujeante, notablemente alta y esbelta, con una sonrisa que me tranquiliza en cuanto entra en la habitación. Es increíble, teniendo en cuenta que el ambiente frío y estéril contrasta con su cálida energía.

—Buenos días, Liya. ¿Cómo te encuentras hoy?

Me río nerviosamente.

—Sinceramente, no estoy segura.

—Es de esperar cuando estás embarazada.

—Sólo estoy confusa. Me hice un test la semana pasada y dio negativo.

Mira el portapapeles que tiene en la mano y se ajusta las gafas de montura de alambre que lleva

en la nariz.

—Sí, probablemente fue un falso negativo. Los dos análisis de orina que hicimos aquí dieron positivo. Así que definitivamente estás embarazada.

—Definitivamente embarazada —suspiro—, entonces, ¿qué tengo que hacer ahora?

—Bueno, vamos a hacerte unos análisis de sangre para asegurarnos de que tu estado de salud actual es bueno. Después de eso, puedo darte una lista de alimentos ricos en nutrientes que puedes comer para ayudar a crecer a tu bebé.

Se me abren los ojos y se me revuelve el estómago. Me toco ligeramente la tripa al recordar el almuerzo en Momo's con Willow.

—Mierda, tomé mimosas la semana pasada —la culpa me irrita las tripas—. ¿Le he hecho daño al bebé? ¿Él… o ella… estará bien? ¡Tomé un montón!

Me dedica una sonrisa tranquilizadora.

—Estás bien, Liya. Estarás bien mientras no conviertas la bebida en un hábito frecuente.

—No más mimosas. Entendido.

—¿Fumas?

Sacudo la cabeza en negación.

Garabatea en el portapapeles.

—¿Pasas tiempo con fumadores?

—Algunos brigadistas fuman, pero en general, no.

Más garabatos.

—¿Sufres algún tipo de estrés adicional? ¿Trabajo, escuela, familia?

Casi estallo de risa. Ella debe de ver la diversión en mi cara porque añade:

—Cualquier cosa que se salga de lo normal para ti.

Se me caen los hombros.

—En realidad, he estado pensando en estudiar medicina.

—¿En serio? —sonríe con aprobación—, ¿doctora o cirujana?

—Doctora. Me gustaría trabajar con niños. Aún no estoy segura.

Ella asiente.

—Sin duda es un trabajo gratificante. Desafiante pero gratificante, al fin y al cabo.

—¿A qué tipo de retos se enfrentó?

—¿Aparte de ser una mujer que intenta competir con un puñado de tíos que creen que siguen en la fraternidad de la universidad? —suelta una risita y se aprieta el portapapeles contra el pecho, aunque deduzco que es más por costumbre que por protección. Sonríe tanto que sus ojos se cierran como rendijas—. Largas noches de estudio, rigurosos exámenes y un alto nivel de exigencia. Pero no es imposible.

Sonrío ansiosa.

—¿Incluso para las madres primerizas?

—Puede que te sientas un poco culpable equilibrando tu horario, pero tengo fe en ti, Liya.

Me río.

—¿Desde ya? Si apenas me conoce.

—Cualquiera que pueda con Pavel Sergeyevich y sus brigadistas es una mujer fuerte.

—Bueno, eso es justo.

Ella sonríe.

—Entonces, ¿a qué escuela quieres ir?

—Tengo una entrevista la semana que viene en Weill Cornell.

Ella jadea.

—¡Ahí es donde yo fui! Puedo hablar bien de ti si quieres. Todavía estoy activa en la comunidad de ex alumnos. No sería ninguna molestia.

—Gracias, Dra. Atlee, pero quiero hacer esto por mi cuenta.

—Entiendo eso —acerca un taburete acolchado a la mesa de exploración y se sienta. Dirige su mirada hacia la mía—. Tampoco está de más admitir primero que necesitas ayuda y luego pedirla.

Por un segundo, casi dejo de respirar. Esta mujer que no sabe nada de mí más que mi historial médico y el color de mi orina me está dando consejos. Un *buen* consejo. Como si se preocupara por mí o algo así.

Parpadeo rápidamente hasta que ella me mira fijamente.

Sonrío.

—Lo siento, es que… —me encojo de hombros, intentando articular mis sentimientos. Me están pasando muchas cosas en este momento—. He pasado gran parte de mi vida haciendo las cosas sola, así que nunca me había planteado que quizá sea yo la que necesita ayuda, ¿sabe?

—Al principio es difícil aceptar ayuda. Hablo por experiencia —su sonrisa cómplice alivia las náuseas que crecen en mi estómago—. Pero la práctica hace al maestro, ¿no?

—Sí.

Se concentra en el portapapeles, lo que me da un momento para pensar.

No estaría mal tener la palabra de alguien que me respalde durante la entrevista. Sobre todo, si se trata de una mujer de éxito como la doctora Jory Atlee.

Me retuerzo las manos y me aclaro la garganta.

—¿Dra. Atlee?

—¿Sí, Liya?

—Si me encantaría que hablara bien de mí. Cuando tenga la oportunidad.

Sonríe alegremente.

—Por supuesto. Déjame tomar nota y luego podemos hacer un examen rápido.

El resto de la cita transcurre a toda velocidad, con la Dra. Atlee dándome sugerencias sobre marcas de vitaminas prenatales, grupos de yoga prenatal y clases de Lamaze. En cuanto termina la consulta, me levanto de la mesa y me dirijo a la puerta con la copia impresa de la información sobre mi visita.

—¿Liya? —me llama— Antes de que te vayas.

Me doy la vuelta.

—¿Sí, Dra. Atlee?

—Tienes un buen marido —dice—, aunque a veces no lo parezca.

La detallo en silencio. ¿Sabe ella algo que yo ignoro? ¿O Pavel le ha dicho algo?

Me acuerdo de la tarde que pasamos en el yate y se me acelera el corazón solo de pensar en Pavel tocándome así el resto de mi vida.

Sonrío y asiento con la cabeza mientras giro el pomo de la puerta, diciendo:

—Sí, creo que estoy empezando a darme cuenta.

Capítulo 34
Pavel

Mis brigadistas se acomodan en sus asientos sólo después de que yo me he puesto cómodo. Miro a Stepan, que me apoya con una inclinación de cabeza. Se me encoge un poco el pecho cuando miro el asiento vacío de enfrente.

Pero no permito que dure mucho. Miro a Gennadiy y luego a Kostya. Miro alrededor de la mesa.

Golpeo la carpeta de informes que tengo delante.

—Chicos, tengo grandes noticias —hago una pausa para que surta efecto. Un alfiler golpeando la mesa podría sonar como una bomba ahora mismo—. Mi mujer está embarazada.

Un aplauso recorre la sala, las sillas chirrían mientras los hombres se agitan emocionados. Una sonrisa incontrolable se dibuja en mi cara y dejo que suceda, apartando la expresión de acero por un segundo.

La triunfante emoción contagia a la sala. Es tan bueno como un golpe exitoso.

No, es mejor que eso. Es la energía de apoyo que he deseado todo este tiempo.

Levanto las manos para reducir el ruido estático de la conversación.

—Enfoquémonos.

Murmullos acallados azotan la mesa y luego se desvanecen, reduciéndose al silencio total una vez más.

Cuando me convenzo de que se han calmado lo suficiente, digo:

—Eso significa que mi mujer necesita protección las veinticuatro horas del día. Quiero tres hombres con ella en todo momento. Aunque sea para ir al médico. O cuando esté con Willow. O cuando esté conmigo.

Todos los brigadistas de la sala asienten.

Me aclaro la garganta y golpeo la carpeta.

—Cardona y Kiril podrían atentar contra su vida. Nuestro hijo es la llave al trono de Citta Nostra. No podemos permitirnos perderla, ¿entendido?

—¡Sí, Pavel Sergeyevich! —dicen todos al unísono.

Sonrío.

—Estupendo. Ahora a los viejos asuntos —abro la carpeta—. Como discutimos recientemente, hemos detenido la operación de la galería. Es una medida temporal mientras intentamos desenterrar un buen material.

Miro a Stepan, que asiente y se vuelve hacia los demás.

—Nos estamos centrando en la red de la policía de Nueva York, intentando acabar con los polis corruptos. Tendremos que redoblar la vigilancia y vigilar de cerca.

—No os alejéis de las zonas predeterminadas —ordeno. Con voz firme, añado—: Aunque necesitéis mear. Me importa una mierda si tienen que mearse encima. No podemos permitirnos más cagadas.

Todos los ojos se posan en la silla vacía.

La ira me invade brevemente, una marea contra la que he estado luchando desde que Volodya fue asesinado bajo la custodia de esos cabrones testarudos en el centro. Me tomo un segundo para reunir fuerzas y mostrar a mis chicos exactamente lo que necesitan ver.

Un líder.

Un poderoso líder que puede manejar cualquier contratiempo.

Un Pakhan.

Me encojo de hombros y continúo:

—Una vez que descubramos la red, podremos hacer un ataque para acabar con ellos. Eso significa que tendremos que hacer acopio de armas.

La fuerza de la memoria se impone mientras informo a Kostya de las armas a las que debe dar prioridad. Los otros brigadistas escuchan atentamente mientras Stepan se levanta para rellenar su café. Me doy cuenta de que comprueba su arma al otro lado de la habitación.

Ni siquiera él es consciente de lo que estoy haciendo a puerta cerrada.

Necesito señuelos. Y muchos.

Parte del arsenal será despojado de sus percutores para eliminar a posibles desertores. Aunque espero que Stepan no esté entre ellos, no puedo arriesgarme a asumir que no lo está.

Es un riesgo que no puedo permitirme correr.

Cualquiera que esté pensando en traicionar a la Bratva o a mí tendrá que responder ante algo más que yo. Tener un heredero al trono hace hervir la sangre de muchos y anima a los soldados a

defender a su rey. ¿Qué mejor manera de asegurar su lealtad que darles la esperanza de que el plan que hemos trazado está volviendo a su cauce?

Ganaremos esta guerra. Incluso si eso significa perder a algunos más de ellos.

—Eso es todo por hoy —digo cuando termino—. Pueden retirarse.

Kostya se mete la lista que le he dado en el bolsillo y sigue a los demás hasta la puerta. Más felicitaciones me rodean mientras algunos de mis brigadistas se acercan a estrecharme la mano. Estoy orgulloso de contar con su apoyo, incluso con la posibilidad de que haya un topo, o dos, entre nosotros.

Sólo espero que no sea cierto.

Stepan es el último en salir. La puerta se cierra con un chasquido que me recuerda la siguiente tarea de la lista. Mi día apenas ha terminado y lo único en lo que puedo pensar es en subir a ver cómo está Liya. Mientras saco el teléfono del bolsillo, la imagen mental de su expresión vuelve a mí con toda su fuerza.

Lucía tan feliz.

El pensamiento me fortalece mientras escucho el trino de la línea en mi oído. Kiril debería contestar en cualquier momento. Y cuando lo haga, diré las frases que practiqué con Liya.

Hablar en público me resulta natural. Muchas de mis reuniones implican hablar en un momento dado ante mis brigadistas o ante completos desconocidos. Es territorio conocido, el tipo de reto que me hace avanzar con confianza.

Pero oír el interminable trino de la línea hace que el corazón me lata con fuerza en el pecho.

Cierro la llamada y dejo el teléfono sobre el escritorio, mirando fijamente la pantalla.

Se supone que es una tregua, pienso. *Pero no puedo hacerlo si no me coge el teléfono*.

Mis dedos tamborilean sobre el escritorio, a ambos lados del teléfono. Liya dijo que sería mejor dejar pasar unos minutos entre los intentos. Demasiadas llamadas a la vez parecerán desesperadas. Muy pocas no transmitirán la urgencia. Tiene que ser lo justo.

El segundo intento me pone de mal humor. Kiril no contesta al teléfono. Mi información no está mal. Este es el número que está usando actualmente.

Entonces, ¿por qué *carajo* no contesta al teléfono?

Probablemente sabe que le estoy vigilando. Frunzo el ceño mirando la pantalla. *Eso significa que probablemente también me esté mirando a mí.*

La pantalla se apaga y me obliga a girarme en la silla. Miro fijamente la ciudad, absorbiendo el bullicio apagado de las calles, la brillante iluminación de los edificios y la riqueza del cielo con un derroche de tonos azules enturbiados por nubes blancas y grisáceas.

La voz de Liya entra en mi mente: *Sé paciente. Deja que piense que es idea suya. Sé el diablo en su oído. Se te da bien hacer eso.*

Mi astuta zorrita sabe exactamente cómo resaltar mis puntos fuertes… y también los suyos. Ella es más inteligente que cualquier mujer que he conocido.

Zoya nunca podría haber sido tan comprensiva o elegante.

Miro mi teléfono.

Zoya.

¿Qué mejor contacto que una niña de papá que haría cualquier cosa por su padre?

Levanto el teléfono del escritorio y busco entre mis contactos, el corazón me late con fuerza cuando encuentro su número. Hacía siglos que no lo marcaba. Había olvidado incluso que estaba guardado en mi teléfono. Esa es la impresión que ella dejó en mí.

Mi pulgar se posa sobre el botón verde de llamada. Estoy a unos minutos de poner en marcha el resto de mi plan. Y después de eso, las cosas serán muy diferentes.

Aun así, vacilo.

Un momento de irritación vale más que el éxito que vendrá después.

Pulso en su nombre.

Cuando me acerco el teléfono a la oreja, me giro a medias hacia la ventana, intentando mantener la atención en algo. La línea suena tres veces antes de hacer clic.

La persona que contesta saca a la superficie todas las moléculas de ira de mi cuerpo:

—Creía que le había dicho a ella que borrara tu número.

Me rechinan los dientes mientras me agarro al borde del escritorio. Y cuando estoy listo, digo con calma:

—Jonas, ¿qué coño haces con el teléfono de *Zoya*?

—¿Qué coño haces *tú llamando* a su teléfono?

—Eso es asunto mío y sólo mío.

Se ríe entre dientes. El sonido me irrita hasta la médula y me hace clavar las uñas en la madera del escritorio. Siento la resistencia de la madera contra mi agarre, pero sigo haciéndolo.

—Ahora somos amigos. ¿No te has enterado? —bromea como si fuéramos viejos amigos—. Me cansé de esperarte.

—¿Para qué?

Resopla.

—Por las malditas promesas que hiciste. ¿O también las olvidaste, Pavel?

—Hay un orden delicado en estas cosas, Jonas. Tu impaciencia demuestra tu incapacidad para manejar la responsabilidad que conlleva dirigir la Citta Nostra.

—Sí, me imaginé que dirías algo así. Por eso encontré otra manera.

Pongo los ojos en blanco.

—No conseguirás mucho con ella.

—Soy perfectamente capaz de cuadrar mi agenda. A ella no le importa follar entre reuniones.

Casi me dan arcadas.

—Echando mi suerte con ellos he conseguido más que cualquier cosa que tú me hubieras podido dar —continúa—. Kiril no rompe sus promesas.

—Kiril no hará más que utilizarte como medio para un fin.

Se ríe.

—¿Como lo hiciste tú? Al menos él es sincero al respecto.

—No ganarás nada, Jonas. Te echará a los perros cuando haya agotado tu utilidad.

¿Acaso no estoy planeando yo lo mismo? Claro que sí.

Pero él no lo sabe.

Mi mirada se endurece ante la magnífica vista que tengo de la ciudad.

—Te arrepentirás de cambiar de bando, Jonas. Kiril es mi enemigo. Sabes hacer cuentas, ¿verdad? —sonrío sombríamente—. Parece que no sabes hacer mucho más.

—Suena como si ya te hubieras cansado de mi hermana y quisieras recobrar lo que tenías antes —me acusa—. Así que, sea lo que sea lo que estabas pensando, saco de mierda, no lo vas a conseguir. Ella es *mía* ahora. Ni se te ocurra intentar arrastrarte de vuelta.

Tengo que contener la risa.

¿De verdad cree que echo de menos a ese lamentable pedazo de culo? Zoya fue una de las peores folladas que he tenido. Apenas sabía lo que hacía. Ni siquiera intentaba complacerme. Sólo imitaba lo que veía en el porno.

E incluso entonces, fallaba en eso.

La imitación nunca fue su fuerte. Apenas tenía puntos fuertes dignos de mención, y menos aún su lealtad. Si me hubiera casado con ella, su lealtad habría permanecido con su padre. Nunca se habría entregado a mí por completo.

Y *nunca* me habría amado como Liya me ama ahora.

La furia se apresura a alimentar mi próximo ataque verbal. Pero apenas tengo tiempo de pronunciar alguna palabra cuando Jonas grita:

—¡Seguro que quisiste volver con Zoya en cuanto Liya te lo dijo!

Mis músculos se ponen rígidos.

—¿Qué dices?

—¿No te lo dijo? —tararea dramáticamente—. *Vaya*, me pregunto por qué no lo hizo.

—Hijo de…

—Porque se lo dije hace una *semana* —agrega Jonas.

La línea chasquea y la llamada se corta en mi oído. En su lugar escucho el tamborileo ensordecedor de mi corazón. Bajo el teléfono despacio y lo dejo sobre la mesa, mirando la pantalla hasta que se queda en negro.

Liya no me lo dijo.

Aprieto el borde del escritorio con tanta fuerza que me duelen los músculos. Un pitido agudo silba en mis oídos mientras mi sangre se acelera. El instinto de lucha o huida entra en acción. Esta vez no hay opción de detenerse. Tengo que hacer algo.

Ella lo sabía. Respiro hondo, me ajusto la corbata y me paso los dedos por el pelo mientras me dirijo a la puerta. *Y decidió no decírmelo.*

Capítulo 35
Liya

La mesa del centro está llena de muestrarios de colores. A la derecha hay un bote de pepinillos y a su lado un enorme recipiente de leche con chocolate, acompañado de tres tazas vacías. En el suelo hay bandejas vacías de comida para llevar. Esto está un poco desordenado y me doy cuenta de que Viktoria podría entrar en cualquier momento y quejarse.

Pero estoy demasiado eufórica para preocuparme.

Las risitas resuenan en el salón mientras hojeo un libro de organización de fiestas que Willow ha cogido de camino.

Karina se sienta en el sofá a mi lado y señala la página que estoy hojeando.

—Los patos son adorables. Y el amarillo es un color de género neutro.

—¿Pero para un baby shower de la *Bratva*? —pregunto con una mueca—. Siento que los brigadistas se reirán de mí.

—No si yo tengo algo que decir al respecto —advierte Willow desde el sillón reclinable. Patea las piernas sobre el borde del reposabrazos y mueve los dedos de los pies. El crujido de sus pepinillos llena el ambiente. Dice en torno a su comida—: ¿Te acuerdas de aquel tipo de la tienda de vestidos?

Pongo los ojos en blanco.

—Recuerdo que estuvo a punto de pelearse contigo.

Traga saliva y sonríe.

—Y lo volveré a hacer, joder.

Mientras las risas llenan el aire, la puerta se abre detrás de nosotros, llamando mi atención. Sonrío y me enderezo un poco cuando Pavel entra en la habitación. Casi me da vergüenza dejar el libro a un lado sin haber tomado una decisión sobre el tema. Aunque Karina y Willow me están ayudando con el baby shower, me siento un poco perdida.

Pavel es la distracción perfecta en este momento.

—Hola, ¿cómo te ha ido abajo?

Stepan entra en el vestíbulo detrás de él.

Frunzo ligeramente el ceño.

—Supongo que no fue muy bien si él está contigo.

Pavel se detiene junto al lado del sofá más cercano a su hermana.

—Karina, Willow. Fuera.

Me doy la vuelta.

—¿Qué pasa?

No da ninguna explicación. Ni siquiera me mira. Simplemente agrega con firmeza:

—*Ahora*.

Karina sale disparada del sofá como un ciervo de la carretera.

Willow se sienta y planta los pies en la alfombra, clavando físicamente los talones en el suelo.

—Por encima de mi cadáver —señala ella.

—Como quieras —contesta Pavel, haciendo una seña hacia Stepan.

El corazón se me sube a la garganta y levanto las manos.

—Espera, Pavel, *no*.

Stepan entra en la habitación y se queda de pie junto a Pavel, con los ojos alerta y fríos. *Seco*.

Pavel señala a Willow y le ordena:

—Sácala.

Sin mediar palabra, Stepan obedece. Su expresión es ilegible y tan inexpresiva como un lienzo estirado. Engancha los brazos de Willow a la espalda y la levanta por encima del respaldo del sillón, arrastrándola hacia la puerta. Ella grita y maldice, pataleando y tirando de los brazos mientras lucha contra el hombre que, sin duda, podría inmovilizarla con un meñique.

—¡Maldito *gilipollas*! —grita Willow—. ¡Si le haces algo, te mato, joder!

Pavel cuadra su mirada seria sobre ella.

—¿Eso es una amenaza, Willow?

Me levanto y pongo mis manos en su pecho.

—No lo dice en serio. Solo está enfadada. No le hagas daño, Pavel. *Por favor*.

Sacude mi toque con los hombros para avanzar hacia la puerta.

—Stepan, si me vuelve a amenazar, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Por supuesto, Pavel Sergeyevich —contesta Stepan.

Chillo mientras retrocedo hacia la puerta de la terraza. El sonido de la puerta al cerrarse me revuelve el estómago.

Mi marido no ha vuelto hoy a casa.

Ha venido el monstruo.

Se da la vuelta para mirarme, con sus apuestos rasgos distorsionados por el disgusto. Y no puedo imaginarme qué demonios he hecho para ganarme esa mirada.

No, pienso mientras doy un paso hacia él. *No voy a retroceder. Soy su reina. Merezco respuestas.*

—¿Qué demonios está pasando? —pregunto mientras cruzo mis brazos sobre el pecho—. No tenías que ser tan jodidamente grosero. Siempre puedes pedir hablar conmigo, ¿sabes?

—Darte esa impresión fue un error —afirma con frialdad—. Como lo fue confiar en ti.

Mis brazos se aflojan un poco.

—¿De qué estás hablando?

Acorta la distancia que nos separa con unas cuantas poderosas zancadas. Endereza los hombros, sus músculos flexionados destilan un calor furioso mientras se eleva sobre mí. Sus fosas nasales se inflan. Sus pupilas se dilatan para aspirar cada centímetro de mí y observar cada uno de mis movimientos. Una vena le tiembla en la sien izquierda, el mismo lugar donde suelen acechar la decepción y la irritación.

Otra vez no, pienso. *Por favor, otra vez no*.

Intento mantenerme firme. Intento tensar los brazos sobre el pecho y mantenerme lo más erguida posible. Es difícil cuando no llevo tacones. Podría ponerme de puntillas, pero me parece demasiado tonto, demasiado evocador del tiempo que pasamos en el río.

Ese tiempo fue mágico.

¿Pero esto? Esto es una pesadilla a punto de suceder.

No se echa atrás. No suaviza sus facciones. Sus ojos arden con la misma fuerza que cuando nos conocimos.

Y entonces recuerdo exactamente con quién me casé. No con un caballero de brillante armadura. No con el hombre de mis sueños.

Sino con un monstruo.

Un Pakhan.

Y uno poderoso.

—¿Exactamente cuánto tiempo planeabas guardar tu pequeño secreto, Liya? —me pregunta en voz baja.

No me engaña el volumen en absoluto. La animosidad acecha en esas palabras. Suficiente para destrozarme.

Mi ceño confuso hace que se burle.

—Jonas y Zoya —dice en voz alta—. ¿Cuánto tiempo pensabas ocultármelo?

Mis músculos se aflojan casi instantáneamente. Me tambaleo hacia el sofá y me dejo caer sobre los cojines, con una brisa ártica azotándome por dentro. Paso del calor al frío en cuestión de segundos, con toda la ansiedad que conlleva ese cambio de temperatura. Me corre el sudor por la nuca mientras me inclino hacia mis rodillas e intento esconderme de su mirada penetrante.

Dios, ¿qué le digo?

¿Y cómo se ha enterado?

Pavel da un paso amenazador hacia mí.

—Levántate.

—No puedo.

—¡Levántate, Liya! ¡Mírame a la cara!

Me encojo ante su tono irritado. Me duele tanto como su mirada.

—Ya te he dicho que *no puedo,* Pavel. Mis piernas no me sostienen. Estoy demasiado…

Empiezo a jipiar.

Me llevo la mano a la boca para ocultar el sollozo, pero es demasiado tarde. Ya he mostrado mi

debilidad. Ni siquiera puedo hacerme la tonta a estas alturas.

Me ha pillado.

Me agarra por los brazos y me levanta de un tirón. Jadeo y me cubro el vientre con las dos manos, presa del pánico. Sucede tan rápido que no me doy cuenta de que lo estoy haciendo.

Y la expresión de su cara me dice que él tampoco se da cuenta de lo que está haciendo.

Pero no dura mucho. El arrepentimiento o la culpa que pudiera sentir se disipan y el Pakhan adopta la posición que le corresponde, erguido y soltándome los brazos. No me deja espacio. Se mantiene cerca, conservando la ventaja al mantenerme atrapada entre él y el sofá.

—¿Cuánto tiempo? —exige—. ¡Contéstame, Liya!

—Yo no… no estaba…

Gruñe.

—¡No me mientas!

—No sabía cómo decírtelo.

—¡Y una mierda!

Me tiembla el labio inferior mientras cruzo los brazos sobre el estómago. No puedo evitarlo. Mi único instinto es asegurarme de que mi bebé no se lastime.

—Hablo en serio, Pavel. Me confundí. No sabía cuándo ni cómo decírtelo.

—Podrías habérmelo dicho inmediatamente —sacude la cabeza, con la cara cubierta a partes iguales de incredulidad y agitación—. Parece como si hubieras estado trabajando con él todo el tiempo.

Le miro con ojos desorbitados.

—Pavel, ¡no!

—¿De verdad crees que podrías pasarme algo así por encima?

—La forma en que sujetaste a Jonas sobre la barandilla —digo y mi mirada se dirige a la puerta de la terraza, al lugar donde Jonas estuvo a punto de morir—. Me di cuenta de lo dispuesto que estabas a matarlo. Y eso… —me muerdo el labio inferior y cierro los ojos, tragando la bilis que me sube por la garganta.

—Sigue, Liya —dice en tono condescendiente—. Estabas en racha. Continúa.

Intento apartarme, pero él se queda cerca, revoloteando sobre mí como un lobo hambriento.

Trago saliva y susurro:

—Mi lealtad está desgarrada entre Jonas y tú.

Se queda callado un buen rato. Creo que me está estudiando, intentando averiguar si le estoy engañando otra vez. Sé que puede leerme como a un libro, así que no me molesto en ocultar mis expresiones.

Pero no le miro. No quiero ver su ira.

Es demasiado aterrador cuando se dirige a mí.

—Zoya y Jonas juntos conducirán a problemas —afirma. No hay emociones en su voz. No hay ira. Sólo el despiadado Pakhan hablando con lógica—. Kiril no respondió a mis llamadas, y ahora tu hermano está literalmente durmiendo con mi enemigo.

—Le dije que era una mala idea.

Resopla.

—Como si te hiciera caso.

Ignoro el golpe y lo miro, tratando de encontrar al hombre del otro día, el que hablaba entusiasmado de ser padre. El que llamó a la Dra. Atlee. El que se saltó una reunión sólo para enterarse de la cita con el médico cuando llegué a casa.

¿Dónde está él?

Aspiro aire en los pulmones y susurro:

—Lo intenté, Pavel…

—Sin embargo, no me dijiste nada.

—No, yo…

Levanta la mano.

—Ya no importa.

¿Hay derrota en su voz?

Inclino la cabeza y pregunto:

—¿Cómo te has enterado? Dijiste que Kiril no contestaba al teléfono.

—Llamé a Zoya.

Consigo poner espacio entre nosotros. Hago una mueca mientras retrocedo hacia el pasillo, cubriéndome el pecho con una mano y el estómago con la otra. El corazón y el bebé. Debo protegerlos a toda costa.

—Qué hiciste ¿*qué*?

—Kiril no respondía, así que tomé otro camino.

—No puedo creer que aún tengas su número —sacudo la cabeza—. Sólo hablaste de lo poco que te gustaba. ¿Y aún tienes su número en tu teléfono?

Frunce el ceño y se acerca a mí.

—¿De verdad es lo único que te importa? ¿A quién llamo? —se ríe secamente—. Llamaré a quien coño me dé la gana si eso significa mantener a salvo a la Bratva.

Se me parte el corazón. Eso es lo único que siempre le ha importado, ¿no?

La Bratva.

Producir un heredero.

Ganar poder.

—Nunca te has preocupado por mí —susurro, la comprensión se cierne sobre mí como una nube oscura—. Sólo te has preocupado por la Bratva.

—Hay líneas que no debes cruzar, Liya. Esta es una de ellas.

Sacudo la cabeza, la pura furia me anima a dar un paso hacia él. Estoy demasiado enfadada para preocuparme por las consecuencias. Sólo puedo pensar en lo estúpida que soy por creerme cualquier cosa que él me prometiera.

—En un momento eres el chico perfecto y al siguiente…

Sus ojos se abren de par en par como preguntándome si voy a decirlo.

Y estoy jodidamente segura.

—Y al siguiente —sin pestañear, disparo—: Eres igual que mi hermano. No me ves más que como una herramienta. Luchas por el poder y la riqueza sin pensar en nadie a tu alrededor. Ni

siquiera en tu adorado triunfo.

El tic de su sien se detiene. Sus rasgos se suavizan como piedra finamente esculpida. Ya no hay nada ahí. Ni siquiera irritación.

—Si te hubiera tratado como una herramienta desde el principio, Liya —afirma—. Entonces no tendría tanto lío que limpiar.

Separo los labios para hablar, para echarle algo en cara, para dejarle cicatrices que sentirá el resto de su vida. Pero no tengo la oportunidad. Ni siquiera tengo la oportunidad de respirar cuando se da la vuelta y se marcha.

La puerta se cierra de golpe al salir. La madera golpea el marco con tanta fuerza como a mí.

Y así es como suena cuando mi corazón se rompe en mil pedazos.

Capítulo 36
Pavel

Eres igual que mi hermano.

Fue increíble que Liya me comparara con el cabrón de su hermano. No pasa un día sin que la cuide y la mime como lo haría cualquier buen marido. Como Pakhan, es mucho más de lo que se requiere de mí. ¿No se da cuenta?

Miro fijamente las páginas que tengo delante, carpetas repletas de informes individuales sobre uniformes azules sospechosos de estar sucios. Se enumeran fotos, horarios e incluso restricciones dietéticas, a mis brigadistas no les falta ni una migaja de información. Dondequiera que estén, ellos los encontrarán.

Es el principio de su fin.

Sin embargo, a pesar de lo mucho que hemos reunido y de lo cerca que estamos de lograr mi objetivo, me siento inquieto.

Agitado.

Vacío.

No me ve más que como una herramienta.

Me agarro la rodilla, intentando no perderme en una bruma de recuerdos. No me servirá de nada. Además, no está del todo equivocada.

Pero una parte de mí lo lamenta.

Suena mi teléfono y lo cojo del escritorio, sin molestarme en comprobar el identificador de llamadas.

—¿Qué?

—Veo que hay que felicitarte.

La irritación me inunda el pecho al oír su voz.

—¿Qué quieres, Félix?

—La paternidad siempre nos hace olvidar los modales, ¿verdad?

—Ve al grano de una puta vez.

Se ríe entre dientes antes de decir:

—Acabo de encenderte un puro, Pavel. ¿O se supone que es para *después* de que nazca el bebé?

Se me hace un nudo en el estómago.

Sabe lo del embarazo.

Ante mi silencio, vuelve a reírse.

—No te sorprendas, Pavel. Tengo a un tipo hurgando en tu basura desde que te casaste.

—Si intentas algo, haré que monten tu cabeza en mi pared.

—No te tomaba por cazador. No pareces tener... —gruñe con curiosidad—, el estómago para ello.

Aprieto los dientes.

—Créeme, tengo estómago para muchas cosas.

—No te preocupes. Soy un hombre sentimental. No mato a mujeres embarazadas —siento que da una calada a su puro—. Esperaré hasta que nazca tu mocoso.

—¡Aléjate de mi familia, *joder*!

Se ríe, y el sonido rasposo corta como estática la línea. Me preparo para otra ronda de amenazas cuando dice:

—Por cierto, ni idea de por qué te llevaste las estrellas de Vladimirovich. Ha sido un gran soldado para mí.

Clic.

Estoy perdiendo el control.

Kiril rechazó mis llamadas, desertó y se unió a Cardona. El conocimiento no hace la realidad menos apetecible. Mi enemigo está bailando con mi enemigo, burlándose de mí.

Timándome.

Desafiándome a hacer un movimiento.

Dejo el teléfono sobre la mesa. Pasan varios minutos mientras miro fijamente la puerta del despacho. Tardo unos minutos más en recordar dónde estoy. El día ha estado borroso. Todo me parece distante, extraño.

Mis dedos se mueven por sí solos y envían un mensaje a Stepan para llamarle. Segundos después, está delante de mi mesa. Su expresión de preocupación no pasa desapercibida.

Lo ignoro.

—Reforzad la seguridad para el baby shower —ordeno—. Cubran cada puto centímetro de este lugar con un hombre armado. Quiero gente de *guardia* las veinticuatro horas del día. ¿Está claro?

Él asiente.

—¿Algo más, Pakhan?

—Vigila los paquetes dirigidos a Liya. Cualquier cosa sospechosa debe ser desechada inmediatamente. Cualquiera que diga ser familiar lejano de Liya debe ser arrojado a la calle. Sin invitación, no hay entrada.

Mira por encima de mi cabeza, observando el paisaje que suelo observar cuando estoy pensando. Pero ahora mismo no quiero pensar exactamente. Sólo quiero pasar por este evento sin otro maldito contratiempo.

Su placa de metal está haciendo rebotar algunos pensamientos. Lo percibo.

Finalmente pregunta:

—¿Y si aparece Jonas?

—Se acuesta con el enemigo. ¿Por qué demonios iba a aparecer?

Stepan se encoge de hombros.

—Porque es familia de Liya y tu cuñado.

Ese es un punto justo. Pero no recuerdo que nadie le contara a Jonas lo del embarazo.

Estoy segura de que yo no le di la noticia.

Frunzo el ceño al recordar el otro día, cuando Liya dijo que había hablado con Jonas. Fue un error dejar que se quedara con su teléfono, pero no quería aislarla por completo del mundo.

Mucho para ser considerado. Volvió a morderme.

Por otra parte, las cosas que le dije el otro día fueron… crueles.

La amenaza de Cardona zumba en mi cerebro como un letrero de neón.

Suspiro mientras me rasco la barbilla.

—Está bien, pero no le dejes entrar si aparece. Asegúrate de que nadie lo invita. Y si intenta alguna estupidez, se las verá negras.

—Por supuesto, Pasha.

—¿Te parece suficiente?

Stepan considera mi pregunta y luego asiente.

—Más que suficiente.

Es toda la afirmación que necesito. Mi crueldad quedará absuelta dejando que su hermano viva un día más.

Aunque yo piense que es un error.

Mientras estoy enojado con Liya por ocultar información, también estoy perturbado por nuestra discusión. La forma en que me miró, la forma en que reaccionó cuando la levanté del sofá, hace que el miedo me recorra el cuerpo.

No me había mirado así desde que maté a Vorobyov. Como si yo fuera un monstruo. Me alejo de Stepan para mirar por la ventana.

—Eso es todo —suelto—. Puedes retirarte.

—¿Algo más?

Sacudo la cabeza.

—No, estoy bien. Continúa. Asegúrate de que todos conocen el plan.

—Por supuesto, Pasha.

Inclino la oreja hacia él sin girarme.

—Gracias, Styopa.

La puerta se cierra siseando. Reina el silencio.

Y mis pensamientos se agitan.

Sólo una cosa puede calmar la ansiedad que supura mi cuerpo. Ella está arriba. Todo lo que tengo que hacer es ir hacia ella.

Pero no puedo hacerlo. No puedo enfrentarme a Liya. Ni siquiera puedo *planteármelo*.

Me restriego la cabeza, inclinándome hacia la ventana como si fuera a ofrecerme refugio de mis problemas. Nada va a ayudar ahora mismo. Mejor me ocupo de mis tareas del día y vuelvo arriba.

Y en algún punto intermedio, encontraré la manera de evitar a mi mujer.

***

No vuelvo a subir.

No me molesto en decirle a Viktoria ni a Liya dónde estoy.

Me quedo en mi despacho con una botella de vodka y un Steuben, rellenando el vaso cada vez que se vacía. Lo que parece ser lo bastante a menudo como para hacer que mi vista nade.

Como un peso muerto, la cabeza se me hunde en la mano.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Las imágenes flotan en mi mente como cieno en un río. Liya sonriendo coqueta detrás de la barra. Liya mirando yerta el techo en la mesa de su cocina. Liya charlando extasiada en la terraza. Liya tímida. Liya asustada.

Liya *horrorizada*.

Cualquier gran Pakhan se sentiría realizado. Aunque el miedo y el respeto están lejos de ser las mismas cosas, a menudo pueden emparejarse para dar la respuesta adecuada. Soy capaz de muchas cosas. ¿Debería Liya respetar eso? Por supuesto.

¿Quiero que tenga miedo de eso?

Levanto la cabeza y cojo mi copa del escritorio. Los dedos se agitan alrededor del vaso, con movimientos confusos y pesados por el alcohol. Mientras bebo un sorbo, la respuesta se agolpa en mi interior.

No.

Mientras mi cabeza se inclina ligeramente hacia la derecha, mi mano izquierda localiza el escritorio. Mi palma recorre la madera pulida. Mis dedos chocan con todo tipo de objetos que no tengo la capacidad de identificar. Estoy segura de que uno de ellos es mi teléfono por la fuerza con la que cae al suelo.

Este era el escritorio de mi padre. Esta era su oficina. Esa era la puerta de su oficina, su vestíbulo, su ático, su personal.

Todo era suyo.

Hasta su muerte. Yo heredé el mundo que él creó, un imperio lleno de posibilidades. Nunca soñé con tener un reino tan glorioso, pero no puedo imaginarlo de otra manera. Es una gran responsabilidad.

Y con ella vienen decisiones desafiantes.

¿Qué haría mi padre con Liya? Lo pienso tan seriamente como me lo permite el vodka. Un par de sorbos más me devuelven la frente a la mano. *¿La abofetearía? ¿La regañaría? ¿La encerraría en su habitación?*

Cuanto más intento pensar como él, peor me siento. Cualquiera de esas cosas habría sido fácil con cualquier otra mujer. Diablos, no me hubiera importado abofetear a Zoya una o dos veces sólo por su naturaleza de cazafortunas.

Pero no me casé con Zoya.

Me casé con Liya.

Y eso lo cambia *todo*.

La profundidad de mis recuerdos produce una imagen borrosa de mí y Karina en el almuerzo. Cientos de conversaciones vespertinas en ese porche, pero la que me viene a la mente es una muy reciente, sobre Josh Torres.

Me tiembla la mano mientras me echo el vodka en la garganta. *Ese chico no tenía ninguna oportunidad con mi padre.*

Pequeños ríos de alcohol gotean de mi boca. El líquido frío me hace cosquillas en la garganta y me empapa el cuello de la camisa. Dejo caer la cabeza hacia atrás y parpadeo lánguidamente hacia el techo.

¿Es esto lo que tú querías que fuera? Mi expresión se endurece. *¿Es esto lo que yo quería ser?*

En algún lugar a lo lejos, un objeto golpea el suelo y luego rueda contra mi pie. El olor a vodka me pica en las fosas nasales y me sume en una espiral hacia las zonas más oscuras de mi mente. Mis párpados se cierran, mi pecho se agita, mi cuerpo se desploma.

Y entonces desaparezco.

***

Ya no estoy en mi oficina. Ni siquiera estoy en el mismo cuerpo. Todo parece surrealista, auras sombrías incrustadas alrededor de los muebles de la habitación: la mesa de trabajo, las armas que

hay sobre ella, las barras de hierro a la derecha, la silla en el centro de la habitación. Hay un hombre atado a la silla.

Un humo negro y tenue baila sobre su piel desnuda como gusanos moviéndose en la tierra fangosa. Un dolor agudo me punza el brazo derecho, llamando mi atención. Una joven con ojos como los míos me abraza.

—Por favor, no lo hagas, Papi —me suplica—. No le mates. Lo amo. *Por favor*, no lo mates.

Su voz suena confusa como un altavoz sumergido en agua. No se me ocurre escucharla, mirarla más que de pasada. Me encojo de hombros, me acerco al hombre de la silla y le apuñalo el hombro.

De la herida brota una sangre negra y brillante. Los puños me golpean la espalda mientras mi hija me suplica que pare, que entre en razón, que la deje tener algo bueno en su vida por una vez.

Por una vez.

Soy sorprendentemente consciente de cómo me rechinan los dientes, de cómo me duele la mandíbula. Mi garganta se aprieta cuando la hoja atraviesa su carne como un cuchillo caliente atraviesa una barra de mantequilla. El hueso blanco destella brevemente antes de que la sangre brote de la herida.

—Papá, detente.

Le rajo el pecho.

—Papá, por favor.

Le hago un corte en el muslo.

—*La estás matando.*

La confusión me saca de mi trance. Levanto la cara del chico para demostrarle a mi hija que él sigue vivo, para mostrarle que sólo está aprendiendo la lección.

Pero no es un chico quien me mira.

Es Liya.

Y sus ojos ámbar no tienen vida.

***

Me despierto de un tirón, jadeando como si llevara horas asfixiándome. La botella de vodka vacía tintinea cuando la golpeo. Al rodar, retumba sobre el escritorio. Me duele la cabeza y me

inclino hacia delante para alcanzar la papelera.

Lo que me queda en el estómago de anoche cae en la papelera. El sol se derrama sobre mis hombros, iluminando el pútrido desastre que tengo delante. Al verlo, vuelvo a vomitar y el estómago se me revuelve con cada sacudida.

Cuando acabo, me echo hacia atrás. Me miro las manos con ojos redondos, secos y doloridos.

Mis palmas están limpias. Mis dedos no están cubiertos de sangre seca. No hay ningún cuchillo cerca. No hay nada en absoluto.

Me palpo el pecho, los pantalones, el escritorio. ¿Dónde coño está mi teléfono?

Lo encuentro en el suelo, junto a la papelera. Cinco centímetros más a la izquierda habrían enterrado mi teléfono en la cena de anoche junto con varias onzas de vodka sin absorber.

Mis labios resecos se mueven, murmurando:

—Sólo fue un sueño.

Reviso mis mensajes. Veo el informe de Stepan sobre la seguridad. Veo las actualizaciones de Gennadiy sobre el paradero de Liya.

Está en la terraza desayunando con Viktoria.

Ella está viva.

Sus ojos no ruedan por el suelo a mis pies como canicas desechadas.

Ella está viva.

—Sólo fue un sueño —me aseguro—. Nada más.

Sin embargo, algo dentro de mí me hace sentir incómodo.

Capítulo 37
Liya

Willow toma mi mano.

Es extraño sentir su calor en este lugar. Estamos sentadas en una gran sala con ventanas en la pared derecha. Al otro lado del cristal hay un jardín precioso, cuidado y atendido de un modo que casi parece criminal comparado con los pocos cuidados que yo he recibido en los últimos días.

Pavel no ha dormido a mi lado. Ni una sola noche desde nuestra discusión.

Una parte de mí debería sentir alivio, pero otra se siente traicionada. Mis ojos recorren la habitación, fijándose en las mesas rebosantes de un delicioso bufé de comida junto a una mesa apilada de regalos cuidadosamente envueltos. Probablemente haya una cuna o una bañera de bebé en alguna parte. Ropa, sonajeros, baberos, chupetes… todo.

Aprieto la mano de Willow.

—Los patos al final fueron una buena elección.

Es casi cómico ver a los brigadistas deambulando por la habitación con platos cubiertos de patos chibi. Hombres hechos y derechos con músculos enormes acunan platos de tarta y vuelcan botellas de cerveza.

Aquí nadie es mi aliado. Nadie me defenderá de mi marido.

Estoy rodeada de los hombres de Pavel: soldados y brigadistas; criminales, *asesinos*.

Las únicas que me apoyan están a mi lado: Willow, Karina, Viktoria. Las tres están en silencio, igual que yo. ¿Qué podemos decir en esta habitación?

Sobre todo, cuando mi marido está en el centro de todo.

Las paredes se levantan a mi alrededor, más amenazadoras que de costumbre.

Paredes no de yeso, sino de ladrillo.

Esto es una torre. Esto es una celda.

Vuelvo a ser una prisionera.

Se supone que debería ser feliz. Se supone que debería estar en la puta luna por tener un bebé en mi panza. Pero no puedo reunir la fuerza para sentir nada, excepto irritación.

Los hombres de Pavel le presentan sus respetos. Como si fuera *él* quien va a tener el bebé.

¿Cómo podría olvidarlo?

Sólo soy una herramienta, un medio para ganar poder.

Eso es todo. Ni más ni menos. El otro día dejó claro exactamente lo que siente por mí. Todo ese afecto, devoción y cuidado no era más que una actuación.

Y una muy buena.

Me engañó.

Ganó.

Así que me sentaré aquí y me comeré mi pastel. Me reiré de las estúpidas bromas de Gennadiy. Hablaré con las únicas tres mujeres que me rodean.

Es todo lo que puedo hacer.

Las risas estallan desde todos los rincones de la sala.

Willow me da un ligero codazo.

—Me alegra ver que se lo están pasando en grande.

—Pronto se acabará —digo, aunque no estoy segura de sí intento convencerla a ella o a mí misma.

Y tampoco estoy segura de estar hablando de la fiesta.

Ella se encoge de hombros.

—Al menos la comida es estupenda.

—¿Quieres té, *krolik*? —me ofrece Viktoria—. Te haría bien.

Sonrío débilmente.

—No, gracias, Viktoria.

—Podemos darte a escondidas un poco de cerveza —susurra Karina—. Un traguito no te hará ningún daño.

Me toco el estómago.

—No, le dije a la doctora que no lo convertiría en un hábito.

Karina me aprieta el hombro, un caudal de amor y apoyo me llega en ese simple gesto.

—Muy bien. Dinos lo que necesitas.

Las puertas dobles se abren y el silencio penetra en la habitación. Todos los ojos miran al hombre que entra tropezando por la puerta. No sé cómo demonios ha conseguido llegar hasta aquí.

Me aprieto el estómago con la mano y susurro:

—*Jonas*.

Un escalofrío recorre la habitación. Me doy cuenta de que todos los presentes se llevan la mano a la cadera: se preparan para reaccionar a lo que él vaya a hacer.

—¿Dónde está ese imbécil? —murmura Jonas—. ¿Dónde está Pavel?

Pavel se adelanta, rezumando una energía fría que no reconozco. Ese ya no es mi marido.

Jonas se cuadra ante Pavel.

—¿Dónde coño está… —hipa— dónde está mi hermana?

Oh, no. Está borracho otra vez. Igual que en la boda.

Y no estoy seguro de poder salvarlo esta vez.

—Lárgate —afirma Pavel con rotundidad.

La bilis me sube por la garganta. Siento el sabor de todo lo que acabo de comer: alitas, pepinillos, tarta; y me aterra el aspecto que tendría vomitar sobre esta preciosa alfombra blanca. Es tan bonita. No me gustaría estropearla con el vómito.

Trago con fuerza.

O con sangre.

—No seas estúpido, Jonas —susurro temblando—. Por favor, no seas estúpido. Sólo date la vuelta. *Solo vete*.

Jonas entrecierra los ojos y levanta un dedo acusador.

—Esto es una gilipollez.

Parpadeo, casi esperando ver a Kiril allí de pie en lugar de a mi hermano.

—Eres un pedazo de mierda que no puede mantener su puta palabra —continúa Jonas—. ¿Nadie más ve eso? ¿Eh? —se gira, casi tropezando con sus pies—. ¿Estáis todos ciegos?

Cuando nadie responde, gira hacia Pavel.

—Devuélvemela.

Pavel frunce el ceño como si estuviera tratando con un niño petulante.

—*No*.

—Puto imbécil —escupe Jonas—. Maldito *gilipollas*. Mentiroso hijo de…

Parpadea rápidamente cuando se da cuenta de Kostya a su lado. Pero no está concentrado en su puño cerrado. Está enganchado en el plato que lleva Kostya en la otra mano.

Sus ojos se desvían hacia otra parte, observando las decoraciones, los regalos, la palabra *'Felicitaciones'* sobre la puerta.

Parpadea de nuevo cuando se da la vuelta para mirar a Pavel. En este punto, ha dado una vuelta completa a la habitación sobre sí mismo, donde está. Casi no me ve por completo.

Pero no pasa por alto la pila de cajas de pañales junto a la mesa de regalos.

La ira contorsiona sus facciones. Levanta el puño y gruñe:

—*Pedazo de mierda.*

El puñetazo cae antes de que nadie pueda intervenir. Pavel retrocede un par de pasos mientras se sujeta el lado izquierdo de la cara. Jonas parece repentinamente sobrio mientras corre hacia mí. Me acurruco en la silla mientras me agarro el estómago.

Sé lo que se avecina.

Y nadie puede detenerlo.

Willow se levanta para defenderme, pero Jonas la aparta de su camino. Arrolla a Karina y la tira al suelo sin pestañear.

Cuando me agarra del pelo, me da un vuelco el estómago y me tiemblan las rodillas. Tengo la garganta como papel de lija: no puedo hablar. No puedo hacer nada salvo taparme el estómago.

—Zorra de mierda —murmura Jonas con rabia—. ¡Maldita puta!

Mi respuesta congelada se resquebraja cuando me levanta de un tirón de la silla. Le doy una palmada en el pecho, chillando mientras intento zafarme de su agarre.

Sé que no debo hacerlo.

Sé lo que me hará si intento escapar.

Ya lo he hecho muchas veces.

Me da un puñetazo en la cara.

—¡Puta estúpida!

La sangre me escuece en la lengua. Me relamo los labios mientras levanto los brazos para bloquear otro puñetazo. El aire huye de mis pulmones cuando caigo al suelo, ahogándome contra el dolor que irradia mi costado. Veo cómo levanta la pierna. Escucho el caos que estalla a nuestro alrededor.

Entonces, me acurruco. Me agacho. Bloqueo el golpe.

Su zapato choca contra mi espinilla.

Me aprieto las rodillas contra el pecho y cierro los ojos, rezando para que se vaya. Sólo está borracho. Sólo está enfadado. Se está desahogando. No hay nada que yo pueda hacer al respecto.

Nunca hay *nada* que yo pueda hacer al respecto.

No lastimes a mi bebé, ruego. *No lastimes a mi bebé. Vete. ¡Por favor!*

El dolor se intensifica y entonces siento que floto hacia el techo. Giro la cabeza a la izquierda y luego a la derecha. Veo la mesa de regalos, las mesas del buffet. Veo las ventanas. Veo a Karina, Viktoria y Willow aferrándose unas a otras con expresiones horrorizadas.

Y cuando miro hacia abajo, me veo a mí misma.

Veo a mi hermano pateándome con saña las piernas. La sangre mancha la alfombra. La blusa verde cerceta que llevo brilla a la luz del sol, reflejando el lujo de haber sido sacada de un armario enorme. Mis pantalones negros me parecían tan bonitos cuando me los puse esta mañana, elegantes y estilizados.

¿Y ahora? Me parecen una tontería. Como si me los hubiera puesto para una pelea que sabía que iba a perder.

El baby shower, Pavel, Jonas... no faltan las decepciones. Estoy viviendo cada experiencia que he tenido a través de la lente de un caleidoscopio. Los colores que inundan la habitación son preciosos, subliminales. Añaden una suave neblina a toda la escena.

Ya no estoy en mi cuerpo. No creo que quiera volver nunca a mi cuerpo. Estoy a salvo aquí arriba, cerca del techo. Es agradable y fresco, relajado, desconectado.

Y entonces todo cambia. Unas manos agarran a Jonas y lo apartan de mi acurrucado cuerpo. Parezco uno de esos ciempiés que se asustan y se enroscan sobre sí mismos. ¿Eso es todo lo que soy para mi hermano? ¿Un bicho molesto que puede aplastar cuando quiera?

Pavel saca su pistola y la apunta a la frente de Jonas. Es suficiente para devolverme a mi cuerpo por un momento. Me duelen las piernas, pero me muerdo el dolor para ponerme en pie. Aprieto los puños a ambos lados, con labios temblorosos de palabras sin pronunciar.

Pavel amartilla su arma.

—Ya basta.

—Eh, vamos —grazna Jonas, con la cara cada vez más pálida. Su garganta se sacude mientras traga con fuerza—. No lo hagas, tío. Te arrepentirás. Me necesitas, ¿recuerdas? A Liya no le gustará esto.

Sus ojos sobrios me buscan.

—Liya —me llama Jonas.

Todo lo que puedo hacer es mirarlo. Parece pequeño. Más pequeño de lo que recuerdo.

—Liya, llámalo. ¡Detenlo! ¡No lo dije en serio! ¡Sabes que no lo dije en serio! Lo sabes, ¿verdad?

Las palabras burbujean en mi garganta. Mi boca se abre para soltarlas, pero nunca aparecen. Mueren en mi lengua mientras la mirada de Pavel exige una respuesta.

Si algún día me veo obligada a tomar una decisión.

Me toco el estómago, el movimiento de algún modo está desconectado de mí. Es como si abandonara mi cuerpo de nuevo.

Miro a mi hermano y veo el miedo en sus ojos. Está temblando, nervioso por el alcohol y la adrenalina. Está asustado.

Si algún día…

Mi expresión pasa de una ansiedad estremecedora a un frío desapego. El tiempo avanza lentamente mientras floto hacia arriba, arriba, *arriba* y lejos.

Me veo mirando a Pavel.

Me veo haciéndole un sutil gesto con la cabeza.

Un destello. Un trueno. Olor a humo.

Jonas se desploma entre Kostya y Gennadiy.

No me inmuto. No siento nada. Lo único que noto es lo brillante que parece la sangre al salpicar la pared blanca. El líquido brilla, gotea y se arrastra lentamente hasta la alfombra.

Oh, la alfombra blanca, limpia y reluciente. Cuanto más tiempo penetre en la alfombra, más difícil será limpiarla.

Miro a mi hermano y veo cómo su cabeza está echada hacia atrás, el cuerpo tirado en el suelo como si alguien le hubiera cortado los hilos a una marioneta. Se desplomó sobre sí mismo, como imagino que debo hacer yo cada vez que sufro su ira.

En el centro de la frente tiene un agujero redondo y negro. Aparte de la pequeña gota de sangre que gotea, parece una herida diminuta. Casi como si alguien se la hubiera pintado.

Recuerdo remotamente las series policíacas que solía ver con él, en las que utilizaban frases como '*orificio de salida*' y '*hora de la muerte*'.

Todo parece tonto ahora.

El cuerpo de Jonas se desplomó en el suelo.

No es real. Nunca fue real.

Pero si es real.

Y no siento una maldita cosa.

Epílogo

Zoya

Las náuseas me despiertan y me envían corriendo al baño. Caigo de rodillas y hago lo que he hecho un millón de veces, rezarle a un dios de porcelana que quizás se reiría de mí si existiera de verdad.

¿Otra vez? se burlaría. *Has convertido la bebida en un deporte olímpico, ¿verdad?*

Me arden las mejillas mientras mis náuseas se duplican, haciéndome agarrarme al asiento. Es temprano. Jonas *odia* que lo despierten temprano. Vendrá en cualquier momento y me regañará por esto. Es difícil vomitar en silencio, pero hago lo que puedo, silenciando mis arcadas todo lo que puedo.

Pero incluso si él entrara aquí, sería fácil de manejar. Literalmente pan comido. Unas palabras de elogio por aquí, una *chupadita* de polla por allá, y vuelve a su buen humor habitual. Su mente brillante siempre está nublada por algún tipo de agravante. Sólo necesita ser calmado por una buena mujer.

Una mujer como yo.

Cuando se me pasa el ataque, tiro de la cadena. Una vez para limpiar el contenido y dos para bajar el resto. Miro el retrete, observando cómo el agua se arremolina en el desagüe. Vuelvo a tirar de la cadena.

Satisfecha, me lavo las manos y me cepillo los dientes. Me despeino el pelo, sabiendo que a él le encanta que me lo revuelva. Vuelvo al dormitorio, pero vuelven las ganas de vomitar.

Bueno, eso *no es* normal.

En cuanto vuelvo a estar bien, miro el calendario en el móvil. *La regla está retrasada*. Con dedos temblorosos meto el teléfono en el bolsillo trasero de mis vaqueros. Compruebo el dormitorio, el cuarto de baño y luego la mugrienta zona principal del apartamento. No hay nadie.

Bien.

Cojo el bolso y salgo apurada hacia la farmacia de la esquina.

Vuelvo a casa. Dejo caer la bolsa. Miro las pruebas que compré y las coloco en el mostrador.

Esto es *genial*. No tengo ni idea de cómo se va a sentir Jonas. Ni siquiera sé cómo me voy a sentir *yo*. Pero esa no es realmente la parte importante.

Es él quien me preocupa. Es su ascenso al trono lo que importa.

Y mi puesto seguro a su lado, también.

Cojo las pruebas del mostrador y rompo los envoltorios. Son tres. Las alineo, con la ansiedad hirviéndome en el estómago.

Todo gran rey necesita un heredero. Necesita a alguien a quien pasarle la corona. Yo se lo daré. Si él quiere.

Unos minutos después, compruebo las varillas sobre el mostrador.

Positivo. En todo el tablero.

Aprobé con altas notas.

Mi corazón se estremece cuando escucho la puerta de afuera cerrarse de golpe. La puerta principal *suena* con fuerza justo después y atrae mi mirada hacia el pasillo, donde espero ver entrar a Jonas. Quizá había salido a desayunar. Tal vez acaba de volver de una borrachera. Odio cuando desaparece así, pero sé que forma parte de su misterioso encanto.

Piensa mucho. La mayoría de los grandes líderes lo hacen.

La decepción me oprime la garganta cuando veo a mi padre desplomarse en el sofá.

—Eh, ¿dónde está Jonas? —pregunto, intentando ocultar el escalofrío en mi voz—. Yo… no lo he visto desde ayer.

Los ojos de mi padre brillan.

—Jonas está muerto.

—¿Qué… qué dices? Digo, dando un paso atrás.

—Apareció sin avisar en una fiesta de su hermana. A ella no le gustó eso —señala, mientras aprieta una pistola entre sus dedos—. Justo en su baby shower.

—*¡No!* —jadeo.

—Lo siento, Zoyechka —suspira él mientras deja caer la mano sobre su regazo.

Un desierto cobra vida dentro de mi garganta.

—Él… Él sólo fue…

Me agarro a algo, *lo que sea*, para evitar caer al suelo. Primero intento la mesa de al lado, luego tropiezo con el viejo sillón reclinable, en el cual me dejo caer con la misma derrota que veo en

mi padre. Los resortes chirrían. Creo que yo también chirrío.

Los cojines desprenden el aroma de una colonia barata de la farmacia. Es de Jonas. Es su olor. Y es lo último que tendré de él.

Deslizo mi mano sobre mi estómago. *Excepto*…

—Estoy embarazada —suelto—. Yo… —relamo mis labios—, estoy embarazada, papá.

—Zoyechka —dice mi padre en un suspiro.

Me encojo. Sé lo que viene a continuación.

—Estas son las consecuencias de tus actos. Te dije que dejaras de prostituirte.

Él sabe que odio esa frase.

—Esto es de lo que intentaba protegerte —continúa él—. Si me hubieras hecho caso y hubieras mantenido las piernas cerradas, no estarías en esto.

Me aclaro la garganta, luchando por hablar, por hacer algo más que quedarme aquí sentada en shock. Pero es demasiado esfuerzo. Pongo mis dedos sobre el estómago lo más suavemente posible.

Mi padre niega con la cabeza.

—Acostarte con Jonas y tenerlo aquí… ¿En qué estabas pensando?

Cierro los ojos. No necesito esto ahora.

Pero él insiste:

—Ahora tienes una diana en la espalda —gruñe él—. Ese niño… —señala mi estómago—, que es el resultado de tu descuido, ahora tiene derecho a la Citta Nostra.

—Lo sé. Jonas me dice esto *todo el tiempo.*

—No lo sabes, Zoyechka —sus facciones se tuercen de ira—. Porque si lo supieras, te desharías de él antes de que te mataran… *o algo peor*.

Me aprieto en la silla todo lo que puedo. Una nueva oleada de náuseas se apodera de mí. Aprieto los labios, deseando que desaparezcan. Se me va el color de la cara.

—¡No! —espeto.

—Zoyechka —dice él, en tono suave mientras se arrodilla junto a la silla.

—No puedo.

—Debes hacerlo —dice y su rostro se tiñe de sombras.

—Por favor, no me obligues —me agarro el estómago—. Esto es todo lo que tengo de él.

—Dijiste que lo *sabías* —se levanta, alejándose de mí como si yo estuviera enferma de algo infeccioso—. Entonces, ¿por qué no me dices lo que crees que pasará a continuación?

Sacudo la cabeza. Es una pregunta retórica.

—Porque esto es lo que yo sé —dice él—. ¿Ejecutar a su propio *hermano* en su *baby shower*? Eso es brutal, incluso para los estándares de la Bratva. ¿Qué crees que te hará si te pone las manos encima?

Hace una pausa.

—¿Me estás escuchando, Zoyechka?

Asiento con la cabeza. Sé lo que está diciendo.

Pero no *quiero* oírlo en voz alta. Porque eso lo *haría* real.

—Cuando ella se entere —dice en tono paternal—. Ordenará que te maten igual que a él, con todo y criatura, sólo para mantener a su propio hijo a salvo. ¿Es eso lo que quieres?

—No, yo…

Me interrumpe.

—Y si *Liya* no actúa, el querido y dulce *Pavel* lo hará. Te sacará al crío y lo matará mientras tú miras. Del vientre a la tumba —sacude la cabeza—. Porque tu hijo es una amenaza para la reivindicación del suyo. *Eso* es lo que intentamos evitar. *Ahora* ya lo sabes, Zoyechka.

Mi corazón tartamudea en mi pecho mientras intento aferrarme a la realidad.

Pero me resbalo. Y todo está pasando muy rápido.

Ojalá Jonás estuviera aquí.

—Y luego está Félix —mi padre no se detiene—. Él hará lo mismo. Y luego me obligará a casarte con él. Para hacer sus propios herederos.

—No lo haría.

—¿No lo haría? —ríe mi padre amargamente—. No dejará que nada se interponga, Zoyechka. Le debo un favor. Y ahora, nada podría ser más favorable que lo que está creciendo dentro de mi puta hija.

—Papá, no hablas en serio.

—Ojalá no fuera así, Zoyechka. Ojalá no tuviera que decirte nada de esto —dice con el ceño fruncido. Las profundas líneas de su cara le hacen parecer una bestia fea—. Pero tú lo *elegiste* así.

Una gélida derrota se apodera de mi cuerpo. Estoy pegada a la silla como si me hubiera derretido contra los cojines. Mi padre camina hacia mí, con expresión compasiva. Pero no lo siente en serio.

—Pero también puedes *repudiarlo* todo —afirma con indiferencia—. Quédate aquí. Ahora vuelvo.

Asiento lentamente con la cabeza.

La puerta hace ruido al cerrarla. El silencio se apodera de mí como la niebla de la mañana.

Estoy sola.

Y no sé qué hacer.

El pánico se apodera de mí y corro de nuevo al baño. Me atraganto mientras vomito en seco sobre el váter, rezando para morir ahogada y no tener que enfrentarme a lo que viene a continuación.

Quédate aquí.

Se me llenan los ojos de lágrimas al intentar imaginar que la vida que llevo dentro es rechazada.

Una decepción. Una puta. Sin valor.

La saliva cae de mi boca mientras me ahogo en un sollozo. Me agarro a la porcelana todo lo que puedo hasta que me duelen los nudillos. Cuando por fin me pongo en pie, me da un mareo y aterrizo con el hombro izquierdo contra la pared. Miro fijamente mi reflejo.

No puedo soportar la idea de perder a mi hijo.

Es el único pedazo de Jonas que me queda. ¿No puede entender mi padre cuánto me duele?

Junto mis cejas y hago una mueca de enfado.

No, claro que no lo entiende. Es un hombre. No tiene que preocuparse por esas cosas.

Aprieto la mandíbula. Me miro en el espejo.

Tengo que huir.

El dormitorio luce tan frío y distante cuando entro para coger una bolsa. Tropiezo con las botas de Jonas, me agito por la forma en que están abandonadas en el centro de la habitación. Se me hace un nudo en la garganta cuando empiezo a meter ropa en la bolsa. Vaqueros, bragas, camisas, tampones.

Echo los tampones por encima del hombro.

Como si *los necesitara* ahora.

No sé a dónde voy. No sé dónde *puedo ir*.

Pero eso realmente no importa.

Todo lo que sé es que no puedo quedarme aquí.

Y no me quedaré aquí.

FIN DEL LIBRO 1

La historia de Pavel y Liya continúa en el Libro 2: ***Votos Perversos***

https://www.amazon.es/dp/B0CN3LPNQS